



A. León

Ojalá  
pudiera...

DECIRTE  
TE QUIERO

Eric Lawrence termina su turno en el local de ambiente más concurrido de Canvas y se marcha a casa como cada fin de semana. Horas más tarde, carteles con su fotografía y la palabra "desaparecido" empapelan la ciudad.

Naomie tiene el corazón roto desde que Mike la ha abandonado e intenta ahogar sus penas en alcohol y sexo en un sinfín de fiestas descontroladas junto a su nueva amiga Katy. Hasta que un día todo cambia: descubre que Katy es una harpía, Mike intenta reconquistarla, Eric desaparece y alguien empieza a enviarle extraños y macabros mensajes.

Andrew tiene un gran secreto que no se atreve a revelar a nadie. Para seguir manteniéndolo oculto está decidido a mentir a su familia, a Naomie e incluso a la policía, aunque para ello también deba esconder lo que sabe sobre Eric y su desaparición...

Ojalá pudiera...

**DECIRTE TE QUIERO**

A. León

## PRÓLOGO

*Sábado, 10 de septiembre de 2016*

Las luces brillan radiantes y parpadean al compás de la música, inundan el local de múltiples y cambiantes tonalidades, se desparraman sobre los torsos desnudos de los gogos que bailan sobre sus tarimas. La discoteca *Queen's* está llena de hombres de todas las edades, de todos los estilos y gustos (pero solo hay hombres, al fin y al cabo).

Eric Lawrence los contempla mientras prepara un Bloody Mary y se siente reconfortado de estar al otro lado de la barra: bailan alegres mientras suena *Mama Mia*, beben todo el alcohol que su cuerpo es capaz de soportar, se drogan en las esquinas y en los baños, se pavonean con descaro, se lanzan miradas insinuadoras los unos a los otros, se guiñan un ojo y sonríen provocativamente... De vez en cuando, una pareja se forma de manera espontánea, se besan y manosean sin pudor e, incapaces de soportar tanta tensión sexual, se dirigen al cuarto oscuro y desaparecen durante un buen rato.

*Se lo pasan bien —piensa Eric—. Demasiado bien, en realidad.*

Él mismo ha sido como ellos hace un tiempo, antes de empezar a trabajar en *Queen's* como camarero. Ha hecho todo lo que ahora hacen los demás, casi todos los fines de semana durante al menos dos años. Por eso nada de lo que ve o escucha entre aquellas paredes logra sorprenderle ya. Tampoco los hombres y sus seductores cuerpos. Ha estado con muchos, demasiados para su edad, y ha vivido muchas cosas y muy intensamente como para dejarse impresionar por unos fuertes pectorales y unos sugerentes abdominales. Los ha buscado y deseado como el que más, pero ya no. Ahora él ha cambiado, necesita otras cosas.

—Siempre es lo mismo —observa Rhys con cierto desencanto—. Sexo, drogas y alcohol. *Queen's* es un criadero de perversión, vicio y ETS. ¡Siempre lo mismo!

Eric le sirve el Bloody Mary y le contesta, divertido:

—Y tú siempre estarás aquí para dar fe de que todo continúa igual y quejarte sin parar.

Rhys empieza a beber. Parece resignado cuando comenta:

—La carne es débil, supongo.

Eric siente compasión por él. Rhys ronda los cincuenta años y, por lo que sabe, lleva más de media vida malgastando su tiempo y su dinero en la barra de los bares, destruyendo su hígado a punta de combinados. A Eric le cae bien, de todos modos, y piensa que es un buen hombre. Simplemente está perdido, deprimido y solo, compadeciéndose por el paso inminente del tiempo y la proximidad de la vejez. Es triste. Espera no acabar como Rhys cuando tenga su edad, él tiene grandes planes lejos de aquella discoteca y de aquel depravado mundillo.

Como si Rhys supiera lo que está pensando le pregunta:

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Por qué tuviste que aceptar este trabajo?

—Necesito el dinero, ¿recuerdas?

—Oh, sí, sí... —se da un golpecito en la cabeza, reprendiéndose por no haberlo recordado—. Tu familia y toda esa mierda.

Se termina el cóctel y pide un chupito de whisky.

—Sí, toda esa mierda —asiente.

Sirve dos chupitos, le tiende uno a Rhys y se bebe el otro.

—Hoy estás distinto —comenta el hombre—, noto un brillo de emoción en tu mirada.

—¿De veras? —Eric entorna los ojos y sonrío pícaramente.

—¿Vas a contarme lo que ocurre? —Rhys no se anda con rodeos pero Eric no tiene intención de explicar nada.

—¿Nunca has tenido esa sensación en que sabes que algo muy gordo está a punto de suceder? —utiliza un tono dramático, casi como si estuviera representando una obra de teatro en lo alto de un escenario.

—Hace tres décadas que no me pasa —lo dice con tal serenidad que hace reír a Eric.

—Pues yo sí la tengo. Esta noche ocurrirá algo importante, lo sé. Algo decisivo, para bien o para mal...

—Espero que sea para bien.

Eric rellena los dos vasos de chupito, coge el suyo y lo levanta.

—Brindo por ello.

Un chico rubio se acerca y los interrumpe. Es guapo, no tendrá más de veinticinco años y su camiseta apretada deja entrever un cuerpo escultural. Cualquiera en aquella discoteca pagaría por poder tirarse entre sus brazos o, mejor dicho, entre sus piernas. Se apoya en la barra con los ojos clavados en Eric y sonrío.

—¿Quieres algo? —inquire él sin devolverle el gesto.

—Un ron cola y tres Jägermeister con Red Bull, por favor. Mis amigos y yo estamos en la zona de los sofás.

—Treinta y cuatro dólares.

El joven se precipita a buscar el dinero en el bolsillo de su pantalón y le tiende dos billetes de veinte.

—Está bien —hace un gesto con la mano indicando que el cambio es para él y se le queda mirando, expectante, como si esperase una gran alabanza. Eric, lejos de inmutarse, mete los seis dólares restantes en un bote de cristal y se dispone a preparar las bebidas—. Me llamo Matt, por cierto.

Eric ha puesto hielo en cuatro copas de balón y está rellenando una de ellas con ron. Levanta la vista y se encoge de hombros.

—Genial —dice con un tono de voz carente de toda emoción—. De enseguida os llevo esto.

Supone que el chico se irá hasta los sofás y lo esperará allí pero no lo hace. En lugar de eso se queda de pie, mirándolo con descaro y esbozando una sonrisa juguetona. Sin duda, está intentando flirtear con él. Eric siente un súbito desdén.

—Disculpa, Matt, ¿quieres pedirme algo más o estás intentando ligar conmigo? —su tono es seco, no hay espacio para la simpatía—. Por Dios, hay cientos de maricas en esta discoteca, ve a probarlo con otro.

El chico rubio está avergonzado y no sabe qué contestar. No siente lástima por él cuando lo ve huir cabizbajo y perderse entre la multitud.

—No era necesario tratarle así —concluye Rhys.

—Lo sé —dice Eric y continúa preparando el pedido. De repente se siente cansado, como si todas sus fuerzas lo abandonaran a la vez, y comprende que Rhys tiene razón cuando dice que siempre es lo mismo. Él ya está acostumbrado a las sonrisas provocativas, a las miradas insinuadoras, a las propuestas indecentes... está acostumbrado a gustar. No es que se sorprenda,

él sabe que es atractivo. En el pasado solía sentirse genial cada vez que un chico tenía interés sexual en él, un subidón de endorfinas y de autoestima, pero ahora eso ha cambiado. Cuando mira al chico rubio no puede evitar ver a todas las personas que han pasado por su vida y por su cama los últimos años. Pasan ante él uno tras otro, cada uno idéntico al anterior. Siempre lo mismo. A sus dieciocho años ya se siente agobiado, oprimido, lo que antes le ha hecho creerse afortunado ahora lo angustia. Necesita algo más allá del físico y el sexo.

Coloca todas las copas en la bandeja y la carga con práctica hasta los sofás. Ni rastro de Matt aunque sí de su grupito de amigos. Empieza a servir con elegancia, sabiéndose observado por todos ellos. El más cercano, un treintañero con un mechón azul en el flequillo y pinta de perverso, estira la mano y la coloca sobre su culo.

—Te lo advierto, será mejor que apartes tu sucia mano de pederasta de ahí —Eric se aleja un paso y se dispone a seguir sirviendo.

No parece que Flequillo Azul se ofenda por ese comentario tan agresivo, más bien al contrario. Vuelve a alargar el brazo y esta vez le agarra de la nalga y la aprieta con firmeza. Eric le dirige entonces una hiriente mirada y se estremece de repulsión ante su imagen: los ojos clavados en su trasero, la boca abierta y la lengua apoyada en una de las comisuras en un gesto de depravación y obscenidad. Eric realiza una mueca de disgusto y, en un impulso irrefrenable, ladea ligeramente la bandeja y vuelca tres copas sobre la cabeza del perverso. Se tapa la boca en una expresión inocente.

—¡Vaya, qué torpe soy, perdona!

Flequillo azul está empapado hasta los calzoncillos de Jägermeister, así que más de una risilla se escapa entre el público.

—¡Hijo de puta! —se levanta en una milésima de segundo y se abalanza con agresividad contra Eric. Está fuera de sí. Alza el brazo y cierra la mano con fuerza, preparado para darle un contundente puñetazo, pero entonces aparece uno de los guardias de seguridad, lo agarra como si pesara menos que un calcetín y se lo lleva hacia la salida. Flequillo azul sigue gritando sobre el hombro del segurata, dando golpes con impotencia sobre la gigantesca espalda y con los ojos inyectados en sangre—. ¡Te vas a arrepentir de esto! ¿Me oyes? ¡Esto no termina aquí!

Eric lo contempla desafiante mientras lo alejan y sonríe victorioso, dispuesto a volver a su trabajo como si nada hubiese ocurrido. No tiene ningún miedo de sus advertencias, las amenazas de los tipos como él siempre quedan en saco roto.

*Idiota, lo más probable es que ni siquiera vuelva a aparecer por aquí.*

A las tres de la madrugada, *Queen's* cierra sus puertas. La música deja de sonar y las luces se encienden, convirtiendo el mágico local en cuatro paredes sucias y pegajosas. En el cuarto oscuro, los chicos miran a su alrededor confusos como murciélagos de día por la repentina claridad y, siendo arrastrados por los seguratas, salen a la calle con los calzoncillos a la altura de las rodillas. Todo el mundo se va deseando que llegue ya el domingo por la noche. El último cliente en salir por la puerta es, como siempre, Rhys.

A las tres y media, Eric también se marcha. Le pitan los oídos. Acostumbra a disfrutar del trayecto de vuelta a casa. Le va bien para desconectar de las últimas horas, despejar la mente, sentirse lejos del bullicio y el ruido ensordecedor de la discoteca, lejos de todas las miradas. Aunque antes detestaba estar solo, ahora busca, aprovecha y disfruta los momentos consigo mismo. Le ayudan a pensar, a ver las cosas desde otra perspectiva, a tomarse los problemas con otra filosofía. Pero esta noche, en concreto, los nervios no le dejan pensar. Ha llegado el momento decisivo. Consulta la hora en el reloj de muñeca y se coloca bien el cuello de su camisa azul celeste mientras acelera el paso.

A cierta altura, gira a la izquierda y se mete por un callejón estrecho que da a la parte trasera de un restaurante chino. El humo y el olor a fritanga que han expulsado los extractores durante el servicio se han acumulado en una nube densa que limita mucho la visibilidad. Eric la atraviesa, maldiciendo y esquivando las cajas de cartón que hay esparcidas por el suelo. No es el lugar más agradable por el que pasar, pero sí el más rápido.

Una sombra cruza de un lado al otro la húmeda callejuela. Eric se detiene y se gira con brusquedad. No hay nada ni nadie tras él o, por lo menos, hasta donde alcanza su enturbiada visibilidad.

*¿Pero qué haces aquí plantado? —se reprende—. ¡No tienes tiempo que perder!*

Así que reanuda la marcha, todavía más acelerado que antes. Quizá, piensa, no ha sido buena idea meterse por un callejón oscuro y alejado del centro como éste, sobre todo teniendo en cuenta los acontecimientos de los últimos meses. Pero está decidido a no dejarse abrumar, a no mostrar miedo o temor ante sus enemigos. ¡Él es Eric Lawrence, por Dios Santo! Son los demás los que deberían estar atemorizados ahora mismo.

De nuevo la sombra, esta vez acompañada de un fuerte crujido a su espalda. Eric se gira sobresaltado y descubre el origen del ruido.

—¿Otra vez tú? —dice, visiblemente malhumorado—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¡¿Qué es lo que quieres?!

No obtiene respuesta. La sombra se mantiene inmóvil.

—Oye, esto tiene que terminar.

De nuevo silencio. Eric empieza a incomodarse.

—Ya me has jodido una vez, no pienso dejar que vuelvas a hacerlo.

La sombra avanza un paso hacia delante.

—¡No te acerques a mí, déjame en paz, joder!

Pero la sombra no tiene intención de obedecer. En su silencioso mutismo, sigue avanzando impasible hasta Eric.

## CAPÍTULO 1

Cuando Naomie despierta siente un terrible dolor de cabeza y la luz del sol le atraviesa hiriente las pupilas. Maldita resaca. Tarda unos segundos en acostumbrarse a la claridad y tomar consciencia de donde se encuentra. Es un baño frío, de suelo marmóreo, techo alto y parece cubiertas por cientos de baldosas blancas. Se sorprende al darse cuenta de que ha estado durmiendo en una bañera y se pregunta cómo diablos ha terminado ahí dentro. No está sola, en el extremo opuesto hay otra chica, paliducha y de pelo oscuro, desnuda de cintura para arriba. Duerme profundamente con la cabeza colgando a un lado, la boca medio abierta y un hilillo de baba que le cae sobre el hombro. Naomie se remueve incómoda y se percata de que está cubierta de vómito y desea que, por lo menos, no sea de su “compañera de baño”. Lo duda, no recuerda haber cenado nada que llevara arroz. La chica abre los ojos, bosteza y, cuando se da cuenta de que está acompañada, sonrío.

—Nena, has estado genial.

*¿Nena, en serio? ¿Quién es esta tía?*

Ella coloca ambas manos sobre sus propios pechos y empieza a manoseárselos mientras se humedece los labios con la lengua en un gesto perverso.

—¿Te apetece que lo hagamos otra vez? Puedo volver a hacerte eso que tanto te ha gustado, si quieres. Oírte gritar de esa manera me ha puesto súper cachonda.

Naomie abre los ojos de par en par y levanta el labio en una mueca de asco. Tiene muchas lagunas sobre lo que ha ocurrido en la fiesta pero hay una cosa que tiene muy clara: tener una experiencia sexual con otra chica no ha sido, ni de lejos, su intención. Al contrario, lleva toda la noche intentando enrollarse con Chris, un chico universitario de escándalo que ha conseguido que se le deshagan las bragas nada más verle. Pero el jodido ha pasado de ella por completo pese a sus intensos esfuerzos. Ha bailado sobre la mesa del salón del modo más sensual que ha podido para llamar su atención pero solo

ha conseguido que le vitoreen, le griten comentarios soeces y le lancen un puñado de monedas. Le ha sonreído con encanto cada vez que se ha cruzado con él y ha tonteado con un tío que no le gustaba nada para darle celos en un acto desesperado pero es posible que ni siquiera se haya dado cuenta de ello.

*¿Y después de todos mis esfuerzos y humillaciones, he acabado liada con una tía?*

—De acuerdo —dice mientras alza las manos, se levanta y sale de la bañera—, no recuerdo qué es lo que ha pasado aquí y espero no hacerlo jamás. Encantada.

Sale disparada por la puerta y empieza a recorrer el piso buscando a Katy. Cruza el salón (o, mejor dicho, lo que queda de él). Al menos una decena de personas duerme dispersa por todos lados: en los sofás, bajo la mesa, en las esquinas... Hay botellas y vasos rotos en el suelo, las alfombras están empapadas de orina y unas bragas cuelgan del pomo de la puerta.

Lili Cooper es la organizadora de la fiesta. Decidió montarla cuando se enteró de que sus padres pasarían el fin de semana fuera y seguramente pensó que le daría tiempo a limpiarlo todo y fingir que no había ocurrido nada mientras les ponía cara de santurrón.

*¡Pobre ingenua! Cuando recupere la consciencia y vea como está todo le va a dar un ataque. Sus padres la van a matar.*

Naomie decide que no es de su incumbencia y no tiene intención de quedarse a ayudar. Total, Lili es amiga de Katy, no suya, y ella ya tiene sus propios problemas. Son las siete de la mañana y tendría que haber llegado a casa hace exactamente siete horas. Su móvil está sin batería o ha estallado por el acúmulo de llamadas y mensajes que le habrá enviado su madre.

*Mierda, a mí también me van a matar. Se estremece. Aunque, por lo menos, me lo he pasado bien. O eso creo.*

Recorre el piso buscando a Katy, intentando no pisar a nadie. La encuentra en una habitación de matrimonio, desnuda y con un tío a cada lado. Los tres están roncando. Se acerca a Katy y le da un toquecito en la pierna.

—Venga, tía, despierta, tenemos que irnos.

Ella emite algo parecido a un gruñido y se da la vuelta, dándole la espalda. Entonces Naomie se fija en el chico de la izquierda y... ¡sorpresa, es Chris! El chico que le ha dado calabazas toda la noche ha acabado acostándose con su

amiga mientras ella experimentaba con su mismo sexo en una bañera.

*¡Katy Zorra! Parece que algunas tienen más suerte que otras. Aunque lo he visto desnudo, algo es algo.*

Sale de la habitación, vuelve a cruzar el salón haciendo el menor ruido posible y atraviesa la puerta principal. Una vez en la calle, pide un taxi y se gasta los últimos quince dólares que le quedan en el bolsillo.

Una vez se encuentra ante la entrada de casa y mete la llave en la cerradura, es cuando el pánico por lo que le espera, aparece. Posiblemente su madre se encuentra haciendo guardia en el recibidor, esperándola con una escopeta cargada. Intenta pensar alguna excusa creíble que la salve de la ejecución pero el olor a vodka de su aliento y el vómito de su blusa terminan con toda esperanza de resultar convincente. Resignada, abre la puerta y, contra todo pronóstico, no hay nadie.

*Quizá han salido a buscarme. Joder, esta vez me he pasado de verdad.*

Se asoma al salón de puntillas y allí se encuentra a su preocupada madre... durmiendo. Parece muy tranquila y relajada sobre el sofá. Está tumbada boca abajo, un brazo le cuelga y la mano descansa sobre el suelo, agarrando una botella de vino vacía.

*Esta no me la esperaba, lo reconozco. Se me había olvidado que ayer fue diez de septiembre, el quinto aniversario del abandono de Pete.*

Cuando Pete decidiera empezar una relación con su secretaria de enormes pechugas y abandonar a su familia, Meredith se sintió un jodido cliché de drama barato. Emborracharse hasta perder la consciencia cada aniversario era el modo que tenía de sobrellevar su tragedia personal. En alguna ocasión, Naomie había tenido que aguantarle el pelo mientras echaba el higadillo, acostarla cuando amenazaba con caerse desplomada, y prepararle un desayuno anti-resaca a la mañana siguiente. Pero parece que el evento anual se está volviendo mucho más frecuente desde que Meredith ha perdido su puesto de trabajo. Aunque Naomie no se alegra por ello (Dios sabe que los cereales de marca blanca que compran desde que empezó la debacle están asquerosos), ahora mismo se siente profundamente agradecida de que su madre esté desmayada en el sofá y no pueda verla.

—Son las siete y media de la mañana. ¿De qué vas? —Naomie se

sobresalta al escuchar aquella voz tras de sí—. ¿Esa mancha de tu blusa es vómito? ¡Joder, estás asquerosa!

—Eres mi hermano menor, Timy, no puedes echarme la bronca.

—Pienso decírselo a mamá.

Ella pone los ojos en blanco. Malditos preadolescentes con ganas de tocar las pelotas.

—No, no lo harás, o yo le contaré dónde escondes las revistas porno.

Tim se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta. Sonríe y contempla a Meredith en el sofá y después a Naomie.

—Ahora mismo, vuestro parecido es asombroso. Las dos ahogando las penas en alcohol e intentando olvidar el daño que os han hecho los hombres.

—No sé de qué estás hablando —sale del salón y golpea a su hermano con el hombro al pasar por su lado. Él la sigue.

—¿Vas a decirme que no estás actuando así por lo de Mike?

—Calla, no pronuncies ese nombre —no tiene ganas de seguir con la charla, así que sube las escaleras dispuesta a encerrarse en su habitación y dormir durante las próximas veinticuatro horas, como mínimo.

—¡Supéralo de una vez! —exclama Tim desde el piso de abajo—. ¡Con una alcohólica en casa tengo más que suficiente!

Naomie se desnuda, hace una pelota con su ropa, la tira a la papelera y se mete en la cama. Su hermano puede ser un capullo cuando quiere pero esta vez tiene razón. Lleva dos meses descontrolada y no es casualidad que coincida con su ruptura con Mike.

*Si es que a eso se le puede llamar ruptura. Debo reconocer que, más bien, fue una patada en el culo.*

Eran la pareja perfecta. Se querían. ¡No, no, se amaban! Pero entonces apareció Mike con ese rollo de que sus padres no apoyaban que salieran juntos, que lo primero eran los estudios, que Naomie era una chica mediocre para él... ¡Gilipollas! ¿Qué chico de dieciocho años escoge a sus padres antes que a su novia? Naomie se queda dormida mientras se lo pregunta y, en lo que le parecen cinco segundos más tarde, su hermano vuelve a despertarla.

—¡Buenos días, son las once de la mañana! —la destapa y abre las cortinas.

Ella emite un quejido e intenta taparse de nuevo con urgencia, como si

temiera que la luz del sol la hiciera arder cual vampiro.

—Necesito dormir —balbucea.

—Ya lo harás esta noche —le da golpecitos en la mejilla. Naomie arruga la frente y gira la cara hacia el otro lado.

—¿Sabes una cosa? Te prefería cuando eras un feto. Me molestabas mucho menos en la barriga de mamá. Ojalá hubiese algún modo de volver a meterte ahí dentro para siempre.

Timy se ríe.

—En el fondo sé que me quieres. Ahora, te aconsejo que te levantes, te des una ducha y bajes a desayunar si no quieres que mamá sospeche lo que estuviste haciendo ayer. Hay tortitas recién hechas, por cierto.

Naomie hace un gran esfuerzo por abrir los ojos.

—¿Mamá ha hecho tortitas? —eso sí que es raro, Meredith es enemiga declarada de la cocina y no entra en ella a menos que sea estrictamente necesario. Naomie y Timy han crecido a base de comida precocinada, bocadillos fríos y huevos en todas sus variantes: en tortilla, fritos, cocidos, revueltos... Rellenos no, claro, eso requiere un mínimo de talento culinario. Duda sobre si debe bajar a desayunar. La última vez que Meredith cocinó tuvo gastroenteritis durante una semana entera.

—Está avergonzada —explica Tim—, cree que hemos pasado toda la noche escuchando sus lamentos. Quizá se sentiría un poco mejor si le dijera que solo yo he tenido esa suerte. Por cierto, ha llamado la señora Lawrence.

Naomie mira a su hermano de reojo.

—¿Y qué? —espeta.

—Eric no volvió a casa ayer por la noche y no consigue contactar con él. Está muy preocupada. ¿Tú sabes algo?

—¿Por qué iba a saber yo algo? —pregunta malhumorada mientras se incorpora.

—No lo sé, quizá habéis salido juntos esta noche.

—Pues no, he estado con Katy en casa de Lili Cooperman. No sé nada de él desde la semana pasada. ¿Y por qué se preocupa tanto la señora Lawrence? ¡Ni que fuera la primera vez que Eric desaparece! La última vez que no se supo nada de él apareció tres días más tarde como si nada hubiera ocurrido. Bueno, a excepción del tratamiento que tuvo que tomarse contra la gonorrea.

Habla de forma despectiva y a Tim no le pasa desapercibido.

—¿Estás enfadada con él?

—¿Yo? En absoluto...

¡Pues claro que está cabreada con Eric! ¡Cabreadísima! La semana pasada Naomie pilló un pedo a las cuatro de la tarde y se presentó en casa de su amigo en busca de un poco de apoyo moral...

Trastabilló al subir los escalones del porche de los Lawrence. Apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la puerta, golpeándola con el puño sin parar. Toc, toc, toc, toc...

—¡Ya voy, ya voy! —sonó la voz de Eric—. ¡Por Dios!

La puerta se abrió.

—Joder, ¿por qué has tardado tanto? ¿Se la estabas chupando a alguien o qué? —a Naomie se le escapó una risita histérica.

—Oh, vaya, qué sorpresa. Estás borracha —la cogió del brazo y la estiró hasta el interior de la casa—. Tienes suerte de que mis padres no estén. Si te vieran así llamarían a tu madre y...

—Bah, tus padres son unos carcas —le interrumpió sin miramiento—. Siempre tan estirados y bien puestos. Necesitan follar más.

Eric no la rebatió. Por un lado, era consciente de que no podría mantener una conversación coherente con una borracha en su estado. Por el otro, su propia opinión hacia sus padres era exactamente la misma.

—Te prepararé un café —se precipitó a la cocina americana, encendió la cafetera y sacó un par de tazas del armario. Señaló el sofá—. Siéntate ahí, mientras tanto.

—No quiero sentarme. ¡Quiero bailar! —se puso a dar vueltas sobre sí misma haciendo gestos bruscos de cabeza. El pelo le iba de un lado a otro, alborotándose y enredándose. Se dio de bruces con un pie de lámpara y éste se balanceó amenazando con caerse. Eric se aproximó de una zancada y lo sujetó.

—Por favor, siéntate antes de que rompas algo —la agarró de los hombros, haciendo presión hacia abajo hasta que Naomie cedió y se sentó en el sofá.

—¿Cuándo te has vuelto tan aburrido? —puso morritos—. Antes me caías mejor.

—¿Y cuándo has decidido tú que emborracharse a las cuatro de la tarde es

una buena idea? Ya ni siquiera esperas a que se ponga el sol para ahogar tus penas.

La expresión de Naomie cambió. Clavó la mirada en el suelo.

—Lo estoy pasando muy mal —sollozó hundiendo la cara entre las manos.

—Lo sé, cariño, pero tienes que recuperarte ya, estás fuera de control. El otro día te vi enrollarte con Carter Brown. Sabes de sobra que Mike nunca ha sido de mi agrado, que digamos, pero... ¿Carter Brown, en serio? Siempre hemos dicho que nos parece asqueroso y al final terminas con él por despecho.

—¿Y tú eres el más indicado para juzgarme? —se levantó del sofá con brusquedad—. Tú te has acostado con más tíos de los que puedes acordarte.

—No estoy orgulloso de muchas de las cosas que he hecho en el pasado pero estoy intentando cambiar.

—Y dime, ¿cómo piensas hacerlo? ¿Reduciendo las orgías a una vez por semana o yendo al cuarto oscuro solo los días pares?

—Necesitas descansar, estás bebida y no ves las cosas con claridad.

—¡Deja de hablarme como si fuera una alcohólica y una zorra! Todos sabemos que ese puesto es tuyo...

Aquellas palabras quedaron flotando en el salón. Eric levantó la barbilla, entornó los párpados y apretó la mandíbula con fuerza. La cogió de la muñeca y Naomie se deshizo de él con un tirón violento.

—¡Suéltame! —le dio un empujón y se marchó.

Desde entonces, Naomie no se ha visto con Eric ni ha sabido nada de él. Reconoce que, quizá, su reacción fue extremadamente dramática. Eric tenía razón, al fin y al cabo, pero tiene la impresión de que a veces disfruta viéndola así, descarriada y perdida, tocando fondo. Quizá la desgracia ajena le hace sentirse mejor consigo mismo.

—Cómo te he dicho —le dice Naomie a Timy—, no sé dónde está. Ya aparecerá en un par de días o puede que haya decidido irse para siempre... Con Eric nunca se sabe.

## CAPÍTULO 2

Andrew atraviesa las oscuras calles en mitad de la noche con paso acelerado. La ciudad está sumida en el silencio, únicamente interrumpido por sus rápidas y contundentes zancadas. Cada pocos segundos se gira para cerciorarse de que nadie le está siguiendo y procura pasar por los callejones más recónditos y menos transitados que conoce. Por eso tarda casi una hora entera en llegar a casa. Cuando lo hace son las cinco y media de la madrugada. En el porche, saca las llaves del bolsillo de su tejano e intenta encajarlas en la cerradura haciendo el menor ruido posible. Sus padres no pueden saber que se ha escapado a medianoche y que ha estado fuera hasta ahora. Tampoco pueden saber el por qué. Nadie puede. Pero las manos le tiemblan como si se hubiese tomado diez cafés de golpe y la llave repiquetea con un sonido metálico en la cerradura. Él maldice en su fuero interno. Se pasa el antebrazo por la frente para secarse el sudor y respira hondo intentando tranquilizarse. Entra en casa y cierra la puerta tras de sí. Se queda quieto en el recibidor, esperando a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad, y agudiza el oído por si escucha a sus padres. Los ronquidos en el piso de arriba le informan de que, al menos su padre, está durmiendo. Y eso significa que su madre también lo está, porque si ella hubiese escuchado la puerta, habría despertado a su marido al instante para que bajara a echar un ojo. Se quita las bambas y sube las escaleras de puntillas hasta llegar a su habitación. Cierra la puerta tras de sí y suspira más tranquilo. Está a salvo aunque la sensación de alivio se desvanece extremadamente rápido. Mordiéndose con fuerza el interior de su mejilla, se precipita hasta el baño y se topa con su reflejo en el espejo. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar aunque hace ya un buen rato que no le quedan más lágrimas. Abre el grifo de la pica, espera que salga agua caliente y se lava las manos ensangrentadas enérgicamente, casi con violencia. La sangre, que se ha secado formando pequeñas costras negruzcas, se disuelve en el agua, enrojeciéndola, y se desvanece por el sumidero.

*La has cagado pero bien, se reprende. ¿En qué narices estabas pensando al actuar como un idiota inconsciente? Acabas de meterte en un buen lío. Y es tu culpa. Tuya y de nadie más. Ahora deberás afrontar las consecuencias. Y serán terribles, ya lo creo.*

Regresa a la habitación y se acerca hasta la mesita de noche. Coge la

fotografía que descansa sobre ella y la contempla durante varios minutos. Andrew sale favorecido, con una amplia sonrisa que le ilumina el rostro. Y Eric, también sonriente, le mira con el brazo por encima de sus hombros. Es posiblemente su foto favorita. O por lo menos lo había sido hasta ahora. Vuelve a morderse el interior de la mejilla y esta vez un gusto metálico le invade la boca. No, ya no era su foto favorita, del mismo modo que Eric Lawrence ya no volvería a ser su amigo, no volvería a sonreírle o a quedar con él.

*Esta noche ha sido el final. Se acabó.*

Y aunque no puede sentirse más apenado por lo sucedido, ni más desdichado, ni más temeroso por lo que está por venir, también está profundamente dolido y humillado. Por eso, tras contemplar la foto una última vez, la arroja a la papelera con decisión.

*Joder, todo se ha complicado tantísimo en las últimas horas...*

Dando la noche por concluida, se mete en la cama, aunque sabe que no logrará conciliar el sueño. Tiene demasiadas cosas en la cabeza, demasiados problemas, demasiadas preocupaciones. La mayoría de ellas son más pegadizas que la sangre y Andrew no puede limitarse a lavarlas con agua caliente y verlas desaparecer por el sumidero. No, esto le va a perseguir durante mucho tiempo...

Los primeros rayos de sol empiezan a colarse por el hueco de las cortinas. Tiene la cabeza embotada y un doloroso nudo en el estómago. Ojalá hubiese algún modo de hacer que desapareciera. Pero a medida que pasan las horas no hace sino aumentar, constreñirle con más fuerza hasta casi conducirle al ahogo. Se remueve entre las sábanas. Le cuesta decidirse casi veinte minutos bajar a la cocina. Cuando lo hace, se encuentra a su padre leyendo el periódico mientras muerde una tostada con mantequilla y a su madre hablando por teléfono con el ceño fruncido. Parece preocupada.

—Sí, de acuerdo —Carol se mordisquea la uña del dedo meñique—. En cuanto sepa algo te llamo. Y no te preocupes, todo saldrá bien, ¿de acuerdo?

Cuelga y deja el teléfono sobre la mesa. Entonces mira a Andrew de arriba abajo y abre los ojos todo lo que puede.

—¡Santo cielo, qué mala cara haces hoy! —exclama—. ¿Has dormido

bien?

—De un tirón— se prepara un bol de leche con muesli y se lleva la primera cucharada a la boca en aire ausente. El crujir de los cereales es el único sonido que se escucha hasta que Carol interviene.

—Acabo de hablar con la señora Lawrence. Me ha llamado muy preocupada.

Al escuchar aquél nombre, Andrew levanta su vista de los cereales y mira a Carol con inquietud. Sabía que tendría que enfrentarse con las consecuencias de sus actos pero no imaginaba que sería tan temprano. Todavía no está preparado, aunque lo más probable es que nunca lo esté. Traga con esfuerzo y se atreve a preguntar:

—¿Ha ocurrido algo?

—Dice que no sabe nada de Eric desde ayer. Se fue a trabajar al *Queen's* pero no ha aparecido por casa todavía. Está llamando a sus amigos por si habéis estado con él o si sabéis si tenía intención de ir a alguna parte... —da un pequeño sorbito a su café y se encoge de hombros—. No sé, parece muy alterada, pobrecilla.

—Esa mujer tiene el cielo ganado —Henry niega con la cabeza sin levantar la vista del periódico—. Eric va a conseguir llevarla por el camino de la amargura. Me pregunto en qué lío estará metido ahora.

—Quizá le ha pasado algo malo —aventura Carol.

—Oh, no, mala hierba nunca muere.

—¡Henry! —le da un codazo en las costillas y señala a Andrew con un gesto de barbilla. El joven sigue comiendo sin inmutarse, aparentemente, ante los comentarios despectivos de su padre. Él nunca ha sentido demasiado afecto por Eric y tampoco ve con buenos ojos la amistad que mantiene con su hijo. Carol se aclara la garganta y le dice a Andrew—: Ya le he dicho a la señora Lawrence que tú has pasado toda la noche en casa pero que, de todos modos, te preguntaría por si sabes algo que pueda serle de utilidad.

Andrew se esfuerza por ocultar una sonrisilla irónica. Aquella era la versión más alejada de la realidad. No había dormido plácidamente durante toda la noche como un niño bueno. Pero su madre no lo sabía y nunca podía enterarse. Andrew siente una punzada de culpabilidad al tener que mentir a una persona que confía ciegamente en él. Saber el dolor que le ocasionaría a

Carol una traición así, saber que su confianza se rompería en mil trocitos sin posibilidad de ser reconstruida, le abruma y le hace sentirse la peor persona del mundo. Y ante tal perspectiva, en lugar de dejar el engaño a un lado y sincerarse, decide que la única salida es mentir de nuevo:

—Pues lo siento, yo no sé nada.

Carol asiente y no vuelve a insistir con el tema, segura de que aquella es la más absoluta verdad.

Andrew engulle lo que le queda de desayuno y sube pitando a su habitación. Coge el teléfono móvil y coloca el dedo sobre el número de Eric. Sabe que no le va a contestar, es inútil intentarlo, pero presiona la tecla verde en un impulso involuntario. Como era de esperar, salta el contestador y suena la voz de Eric. Andrew cierra los ojos y se coloca una mano sobre el pecho mientras le escucha y se lo imagina hablando con esa sonrisa seductora y esos ojos verdes chispeantes.

—¡Hola, soy Eric! Ahora mismo estoy ocupado en algo más importante que tú, así que deja un mensaje y te devolveré la llamada más tarde si me apetece. ¡Mua!

Cuelga y llama a Naomie.

—¿Siiiiiiiií?

Voz de resaca, está seguro. Pone los ojos en blanco y pregunta sin andarse con rodeos:

—¿Sabes algo de Eric?

—¿Por qué todo el mundo está tan jodidamente preocupado? ¡Él es así!

—Sé cómo es Eric y sé que no es la primera vez que da un susto a sus padres pero... tengo la sensación de que esta vez es distinta. Me siento intranquilo —y desea de todo corazón poder contarle el porqué. Pero no puede, claro.

—Pues qué interesante... —Naomie intenta hacerse la dura.

—¿Estás bien? —pregunta Andrew.

—De maravilla.

—Vamos, Naomie, sé lo de tu enfado con Eric. Ayer por la tarde me lo contó.

Ella chasquea con la lengua.

—Siempre le ha costado mantener la boca cerrada, por eso ha tenido más de un herpes genital en la lengua. Seguro que me despedazó sin compasión, estuvieron pitándome los oídos toda la tarde. ¿Pero sabes qué? ¡Ya estoy harta de su tonito condescendiente y sus burlas sutiles!

—Te equivocas, él no...

—Sí, ya, claro —le interrumpe—. ¿Qué vas a decir tú? Siempre te pones de su parte.

—Eso no es cierto.

—¡Sí que lo es!

—¡No!

—Vale, entonces, ¿qué fue lo que te dijo?

Andrew recuerda la conversación...

Estaba tumbado sobre la cama de Eric comiendo un sándwich integral de queso y salmón ahumado para chuparse los dedos. Eric hacía lo propio en el sillón de piel. Solían pasar tardes enteras como aquellas, charlando, viendo películas y merendando. Pero, generalmente, lo hacían los tres. Andrew, Eric, Naomie. Siempre los tres.

—¿Por qué no ha querido venir Naomie? —preguntó Andrew.

—¿No te lo ha contado?

—¿El qué?

Eric suspiró y dejó el medio sándwich que le quedaba sobre el plato que descansaba en el tocador.

—Hemos discutido. Bueno, ella se ha enfadado conmigo y me ha mandado a la mierda.

—¿Y eso por qué? —alzó las cejas.

Eric le resumió los acontecimientos. La borrachera de Naomie, las lágrimas y los reproches.

—Y entonces me dijo que yo no tenía derecho a juzgarla, que yo soy mucho peor que ella. Y tiene toda la razón, para qué vamos a engañarnos. Yo nunca pretendí juzgarla. Pero no atendía a razones. Me dio un empujón y se largó.

—No la justifico pero está teniendo unos días difíciles —comentó Andrew.

—Lo sé, lo sé. Y la entiendo, de verdad —se levantó del sillón, se dirigió al armario de madera blanca y empezó a buscar entre las perchas—. Se siente dolida y traicionada por ese palurdo de Mike, está a la defensiva. No se da cuenta de que solo pretendo ayudarla.

—¿De verdad crees que Mike la dejó porque sus padres le obligaron a hacerlo? Eso sería... raro.

—No es raro si eres un lameculos. ¿De verdad te sorprende? Ese chico siempre me ha parecido un pardillo integral. Sabía que la autoestima de Naomie estaba un poco deteriorada pero, ¿tanto como para acabar con él? Se merece algo mejor.

Desde la cama, Andrew observó a Eric buscando en el armario. Deparó en la camiseta que se ajustaba tan bien a su cuerpo, a sus hombros anchos, a su espalda musculada que se estrechaba hasta la cintura, en sus nalgas apretadas y respingonas. Eric escogió una camisa azul celeste y la sacó del armario. Se giró de improviso y la sostuvo en alto.

—¿Qué me dices, te gusta?

Andrew levantó la mirada, avergonzado, hasta que se encontró con el rostro de Eric.

—Eh... sí, claro, sí. Es muy bonita.

Eric esbozó una sonrisa.

—Pues tendrías que ver cómo me queda puesta —le guiñó un ojo—. Me la he comprado para cuando salga del *Queen's* esta noche.

—¿Qué ocurre esta noche? ¿Tienes una cita o algo así?

—Algo así —dijo resueltamente—. Es difícil de explicar.

—Prueba a hacerlo, entonces.

Eric se miró el reloj plateado de la muñeca y le centellearon los ojos, como siempre que tenía un secreto entre manos.

—Otro día, quizá, ahora debo irme a trabajar.

La voz de Naomie al otro lado de la línea arranca a Andrew de su recuerdo.

—Me sorprende que Eric se mostrara tan comprensivo, le pega más urdir un maquiavélico plan en mi contra como forma de venganza.

—No seas tan cruel con él, anda.

—¡Y ahí está Andrew al rescate! Otra vez —suspira ruidosamente—. Cuando quiero puedo ser una perra del infierno, ¿no?

—Tú lo has dicho.

A Naomie se le escapa una risita, más calmada.

—Oye, te dejo, he tenido una noche intensa y estoy agotada. Mañana nos vemos en clase. Eric, tú y yo. Los tres. Incluso haré las paces con él y volveremos a ser felices y a comer perdices. Lo prometo. ¿Vale?

—Valen—asiente Andrew. Quiere creerla aunque en el fondo sabe que no será, ni de lejos, tan sencillo.

### CAPÍTULO 3

Naomie cruza el arco de entrada del instituto Fisher y observa el panorama con desgana. Las mismas caras de siempre. Lo detesta. También detesta que empiecen las clases, que termine el verano, tener que saludar a todo el mundo, sonreír aunque tenga ánimos de perro y fingir que ha tenido las mejores vacaciones de su vida... ¡Qué narices, detestaría hasta al perrito de Scottex el primer día de curso! Cuando alguien se acerque y le pregunte cómo le va, siempre puede contestar con un *“¡Genial! ¿Te acuerdas de mi novio Mike? Resulta que ya no somos novios. Me dejó porque se lo mandaron sus padres. Yo he llorado cada día durante dos meses. No es para tanto, al final te acostumbras y se convierte en una especie de lagrimeo crónico, o algo así. Es molesto, pero se puede soportar. El vodka ayuda mucho, por eso me he pasado casi todo el verano borracha. Cuando no estaba ebria, estaba con resaca. O vomitando. O durmiendo. O todo eso a la vez. Espero que el verano que viene sea igual que este... ¡o incluso mejor!”*. Después de pensarlo con mayor detenimiento decide que, si alguien le pregunta, se limitará a contestar con un *“Bien, gracias”* y no piensa preguntar *“¿Y tú?”* porque, seamos sinceros, le da absolutamente igual.

La primera persona en abordarla es Clay W, el capitán del equipo de fútbol. Es alto y se le marcan músculos hasta en las cejas. Es engreído, pretencioso y egocéntrico. Un capullo, vamos, aunque todas las chicas pierden la ropa interior cada vez que le ven. A Naomie, que siempre le han gustado los chicos más modositos, no alcanza a comprender el por qué.

—¿Cómo va eso? —Clay esboza una sonrisita juguetona y Naomie pone los ojos en blanco.

—Genial hasta que has aparecido.

—Au, no seas tan cruel conmigo, por favor —se apoya en la pared de forma seductora y realiza una mueca morbosa.

—No estoy de humor, ¿qué quieres?

—Solo quería saber cómo estabas. He oído que el palurdo de Mike te ha

dejado tirada.

Al oír aquel nombre se le entrecorta la respiración pero intenta que no se le note. Él se acerca y le acaricia una mejilla.

—Ni lo intentes, mono dopado —dice Naomie con indiferencia. Estira el cuello y barre el patio con la mirada, buscando entre el gentío—. No me enrollé contigo el año pasado, ni el anterior, ni el otro... Todavía no estoy loca.

—Loca, no, pero he oído que desde que tu novio te dejó te has vuelto un poco, ya sabes, ligera de cascos.

—No lo suficiente como para que me apetezca tocarte ni con un palo.

Clay suelta una carcajada y, al meterse la mano en el bolsillo, los músculos de su brazo se tensan y se marcan todavía más.

—Se nota que eres amiga de Eric, todo lo malo se acaba pegando. Por cierto, ¿dónde están tus amiguitos? ¿Haciendo guarradas en el baño?

—¿Acaso te pone imaginarles? —entrecierra los ojos con picardía.

Él se apega más a Naomie y le susurra al oído:

—No tanto como me pone imaginarte a ti sin esa blusa.

Naomie levanta el pie y lo deja caer con fuerza sobre el de Clay, clavándole el tacón de hierro de su bota. Él aprieta los dientes con fuerza, reprimiendo un grito. Se obliga a sonreír. Naomie también lo hace por primera vez, antes de darse la vuelta y perderse entre el tumulto.

Se encuentra con Andrew en una zona muy pintoresca que hay cerca de la entrada, con mesas y bancos de piedra. Andrew, Eric y Naomie se esperan aquí cada mañana a primera hora para ir juntos a clase. Andrew, que hace cara de no haber pegado ojo, mira en todas direcciones con impaciencia. Está tan concentrado que ni siquiera se da cuenta de la llegada de su amiga. Ella carraspea. Nada. Se descuelga el bolso del hombro y se lo tira sobre el regazo. Los brazos de Andrew se cierran sobre él en un acto reflejo y pega un bote, asustado.

—¿Se puede saber qué haces? —Naomie recupera su bolso de un manotazo.

—Buscar a Eric, ya debería estar aquí.

—Todos sabemos que la puntualidad nunca ha sido su fuerte.

Pasan diez minutos. El timbre ha sonado hace cinco y ya no hay nadie en el patio salvo ellos dos.

—Vaya, ni siquiera yo pensé que sería capaz de saltarse su primer día de clase —comenta Naomie—. Esta vez se ha coronado. ¿Vamos?

Andrew niega con un leve gesto de cabeza, el cuerpo en tensión y la mirada clavada en la entrada principal, esperando verle aparecer en cualquier momento.

—Me quedo a esperarle.

Naomie alza el rostro hacia el cielo y resopla.

—Relájate de una vez, tío. ¡Es tu amigo, no tu novia! Vendrá a segunda hora o quizá ha decidido hacer pellas hasta mañana. ¿De verdad importa tanto? —Andrew hace caso omiso a los comentarios. Ella cierra los ojos y se agarra el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar. Coge aire—. Oye, no hay nada que me apetezca más que pasarme la mañana aquí fuera tomando el sol pero debemos entrar ya. No vas a esperarle aquí plantado todo el día — le coge del brazo y le arrastra a la fuerza hasta la sala de actos.

Allí se encuentra el director Jefferson, un hombre bajito y bigotudo que se seca el sudor de la frente con un pañuelo cada dos segundos. Está dando una charla de presentación. Cordialidades banales, iguales a las del año anterior e iguales que las del próximo, palabrería para intentar vender una imagen sofisticada y positiva del instituto.

—Me complace daros a todos la bienvenida al centro un año más, en especial a aquellos nuevos alumnos que se incorporan este curso y quienes espero tengan una cálida acogida...

Naomie no presta atención, lo cual no es ninguna novedad. Desde su sillón observa a todos los presentes con aire distraído. Incluso se da la vuelta para ver quién hay en las hileras de atrás.

—Déjame adivinar —susurra Andrew, sagaz—. Me recriminas que me preocupe por Eric pero tú no has dejado de buscar a Mike desde que has llegado. ¿Me equivoco?

—Es obvio que te equivocas —arruga tanto la frente que las cejas se convierten en una sola—, como siempre que abres esa boca que tienes.

Mentira. De las gordas. Por supuesto que intenta localizar a Mike. Tiene que estar en la sala de actos pero no ha conseguido verle todavía. Se siente

rara y patética por buscarle. Desde que Mike la dejó no han sabido nada el uno del otro y ella ha logrado auto-convencerse de que le odia, sin embargo ahora se siente nerviosa y excitada ante el inminente encuentro: quiere saber cómo está, cómo le ha ido el verano, si al estar sin ella se ha dado cuenta de que la quiere o si se ha echado otra novia. Como si eso importara en absoluto.

*Eres una gilipollas integral, con lo que te ha hecho sufrir y todavía te preocupas por él.*

El director Jefferson habla durante media hora y concluye diciendo:

—También me gustaría animar a los alumnos de último curso a que se esfuercen más que nunca ahora que están a las puertas de la universidad. Espero que todos y cada uno de vosotros logre cumplir sus sueños y que su paso por éste centro les haya servido para algo, tanto profesional como personalmente —se seca el sudor de la frente y suspira como si se hubiera quitado un peso de encima—. Gracias por vuestra atención.

Todos se dirigen como un rebaño hasta el aula donde las clases darán comienzo. En la puerta, Naomie se repeina con los dedos y se pasa la lengua por los dientes, intentando armarse de valor. Una vez se atreve a entrar, sin embargo, se deprime al comprobar que Mike tampoco está allí. Lo que es peor aún, cuando la profesora pasa lista en voz alta, ni siquiera menciona su nombre.

—¿Qué le pasa a la gente? —dice, malhumorada, en el descanso. Está comiendo un brownie de chocolate con ansiedad, tragando pedazos de magdalena sin apenas masticarlos—. ¿A todo el mundo le ha dado por desaparecer a la vez, o qué?

—Eso no tiene gracia —contesta Andrew—, Eric podría estar metido en algún lío serio.

—¡Sí, seguro! En el único sitio en el que se habrá metido es entre las sabanas de algún tío bueno. O varios. Hazme caso, le conozco.

—Los dos le conocemos —espeta con brusquedad.

—¡Oye, tranquilo! ¿Por qué no dejas de preocuparte aunque sea por un segundo? No le des tantas vueltas y piensa en otras cosas. Por ejemplo... —se esfuerza en encontrar un tema que le distraiga—. ¡Las chicas nuevas! ¿Te has fijado en ellas? Había una rubia bastante guapa que no paraba de mirarte.

—No, no me he dado cuenta —contesta de mala gana—. Además, las

rubias no son mi tipo.

—¿Hay alguna que lo sea?

Andrew, que ha pellizado un trocito de brownie para probarlo, se atraganta y le sobreviene un ataque de tos.

—¡Pues claro que sí! —exclama con indignación.

—Ay, mi pequeño Andrew —no está del todo convencida. Se siente desesperanzada por él. Su vida amorosa es nula y nunca muestra interés por nadie. A veces piensa que es por miedo e inseguridad. Otras, porque es asexual. Luego se reprende a ella misma por ese pensamiento tan cruel y se dice que la primera opción es la más probable—. Necesitas darle un empujoncito a tu vida amorosa —Andrew se sonroja—. Yo podría ayudarte a conseguir una chica, ¿sabes? Yo soy una chica, al fin y al cabo: sé cómo somos, lo que nos gusta y cómo se nos puede conquistar.

*Hasta he pasado la noche con una.*

Un chico de cuarto pasa junto a ellos y se aleja en dirección al campo de fútbol. Sostiene una hoja de papel que observa con semblante abstraído. Aun sin intención, a Naomie le da tiempo de ver la imagen que hay impresa en él. Ha sido solo un segundo pero cree estar segura...

—¿Estás bien? —Andrew percibe su mueca de alarma—. Te has puesto pálida de repente.

Naomie se levanta y mira a su alrededor. ¡No es posible! Sus ojos tienen que haberla engañado. Entonces se percata de que en otra mesa, a apenas unos metros de distancia de la suya, dos chicas también tienen el papel. Lo miran y comentan entre ellas, parecen turbadas y excitadas al mismo tiempo.

—¡No me lo puedo creer! —dice una—. ¡Qué fuerte!

—Ya te digo, me pregunto qué le habrá pasado —comenta la segunda con más morbo que preocupación.

Naomie se acerca hasta ellas con paso decidido y Andrew, que también se ha levantado, camina tras ella con cierta inseguridad.

—¡Déjame ver esto! —con un inesperado y fugaz manotazo, Naomie le arranca el papel de las manos a una de las chicas.

—¡Eh! —se quejan ambas.

Naomie comprende, petrificada por el estupor, que sus ojos no la han engañado. Andrew se acerca, preocupado por su expresión, apoya una mano

sobre su hombro y le quita con delicadeza el papel de entre los dedos. Se trata de una fotografía de Eric impresa en blanco y negro. Ellos la han visto antes, es una de las favoritas de su amigo: la utilizó como foto de perfil en Facebook, como fondo de pantalla de su ordenador y también la hizo revelar para colgarla en el tablón de corcho de su habitación. Fue tomada en el porche de su casa el día de la Madre, si mal no recuerdan. El espacio de la esquina inferior derecha está ocupado por un manto espeso de geranios y margaritas (la imagen original es una explosión de colores) mientras en la otra está su perro labrador, recio, vital y pletórico como siempre. En la parte de atrás hay uno de esos banquitos colgantes que se balancean, en el cual los tres han pasado largas tardes de verano charlando y riendo. Eric sale muy guapo, con sus ojos brillantes y pícaros y una sonrisa ladeada que emana inteligencia. La foto es preciosa, de hecho, y no les estaría causando esa horripilante sensación si no fuera por el número de contacto y la palabra que hay estampada en letras grandes y rojas: DESAPARECIDO.

—¿Qué significa esto...? —a Andrew se le entrecorta la voz. Mira a Naomie, suplicante, como si esperara que ella tuviese una explicación lógica que pudiese tranquilizarle. No la tiene.

—¿De dónde lo habéis sacado? —pregunta ella a las chicas. Tiene el papel cogido entre el dedo índice y el pulgar y lo ha alzado hasta la altura de su cabeza.

—La madre de Eric nos lo ha dado —contesta una—. Está en la entrada principal, repartiendo estas hojas a todo el mundo.

—Sí —interviene la otra—, parece que vuestro amiguito ha vuelto a hacer de las suyas.

Andrew y Naomie se miran el uno al otro y, como si estuviesen sincronizados telepáticamente, ambos empiezan a caminar a la vez. Se dirigen veloces hasta la entrada del instituto y consiguen localizar a la señora Lawrence en mitad de un tumulto de gente. Se abren paso entre la multitud con esfuerzo —y algún que otro codazo— hasta que consiguen llegar junto a ella.

—¡Chicos! —se le rompe la voz cuando les ve. Les abraza impetuosamente, mientras ellos aguardan tiesos como estacas, todavía confusos y desorientados. En una mano lleva un bloque de hojas de dos dedos de grosor, cientos de copias del rostro de Eric a punto de ser esparcidas por

toda la ciudad. Lleva el pelo azabache recogido en un moño bajo, viste blusa y pantalones negros y unas enormes gafas oscuras ocultan su rostro.

*Joder. ¿No hace ni dos días que no sabe nada de Eric y ya está de luto? ¡Es de locos!*

—¿A qué viene esto? —Naomie hace un gesto con la mano que pretende abarcar la aglomeración de estudiantes, los carteles que pasan de mano en mano, los rumores y los cotilleos—. Entiendo que esté preocupada, de verdad que sí, pero seamos sinceros: no es la primera vez que Eric hace algo así. ¿Todo este alboroto es necesario? Él siempre vuelve, tarde o temprano.

La señora Lawrence se vuelve hacia ella y la coge del brazo. No en un gesto brusco o violento, en absoluto, pero aun así sus uñas se le clavan en la piel.

—Esta vez es distinta, lo noto, lo presiento —aunque no puede verle los ojos, Naomie siente la mirada severa de la señora Lawrence atravesar los cristales negros de las gafas—. Solo una madre sabe cuando algo no va bien —sus dedos se abren ligeramente y Naomie aprovecha para liberarse con un movimiento prudente. Se masajea el brazo mientras la señora Lawrence se enfrasca de nuevo en la repartición de carteles—. ¡Sé que le ha pasado algo, debemos encontrarle cuanto antes!

*Genial, ahora resulta que las madres son seres sobrenaturales, con el don de la premonición y un sentido de la percepción hiper-desarrollado. ¡Entonces usa tus poderes y adivina donde está tu hijo en vez de seguir repartiendo cartelitos!*

—Señora Lawrence —Andrew se coloca la mano derecha sobre su hombro izquierdo, un gesto inconsciente que le ayuda a infundirse coraje a sí mismo—. ¿Hay algo que nosotros podamos hacer para ayudar?

La mujer se detiene de nuevo, se gira hacia Andrew y Naomie y se acerca todo lo posible a ambos.

—Hablé con vuestras madres y ellas ya me dijeron que no estuvisteis con Eric la noche del sábado pero —se encoge de hombros—, si supierais algo que pudiera ser de utilidad... si tenía algún plan después del trabajo, si se veía con alguien o, yo que sé, cualquier cosa.

—Ojalá —comenta Naomie—, pero él siempre ha sido muy reservado con sus asuntos. O al menos conmigo. Además, para serle sincera, Eric y yo nos

enfadamos hace unos días y no hemos vuelto a hablar desde entonces. Lo siento.

Andrew entiende que ha llegado su turno de respuestas cuando la mirada anhelante de la señora Lawrence se detiene en él. Automáticamente recuerda el último día que se vio con Eric.

—*¿Qué me dices, te gusta?* —le había preguntado él mientras le enseñaba con visible emoción la camisa azul celeste—. *Me la he comprado para cuando salga del Queen's esta noche.*

Eric tenía algo planeado para aquella noche y, aunque no le entró en más detalles, lo cierto es que no fue necesario, porque Andrew sabía con exactitud cuáles eran las intenciones de su amigo.

—Pues, eh... —Andrew maldice a su cerebro por no ser capaz de elaborar una frase sensata y convincente que le ayude a salir del paso.

La señora Lawrence detecta el titubeo.

—Sé que eres su mejor amigo —se ha inclinado hacia delante y ha bajado el tono de voz como si estuviese a punto de hacer una confesión— y también sé que nunca traicionarías su confianza o expondrías sus secretos. Pero necesito que entiendas que esta es una situación delicada. Cualquier información, por mínima que parezca, puede ser de inmensa utilidad. Si sabes algo que yo deba conocer, te lo ruego, dímelo. Hazlo por Eric.

Al recuerdo de la camisa azul celeste se le suma otro más. Se ve a sí mismo, unas horas más tarde, desolado en mitad de la madrugada, con las manos manchadas de sangre, llorando y correteando entre las sombras hasta llegar a casa a las cinco y media de la noche. Desvía la mirada cuando le invade el miedo irracional de que la señora Lawrence pueda ver toda la verdad en el fondo de sus ojos.

—Lo siento mucho —dice todo lo seguro de sí mismo que puede—. A mí tampoco me contó nada.

## CAPÍTULO 4

Naomie recorre los pasillos con paso firme y se detiene ante la ventanilla de secretaría. Se apoya sobre el mostrador y la señora que hay tras él, una cuarentona llamada Carla con un moño exuberante y elegante, sonrío con amabilidad.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo?

—Eso espero —se muerde el labio inferior, estudiando el modo más efectivo de exponerle la situación. Chasquea con la lengua y declara—: Me muero.

La sonrisa de la mujer se desvanece al instante y abre mucho los ojos. Se lleva la mano hasta la cruz que le cuelga del cuello y la acaricia con la yema de los dedos.

—Disculpa, ¿cómo dices?

—La incertidumbre está acabando conmigo, necesito respuestas o pronto van a tener que encerrarme en un psiquiátrico.

Carla se inclina hacia delante, todavía tocando la cruz pero mucho más relajada.

—Explícame en que puedo ayudarte —habla muy pausada—, y haré todo lo que esté a mi disposición para hacerlo.

Naomie asiente con agradecimiento.

—Necesito saber por qué Mike no ha venido a clase esta mañana y por qué no aparece en la lista de alumnos. ¿Qué está pasando? —lo pregunta con los ojos llorosos.

—Oh, cielo —comenta con aflicción y, automáticamente, Naomie sabe que ha fallado el primer asalto—, no puedo darte esa información. Lo siento mucho.

*Segundo asalto, entonces.* La expresión de Naomie se endurece y desactiva el modo lagrimeo fácil.

—Me pregunto qué ocurriría si se llegara a saber que fuiste tú quién filtró los exámenes finales el año pasado a cambio de dinero de los estudiantes.

*Jesús, lo que una es capaz de hacer por esos trozos de carne pegados a un pene llamados hombres.*

A Carla se le cae la mandíbula.

—No serás capaz.

—No subestimes a una adolescente con el corazón roto.

—¡No tienes pruebas!

—Es cierto —asiente. Entonces se abalanza sobre el mostrador, alarga el brazo y mete la mano en el bolso de Carla. Saca una petaca plateada y la sostiene en el aire, triunfante—, pero tengo esto. No creo que al director Jefferson le guste demasiado saber por qué estás siempre tan contenta. Y a Dios tampoco, por cierto.

Carla levanta las manos en señal de rendición.

—Está bien, te lo diré.

—Así me gusta.

—Mike ya no está inscrito en este instituto.

—¿Qué? —la noticia le cae como un cubo de agua fría—. Eso no puede ser, tiene que tratarse de un error. Vuelve a mirar entre tus papeles, o en el ordenador, ¡o donde sea!

—Naomie —pese haber sido amenazada y chantajeada, un atisbo de compasión reside todavía en su voz—, no es ningún error. Mike no va a volver.

—Seguro que esto es cosa de sus malditos padres —cierra los puños hasta que los nudillos se le tornan blancos—. ¡Le han metido en otro centro para mantenerle alejado de mí! —la secretaria carraspea, negando con la cabeza—. ¡¿Qué?!

—Verás, fue Mike quién vino a presentar los papeles. Lo del cambio es cosa suya, no de sus padres. Dijo que era lo mejor para todos.

—¡Oh! —da un paso atrás y, rascándose la frente, se fuerza a sonreír—. Está bien. Eso era todo lo que necesitaba saber. En fin, yo... No te hago perder más el tiempo. Gracias.

Se da media vuelta y empieza a alejarse.

—¡Oye! —Carla se levanta de la silla—. ¡Mi petaca!

—¡No te preocupes, te la devolveré en cuanto esté vacía!

Gira a la derecha y desaparece.

Andrew ha buscado a Naomie por el patio del instituto, en su aula y en la sala de actos pero no ha conseguido localizarla. Incluso se ha acercado a Carla, la secretaria, para preguntarle si la ha visto. Ella ha puesto muy mala cara al escuchar su nombre, Andrew no sabe el porqué, y ha comentado bastante alterada que no quiere saber nada de todo este asunto y que la dejen trabajar tranquila. Algo aturdido, Andrew se resigna a seguir la búsqueda por su cuenta.

Después del encuentro que habían tenido en la entrada con la señora Lawrence, Naomie había dicho que tenía que irse un momento a comprobar “una cosa importante”.

—Uau, no cal que seas tan explícita —ironizó Andrew, incluso se ofreció a acompañarla, pero ella continuó alejándose como si no le hubiese escuchado.

Bastante rato más tarde, Andrew se encuentra en uno de los pasillos con un par de chicas de su clase y ellas le informan, antes incluso de que él les pregunte, de que han visto a Naomie entrando en el baño hecha un mar de lágrimas.

*¿Y ahora qué pasa?* —se pregunta al instante, exhausto—. *Con Naomie y Eric parece que cada día es una nueva aventura. Y no de las buenas, precisamente.*

Entra en los baños de chicas, consciente de que se arriesga a recibir una buena patada en el culo de alguna muchacha ofendida, pero Steisy de octavo se limita a dirigirle una desaprobadora mirada.

—¡Lo siento, emergencia de amiga! —sonríe Andrew, colocándose delante de la única puerta cerrada y golpeándola con los nudillos. Steisy suelta un bufido de indignación y se marcha—. ¿Naomie, estás ahí? —nadie le contesta pero la oye llorar. Ha escuchado su llanto multitud de veces este verano, así que conoce a la perfección cada uno de sus matices—. Ábreme, no hagas que tenga que suplicarte.

Un último sollozo seguido por unos segundos de silencio. Entonces se escucha el cerrojo al deslizarse y la puerta se abre con lentitud. Naomie tiene la cara empapada y los ojos hinchados. Sostiene una petaca entre ambas manos, sosteniéndola con firmeza como si temiese que fuera a escapársele,

dando pequeños sorbos cada cinco segundos.

—Madre mía, ¿estás bien? —pregunta Andrew, pasmado ante la peliaguda escena—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Todo es una mierda, Andrew! —solloza ella.

Está sentada en el suelo, junto a la taza del váter y apoyada en la pared. Andrew no puede evitar fijarse con cierto disgusto en los viejos azulejos: están mugrientos, hay chorretones secos y oscuros y tropezones incrustados de algo difícil de determinar.

*Es el primer día de clase, me pregunto cómo estará esto a final de curso.*

—La única mierda que veo por aquí es sobre la que estas sentada. Venga, deja de beber eso, te ayudaré a levantarte —Naomie se incorpora pero se balancea, amenazando con caerse de un momento a otro. Andrew le quita la petaca de las manos—. Genial, borracha en el instituto. Cuéntame qué ha pasado.

—¡Me ha abandonado! ¡Se ha terminado, para siempre!

—¿Quién?!

—¡Mike! —grita en medio de una risilla histérica.

*¿Acaso es una novedad? Hace dos meses de lo de Mike y su “lo siento pero papá y mamá no quieren que salga contigo y yo no soy lo bastante hombre para tomar mis propias decisiones así que te dejo”. ¿A qué viene tanto drama a estas alturas de la película?*

Naomie se dispone a explicarse:

—Al ver que Mike no ha dado señales de vida en toda la mañana he tenido un mal presentimiento, ¿sabes? Así que me he acercado a secretaría en busca de información y aunque la “santurrona” de Carla se ha resistido, al final la he hecho cantar. No quería creerla pero me ha dicho que... que... —un ataque de hipo la sacude, interrumpiéndola, aunque entre espasmo y espasmo se las apaña para decir—: ¡Que Mike ha dejado el instituto! ¡Es horrible, catastrófico!

Tanto Naomie como Andrew habían aguardado la esperanza de que la crisis de identidad de Mike fuera un trastorno pasajero y de que, después de reflexionar intensamente durante todo el verano, se diera cuenta de lo muchísimo que amaba a Naomie y decidiera echarle un par de huevos a la situación. Pero visto lo visto, Andrew concluye que toda posibilidad de que se

produzca una reconciliación acaba de esfumarse. Su querida amiga ya no va a ser feliz y a comer perdices o, en caso contrario, lo hará sola. Está decepcionado: aunque Eric siempre ha puesto por tierra a Mike y ha intentado convencerles de que es un friqui sin sangre ni iniciativa propia, Andrew nunca le ha visto cómo el tipo de chico que sale huyendo con el rabo entre las piernas. De todos modos, se esfuerza para que esta decepción no se refleje en su rostro y comenta en un tono que pretende ser optimista:

—Yo no lo veo tan horrible. Se supone que ahora que no tendrás que verle cada día rondando por aquí, podrás olvidarte de él mucho más rápido. Es más complicado pasar página cuando tienes que ver a tu ex-novio en el pupitre de enfrente, os toca hacer un trabajo de ciencias juntos o debéis hacer abdominales por parejas en educación física... Creía que conseguir pasar de él era tu objetivo.

—¡Yo no tengo ningún objetivo! Esperaba que cuando volviéramos a vernos hoy, se diera cuenta de cuánto me ha echado en falta, de todo lo que se ha estado perdiendo durante el verano. Pensé que, a lo mejor, volvería arrastrándose a mí pidiéndome perdón y suplicándome volver a salir. ¡¿Cómo va a hacerlo si no voy a verle nunca más?

Andrew la abraza.

—Después de todo lo que has sufrido, tal vez sea lo mejor. Hace meses que cortasteis y estás todavía peor ahora que el primer día. Quizá perder la esperanza que te quedaba te ayude a dejar de aferrarte a él, a superarlo de una vez por todas.

—¡Dios mío! —se echa la mano al pecho—. ¡Espero que sea pronto porque no puedo soportar este dolor! ¿Te importaría meterme la cabeza en el retrete y mantenerla hasta que deje de patalear? Lo haría yo misma pero no creo que pueda...

—Deja de decir tonterías. Lo que tienes que hacer es salir del instituto antes de que alguien se dé cuenta de que vas pedo y te ganes una expulsión. Intenta aparentar que estas serena y sal por la puerta de emergencia, no suele haber nadie vigilándola. Yo llamaré a un taxi, no puedes ir sola a casa en este estado, y le diré a la profesora Carlee que has tenido que irte por una gastroenteritis, ¿de acuerdo?

La mente embotada de Naomie solo alcanza a aislar las palabras salir,

emergencia, taxi y casa, suficiente información para poder hacerse una idea de cuál es el plan a seguir. Camina hasta la pica y se coloca frente al espejo. Se pasa los dedos por el pelo, se limpia el rímel que hay fuera de su sitio y utiliza un espray mentolado para el aliento. Sigue estando hecha un desastre pero algo es algo. Ambos salen del baño. Andrew la acompaña hasta la puerta de emergencia y se queda allí para asegurarse de que Naomie sube a un taxi y desaparece calle arriba.

Y allí está él. Sin Naomie. Sin Eric. Completamente solo.

Andrew recuerda que, desde bien pequeñito, sus únicos amigos han sido Naomie y Eric. Los tres fueron capaces de forjar una amistad de verdad, de las sólidas e inquebrantables, de las que la gente tiene envidia aunque no lo reconozcan. Más allá de ellos, Andrew nunca se relacionó con otros niños. No le interesó hacerlo, en realidad, porque sentía que jamás lograría conectar con nadie del mismo modo que conectaba con sus dos amigos. Si alguien le saludaba, se limitaba a realizar un sutil gesto de cabeza; si intentaban conversar con él, contestaba con monosílabos; y si alguien soltaba algún comentario que pretendía ser gracioso, torcía el labio en una mueca que solo transmitía aburrimiento. Sus dotes sociales habían sido pésimas, y los intentos de acercamiento por parte de sus compañeros de clase, hacía muchísimos años que eran inexistentes. Nunca le hicieron falta, nunca los extrañó. Estaba en compañía de las únicas personas que quería y que, por supuesto, le querían.

*Es curioso. Te centras en alguien y te olvidas de todos los demás, aferrándote a la seguridad que da formar parte de un grupo. Pero entonces, de la noche a la mañana, ese grupo deja de existir y te quedas sin nada. Toda esa gente que pulula a tu alrededor desde hace años y a los que has ignorado, ahora no son más que simples desconocidos.*

Camina por los pasillos mientras espera a que suene el timbre y las clases empiecen de nuevo. Entonces se encuentra con un tablón de anuncios. *Se alquila piso. Profesor de repaso licenciado en Física. Busco niñera.* Y entre todos ellos se sitúa la cara de Eric, pegada a la pared con una chincheta. ¡Otra vez el maldito cartel!

DESAPARECIDO.

A nivel social, Eric era un caso aparte, por supuesto. Todo el mundo sabía

que Andrew y Naomie eran sus mejores amigos, pero él se aseguró desde bien chiquitito de construir y mantener un nutrido y variado círculo de amistades. Los compañeros de clase, los del equipo de fútbol, los del trabajo. Allá donde iba hacía nuevos amigos y ligues y, aunque jamás se comprometía con ninguno de ellos, todo el mundo le quería. O casi todo el mundo...

—Espero que esté bien y aparezca pronto —dice alguien a su espalda.

Andrew se da la vuelta sobresaltado. Se trata de Clay W, el capitán del equipo de fútbol. El chulo y prepotente capitán. Es alto y musculado, un guaperas. Andrew se siente diminuto a su lado.

—¿De verdad? —vuelve a mirar el cartel—. Todo el mundo sabe que le odias.

—¿Por qué iba a odiarle, *espagueti*? —pregunta risueño.

Andrew intenta fingir que su apodo no le cabrea porque no quiere darle esa satisfacción. Ser de huesos finos no debería considerarse un tema para bromear.

—¿Es que piensas que no sé cómo le tratas? —pregunta con un tono poco amistoso—. ¡Dios, si hasta tuvo que marcharse del equipo porque le amargabas la vida!

—¡Pobrecito! Créeme, el papel de víctima no le pega nada a tu amigo.

—Oh, y supongo que a ti sí.

—Siempre has tenido tan buen concepto de él... Puede que incluso demasiado.

—Te sorprenderá saber que hay gente que no le odia por ser gay. Si no recuerdo mal, ese fue el motivo de tu acoso y derribo el curso pasado. ¿O es que no te gustaba como te pasaba la pelota?

—Lo que yo piense o haga como capitán de un equipo no tiene por qué coincidir con lo que piense o haga a nivel personal. No quiero que creas que le odio por nuestras riñas. Son solo eso, riñas. El pasado es el pasado, ¿no te parece?

—Lo que tú digas —espetá. No le ha dirigido la mirada ni un segundo. Ha mantenido la vista clavada en el cartel.

Clay sonrío.

—Como ya he dicho, espero que esté bien. Aunque, para serte sincero, tengo entendido que a Eric le gusta mucho meterse en problemas. ¡Nos vemos

en clase, *espagueti!*

Y mientras se aleja por el pasillo no deja de silbar con indiferencia.

Andrew sigue observando a Eric y tiene la sensación de que él le devuelve la mirada desde el tablón de anuncios. Está en una casa bonita, con un perro bonito y flores bonitas. No parece que tenga ningún problema.

*Joder, sabía que el sábado todo sería diferente y que las cosas cambiarían para siempre pero no así... Como de costumbre, la vida suele torcerse en la dirección que menos esperamos, para bien o para mal.*

Andrew teme que, esta vez, haya sido para mal.

## CAPÍTULO 5

Toc, toc, toc. Katy abre la puerta y se le escapa una exclamación de sorpresa cuando ve a Naomie. Da un paso hacia atrás para observarla con mayor perspectiva.

—¿Eres Freddy Krueger y vienes a matarme?

Naomie se echa una rápida ojeada a sus manos, brazos, torso y piernas.

—¿Lo dices por mi blusa? —se señala la prenda negra a rallas naranjas.

—No, lo digo por tu cara —espeta Katy—. Estás horrible.

—Oh —hace un intento de caminar pero se balancea hacia un lado.

Katy se precipita hacia ella para sostenerla del brazo. Olfatea el aire y arruga la nariz.

—¡Has bebido! —parece ofendida—. ¿Cómo se te ocurre empezar la fiesta sin mí?

—No hay ninguna fiesta —solloza—. Mike ha dejado el instituto.

Las facciones de Katy se relajan un poco.

—Malnacido... —tira de Naomie y las dos entran en casa—. Subamos a mi habitación, nuestra amiga Vodka nos está esperando.

—Lo que no entiendo —dice Naomie mientras Katy llena los vasitos de chupito que acaba de sacar del cajón—, es porqué tiene que pasarme esto a mí. Ya fue bastante malo que me dejara pero esto es todavía peor. ¿Tanto me odia que ni siquiera puede estar en el mismo instituto que yo?

Katy levanta el vasito y se lo tiende a Naomie con aire distraído.

—Bebe o se va a evaporar —ambas lo hacen—. Lo que yo no entiendo es porque te pones así por él. Es un paleta, un soso sin personalidad que hace todo lo que su mamá le pide... debe de tenerla como mi brazo porque si no, reina, no lo pillo.

—¿Pero qué dices?! —niega rotundamente con la cabeza—. ¡Eso no tiene nada que ver!

—¿Tampoco la tiene grande? —levanta tanto las cejas que parece que se le van a salir del margen de la frente—. ¡Ahora sí que no entiendo nada! ¿Otro chupito?

Naomie pone los ojos en blanco y se echa hacia atrás, dejando caer todo su peso sobre el colchón.

—Muchas gracias, tú sí que sabes cómo animarme.

Katy suspira.

—Tienes razón, lo siento. Las grandes conversaciones nunca han sido lo mío. Quizá te sería más útil hablar de esto con Andrew.

—Andrew nunca ha estado enamorado, él no puede entender por lo que estoy pasando.

—Yo tampoco he estado enamorada —realiza una mueca de disgusto y finge un escalofrío.

Naomie se incorpora con brusquedad.

—¿Cómo qué no? Me dijiste que habías tenido novio.

—Bueno, así es como yo llamo a los chicos que tienen la suerte de poder acostarse conmigo más de dos veces. No suele gustarme repetir.

—Eso es horrible.

—Es práctico. Horrible es terminar hecha un trapo lloroso como tú.

—¡Eh! —alarga el brazo y golpea el hombro de Katy con el puño cerrado—. ¡No te pases!

—¿Sabes lo que podrías hacer?

—Sorpréndeme...

—Registrarte en una de esas páginas de contactos para conocer gente. Yo utilizo LoveSite y tía, créeme, es de lo mejor. Hay todo tipo de chicos, desde los románticos que buscan un gran amor hasta los golfos que buscan sexo sin compromiso. Por supuesto, los segundos son muchísimo más prácticos para nosotras y nuestras vaginas. Vienen, nos alegran el día y se van. Así de simple,

sin malos rollos, calentamientos de cabeza y lágrimas desperdiciadas.

—Joder, eres como un viejo verde con pechos. No pienso registrarme en una página web donde la gente se expone como si fuese mercancía sexual. Es denigrante. Hay que estar muy desesperado para meterse en un sitio así. No te ofendas...

—No lo hago —rellena ambos vasos con aire distraído y coge el suyo—. En fin, si estás recelosa sobre el uso de las nuevas tecnologías para ligar, siempre podemos hacerlo de la forma tradicional. ¡Éste fin de semana nos vamos de cacería!

—Te agradezco tus esfuerzos por conseguirme un pene pero lo único que quiero es encerrarme en mi habitación para siempre.

—Y con Mike en tu cama pero, visto lo visto, el pene es la opción más factible.

—Dejemos el tema, de verdad. No estoy de humor para esto.

—¡Bah! —deja el vaso sobre la mesita de noche con tanta fuerza que todo el vodka se derrama—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos?

—Sí, claro —se apresura a contestar ante la actitud impetuosa, casi agresiva, de Katy—. Fue este verano, justo después de que Mike me dejara. Recuerdo salir de su casa y...

...escuchó el ruido de la puerta al cerrarse tras ella. Un golpe seco y doloroso que implicaba el final. Se acabó, ella y Mike eran historia. Paralizada en mitad de la calle, sentía tanto dolor en el pecho que apenas podía respirar. La garganta y los ojos le ardían, las lágrimas le afloraban con violencia aunque intentara retenerlas con todas sus fuerzas. Le temblaban las piernas y empezó a marearse. Supo que si no encontraba un lugar donde sentarse, acabaría desplomándose sobre el asfalto. Divisó una parada de autobús a pocos metros de allí, uno de esos espacios habilitados con un techo y un banco de metal. Incapaz de levantar los pies del suelo, los cuales parecían pesar casi una tonelada, los arrastró hasta alcanzar el banco y se dejó caer en él.

¿Cómo podía haber pasado algo así? Hacía solo diez minutos, literalmente, estaban los dos tumbados en la cama, besuqueándose acaramelados entre risitas y caricias. Luego ella reunió el coraje para decirle por primera vez

esas dos palabras tan especiales que suponen un antes y un después en toda relación. Te quiero. En su caso, sin embargo, lo único que supusieron fue un antes y un drástico final.

—El próximo autobús no pasa hasta dentro de una hora —dijo una voz tras ella—, pero vamos, que tampoco es para ponerse así.

Naomie se giró, sobresaltada, pasándose ambas manos por la cara en un intento fallido de secarse las lágrimas. La inesperada interrupción le cortó el llanto aunque la barbilla siguió temblándole sin cesar.

—No estoy esperando ningún autobús —se las apañó para decir la frase de un tirón—. Necesitaba sentarme.

Katy la observó con curiosidad y también se sentó. Naomie se hizo a un lado para dejarle más espacio. Estaba agarrada al borde del banco con ambas manos y tenía la mirada clavada en sus pies. Al sentir la minuciosa inspección de la muchacha se le tensaron los músculos. Estaba avergonzada de que alguien pudiera verla en aquel estado tan decadente.

—Parece que no has tenido un buen día —dice Katy. Naomie no contesta—. Eso, o es que acabas de volver de una fiesta brutal. Yo suelo terminar los sábados con un aspecto bastante parecido al tuyo.

—Mi novio acaba de dejarme.

Al decirlo en voz alta le dolió todavía más. Entonces pensó en el momento en que tuviera que contárselo a sus amigos. Con Andrew no habría problema, él era tan sensible que terminarían abrazados y llorando juntos. El problema era Eric. Casi podía escuchar sus palabras como si lo tuviese delante: su arrogante “te lo dije”, su victorioso “¡por fin!” y su frío “por el amor de Dios, ¿por qué te pones así? Ese friqui te ha hecho un favor enorme, ya me darás la razón”. Katy, sin embargo, se limitó a asentir.

—Me siento tan desgraciada... Mike era el amor de mi vida. ¿Cómo puede haberme hecho algo así?

—Mejor para ti.

Naomie se giró hacia ella, confundida.

—Piénsalo, ¿para qué comprometerte con un solo hombre cuando hay cientos ahí fuera con los que poder disfrutar? —sacó un paquete de tabaco del bolso y se lo alcanzó a Naomie. Ella se apresuró a rechazarlo.

—No, gracias, no fumo.

Katy guardó el paquete de nuevo y sacó una petaca. Naomie negó con la cabeza y esbozó una sonrisa comprometida.

—Tampoco bebo.

Katy se echó una mano a la cabeza.

—Joder, entonces, ¿qué haces con tu vida? Yo también tendría ganas de llorar si fuese tú —vio que bajaba de nuevo la mirada y pensó que quizá había sido un poco brusca. Nunca se le habían dado demasiado bien las conversaciones sensibleras y los gestos consoladores. Si una invitación a tomar un trago de vodka no había surtido efecto, entonces no sabía qué podía hacerlo. Sacó un bolígrafo de su bolso, le cogió la mano a Naomie y le garabateó algo en la palma—. Oye, ahora tengo un poco de prisa pero éste es mi número de teléfono. Si algún día decides que estás harta de sufrir por el idiota de tu ex-novio y quieres intentar olvidarle a mi manera, llámame.

Acto y seguido, se levantó y se marchó. Naomie, por el contrario, siguió en aquel banco, llorando sin parar, el resto de la tarde.

—¡Estabas hecha un asco! —exclama Katy—. Eras aburrida y sosa, lo único que sabías hacer era lloriquear, compadecerte de ti misma y sorberte los mocos de la nariz.

—Vaya, tienes un criterio para escoger tus amistades un tanto curioso.

—Vi potencial en ti, sabía que había una tía divertida y guerrera debajo de aquella criaturita indefensa. Y no me equivoqué, gracias a Dios.

—Me alegra haber cumplido tus expectativas —dice con una sonrisilla irónica—, no soportaría haberte decepcionado.

—Lo que quiero que entiendas es que me hice amiga tuya porque te convertiste en una chica guay, salíamos de fiesta, tratabas a los tíos como objetos, follabas por despecho, nos reíamos, se te veía segura de ti misma... Yo jamás, en mi vida, sería amiga de la otra Naomie: la chica frágil, acomplejada, insegura, sosa y aburrida que se pasaba el día llorando por un chico que la despreció, mirándose el móvil cada cinco segundos esperando un mensaje suyo o precipitándose a abrir la puerta esperanzada cada vez que el cartero llamaba al timbre... No, yo nunca sería amiga suya. ¿Y sabes qué? Ahora mismo estas recordándome mucho a ella, ¿entiendes?

Naomie ha escuchado el discurso en silencio, inmóvil.

—Perfectamente —se limita a contestar en un tono de voz más débil del que le habría gustado.

—¡Sabía que lo harías! —exclama, pletórica, y puniendo ojitos de niña buena, añade—: Entonces, dime, ¿salimos este *finde* o no?

## CAPÍTULO 6

**DIARIO LOCAL.** *Lunes, 12 de septiembre de 2016*

***Desaparecido un joven en Canvas.***

*Eric Lawrence, de 18 años, pelo negro, ojos verdes y 1.82 metros de estatura, residente en Canvas, se encuentra desaparecido desde la madrugada del pasado sábado, por lo que se ha iniciado una investigación después de que su familia interpusiese una denuncia.*

*La última vez que el joven fue visto, fue el sábado en Queen's, un club de ambiente homosexual muy famoso en la zona, donde trabaja como camarero desde hace algunos meses. A las tres y media de la madrugada, tras cerrar el establecimiento, se despidió de sus compañeros y se marchó. En aquel momento, vestía unos tejanos y una camisa azul celeste.*

*Al parecer, no es la primera vez que Eric se ausenta de su hogar durante varios días sin avisar o dar señales de vida, motivo por el cual la familia ha denunciado su desaparición otras veces en el pasado. Aunque su madre sospecha que Eric ha desaparecido en contra de su voluntad esta vez, hace un llamamiento a su hijo para que, se encuentre donde se encuentre, vuelva a casa lo antes posible.*

*La policía ha iniciado las averiguaciones pertinentes y diversas plataformas han publicado una fotografía del muchacho, la cual ya ha tenido una amplia difusión en las redes sociales. A lo largo del día de hoy y de mañana, se iniciarán los rastreos, así como los interrogatorios a familiares, conocidos y amigos cercanos. Mientras tanto, todas las hipótesis están abiertas.*

Henry pliega el periódico y lo deja caer sobre la mesa. Andrew observa cómo su padre clava el tenedor en su bistec y empieza a despedazarlo con el cuchillo mientras emite un gruñido. Luego desvía su atención hacia el periódico para encontrarse con la fotografía de Eric y el desalentador titular. Se percata de que su madre también se lo ha quedado mirando con cierta

incomodidad, aunque ambos vuelven a centrarse en sus platos y siguen comiendo en aire ausente.

—Pobre familia Lawrence —dice Henry—. Lo avergonzados que deben estar ahora mismo. El comportamiento de su hijo es inadmisibile, hasta vejatorio, me atrevería a decir.

—He visto a su madre esta mañana en el instituto —explica Andrew, manteniendo la compostura—. Te sorprenderá saber que estaba muerta de preocupación pero, en absoluto, avergonzada.

—Quizá ese sea su problema; un carácter demasiado apacible y exceso de indulgencia. Si yo fuera ella, en cuanto Eric regrese a casa, le daría una buena bofetada —la sonrisilla de suficiencia que se dibuja en su rostro empujan a Carol, quien normalmente se mantendría al margen, a intervenir.

—Desde luego, que poco empático eres con los demás. Yo me pongo en la piel de esa pobre mujer y me horrorizo. Solo imaginar el miedo y la incertidumbre que debe estar sufriendo, me pone los pelos de punta.

—Tú también eres demasiado benévola.

Andrew deja los cubiertos sobre el plato ruidosamente, atrayendo la atención de sus padres.

—Supongo que es una suerte, entonces, que yo no sea como Eric, ¿verdad?

—Te aseguro, hijo, que si fueras remotamente parecido a Eric, te habría desheredado hace mucho tiempo. Imaginarte haciendo lo que él hace... eso sí que me pone los pelos de punta.

Andrew interpreta el comentario de su padre como una clara alusión a las relaciones pecaminosas de Eric con otros chicos.

—Es mi mejor amigo de quién estás hablando.

—Quizá deberías poner algo de distancia entre vosotros dos.

—¿Por qué, Henry? —pregunta Carol con visible desdén—. ¿Acaso te preocupa que Eric pueda pegarle a tu hijo su homosexualidad?

Andrew clava sus ojos en el plato. Henry niega con un gesto brusco de cabeza.

—¡No digas tonterías, por supuesto que no! Lo único que digo es que no me gusta que la gente los vea tanto juntos. Tal vez Andrew no sea como Eric, pero los demás pueden llevarse la impresión contraria. Al fin y al cabo, ya sabes el dicho: dime con quién andas...

—Inspirador —Carol pone los ojos en blanco.

Henry, al darse cuenta de que no logrará hacerles entrar en razón, suspira. Después de meterse en la boca el último trozo de bistec, se levanta de la mesa.

—Será mejor que dejemos el tema. No debería haber dicho nada, está claro que nunca conseguiremos ponernos de acuerdo. Me voy a descansar un rato.

Sale del salón y sube al dormitorio.

—Lo siento mucho —se apresura a decir Carol. Alarga el brazo por encima de la mesa y le coge la mano a Andrew—. A veces, tu padre puede ser un poco...

—¿Capullo?

Ella tuerce el labio.

—Supongo que sí.

—Lo sé pero tranquila, estoy acostumbrado.

Carol asiente y ambos se quedan callados durante un par de minutos. La mujer coge el periódico y vuelve a estudiar la portada con detenimiento antes de dejarlo a un lado y decir:

—Escúchame, cariño, sé que ya te lo pregunté pero quiero asegurarme, solo por si acaso.

La expresión severa que ha adquirido su madre consigue perturbarle.

—Tú dirás.

—¿Sabes algo que pueda ser de utilidad para solucionar todo este altercado?

—Si fuera así ya os lo habría contado.

—¿Y hay algo que quieras explicarme sobre la noche del sábado? —insiste.

El recuerdo de aquella tormentosa madrugada acude a su memoria: la espesa oscuridad que le envolvía, el sabor de las lágrimas que resbalaban hasta sus labios y las manos cubiertas de sangre. La angustia le atenaza.

—¿Qué puedo explicarte yo, si estuve aquí en casa, durmiendo?

Carol fuerza una sonrisa.

—Tienes razón, perdona. De todos modos, quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre podrás confiar en mí.

—Lo sé.

—Y que siempre voy a estar a tu lado, apoyándote y defendiéndote lo que haga falta.

—Eso también lo sé.

—Bien, porque ya lo has leído en el periódico. La policía te interrogará tarde o temprano y lo más probable es que a mí también. El único modo de que yo pueda defenderte es conociendo toda la verdad, ¿lo entiendes?

Andrew entrecierra los ojos y observa a su madre, alarmado. ¿Por qué es tan insistente? ¿Acaso sospecha que...? No, imposible, ha sido muy cauteloso. Pero, entonces, ¿qué otros motivos le conducirían a insinuar que necesita que lo apoyen y defiendan ante la policía? Puede que esté obsesionándose con el asunto, después de todo, buscando segundas intenciones y mensajes ocultos tras los comentarios y preguntas absolutamente normales en una madre preocupada.

—Ojalá supiera algo que pudiese ser de ayuda pero no es así. ¿No me crees?

—Oh, por supuesto que te creo —le acaricia el rostro en un gesto cariñoso—. Eres la persona en quién más confío en el mundo.

Aunque el sentimiento de culpabilidad permanece latente desde el sábado por la noche, se acentúa cada vez que habla con su madre.

¡Bip, bip! Andrew se disculpa mientras se saca el teléfono móvil del bolsillo. Paralizado, observa la pantalla con los ojos muy abiertos y el estómago contraído. El mensaje que acaba de recibir es breve, un único y escueto “Hola” acompañado de un icono sonriente. El contenido no es el motivo de la turbación de Andrew, sino el remitente. Esforzándose para que su madre no detecte su aturdimiento, se limita a sonreír. Vuelve a mirar la pantalla para asegurarse de que su visión no le ha jugado una mala pasada. No lo ha hecho: Eric Lawrence acaba de enviarle un mensaje.

Son las cinco de la tarde y Naomie acaba de despertar con una resaca de campeonato. Recuerda muy borrosamente el momento en que ha llegado a casa aunque sabe seguro que nadie la ha visto. Timy estaba en el instituto y Meredith le dijo por la mañana que se recorrería la ciudad repartiendo currículums. Pero que su familia la pille borracha o no es el menor de sus problemas porque Mike ha dejado el instituto. No saber dónde está, cómo se

encuentra o qué hace la está destrozando por dentro.

*Quizá el vodka tiene algo que ver con ese destrozo, aunque si bebo es para olvidar a Mike así que la culpa sigue siendo suya.*

Se levanta y se plantifica delante del espejo de su habitación. Tiene pelos de loca, el rímel está por toda su cara excepto donde debería y sus ojos están hinchados como pelotas de tenis. Eso explica las desaprobadoras miradas y los despectivos comentarios de los vecinos con los que se ha cruzado de camino a casa. También depara en lo holgada que le va la ropa. Habrá adelgazado unos tres o cuatro kilos desde que empezó el verano. No le gusta su reflejo, no le gusta en quién se está convirtiendo.

*¡Tía, pareces una yonqui, espabila!*

Y entonces decide que ha llegado el momento de cambiar o, mejor dicho, de volver a ser la que era.

Primer paso: dejar el alcohol.

Abre la petaca y le da un trago.

—¡Por dejar de beber! —exclama y tira la petaca a la papelera.

Segundo paso: recuperar el peso perdido de forma saludable.

*Necesitaré comer más hidratos complejos para eso. Y dejar el footing.*  
*¡Toma ya!*

Tercer paso: salir de nuevo con Mike. Si esto no es posible, salir con alguien que se llame Mike y se parezca a él. Si esto tampoco es posible, salir con alguien.

Naomie decide que la última opción es, por desgracia, la más factible.

*¿Pero de dónde demonios voy a sacar un novio que sea mínimamente aceptable?*

Los chicos de su clase son muy feos o muy creídos (en el peor de los casos son ambas cosas) y los chicos de los otros cursos son demasiado pequeños para ella. Podría dedicarse a cazar a un buen partido por la calle, flirtear con la mirada o darle su número de teléfono a algún camarero guapo, pero para ello tendría que saltarse el primer paso.

—¡Ya lo tengo!

Recuerda que su amiga Katy le había hablado de una plataforma de internet para encontrar pareja, *LoveSite*, o algo parecido. Naomie rechazó la idea y no le prestó demasiada atención porque se negaba a aceptar que estuviese tan

desesperada.

*Pero seamos sinceros, sí que estas desesperada. Llevas todo el verano intentando olvidarte de Mike y sigues igual o peor que el primer día. Un clavo quita a otro clavo y parece que ahora mismo tu única oportunidad de encontrar a ese clavo milagroso es a través de internet.*

Le molesta sobremanera tener que darle la razón a Katy, así que decide que no piensa confesarle cómo ha cedido, finalmente, a buscar el cyber-amor. Enciende su portátil, decidida a completar el tercer paso cuanto antes posible. Se siente avergonzada mientras escribe en el buscador “*LoveSite*” y aprieta sobre la pestañita que pone “*¡Encuentra a tu media naranja en un solo clic!*”.

En un arrebato de culpabilidad, dirige el cursor hasta la cruz para cerrar la página pero entonces un nuevo mensaje aparece: *¡Bienvenido, acabas de iniciar sesión como Eric Lawrence!* No puede creer lo que está viendo. En la esquina superior de la pantalla, además, aparece una fotografía de Eric y el seudónimo *E. Lawrence*. Naomie no puede evitar preguntarse:

—¿Esto qué diablos significa?

Andrew recibe un mensaje apremiante de Naomie:

*“Ven pitando. ¡Ya!”*

Dos minutos más tarde, el chico ha salido de casa y está correteando por la calle sin aliento. Sabe, con total seguridad, que tiene algo que ver con Eric. Quizá su amigo también le ha enviado un mensaje a Naomie o, tal vez, haya decidido volver después de dos días de ausencia. La incertidumbre le empuja a acelerar el paso todavía más y, poco después, llega a casa de la chica.

—Ya era hora —reprende ella.

—Oye, me he quedado a medio duchar, ni siquiera me he puesto calzoncillos para no perder tiempo y he venido haciendo footing. Espero que, por lo menos, sea algo importante —lo dice con cierta desilusión al no ver a Eric por ninguna parte.

—Lo es.

Los dos se sientan en la cama y Naomie se coloca el portátil sobre su regazo.

—Me da vergüenza decírtelo pero... he entrado en una página de

contactos. *LoveSite*. ¿Lo conoces?

—Me suena —comenta Andrew—. Por favor, dime que no me has hecho venir para hablar sobre tus intentos de conseguir pareja.

—No, eso no es lo más interesante de la historia, aunque te parezca mentira.

—No, no me lo parece.

—Resulta que ya había una cuenta abierta en *LoveSite* desde mi ordenador —realiza una pausa—: la de Eric.

—¿Qué? —se aproxima a la pantalla para corroborarlo. Ve la foto y el apodo “*E. Lawrence*”—. ¿Cómo es eso posible?

—Habrá entrado con mi portátil algún día que haya estado aquí en casa. Lo más probable es que no se acordara de cerrar la sesión, por eso cuando he entrado en la página se ha conectado directamente con su usuario. No tenía ni idea de que Eric entrara en sitios así. Él siempre ha tenido a todos los tíos que ha querido. ¿De verdad necesitaba registrarse en *LoveSite*?

—Quién sabe por qué lo hizo. ¿En cualquier caso, porqué es tan importante saber que Eric está buscando novio por internet?

Naomie se alegra de que se lo pregunte.

—Porque si tenemos el usuario de Eric, entonces también tenemos todas las conversaciones que ha mantenido con los otros contactos. Mira esto —clica sobre la opción “*Chat*”—, aquí está guardado todo lo que ha hablado Eric desde que se registró. Nunca invadiría el espacio personal de un amigo de este modo pero dadas las circunstancias... Solo me ha dado tiempo de echarle un vistazo rápido aunque todo parecen conversaciones sin importancia. Los tíos le dicen lo guapo que es y casi todos le piden fotos desnudo. Eric pasa de ellos y eso es todo. Pero hay uno de los chats que me ha llamado la atención —clica sobre él y se abre, ocupando toda la pantalla—. Eric ha estado hablando con un chico desde hace algunos meses. No tiene ninguna foto y usa el seudónimo “*Anonimo21*”, lo cual es poco revelador, pero parece que es el único con el que realmente se ha intimado bastante. De hecho, y aquí viene lo fuerte, *Anonimo21* y Eric estuvieron hablando el sábado por la mañana. Mira —Andrew se hace con el portátil y lee la conversación.

*Sábado, 10 de septiembre de 2016*

**E. Lawrence:** Buenos días! :)

**Anonimo21:** Ei! ¿Cómo estás?

**E. Lawrence:** Un poco nervioso. Hoy será un gran día.

**Anonimo21:** ¿Y eso por qué?

**E. Lawrence:** No te hagas el tonto, lo sabes de sobras.

**Anonimo21:** Sí, tienes razón. Yo también estoy nervioso. Y tengo un poco de miedo.

**E. Lawrence:** No tienes ningún motivo para tenerlo, de verdad.

**Anonimo21:** Eso lo dices ahora pero puede que cuando me veas cambies de opinión. Quizá no soy como imaginas.

**E. Lawrence:** Yo no imagino nada. Llevamos hablando meses y ni siquiera he visto una foto tuya. Me gusta tu manera de ser, tu forma de hablarme... todo. Una cara o un cuerpo significan poco para mí. Me gustas por quién eres y eso no cambiará cuando te vea.

**Anonimo21:** Eso espero...

**E. Lawrence:** Estoy seguro.

**Anonimo21:** :)

**E. Lawrence:** :)

**Anonimo21:** ¿Qué harás hoy?

**E. Lawrence:** Tengo que preparar algunas cosas para el lunes. Empiezo el instituto. ¡Menuda m...! Tienes suerte de ser mayor, para ti las clases son tan solo un recuerdo. Quiero tener 21 como tú. ¡También iré al Zack's, he visto una camisa azul genial! Después he quedado con mi amigo Andrew.

**Anonimo21:** Casi nunca hablas de tus amigos.

**E. Lawrence:** Lo sé. Andrew es un buen chico, muy inteligente y estudioso. A veces es adorablemente inocente, creo que le falta vivir muchas cosas y aprender. Es tierno y encantador... Naomie también es buena persona aunque tiene un carácter mucho más fuerte. Estas últimas semanas está pasándolo un poco mal. Problemas de amor. Me gustaría ayudarla pero no sé cómo hacerlo, está un poco revolucionada y ni siquiera me habla desde hace una semana.

**Anonimo21:** Los amigos pueden ser complicados.

**E. Lawrence:** Sí. ¿Sabes qué? A veces, tú me recuerdas a Andrew.

**Anonimo21:** ¿De verdad? ¿Y eso por qué?

**E. Lawrence:** No lo sé. Quizá sea por tu forma de hablar o puede que por vuestra madurez... Solo es una sensación, es difícil de explicar. A veces parece que estoy hablando con él.

**Anonimo21:** Seguro que somos muy distintos.

**E. Lawrence:** Seguro que sí.

**Anonimo21:** :)

**E. Lawrence:** Voy a pedirte un favor.

**Anonimo21:** ¡Uh, qué miedo!

**E. Lawrence:** Dime cómo te llamas.

**Anonimo21:** ¿Por qué?

**E. Lawrence:** Vamos a quedar en menos de 24 horas después de meses de hablar y todavía no sé ni tu nombre.

**Anonimo21:** ...

**E. Lawrence:** Está bien, si llevo tanto tiempo sin saberlo, no me pasará nada por un día más. Has creado un buen misterio a tu alrededor, ¿eh?

**Anonimo21:** Lo sé. No creas que me gusta hacerlo, pero nunca he dicho quién soy por internet. La idea de que alguien pueda saber que soy gay me aterroriza. No sabes la envidia que me das.

**E. Lawrence:** Pero yo sabré quién eres esta noche.

**Anonimo21:** Y no te imaginas lo que me ha costado tomar la decisión. Nunca le he dicho a nadie que soy gay, y nunca me he atrevido a quedar con alguien por internet. Pero tú eres distinto, sé que merece la pena que me arriesgue por ti.

**E. Lawrence:** Uau, espero no defraudarte, vas a dar un paso muy importante. Me alegra estar ahí en un momento como este.

**Anonimo21:** Y a mí que lo estés.

**E. Lawrence:** ¡Bueno, entonces no se hable más! Quedamos en el parque *Willow* cuando salga de trabajar. A esas horas no hay nadie por la calle que pueda vernos.

**Anonimo21:** De acuerdo.

**E. Lawrence:** Estoy deseando conocerte y ponerte nombre y cara por fin. Nos vemos esta noche. Xo!

**Anonimo21:** :) :) :) Xo!

Naomie espera a que Andrew termine de leer, impaciente por continuar con sus divagaciones y conjeturas.

—Lo último que Eric le dijo fue: “*Estoy deseando conocerte y ponerte nombre y cara por fin. Nos vemos esta noche*”. ¿Entiendes lo que esto significa?

Andrew se encoje de hombros.

—¿Que Eric tubo una cita?

—¡No! Significa que salió de trabajar el sábado por la noche, se vio con alguien que ni siquiera conocía y está desaparecido desde entonces. Puede que solo se lo esté pasando bien por ahí o puede que *Anonimo21* le haya hecho algo.

—Entonces, ¿cuál es tú plan?

—Le he enviado un mensaje a *Anonimo21* haciéndome pasar por Eric. Lo ha leído pero todavía no me ha contestado. Pienso seguir insistiendo hasta que lo haga. Puedo intentar sonsacarle información o incluso quedar con él, a ver quién se presenta.

Mientras se explica, escribe un nuevo mensaje y aprieta sobre la tecla *Enviar*:

**E. Lawrence:** Ei, ¿estás ahí?

¡Bip, bip! El móvil de Andrew pita un instante después y Naomie se sobresalta.

—¡Vaya, ahora es cuando resulta que tú eres *Anonimo21*! —exclama con una gran sonrisa, impresionada por la casualidad. Entonces mira a Andrew y su sonrisa se desvanece por completo: el chico está pálido, sus ojos irradian temor y tiene la frente cubierta por una capa de sudor frío.

## CAPÍTULO 7

—Vale, esto es un poco raro... —comenta Naomie. Andrew se ha levantado de la cama y está cruzando la habitación de un lado a otro sin parar, mordisqueándose las uñas y evitando la mirada de su amiga—. Necesito que te quedes quieto un segundo y me expliques lo que está pasando porque, te lo aseguro, ahora mismo estoy muy confundida.

—No puedo hablar de esto...

—Vas a tener que esforzarte un poco más. Eres *Anonimo21*, quedaste con Eric la noche de su desaparición y no has dicho nada... Por más que lo intento no consigo entender lo que está pasando.

Naomie observa a Andrew cerca de un minuto, dándole tiempo para aclarar sus ideas y elaborar una buena respuesta, pero lo único que hace él es pasarse la mano por el pelo repetidamente y morderse el labio.

—Si no me lo cuentas voy a tener que enseñarle esto a la policía —no se siente nada cómoda al amenazar a su mejor amigo pero, dada la gravedad del asunto, no sabe de qué otro modo actuar.

—¡No lo hagas, por favor! —exclama Andrew con los ojos desorbitados.

Naomie se cruza de brazos.

—En ese caso soy toda oídos.

Él abre la boca para hablar pero su intento resulta fallido.

—Lo siento, no puedo hablar de esto —se precipita hacia la puerta con desesperación, como si en el cuarto de Naomie no hubiese suficiente oxígeno—. ¡Tengo que irme!

—¡Ni hablar! —ella se levanta de un salto y consigue colocarse entre Andrew y la salida con los brazos abiertos—. No pienso dejar que te vayas hasta que no me lo cuentes todo. Con pelos y señales, ¿entendido?

Esta desubicada pero su tono es contundente. Andrew se siente acorralado y valora todas sus opciones:

a) Correr hacia la ventana y tirarse por ella. ¡Total, solo son seis o siete metros de altura!

*Demasiado peligroso.*

b) Dejar inconsciente a Naomie y salir por la puerta como una persona normal. Incluso puede que se lo explique todo con más tranquilidad una vez se haya despertado.

*Demasiado dramático.*

c) Enfrentarse a Naomie y contarle la verdad.

*¡Respuesta correcta! Para tu desgracia...*

—Está bien, te lo contaré —sus hombros tensos se relajan un poco, se sienta de nuevo en la cama y suspira. Entonces lo suelta de carrerilla—: Llevo meses chateando con Eric como *Anonimo21*. Me creé la cuenta expresamente para hablar con él y nunca ha sabido que era yo.

—¿Por qué ibas a querer hablar con él a través de un chat si ya habláis cada maldito día? ¿Y por qué necesitas usar seudónimo para quedar si ya pasas más tiempo con él que con tu propia madre? Para serte sincera, no entiendo nada.

—Le quiero —reconoce, apesadumbrado.

—¿Yo también le quiero! ¿Qué tiene eso que ver?

*¿De verdad no se da cuenta de a lo que me refiero?*

—No, Naomie, le quiero de un modo distinto... cuando me cuenta lo que hace con otros chicos o me dice que alguien le gusta, me siento igual que tú te sentiste cuando Mike te dejó: roto, perdido, desesperado.

Ella arruga el ceño mientras analiza sus palabras y entonces abre unos ojos como ensaladeras.

—¿Madre mía! ¿Eres gay?

Esa es la pregunta que Andrew más ha temido durante toda su vida y ahora, de repente, se ha materializado ante él.

—¿No! —declara en un auto-reflejo aunque termina por encogerse de hombros—. ¿Tal vez?

Naomie vuelve a su lado.

—¿Por qué nunca has dicho nada?

—¿Me da miedo reconocerlo, decirlo en voz alta! No tengo ni idea de cómo reaccionarían mis padres si lo supieran, ya sabes cómo son. O la gente del instituto. O incluso tú.

—¿Cómo demonios iba a reaccionar yo? Eric también es mi amigo,

¿recuerdas?

—Bueno, no es que tengáis la mejor relación del mundo. Discutís cada dos por tres y hace más de una semana que no le diriges la palabra. No quería que nos pasara lo mismo a nosotros si te lo decía.

—El hecho de que Eric y yo nos llevemos mal a veces es porque nuestra forma de ser es muy distinta, no porque tenga un problema contra vosotros. No sé cómo has podido pensar lo contrario.

Está enfadada e indignada y Andrew se siente avergonzado. Ahora se da cuenta de que su amiga tiene razón, pero las cosas se ven distintas cuando estás obsesionado y, hablando claro, cagado de miedo. Naomie suspira.

—Joder, a veces me lo he imaginado. No que te gustara Eric, eso no se me podría haber pasado por la cabeza jamás. Pero, ya sabes, nunca has estado con ninguna chica, ni te ha gustado nadie... es raro. Pero entonces me decía a mí misma: si solo 1 de cada 25 personas es homosexual, entonces ¿cuáles son las posibilidades de que mis dos amigos de la infancia lo sean?

Se da cuenta de que Andrew está haciendo el cálculo mentalmente.

—No hace falta que contestes a eso, era una pregunta retórica. Cuéntame más.

*Mierda, no va a parar hasta saberlo todo. Venga, solo un poco de coraje y...*

—Eric y yo siempre hemos sido buenos amigos pero a veces notaba que necesitaba algo más, hablar con él de forma distinta, poder explicarle las cosas que sentía. Pero yo sabía que nunca me atrevería a contárselo. Por eso creé *Anonimo21*. Y fue genial. Podía hablarle de mis sentimientos, de mis dudas y preocupaciones... pero, a la vez, seguía sin saber que era yo. Mis secretos estaban a salvo.

—Joder, es como tener una doble vida o algo así —interviene Naomie.

—El problema llegó cuando Eric quiso que nos conociéramos. Decía que le gustaba mi forma de ser y que estaba deseando quedar conmigo. ¡Eric me dijo que le gustaba!

—Sí, bueno, él pensaba que tenías veintiún años —comenta en tono acusador.

—Yo nunca le mentí en eso. Debió de deducirlo por mi nombre de usuario y yo no le rectifiqué. Siempre le han gustado los chicos más mayores, así

que...

*Vaya, ahora que oigo toda la historia en voz alta, me doy cuenta de lo ridícula que suena. He manipulado, engañado y acosado a mi mejor amigo por internet. ¿Qué clase de persona hace eso?*

—No quería quedar con él. Pensaba que si descubría que era yo, todo se echaría a perder. Y me gustaba demasiado como para dejar que eso ocurriera, por eso le di excusas y lo alargué durante meses. Pero con el tiempo me di cuenta de que Eric no mantendría una relación con una foto en negro y un seudónimo por mucho tiempo, así que decidí arriesgarme. Estaba dispuesto a quedar, a presentarme ante él y decirle “*Soy yo, Andrew. Siento haberte mentado. ¡Te quiero!*”. Así que acepte encontrarme con él el sábado por la noche. Esperé en mi habitación hasta que se hizo la hora y entonces...

...abrió la puerta procurando hacer el menor ruido posible. Asomó la cabeza y agudizó el oído. Aunque la puerta del dormitorio de sus padres estaba cerrada, los ronquidos guturales de su padre llegaron hasta él, reconfortantes. Iluminando el suelo con la linterna de su móvil, consiguió bajar poco a poco las escaleras (maldiciendo cada vez que la madera crujía y aguardando unos segundos antes de continuar). Abrió la puerta principal y salió a la calle, consciente de que aquella era la primera vez que se fugaba de casa y hacía algo sin el permiso de su madre. Aunque no podía evitar sentirse culpable por ello a medida que se alejaba de casa, calle arriba, el deseo exultante de encontrarse con Eric le empujaba a continuar sin mirar atrás. También tenía miedo, por supuesto, ante la incertidumbre de lo que pasaría a continuación. Había pensado mucho en las posibles reacciones de su amigo al descubrir la verdad, y aunque algunas eran realmente idílicas e inspiradoras, la mayoría terminaban con su amistad hecha añicos para siempre. Podía perder mucho si aquello salía mal, era más que consciente del riesgo, pero podía ganar tantísimo si salía bien...

—Quedasteis la noche de la desaparición... —dice Naomie—. La señora Lawrence nos preguntó expresamente si sabíamos si Eric tenía planeado verse con alguien. ¿Cómo pudiste decirle que no y quedarte tan tranquilo?

—¡No estoy tranquilo! ¿Pero qué esperabas que hiciera? Si cuento la

verdad, mis padres sabrán que me escapé de casa aquella madrugada; todo el mundo se enterará de que soy... ya sabes, y de que quedé con Eric la noche de su desaparición. ¡Pensarán que yo tengo algo que ver! No puedo enfrentarme a todo eso de golpe y tampoco puedo contar una verdad a medias. Así que dime, ¿qué tengo que hacer?

Está angustiado, sus ojos brillan humedecidos y suplicantes.

—Vaya, esto es una mierda. De las gordas yapestosas.

—¿Vas a chivarte?

—No, joder —camina hasta la papelera, saca la petaca que ha tirado hace un rato y da un trago—. Recuérdame que mañana vuelvo a dejar la bebida. Venga, cuéntame lo que pasó aquella noche.

—Eric no se presentó. Al principio pensé que me había dejado plantado y me enfadé mucho. Ahora no sé si se echó para atrás en el último momento; o si me vio y no quiso ni acercarse o si... —se detiene. Nota un nudo que le comprime el estómago y le impide respirar—. O si alguien le hizo algo antes de que pudiera acudir a la cita.

Naomie niega con la cabeza enérgicamente.

—No, ni hablar. Nadie le ha hecho nada a Eric. Él está bien, de verdad.

—Yo no estoy tan seguro: aquella noche pasó algo extraño...

Habían hablado de encontrarse en el parque Willow. Para Andrew era un lugar simbólico: Eric y él habían pasado muchas tardes paseando por los angostos caminitos de arena; comiendo helado de queso y frambuesa junto al estanque de los cisnes; o hablando durante horas bajo la sombra de un roble enorme. En resumen, aquel parque había hecho sus delicias a menudo y había resultado ser uno de los catalizadores de sus sentimientos por Eric. Ahora sería el escenario del inicio de una bonita historia de amor o, por el contrario, el final de una tragedia adolescente.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Andrew atravesó el enorme arco de piedra y accedió al parque. Como era de suponer, a aquellas horas de la noche no había nadie por la zona, algo que les aseguraría un momento de intimidad lejos de las miradas indiscretas. A medida que se adentraba en el parque, las farolas estaban cada vez más desperdigadas y su luz, fría y blanquecina, se cernía sobre los árboles formando sombras alargadas que se

enredaban entre sí.

Sentándose en un banco, Andrew se dispuso a esperar la llegada de su cita, mortificado por los nervios y la impaciencia. Aquella misma tarde en casa de Eric, el chico se había mostrado encantado con la idea de acudir a la cita con *Anonimo21*, incluso se había comprado una camisa para la ocasión. Ahora bien, si el entusiasmo se incrementaría al descubrir la identidad que se escondía tras el seudónimo o, por el contrario, se desvanecería, era todo un misterio. Respiró hondo y comprobó la hora por sexta vez desde que se había sentado. En aquel momento, Eric ya llevaba media hora de retraso, aunque tampoco parecía haberse molestado en enviar ningún mensaje excusándose por la tardanza o anulando la cita. Andrew empezó a temer que no aparecería y eso le desilusionó sobremanera. Había temido lo que podría ocurrir cuando se encontraran pero ni siquiera había reparado en la posibilidad de que Eric le diera plantón. Aquello era del todo humillante aunque, negándose a perder la esperanza todavía, decidió esperar un poco más.

*Quizá sea lo mejor* —le dio por pensar un momento más tarde. Al fin y al cabo, si aquello salía mal, no solo se arriesgaba a perder a su mejor amigo sino también a que expusiera el secreto que él había guardado con tanto recelo durante muchísimos años. No estaba preparado para que aquello sucediera, le aterraba lo que pudieran pensar los demás, empezando por su propia familia.

¡Crack! Andrew escuchó el sonido de una rama al partirse tras él. Se levantó del banco al instante y se giró, sobresaltado. Forzó la vista, intentando atravesar la oscuridad que se cernía ante él, pero era difícil poder ver más allá de unos metros. Fuera cual fuese el causante del ruido, se había marchado o estaba guarecido bajo la protección de las sombras.

—¿Eric, eres tú? —se aventuró a preguntar.

La única respuesta que obtuvo fue el sonido de las ramas de un arbusto cercano al rozarse entre sí, medidas por la brisa. Empezó a caminar, dando pasos cautelosos y dubitativos.

—¿Eric? —repetió. Desde la copa de algún árbol, llegó hasta él el ulular de un búho. Estaba sintiéndose bastante incómodo y vulnerable y decidió que lo mejor sería aceptar la cruda realidad y regresar a casa. Entonces vio la figura encapuchada que se dirigía corriendo hacia él. En mitad de su agitada carrera, se giraba constantemente para mirar a su espalda, y Andrew

comprendió que aquel desconocido estaba huyendo de alguien. No le dio tiempo a moverse o apartarse, atenazado por la sorpresa: el fugitivo se estrelló contra él y Andrew cayó al suelo de bruces. El encapuchado no se detuvo a socorrerle sino que continuó alejándose con desesperación hasta perderse de vista. Aunque Andrew no logró verle el rostro, oculto bajo la sombra de su capucha, sí consiguió distinguir el dibujo grabado en la parte trasera de la sudadera: fuego, una llama que se extendía de hombro a hombro en lengüetazos anaranjados y rojizos.

Andrew se levantó, respirando en agitadas convulsiones, y se miró las palmas de las manos al sentir un agudo y penetrante dolor en ellas. Tenía la piel hecha girones y la sangre ya había empezado a brotarle de los múltiples rasguños.

—Puede que fuera alguien haciendo footing por la noche —se aventura Naomie con la intención de quitarle importancia al asunto—. Me preocupé cuando leí la conversación con *Anonimo21* pero ahora que sé que eres tú... vuelvo a estar tranquila. Eric aparecerá cuando menos lo esperemos y nosotros le echaremos la bronca y le diremos que si lo vuelve a hacer, tendrá que despedirse de sus pelotas. Casi puedo ver el momento.

—No lo sé, no puedo quitarme de encima este mal presentimiento.

La puerta se abre y Timy irrumpe en la habitación. Ellos no se han dado cuenta de cuando ha vuelto del instituto y Andrew espera que no haya escuchado ni una sola palabra de la conversación.

—Chicos, ¿ya os habéis enterado? —pregunta Timy.

—Eres mayorcito para que tenga que explicarte que antes de entrar, se llama a la puerta —reprende Naomie a su hermano—. Estamos muy liados, así que si no te importa... —le dice adiós con la mano. La chica está segura de que Timy se pondrá en plan adolescente insoportable y contestón y que, en lugar de dejarles tranquilos, se enfrascarán en una pelea fraternal. Por eso se sorprende tanto al escuchar a su hermano contestar con voz temblorosa:

—Lo siento pero... es importante.

Naomie se molesta en mirarle por primera vez y se da cuenta de que está blanco como la leche.

—¿Qué ocurre? —empieza a despertar su interés.

—Tenéis que bajar a ver esto.

Andrew y Naomie se miran durante una fracción de segundo y luego se precipitan al piso de abajo. La televisión está puesta en el canal de noticias. El titular “*Cadáver en Canvas*” atraviesa la pantalla y una joven periodista habla en tono solemne:

—El cuerpo ha sido encontrado esta tarde en una calle poco transitada, cerca de la discoteca *Queen’s*. La causa de la muerte no se ha desvelado todavía y tampoco se conoce la identidad del fallecido pero se sabe que se trata de un chico joven, de entre 16 y 18 años. Se ha planteado la hipótesis de que puede tratarse de Eric Lawrence, un chico que se encuentra en paradero desconocido desde la madrugada del sábado. Sus padres han sido llamados para que acudan a reconocer el cuerpo. Les mantendremos informados sobre los nuevos detalles de la investigación.

Se hace el silencio en el salón.

*Un cadáver. Chico joven. Queen’s... Eric.*

—Joder —dice Naomie con un hilo de voz y se dirige a Andrew—, ya no eres el único que tiene un mal presentimiento.

## CAPÍTULO 8

Naomie y Andrew se quedan pasmados delante del televisor mientras las palabras de la periodista se abren paso, hirientes, a través de su tejido cerebral. Les cuesta tomar consciencia de la situación, del nuevo giro de los acontecimientos. Ahora que ha aparecido una persona muerta resulta más difícil convencerse a sí mismos de que Eric está bien, en algún local clandestino bajo tierra después de tres días de fiesta descontrolada. Hay un cadáver y, aunque puede ser cualquiera, también cabe la terrible, espantosa y aterradora posibilidad de que sea... él.

Cuando logran salir de su aturdimiento, se van corriendo hasta casa de los Lawrence, apenas a tres calles más arriba. Todo es demasiado fuerte como para quedarse mirando las noticias esperando nuevos detalles, ellos necesitan la verdad cuanto antes. No, la necesitan ahora mismo.

¡Ding, dong! Es Naomie la que llama al timbre. Los dos esperan frente a la puerta, conteniendo la respiración y agudizando el oído, pero no se escucha nada al otro lado. ¡Dingdongdingdongdingdongdingdong!

—¡Para! —exclama Andrew, agarrándola de la mano—. ¡No hay nadie en casa!

—¡Pues nos quedaremos aquí todo lo que haga falta! —se sienta en el último escalón del porche y se cruza de brazos. El plan es esperar hasta que los Lawrence lleguen del depósito y les cuenten de quién es el cuerpo.

*Mierda, Eric, no seas tú.*

La casa de los Lawrence es grande y majestuosa. La propiedad está delimitada por una valla de madera blanca y flanqueada por dos álamos altísimos. El jardín delantero se extiende varios metros hasta la carretera; está jaspeado por multitud de flores de todos los colores y huele a césped recién cortado. En el centro, como custodiando la casa, se eleva una fuente marmórea de casi dos metros de alto llena de pececitos dorados. Pasen cuando pasen por delante, siempre pueden ver a la señora Lawrence cuidando de sus plantas con mimo y entusiasmo; a su marido barnizando la madera del porche y silbando

alegremente; o a Eric jugando con Brando, su perro labrador. A menudo, Andrew les contempla sobrecogido y tiene la sensación de estar ojeando una de esas revistas de decoración en las que todo parece perfecto; cada detalle está pensado con detenimiento y tiene una finalidad concreta; la gente es guapa y sonríe como si fueran absolutamente felices... Luego tiene que recordarse que todo parece más bonito tras los filtros y la edición fotográfica, que el decorado se desmonta en cuanto la sesión termina y que los modelos también tienen problemas y preocupaciones. Nada es perfecto, nadie es absolutamente feliz, por mucho que alguien se empeñe en aparentar lo contrario.

Ahora, tanto la casa como el jardín están sumidos en un extraño y perturbador silencio. Ni siquiera Andrew o Naomie pronuncian palabra mientras esperan. La incertidumbre e impotencia son brutales. Además, Naomie sabe que Andrew está avergonzado por todo lo que le ha explicado esta misma tarde, al fin y al cabo, ha compartido con ella secretos que llevaba guardando durante años. Por no mencionar todo el tema de *Anonimo21*...

*Es heavy, lo reconozco, pero si Andrew no está preparado para que se sepa, entonces lo mantendremos en secreto, pregunte quién pregunte.*

Aunque Naomie lleva un buen rato intentando contenerse, no puede hacerlo por más tiempo. Abre su bolso de cuero en un movimiento ansioso y saca la petaca.

—¿Qué haces? —reprocha Andrew. Mira de un lado a otro, avergonzado, como si quisiera asegurarse de que ningún vecino les está viendo—. ¿Te parece apropiado montarte un botellón en el porche de los Lawrence mientras ellos están identificando un cadáver?

—¡Oye, no he comido nada desde el café del desayuno! Deja que le eche algo a mi estómago —da un par de tragos generosos y se pasa el antebrazo por los labios para secárselos.

Andrew hace un gesto de resignación y ambos vuelven a quedarse callados.

—¿Recuerdas la primera vez que Eric desapareció? —inquire ella un rato más tarde. Ya se ha hecho oscuro del todo y las luces del jardín funcionan a su máximo rendimiento.

—¿Cómo iba a olvidarme? Fue en verano de hace dos años. La señora Lawrence estaba histérica, incluso tuvieron que llevársela al hospital porque

estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. Todo el mundo se movilizó para buscarle, pusimos Canvas patas arriba. Conforme pasaban las horas el ambiente se volvía más y más crispado. Nos imaginamos lo peor pero no podíamos estar más equivocados. Recuerdo cuando apareció, tres días más tarde. Tenía ojeras, la ropa sucia y se tambaleaba de un lado a otro. Por su aspecto cualquiera podría haber pensado que acaba de escaparse del sótano de un torturador —sonríe con amargura—. Nos miró a todos con desdén y consiguió balbucear: *“Dejadme dormir, capullos, acabo de vivir la mejor fiesta de mi vida”*. Se armó una buena. Un mes más tarde volvió a desaparecer y ya nadie le dio importancia. Ni siquiera la señora Lawrence, quién ya no estaba tan preocupada como enfadada.

—Pero esta vez es distinta, ¿no? Todo parece más complicado.

Andrew asiente y piensa en ello. Es cierto, hay algo extraño en el ambiente que hace difícil poder imaginar a Eric apareciendo próximamente sano y salvo después de una de sus fiestas. No será tan sencillo. El asunto es más turbio esta vez. O, quizá, solo sea una sensación infundada por el descubrimiento de un cadáver.

—¿Crees que el chico al que han encontrado es...? —Naomie no puede terminar la pregunta.

Andrew rememora la madrugada del sábado, al encapuchado corriendo despavorido y mirando hacia atrás cada dos por tres, huyendo, tan desesperado que ni siquiera se detuvo cuando chocó contra él y le tiró al suelo. No sabe si el cuerpo es el de Eric, pero algo malo ocurrió aquella noche, de eso no cabe duda.

—Espero que no, espero que no...

Son las diez de la noche cuando un taxi se detiene delante de la casa. La puerta trasera del vehículo se abre y aparece la señora Lawrence. Parece que hace un siglo desde que la vieron en la puerta del instituto repartiendo carteles, pero ha sido esta misma mañana. Todavía lleva el pelo recogido en un moño y unas gafas negras que le tapan media cara. A diferencia de por la mañana, ahora lleva un vestido, también negro, y unos zapatos con un tacón muy discreto. Andrew piensa, con cierta incomodidad, que parece que acabe de llegar de un funeral...

Él y Naomie se levantan en una fracción de segundo y corren hasta la

mujer.

—¡Chicos, qué alegría veros! —pero en su tono de voz no puede detectarse ni un ápice de entusiasmo o alborozo. Y entonces, como para contradecirse todavía más, se pone a llorar.

*Mierda, eso no es buena señal, ¿no? —piensa Naomie—. Quiero decir, si acabara de descubrir que el cadáver no es el de su hijo, tendría que estar contenta. Bueno, no contenta exactamente pero, no sé, en fin...*

—¿Era él? —se atreve a preguntar sin mayores preámbulos. Está ansiosa por conocer la verdad.

La señora Lawrence los agarra a los dos por el brazo de forma maternal. Los tres cruzan el jardín, suben las escaleras del porche y alcanzan la puerta de la casa.

—Entremos, no quiero hablar de esto en la calle —explica y entran en el salón.

Brando, el perro labrador de Eric, está tumbado junto a uno de los sillones. Cuando los ve se levanta pesadamente, camina hasta ellos cabizbajo y los olisquea con desgana. Luego se da la vuelta, regresa junto al sillón y se deja caer en el suelo. Empieza a lloriquear.

—Sabe que algo no va bien, pobrecito. Y echa de menos a Eric —la señora Lawrence arrastra las palabras como si le costara pronunciarlas. Se quita las gafas y quedan al descubierto unas oscuras y profundas ojeras que se extienden hasta la altura de los pómulos. Hace aspecto de agotada—. Siempre que alguien llega a casa, acude para comprobar si se trata de él. Luego se queda ahí tumbado, sin moverse durante horas. Por favor, poneos cómodos —se sientan en el sofá pero ella, en lugar de tomar asiento, se dirige a la cocina—. Voy a preparar un té, a todos nos sentará bien.

A Naomie le gustaría poder decirle que se deje de idioteces, que lo único que ellos quieren es obtener respuestas. Pero en lugar de eso se limita a contemplar cómo se aleja. Silencio de nuevo. Se les hace extraño estar en la casa de los Lawrence pero que Eric no se encuentre en ella. Pasan varios minutos hasta que la madre de su amigo regresa. Sujeta una bandeja con una tetera de hierro, un azucarero y tres tacitas de estilo inglés. La apoya sobre la mesita central, se sienta en el sillón y sirve el té en aire ausente. Después de echarle dos terroncitos de azúcar moreno, le da un sorbito y se queda mirando

el fondo de su taza, sin pronunciar palabra, durante un buen rato.

*¡Ya está bien! —Naomie tiene ganas de gritar—. He sido educada y no he dicho que me dan igual los sentimientos de un perro; me he sentado aunque no tengo ninguna gana; estoy bebiendo este aguachirri insípido y ahora tengo que esperar hasta que la señora Lawrence se digne a explicarnos lo que ha pasado...*

—Díganoslo ya, por favor, necesitamos saberlo.

Naomie le da la mano a Andrew y él la aprieta con firmeza. La mujer se seca las lágrimas con el dorso de las manos y niega con la cabeza.

—No era Eric.

Ellos suspiran y se echan hacia atrás con alivio, apoyándose en el sofá y sintiéndose muy cansados de repente.

—Gracias a Dios —dice Naomie echándose una mano al pecho.

*Espera, ¿se muere un chico y lo único que se me ocurre decir es “gracias”?*

—Todavía no se sabe quién es la víctima pero sí que murió por una sobredosis. Por la zona en que le han encontrado, se piensa que...

Ellos apenas la escuchan. Después de la tensión y el subidón de adrenalina tienen la sensación de estar flotando en una nube. ¡El cadáver no es Eric! Seguro que está bien, tiene que estarlo. ¡Sigue habiendo esperanza! Vuelven a reparar en la mujer cuando ella les dice en un tono bastante sombrío:

—Hay algo más que debéis saber —les mira a los ojos y nota que se les vuelven a llenar de miedo. Andrew aprieta de nuevo la mano de su amiga—. Han encontrado restos de sangre en un callejón cercano al lugar donde apareció el cadáver. La han analizado y comparado con una muestra de ADN de Eric que recogieron de su habitación... Los resultados han dado positivo.

—Puede que se hiciera una herida sin importancia o se peleara con alguien pero seguro que está bien, ¿no? —Naomie nota que la fuerza de su voz va disminuyendo a medida que pronuncia la frase hasta que la palabra “bien” resulta casi inaudible.

*Mierda, alguien le ha hecho daño a Eric. El cadáver no era él pero su sangre esta esparcida por el asfalto, eso es casi lo mismo. Quizá lo han acuchillado o pegado un tiro o... Ya está bien, no pienses en eso. ¡Te prohíbo pensar en eso!*

—¿Dónde está el señor Lawrence? —Naomie acaba de deparar en su ausencia.

—Está fuera por trabajo, no vuelve hasta el jueves.

—¿No va a venir después de todo lo que está pasando? —inquiérese con sorpresa. El hecho de que una madre abatida y corroída por la incertidumbre deba pasar por este infierno sola, le parece horrible.

La expresión de la señora Lawrence cambia. Ya no parece apenada y cansada, sus facciones se vuelven tibantes y le dirige una mirada altiva.

—Haces demasiadas preguntas, ¿no crees? ¿Nunca te han enseñado tus padres que ser tan cotilla e indiscreta es de mala educación?

Rubor en las mejillas.

—Lo siento —está tan avergonzada que le cuesta hablar en voz alta—, no era mi intención molestarla.

La mujer sonrío ligeramente, se levanta del sillón y mientras camina de regreso a la cocina, informa con entusiasmo:

—Hice *muffins* el sábado por la mañana. De chocolate, rellenos de mermelada de frambuesa y cubiertos de azúcar glaseada. ¡Los favoritos de Eric! Os prepararé una cesta para cada uno, no quiero que se estropeen. Ya haré más cuando Eric vuelva.

*Ahora mismo, la señora Lawrence es una especie de macedonia emocional. Ha pasado del más profundo desconsuelo a regalar magdalenas. ¡Y solo en diez minutos! No la culpo, la desaparición de un hijo desequilibraría a cualquier madre. Pero quiero irme a casa. Sin muffins. ¿No sería de mal gusto comerme el desayuno de Eric mientras leo en el periódico la noticia de su desaparición?*

—Vayámonos de aquí —susurra a Andrew—, me siento muy incómoda.

Escuchan un gruñido rabioso. El perro labrador, que hasta ahora se ha mantenido hecho un ovillo entre suspiros y lamentos, se levanta con el morro arrugado y enseñando los dientes. Cruza el salón a toda velocidad, se abalanza sobre la ventana y empieza a ladrar ferozmente, con la mirada fija en un punto más allá del cristal.

Naomie y Andrew se miran extrañados y se dirigen hasta la ventana con curiosidad. Al otro lado de la calle hay una figura inmóvil bajo la luz tenue de una farola, observando la casa de los Lawrence.

—¿Quién es ese? —pregunta Andrew con horror.

Es un chico muy alto y esquelético, pálido como un cadáver. Sus ojos profundos y negros contrastan con la blancura de su piel de un modo fantasmagórico. El pelo, de un color negro violáceo, cae liso y brillante hasta la altura de sus hombros.

—Se llama Emmet Benson —explica Naomie, que no puede evitar sentirse inquieta—. Se mudó a Canvas con su madre hace dos semanas.

—¿Y qué hace ahí plantado? ¿Por qué nos mira tanto? Está consiguiendo ponerme los pelos de punta.

—No eres al único —señala al labrador.

El perro sigue ladrando con furia y tiene el pelo del lomo erizado. Vuelven a mirar a través de la ventana.

—¿Joder, dónde demonios se ha metido? —exclama Naomie. ¡Solo han mirado al perro dos segundos!

La calle está vacía hasta donde alcanza su vista, muchos metros a la derecha y a la izquierda. Emmet ha desaparecido. El ladrido del labrador, sin embargo, sigue escuchándose durante toda la noche, incesante y colérico.

Andrew llega a casa exhausto después de los intensos acontecimientos del día. Aun así le cuesta muchísimo conciliar el sueño —quizá porque su mente, funcionando a máximo rendimiento, no se lo permite— pero, cuando lo hace, las pesadillas le impiden tener un descanso reparador. Se ve a sí mismo en el parque Willow en medio de la noche. Está esperando a Eric aunque sabe, con ese extraño poder de anticipación que confieren algunos sueños, que no aparecerá. También intuye que no está solo así que se gira y clava la mirada en el sombrío espacio que queda entre dos arbustos lejanos. Con los músculos tensos, cierra los puños con fuerza y aguarda, esperando para enfrentarse con el encapuchado en cuanto aparezca correteando hacia él. Pero no lo hace. En lugar de eso, en la penumbra consigue divisar una silueta muy delgada y larguirucha. Entrecierra los ojos y se esfuerza por verle mejor pero la oscuridad resulta demasiado espesa como para diferenciar los rasgos de su rostro. Da un paso al frente. Y otro. Y otro más. Entre las ramas retorcidas de los árboles se filtra un rayo de luna e incide contra la cara de la silueta.

Andrew se detiene al instante, horrorizado, absorto por esos ojos negros donde resulta imposible distinguir dónde termina la pupila y dónde empieza el iris; por esos labios morados, tan finos que resultan casi inexistentes; por ese pelo morado tan antinatural... pero, sobre todo, por esa piel pálida y translúcida más propia de un cadáver que de una persona viva. Quiere darse la vuelta y salir corriendo pero no puede, está inmovilizado. Entonces Emmet Benson empieza a andar hacia él. El cuerpo agarrotado de Andrew no responde mientras se acerca con parsimoniosa tranquilidad. Ahora lo tiene justo delante, casi puede sentir su gélido aliento contra el rostro. Emmet sonrío y a Andrew se le hiela la sangre en las venas. Es la sonrisa del mismísimo diablo.

Se despierta con el corazón latiéndole a mil por hora. Reconoce que Emmet no le causó demasiada buena impresión, observándoles desde la oscura noche, pero no esperaba que se entrometiese en sus sueños. Se seca el sudor que le empapa la frente con la sábana, se levanta y abre la ventana en busca de un poco de aire fresco. Mientras sus pulsaciones van normalizándose, llega a la conclusión de que el constante desasosiego y la tensión acumulada desde el sábado por la noche le están pasando factura. Está agotado. No puede dejar de pensar en Eric; en lo que le habrá pasado; en la sangre que han encontrado en el callejón; en el encapuchado sin rostro; en las mentiras que ha contado y en las que tendrá que seguir contando; en lo que puede pasar si le descubren... Su mente se encuentra en un continuo estado de exaltación, volviéndose frágil y quebradiza, susceptible a absorber y proyectar malos pensamientos. El sueño que acaba de tener es una prueba de ello.

—Vuelve de una vez, Eric —susurra para sí mismo.

Le echa de menos, eso es evidente. También está preocupado. Pero hay algo más. Cuando el sábado por la noche se escapó de casa y fue al parque Willow, lo hizo dispuesto a revelar su mayor secreto. Estaba enamorado de Eric. Y por ese mismo motivo, Eric fue la persona que escogió para sincerarse. Sería él y nadie más. Sabía que aquello iba a cambiarlo todo. Quizá para bien, quizá para mal. El hecho de que desapareciese en aquel decisivo momento, le arrebató la oportunidad de descubrirlo. Y la duda le está torturando. Solo cuando Eric vuelva y pueda terminar lo que inició aquella madrugada, conseguirá deshacerse de esta sofocante incertidumbre.

Y si su incertidumbre le atenaza y le dificulta respirar, no puede hacerse una idea de cómo deben estar pasándolo los señores Lawrence. La dulce Diane y el inflexible Ross. Al acordarse de ellos, le da vueltas a la ausencia de Ross. Su mujer les explicó que estaba fuera por trabajo pero eso no deja de ser un poco extraño. Cualquiera padre lo dejaría todo para volver a casa en una situación así. Ningún jefe le despediría por eso, ¿no? Además, seguro que existe algún derecho laboral aplicable en este tipo de situaciones. Puede que, harto de las idas y venidas de Eric, haya decidido no darle demasiada importancia al asunto y no interrumpir sus compromisos profesionales. Aunque ese haya sido su razonamiento, Andrew no alcanza a comprenderlo y, mucho menos, compartirlo. No solo cabe la posibilidad de que esta vez sea distinta a las demás y que su hijo esté metido en problemas serios, también está el hecho de dejar a su esposa sola, desamparada. La pobre y exasperada Diane, propensa a sufrir crisis nerviosas en este tipo de situaciones, condenada a pasar por el trance sin la compañía y el apoyo moral de su marido. Las largas horas de angustia; los días deambulando en una casa vacía; las noches frías sin poder dormir; las preguntas curiosas de vecinos y conocidos... ¡Hasta el reconocimiento de un cadáver! Cuanto más piensa en ello, más se compadece de Diane y más cuestiona el código ético de Ross. El asunto es feo, se mire por donde se mire.

—Lo de ese pobre chico es una tragedia —dice una voz de mujer, aguda y penetrante, que viene del piso de abajo. Andrew no la reconoce. Sale de la habitación y se acerca al hueco de las escaleras para escuchar mejor.

—Ya lo creo —responde la voz de Carol, afligida.

—Era un drogadicto —interviene su padre con un cierto deje de desprecio, como si este fuera motivo para no sentir lástima o compasión por un joven fallecido.

—Estoy impactada, de todos modos —vuelve a hablar la mujer desconocida—. Una está acostumbrada a ver este tipo de cosas en las noticias o a leerlas en el periódico, pero esta vez es diferente. La familia Lawrence vive tan cerca de nosotros... me cruzo con la madre cada mañana, ¡hasta hemos hablado en un par de ocasiones! Todavía no me lo puedo creer.

—¡Oh, no, no! Está usted confundida —Carol suena alterada mientras la corrige—. Pensaron que el cadáver que encontraron ayer podía ser Eric pero

la señora Lawrence fue a identificarle y no era él.

—Oh, vaya, menos mal. No sé por qué di por hecho que se trataba de Eric. Me alegro por su familia.

—Aunque de entrada es una buena noticia, sigue sin saberse nada de él.

—Apuesto a que está en un festival gay en Río de Janeiro —propone Henry, burlón.

Oye a su madre suspirando y casi puede imaginarla dirigiéndole una mirada de desagrado. Él mismo siente un súbito desdén por Henry y, aunque no es agresivo, fantasea con bajar las escaleras y darle un buen puñetazo. O dos.

—Un chico desaparecido, otro muerto... —comenta la voz desconocida—. ¿Esto es así siempre? Tenía entendido que Canvas era una ciudad muy tranquila. Yo también tengo un hijo y me da miedo que...

—Créame, Canvas no es el problema —la interrumpe Henry—. Esos chicos lo son. Se pierden en el vicio y en la mala vida, es evidente que no pueden acabar demasiado bien. Si algún día conoce a Eric, entenderá lo que le digo.

Las ganas de pegarle vuelven a incrementarse.

—Eric es muy buen chico, no se vaya a pensar usted lo contrario —Carol se precipita a intervenir y Henry se ríe por lo bajo—. Lo que ocurre es que el mundo de la noche es muy peligroso hoy en día y, ya se sabe, a veces los jóvenes pueden dejarse llevar. En su caso, bajo mi punto de vista, solo es una etapa pasajera de rebeldía. Es muy buen chico — repite—. ¡Se lo digo yo!

—He oído que ustedes y los señores Lawrence tienen bastante relación.

—Ha oído bien.

Hay unos segundos de silencio. Posiblemente, la mujer desconocida espera que sus padres añadan más información pero, como no lo hacen, pregunta:

—¿Y qué creen ellos que le ha pasado a su hijo? ¿No tienen ninguna teoría?

—Ya sabe, no pierden la esperanza —el tono de Carol ha perdido su matiz educado y ahora resulta escueto y tajante.

Vuelve a hacerse un silencio incómodo.

—¡Uy, no me había dado cuenta de la hora que era! ¡Tanto hablar, tanto hablar, se me ha hecho tardísimo! —exclama la voz intrusa, que se ha dado

cuenta del ambiente tenso que acaba de generarse—. Me marcho ya, tengo muchas cosas que hacer. Una vez más, gracias.

—No se merecen.

—Hasta luego.

—¡Que tenga buen día!

¡Pam! La puerta principal se cierra. Andrew baja entonces las escaleras y entra en la cocina. Henry está sentado junto a la mesa leyendo el periódico y sostiene una taza en alto mientras Carol la rellena de café.

—Buenos días —dice Andrew. Pasa por el lado de su padre sin ni siquiera mirarle y le da un beso a Carol—. ¿Quién era?

—La señora Benson —responde su madre—. Ella y su hijo se mudaron hace pocos días a la antigua casa de los Thompson.

La señora Benson y su hijo... Emmet. Andrew empieza a replantearse esa teoría que dice que cuando piensas en algo o en alguien, lo atraes sin remedio hacia ti. Hace un rato se le ha aparecido en una pesadilla y un poco más tarde la madre ha estado en su casa. Se pregunta si la mujer tendrá el mismo aspecto espeluznante que Emmet aunque deduce que no, porque Carol no hecho ningún comentario al respecto.

—Deberías pasarte a saludar y darles la bienvenida al barrio —continúa ella.

—Puede que lo haga —responde sin demasiado entusiasmo. Coge una galleta del paquete que hay sobre la encimera y le da un mordisco—. ¿Qué quería?

—Devolverme el tarro donde les llevé las magdalenas el día en que llegaron y, ya que estaba, cotillear e intentar sonsacarnos información sobre Eric y su familia.

Andrew pone los ojos en blanco y echa una ojeada al reloj de pared.

—¿A las ocho de la mañana?

—Es una cotilla madrugadora. Ya se me estaba acabando la paciencia, con tanta preguntita. Detesto a la gente entrometida.

El día anterior Emmet estuvo vigilando la casa de los Lawrence y ahora su madre ha estado haciendo preguntas sobre Eric. Andrew no puede evitar sentir que hay algo extraño en la familia Benson aunque quizá, después de todo, su madre tenga razón y solo se trate de dos entrometidos intentando saciar su

innata curiosidad.

¡Riiiiiiiiing, riiiiiiiiing! El teléfono suena a toda potencia en el salón y Carol sale disparada a cogerlo. Henry y Andrew se quedan solos en la cocina, uno centrado en las líneas del periódico y el otro preparándose el desayuno. Ninguno de los dos dice nada, solo se oye un carraspeo de vez en cuando. Escuchan a Carol colgar el teléfono y asoma de nuevo en la cocina, mordisqueándose el labio y secándose el sudor de la palma de las manos en los laterales de su pantalón.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Quién era?

—Han llamado de comisaría. Quieren hacernos algunas preguntas sobre Eric y la noche en que desapareció.

Andrew palidece de inmediato. Aquella maldita noche le va a perseguir durante mucho tiempo. Se las ha apañado para mentir, aunque con muchos remordimientos, a sus padres y a la señora Lawrence pero ahora va a tener que dar explicaciones ante la policía. El asunto está a punto de complicarse un nivel más.

—Debemos ir cuanto antes —anuncia Carol—. Termina de desayunar y recoge tus cosas.

## CAPÍTULO 9

Andrew siente un sudor gélido en la nuca y un ligero temblor en las manos que intenta disimular agarrándose las rodillas. La habitación es fría, de paredes blancas y nula decoración. Hay tanto silencio que puede escuchar su propia respiración, tan agitada como sus pulsaciones. En un momento dado la puerta se abre y entra el inspector Rodríguez, un hombre de prominente barriga a quién le ajusta demasiado el cinturón pese a tenerlo en el último agujero. Tiene pinta de pasar más tiempo comiendo *donuts* que haciendo su trabajo, todavía tiene restos de la última rosquilla en la barbilla y la comisura de los labios. Pero su aspecto ridículo no hace que Andrew se sienta más tranquilo, está aterrorizado desde que han llamado a casa para citarle en comisaría. Rodríguez se sienta frente a Andrew y estudia con atención sus movimientos inquietos y su mirada evasiva.

—Pareces nervioso —dice al fin, al otro lado de la mesa. Lo único que les separa es esa fina lámina metálica, sin nada encima salvo un vaso de plástico lleno de agua.

Andrew cree percibir un tono acusatorio y se pone todavía más tenso. El momento tan temido ha llegado, el momento en el que los secretos que ha guardado con tanto recelo durante años pueden salir a la luz. Si lo descubren, todo el mundo (incluida su familia) sabrá que está enamorado de Eric. Quedará expuesto. Y eso no es lo peor: si logran acceder al chat y relacionarlo con *Anónimo21* (quizá, incluso, ya lo han hecho), sabrán que quedó en verse con Eric la madrugada del sábado y pueden llegar a pensar que le ha hecho algo malo.

*Me van a meter en la cárcel* —presagia con amargura—. *Estoy perdido.*

Tiene la boca seca y coge el vaso para dar un trago de agua. Le tiembla el pulso.

—Nunca me han interrogado, eso es todo.

—Tranquilo, solo quiero hacerte unas preguntas protocolarias —dice el inspector—. Tú y Naomie sois los mejores amigos de Eric, cualquier

información que podáis aportar será de gran utilidad.

Recuerda que Naomie está en la sala contigua esperando su turno para ser interrogada. Y también Carol, su madre. ¿Por qué iban a llamarla si no fuera porque sospechan de él? Está seguro de que quieren sonsacarle toda la información posible, se siente en el punto de mira. Se pregunta, con horror, qué es lo que la policía piensa que ha hecho: ¿secuestrar a su amigo, ayudarle a escapar, matarle? Siente náuseas pero asiente:

—Está bien.

Y entonces, comienza el interrogatorio.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Eric?

—El sábado. Pasamos la tarde en su casa.

—¿Los dos solos?

—Ajá.

—La señora Lawrence me ha comentado que solíais quedar los tres: Naomie, Eric y tú.

—Es cierto, pero Naomie y él estaban enfadados y ella no quiso venir.

Los ojos del inspector centellean y se inclina hacia delante. Parece interesado en esta información. Saca una libretita del bolsillo de su chaqueta y anota algo con rapidez. Andrew siente miedo al instante. ¿Y si la ha cagado? Ha respondido sin pensar pero, ¿qué puede sospechar la policía al saber que Naomie y Eric tenían rencillas últimamente? ¿Acaba de dejar a su amiga en mal lugar ante los ojos del inspector?

—¿Por qué estaban enfadados?

Andrew se encoje de hombros.

—No lo sé —decide que hacerse el sueco es la mejor opción. Si quiere saber las razones de la discusión deberá preguntarle a Naomie y ella explicará hasta donde vea conveniente—. No quise meterme en medio.

—Entiendo —decide pasar a la siguiente cuestión—. ¿Te comentó Eric que tuviese algún plan al salir de trabajar? ¿Tenía pensado encontrarse con alguien?

Ahí está la dichosa pregunta. Andrew valora las posibles respuestas. Sabe que si miente y le descubren, puede meterse en un buen lío. Por un momento está tentado a confesar la verdad: a decir que Eric y él habían quedado en el parque Willow, a hablarles del chat y de *Anonimo21*. Pero también comprende

que si ahora se sincera, le preguntarán por qué no lo ha contado antes y, de forma automática, también se convertirá en sospechoso. Se siente atado de pies y manos. Niega con la cabeza.

—No, no me dijo nada.

*Acabo de mentir a la policía. Soy un delincuente, un criminal.*

—¿Tiene Eric algún enemigo conocido?

—Clay Wellington —responde sin pensarlo un segundo—. Todo el mundo le llama Clay W.

El inspector apunta el nombre en su cuaderno.

—Háblame de él.

—Es el capitán del equipo de fútbol del instituto. Todo el mundo se esfuerza por caerle bien a él y a su pandilla porque saben que es mejor tenerles como amigos que como enemigos. Eric jugó al fútbol el año pasado. Se le daba muy bien, era imprescindible en el equipo. Luego salió del armario y todo cambió. Empezaron a hacerle la vida imposible, ¿sabe? No es que a Eric le importase demasiado, es el chico más seguro de sí mismo que he conocido y nunca le han afectado ese tipo de cosas. Pero se las ingenieron para que el entrenador le echara del equipo. Clay y Eric se han peleado más de una vez en público, se han dicho cosas bastante feas. Clay y sus amigos le odian de verdad. Le odian por ser... gay. Es de locos.

Rodríguez escribe la palabra “homofobia” en la libreta.

—¿Dónde estabas tú la noche del sábado?

—Eh... ¿Yo? ¿La noche del sábado...? —nota cómo la sangre huye de su rostro aunque espera que Rodríguez no se dé cuenta de su repentina palidez. El inspector le mira inquisitivamente y repiquetea con los dedos sobre la mesa—. Pues en mi casa, durmiendo.

—¿De verdad? —le escudriña con los ojos entrecerrados.

Andrew se encoje sobre sí mismo. No puede estar seguro de que nadie le viera. Estuvo fuera desde las tres hasta las cinco de la madrugada. Si alguien le reconoció y se lo ha contado a la policía, entonces ahora saben que está mintiendo. La incertidumbre le corroe por dentro. Además, le gustaría explicarle lo del desconocido encapuchado, al fin y al cabo, algo le dice que puede ser una pieza importante en el caso. ¿Pero cómo hacerlo sin quedar en evidencia? Se da cuenta de que, al ocultar información relevante para

protegerse a sí mismo, puede estar puniendo en peligro a Eric. Se siente la persona más egoísta y despreciable del mundo. Aun así responde:

—Sí, de verdad.

Rodríguez empieza a tomar notas de forma frenética en su cuaderno. Levanta la vista varias veces para mirar a Andrew y luego continúa en su quehacer. Relee las notas del cuaderno y asiente, visiblemente satisfecho con el trabajo que acaba de realizar.

—Hemos acabado por hoy. Nos mantendremos en contacto.

Andrew suspira. Se alegra de no haber terminado el interrogatorio entre rejas. Es libre. De momento.

La siguiente en entrar en el cuarto de interrogatorios es Naomie. Mientras Andrew toma asiento junto a su madre en la opresiva sala de espera y ve a Naomie alejarse, toma consciencia de que su amiga es la única persona que sabe dónde estaba él y lo que hizo el sábado por la noche. No sabe si le preguntarán sobre el tema y tampoco hasta qué punto les explicará la verdad. Sabe que ella no diría nada conscientemente que pudiese perjudicarlo pero bajo los nervios y la presión, es posible tener un despiste, soltar algún comentario que le deje en evidencia sin ni siquiera darse cuenta. Él mismo le ha hablado al inspector Rodríguez sobre el enfado de Naomie y Eric y, acto y seguido, se ha arrepentido de haberlo hecho. Se mordisquea las uñas hasta hacerse sangre; la incertidumbre y la espera le están matando.

Naomie ve a Rodríguez cerrar la puerta y sentarse frente a ella. Sabía que la imprudencia y la insensatez de Eric acabarían teniendo consecuencias pero debe reconocer que nunca se había imaginado terminar en comisaría por uno de sus turbios asuntos. Las travesuras y los líos de su amigo acaban de pasar a otro nivel. Y ya haya desaparecido por voluntad propia (espera que sea el caso) o en contra, lo cierto es que ninguna de ambas opciones resultan descabelladas ni difíciles de predecir. Era cuestión de tiempo que algo así ocurriera, con tantas idas y venidas, tantos secretos, siempre acompañado de chicos que ha conocido en chats y bares. Rollos, novios, amantes... no sabe cómo llamarles pero se los tira, de eso no cabe duda. Cada semana es uno nuevo; ellos se enamoran y se arrastran como perros pero Eric les desprecia, les da una patada en el culo y les sustituye por otro. Por no hablar de un rumor

que apareció hace ya varios meses según el cual habían visto a Eric rondando uno de esos locales llenos de depravados y pervertidos donde se organizan reuniones sexuales multitudinarias. ¿Qué podía esperarse de bueno de alguien que dedicaba la mayor parte de su tiempo libre al vicio y la perversión? Hasta trabajaba en un bar de ambiente... Se pregunta qué ha sido del chico responsable y tranquilo que sacaba buenas notas y trabajaba en un prestigioso restaurante del centro. ¿En qué momento se había desviado del camino hasta degenerar en esto?

El inspector Rodríguez pone su cuaderno sobre la mesa y observa a Naomie. La chica parece mucho más segura de sí misma que Andrew. Menos temerosa.

—¿Cuándo viste a Eric por última vez? —inquire.

—El martes pasado.

Rodríguez no interviene y Naomie deduce que quiere que se explye un poco más.

—Estaba en plan depre, fui a verle para hablar y desahogarme —decide omitir el hecho de que se presentó en su casa a las cuatro de la tarde borracha como una cuba—. Se ha convertido en algo bastante habitual este verano. Aunque no sé por qué, la verdad, porque no es que a Eric se le dé demasiado bien eso de escuchar los problemas ajenos, ¿sabe?

—De eso hace ya una semana. ¿Por qué no os habéis visto desde entonces?

Ella enarca una ceja.

—¿Acaso estamos obligados a hacerlo?

—Tengo entendido que solíais veros casi cada día. Incluso en vacaciones de verano.

—Estaba enfadada con él —admite.

—¿Puedo preguntar el motivo?

Pese a la diplomacia de Rodríguez, Naomie no cree tener otra opción.

—Sentí que me juzgaba. Yo solo acudí a él en busca de un poco de apoyo emocional y comprensión pero cuando empezó a recriminarme mi actitud, me puse como loca. Sé que desde que mi novio me dejó me he vuelto un poco suelta, lo reconozco, pero que fuera Eric quien me lo echara en cara, teniendo en cuenta su historial, hizo que me hirviera la sangre. Me fui de su casa y no hemos vuelto a hablar desde entonces.

Rodríguez apunta hasta el último detalle en su libreta.

—Andrew ha mencionado a un tal Clay Wellington. ¿Qué puedes contarme de él?

—¡Buf! —adquiere una expresión de desprecio—. El típico matón de instituto. Él y su grupito se creen los mejores. Lo peor es que parece que los demás también lo creen, cualquier día se arrodillarán a su paso y les besarán los pies. Clay es el capitán del equipo de fútbol del instituto. Y también de la pandilla, por supuesto. Allá donde va él, su séquito le sigue. Es algo enfermizo.

—¿Qué relación tiene Clay con Eric?

—No demasiado buena que digamos. Clay siempre le ha tenido entre ceja y ceja. Es un homófobo de mierda. ¡Ups! —se tapa la boca con la mano. Está avergonzada por que se le haya escapado un taco delante de un policía—. Perdona. Jugaban al fútbol pero Clay no podía soportar tenerle en su mismo equipo. Se pelearon más de una vez, saltaban chispas cada vez que se encontraban. Después de que se las ingeniara para echar a Eric del equipo, la cosa pareció calmarse. No es que se hicieran amigos, ya me entiende, pero aprendieron a ignorarse mutuamente. Cada uno iba a lo suyo, lo cual, si quiere que le diga la verdad, me sorprende un poco. Eric no es del tipo de persona a quién puedes joder y salirte de rositas. Si le atacas, tarde o temprano él te la devolverá con más fuerza todavía. Es mejor tenerlo de amigo que de enemigo —se encoge de hombros—. Así que, como le digo, me sorprende pero, quién sabe, a lo mejor decidió que no le convenía empezar una guerra contra Clay y su séquito. O quizá haya madurado y dejado atrás los planes maquiavélicos y las venganzas.

Rodríguez tiene el entrecejo fruncido. Llena una cara de la libreta con sus anotaciones así que pasa página y suspira.

—¿Qué hiciste tú el sábado por la noche?

Naomie se pone roja.

—¿Me promete que no se lo contará a mi madre si se lo digo? —se le escapa una risilla nerviosa. Él asiente con un gesto de cabeza—. Estuve en una fiesta en casa de Lili Cooperman desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana. Fui con mi amiga Katy, puede preguntarle a ella.

—¿Sabes la dirección?

—En algún punto de la calle Peachy, no recuerdo el número.

—Muy cerca de *Queen's* —comenta en aire ausente, más para sí mismo que para Naomie—. ¿Qué tipo de fiesta era?

Naomie recuerda estar desnuda y cubierta de vómito en una bañera después de haberse enrollado con una chica. Y recuerda a Katy en la cama entre dos chicos la mar de dotados.

—Una fiesta normal —quiere ahorrarse los detalles—. Ya sabe: gente joven, música, chicos guapos...

—¿Alcohol?

—Alcohol —asiente.

—¿Cuánto bebiste?

—Lo normal.

Rodríguez levanta una ceja.

—No sé cuántas copas exactamente —no lo dice pero perdió la cuenta en la sexta.

—¿Saliste de la casa en algún momento de la noche?

—No, no nos movimos de allí.

—¿Es posible que abandonaras la fiesta y regresaras más tarde pero no te acuerdes?

—No iba tan mal como para eso.

—Sin embargo, ni siquiera puedes decirme cuántas copas bebiste.

Naomie entrecierra los ojos. Tiene la impresión de que está intentando insinuar algo. Quizá solo quiere estudiar su reacción.

—No, no puedo decirle cuántas. Pero sí puedo decirle que no salí de la casa en ningún momento.

—Está bien —cierra la libreta y deja el bolígrafo sobre la mesa—, esto es todo, de momento.

Es el turno de Carol. Rodríguez la observa mientras ella cruza la impersonal habitación con pasos decididos. Debe estar rondando los cincuenta años pero todavía resulta imponente. Viste una blusa blanca y una falda de tubo verde pistacho. Los tacones altos acrecientan todavía más su esbelta figura. Es una señora elegante que conserva gran parte de la belleza que poseyó en su juventud. Carol se sienta en la silla, cruza las piernas con

resolución, coloca ambas manos sobre su rodilla y, sosteniéndole la mirada, dice:

—Buenos días, señor inspector. ¿Quería hablar conmigo?

—Así es. Gracias por acudir tan rápido. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre el caso Lawrence.

—Por supuesto, adelante —y esboza la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué tipo de relación tienen ustedes con los Lawrence?

—Vivimos en el mismo barrio, nos conocemos desde hace muchísimos años. Son una familia estupenda. Algunos domingos nos juntamos y organizamos una barbacoa en el jardín. Antes también solíamos juntarnos con los Ferman, los padres de Naomie, pero entonces Pete se marchó y Meredith empezó a estar muy ausente. He oído que tiene problemas con la bebida pero, en fin, esa es otra historia.

—¿Qué opinión tiene sobre los Lawrence como padres?

—Oh, los Lawrence son unos grandes padres. Diane es un encanto, una madre fantástica. Eric es hijo único y ella le adora, es su ojito derecho. Para su padre también lo es o, al menos, lo era hasta hace un tiempo.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, hace un par de años su relación cambió bastante. Ross siempre ha sido un hombre serio pero se volvió bastante distante con Eric. Incluso frío, me atrevería a decir. No es por criticarle, supongo que es totalmente normal. Todo el mundo sabe que la conducta de Eric no ha sido ejemplar estos últimos meses, no se lo ha puesto fácil a sus padres que digamos. Pero, mientras Diane se muestra preocupada por él, Ross parece simplemente... furioso, lleno de rencor, no sé si me entiende. De todos modos, esto es solo una impresión. Me consta que ambos le quieren muchísimo. Cuando pienso en lo que deben de estar sufriendo ahora mismo...

Bebe un poco de agua.

—¿Qué puede decirme sobre Andrew y Eric? —continúa Rodríguez.

Al escuchar el nombre de su hijo, un fugaz brillo destella en los ojos de Carol. Vuelve a sonreír.

—Son amigos de toda la vida. Se han criado juntos, como aquél que dice. Han ido al mismo colegio, al mismo instituto... Han compartido toda su infancia y adolescencia.

—¿Ha notado usted algún cambio significativo en su relación en los últimos meses?

—No, en absoluto —afirma con rotundidad. Luego coloca el dedo índice sobre su labio inferior en un gesto pensativo—. Es cierto que se ven menos que antes debido a que Eric ha estado trabajando e, imagino, ha hecho nuevos amigos. Pero, en el instituto, siguen siendo uña y carne.

Rodríguez apoya los codos sobre la mesa y junta las manos.

—¿Le ha confiado Andrew, alguna vez, información sobre Eric que crea que pueda sernos de utilidad conocer?

—Me temo que no. Andrew y yo siempre hemos tenido una relación muy estrecha, suele contarme sus cosas y hablarme de sus preocupaciones. Pero nada sobre Eric.

—Sé que Andrew aprecia muchísimo a Eric y quizá, por ese mismo motivo, haya cosas que no se atreva a explicarnos por miedo a traicionar su confianza. Si Eric se está viendo con alguien nuevo, si está metido en algún asunto delicado, si toma drogas... Ya sabe, son cosas que los amigos íntimos suelen contarse entre sí. Este tipo de información acostumbra a resultar decisiva en una investigación de este calibre. Entiendo que, con la edad de Andrew, la lealtad hacia Eric es lo más importante ahora mismo pero tal vez usted, como madre, podría tener una conversación con él. Ya sabe, hacerle comprender que ser totalmente sincero con nosotros en estos casos puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte del desaparecido.

Carol mira al inspector Rodríguez fijamente durante varios segundos. Ya no sonrío.

—Con todos mis respetos, no creo que esa conversación vaya a ser necesaria. No sé qué le ha hecho pensar que mi hijo no ha sido *totalmente sincero* con ustedes pero Andrew entiende la importancia de este asunto a la perfección. Si él supiera algo relevante, os lo habría contado. Puede que sea leal a Eric pero precisamente por eso no os mentiría u os ocultaría información. Lo único que él quiere es que encuentren a su amigo sano y salvo y todo vuelva a la normalidad —Carol se da cuenta por la expresión de Rodríguez que no ha logrado convencerle—. Además, por lo que sé, Eric siempre ha sido muy celoso de su intimidad, incluso con sus mejores amigos. A veces, Andrew se enfada por eso. Recuerdo que un día me dijo, bastante

molesto, que él y Naomie siempre le contaban a Eric todos sus secretos. Ya sabe, lo típico entre los chicos de su edad, que si ahora me gusta *tal*, que si mañana tengo una cita con *Pascual*. Pero Eric se las apañaba para no tener que contar los suyos. Les daba largas y evasivas hasta que se olvidaban del asunto o lo daban por perdido. No es de extrañar, entonces, que Andrew no pueda darles ninguna información de especial relevancia.

—Está bien —desiste Rodríguez—. ¿Dónde estuvo su hijo el sábado por la noche.

—En casa —responde con la barbilla alta—. Algunos padres pensarán que soy demasiado estricta pero no suelo dejarle salir de noche. En lo único que tiene que concentrarse ahora es en sacar buenas notas y conseguir entrar en una buena universidad.

—¿Puede que saliera aquella noche sin que usted y su marido se dieran cuenta? No sería de extrañar que un joven de su edad se fugara a media noche para reunirse con sus amigos.

—Oh, no, de eso nada. Andrew es un chico muy tranquilo. El nunca haría eso.

—Cree estar segura de que no salió el sábado por la noche pero no puede saberlo a ciencia cierta, ¿no es así?

Rodríguez toma notas con trazos rápidos e impetuosos. Carol descruza las piernas y se inclina levemente hacia delante.

—No, no es así. El sábado, después de terminar de cenar, Andrew se marchó a su habitación a dormir. Henry y yo nos quedamos en el salón viendo una película. Serían las doce y pico cuando se terminó. Henry subió al dormitorio pero yo no tenía sueño y le dije que me quedaría un rato más. Debí de equivocarme al preparar el café y creo que me tomé uno normal en lugar de descafeinado porque pasaban las horas y seguía con unos ojos como platos. Más tarde empezó a hacer un poco de frío así que fui al cuarto de Andrew para ponerle una manta. Estaba allí, dormido. Después volví al salón y, a las siete de la mañana, dejé de intentar dormir y me puse a preparar el desayuno. Volví a subir a la habitación de Andrew a las ocho, le desperté y desayunamos juntos.

—¿Qué hora era cuando fue a verle por primera vez?

—Recuerdo que miré el reloj de su mesilla de noche y eran... —piensa un

instante—. Las cuatro y media.

—¿Está segura?

Aunque el inspector Rodríguez no se da cuenta porque Carol tiene las manos bajo la mesa, la mujer ha empezado a hurgar con el dedo índice en la piel lateral de su pulgar, arrancándose tiras hasta hacerse sangre. Nunca le ha gustado mentir, se pone muy nerviosa, pero sabe que a veces no queda más remedio que hacerlo. Como ahora.

—Totalmente —afirma con contundencia.

—Eso solo significa que Andrew estaba en casa a las cuatro y media de la madrugada pero no quiere decir que no hubiese estado fuera antes o después de que usted le viera en su habitación.

—No lo estuvo. Lo sé porque el salón y el recibidor son contiguos y la puerta principal se ve desde el sofá. Si Andrew se hubiese escapado en algún momento, no solo habría escuchado la puerta, también le habría visto.

El inspector Rodríguez suspira y, después de levantarse con pesadez, le tiende la mano a Carol. Ella reprime las ganas de sonreír.

—Eso es todo por hoy, gracias por su tiempo.

—Un placer poder ayudar —también se levanta, se atusa la falda de tubo y sale de la estancia con una elegancia y dignidad apabullantes.

Mientras Carol está siendo interrogada por el inspector Rodríguez, Andrew y Naomie aguardan sentados en la sala de espera. Hay cuatro hileras de sillas blancas de plástico, el suelo es de mármol y las paredes de un verde grisáceo muy feo. El ambiente es terriblemente frío. La pierna de Andrew se mueve de arriba abajo cada vez más deprisa hasta que Naomie coloca una mano sobre su rodilla y aprieta con fuerza para que se detenga.

—Relájate o te va a dar una angina de pecho —pide ella.

—Es que no puedo dejar de pensar en lo que debe de estar pasando ahí dentro —Andrew se da cuenta de que el policía que hay sentado en la recepción levanta la vista para mirarle. Baja el tono de voz hasta convertirla en un susurro—. Creo que sospechan algo, puede que hayan descubierto lo del chat. ¿Seguro que no te ha preguntado nada sobre mí?

—Seguro. Además, aunque lo hubiesen hecho, yo no les habría dicho ni una sola palabra de lo que me explicaste. Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Andrew asiente y le dirige una sonrisa de agradecimiento. Es una buena amiga. Él siempre ha sabido que lo era pero no se imaginaba hasta qué punto. Naomie está dispuesta a ocultar información a la policía, arriesgarse para salvaguardar un secreto que ni siquiera le incumbe. Y todo para protegerle a él.

—Gracias —dice Andrew y ella le coge de la mano.

Una mujer policía que está de pie junto a la puerta principal se gira con discreción para mirar a los chicos de soslayo. Andrew se da cuenta y se tensa de inmediato. Tiene la sensación de que todo el mundo le está observando, posiblemente esperando la señal del inspector Rodríguez para abalanzarse sobre él y esposarle. Tiene un fogonazo mental en el que se ve a sí mismo entre rejas, con el pelo rapado y un mono naranja. No está seguro de lo que le han acusado pero puede sentir miradas recriminatorias en la oscuridad, al otro lado de los barrotes que le tienen apresado. Dios, ¿por qué no ha salido su madre todavía? ¿Qué le estarán preguntando? Seguro que ese maldito inspector está intentando sonsacarle información sobre él. Tampoco es que importe demasiado, a estas alturas lo más probable es que ya sepa que quedó con Eric aquella noche. La incertidumbre le está constriñendo el estómago y le provoca dolor de cabeza.

—Joder —la voz de Naomie le arranca de sus pesimistas pensamientos.

—¿Qué pasa? —Andrew se agarra con fuerza a los brazos de la silla y mira a su alrededor. El policía de recepción ha centrado de nuevo su atención en el montón de papeles que hay sobre la mesa y la policía de la puerta les ha vuelto a dar la espalda. Nada parece fuera de lugar excepto la cara de Naomie, pálida, con los ojos clavados en la pared acristalada que da a la calle.

—Otra vez él... —se levanta y se precipita hacia la ventana con tanta energía que Andrew la cree, por un momento, capaz de atravesar el cristal. Pero no lo hace. Se detiene con la nariz pegada al vidrio y la mirada fija en un punto del exterior. Andrew se acerca hasta situarse junto a ella, temeroso de lo que puede encontrarse ahí fuera, y entonces le ve—. ¿Qué narices es lo que quiere?

Emmet Benson está de pie al otro lado de la calle. Bajo los rayos del sol su pelo violáceo brilla con intensidad y su piel parece todavía más pálida que

el día anterior cuando lo vieron, también a través de la ventana, en casa de los Lawrence. Aunque está lejos, Andrew percibe sus ojos viperinos clavados con hiriente intensidad sobre ellos. La simple presencia de aquel chico consigue ponerle más nervioso, si cabe, y empieza a sentir náuseas.

—¿Nos está siguiendo?

—¿No es evidente?! —espeta Naomie. Está tentada a llamar a uno de los policías y denunciar al rarito de su vecino por acoso pero entonces la puerta de la sala de interrogatorios se abre. Se giran hacia ella y ven a Carol.

Andrew nota como la sangre huye de su rostro. Quiere gritarle “*¿Qué te han preguntado?!*”, “*¿Qué ha pasado ahí dentro?!*”, “*¿Van a detenerme?!*” pero, incapaz de pronunciar palabra, observa a su madre mientras se acerca.

—Vamos, chicos —anuncia ella, triunfante—. Ya podemos irnos.

—¿De verdad? —consigue decir Andrew con un hilo de voz. Mientras sus músculos se van relajando y la adrenalina disminuye de su organismo, las náuseas se incrementan todavía más.

—Ya les hemos contado todo lo que sabemos, ¿no? —le guiña un ojo. Andrew detecta un tonito en la voz de su madre que no le gusta demasiado, como si en realidad estuviese queriendo decir exactamente lo contrario, como si supiera que no lo habían contado todo, ni de lejos. Pero también ha tenido esta misma sensación al hablar con el inspector Rodríguez. Quizá está empezando a obsesionarse, a buscar el doble sentido a todo lo que le dicen—. ¡Tengo una idea! ¿Por qué no vamos a desayunar los tres? ¡Yo invito! —y sale por la puerta antes de que ninguno de los dos puedan contestar.

Antes de salir de la comisaría, Andrew y Naomie echan un último vistazo por la ventana, al otro lado de la calle, solo para comprobar que Emmet Benson ya no está en ella.

## CAPÍTULO 10

—¿Alguna vez te has montado un trío? —pregunta Katy con excesiva naturalidad. Se mira en su espejo de mano y se retoca el cabello con coquetería.

Naomie la contempla con las cejas levantadas y la boca abierta.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Simple curiosidad —se encoge de hombros, cierra el espejo y lo guarda en su bolso—. Supongo que no lo has hecho. Aunque este verano te hayas desmelenado un poco, sigues siendo una puritana.

—Uau, gracias.

—Yo lo he hecho varias veces y te lo recomiendo. Con dos tíos, por supuesto, siempre he dicho que dos vaginas en una misma cama son multitud. Pero confía en mí, dos penes son alegría, sobre todo si saben cómo usarlos. Y si los usan conmigo, claro. Una vez me dejaron de mirona y no fue nada agradable.

—Vaya, tus lecciones de vida son inspiradoras.

Katy sonrío, satisfecha, como si se pensara que el comentario de Naomie va en serio.

—¿Y sabes qué? La otra noche, en la fiesta de Lili Cooperman, me tiré a dos buenorros jodidamente increíbles. ¡La mejor noche de mi vida! Fue una lástima que ya no estuvieran cuando me desperté, ni siquiera sé sus nombres.

—Uno de ellos se llama Chris.

—¿Cómo lo sabes? —está gratamente impresionada.

—Me pasé toda la noche intentando acostarme con él —declara con indiferencia.

—Eh, joder, no lo sabía.

Ahora parece avergonzada. Katy desvía la mirada, se saca un paquete de tabaco del bolso y se enciende un cigarrillo. Naomie le quita el cigarro de entre los labios y le da una calada. Cuando va a devolvérselo, Katy le hace un gesto para que se lo quede.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunta divertida mientras se enciende otro.

—Desde que he dejado de beber.

Llevan toda la tarde paseando por las calles del centro de la ciudad. Después del interrogatorio del inspector Rodríguez, los hechos sobrepasaron un poco a Naomie y le entró un bajón de moral. No tenía intención de salir de casa hasta la mañana siguiente pero cuando recibió un mensaje de Katy para quedar y ponerse al día, intuyó que su amiga querría saber cómo estaba manejando todo el tema de Eric. Tampoco sería raro, pensó, que le preguntase por Mike, teniendo en cuenta que el día anterior se presentó en su casa lloriqueando por él con el corazón hecho añicos. Pero lo cierto es que llevan más de dos horas juntas y el nombre de Eric o de Mike no han sido mencionados todavía. Katy mantiene un egocéntrico monólogo sobre sus idas y venidas, sus últimos rollos, la ropa que se ha comprado para la próxima temporada y las repetitivas discusiones con su madre.

*¿Katy preocupada por mí como una amiga de verdad? ¡Ja, y una mierda!*

A media tarde, Katy insiste en entrar en un bar que parece bastante soso por fuera pero dentro hay un montón de gente vestida de cowboy, bebiendo cerveza y bailando “Cocodrilo Dundee”.

*Nota mental: la mejor —por no decir la única— cualidad de Katy es tener la capacidad de encontrar una fiesta interesante incluso un martes por la tarde.*

Pero Naomie no está de humor para fiestas esta vez. Aun así, no dice nada y se sienta en una mesa de madera maciza que hay en el rincón del fondo. Si tiene que aguantar las divagaciones de Katy durante un par de horas más, es mejor que se ponga cómoda.

De enseguida acude el camarero. Katy pide un vodka con naranja y Naomie una *Coca Cola Zero*.

*Juro que no mancillaré este refresco añadiéndole ron, pase lo que pase.*

Cuando el camarero se da la vuelta y se marcha hacia la barra para preparar las bebidas, Katy lo mira de arriba abajo.

—¡Madre mía, cómo está ese tío! ¿Lo has visto?

—Claro —dice sin entusiasmo—, estoy aquí, ¿recuerdas?

—No me importaría untar pan en él, está realmente apetitoso.

Naomie pone los ojos en blanco.

—¿Alguna vez has pensado que puedes ser ninfómana?

—¿Pensado? ¡Estoy segura de ello! —estalla en una ruidosa carcajada y cuando consigue recuperarse, empieza a hablar desenfrenadamente de nuevo. Respira de vez en cuando, lo justo y necesario para no entrar en coma y poder seguir con su imparable discurso—: Y-entonces-le-pregunté-que-si-me-había-visto-cara-de-puta-y-como-me-dijo-que-sí-yo-le-partí-la-botella-en-la-cabeza-y-se-que-dó-inconsciente-durante-más-de-una-hora—toma una bocanada de aire—. Fue-realmente-genial-y-Steisy-me-dijo-que-era-su-heroína-y-desde-entonces-somos-muy-buenas-amigas-y-por-eso-la-he-llevado-a-aquella-tienda-tan-grande-que-hay-en-el-edificio-de-la-moda-junto-al-restaurante-mejicano-donde-comimos-aquellas-fajitas-de-pollo-que-estaban-tan-malas...

Habla y habla sin parar. Naomie se limita a observarla con semblante inexpresivo. No le quedan fuerzas ni ganas para fingir interés. Llega un momento en el que ni siquiera la oye. Ve sus labios moverse sin cesar pero los sonidos no logran ser transcritos a palabras por su cerebro.

Tiene que reconocer que, cuando conoció a Katy a principios de verano, se hicieron buenas compañeras de juega. Sin embargo, por más que lo intenta, ahora mismo no consigue encontrarle la gracia.

*Joder, ¿en qué deplorable momento de mi vida ha conseguido caerme bien? Es curioso cómo nuestra visión de las personas cambia cuando estamos serenos. Después de beberme un par de copas, Katy siempre me ha parecido mucho más divertida de lo que la veo ahora.*

No le apetece estar ahí. Ni en el bar de los cowboys ni con Katy. Dos días atrás se habría puesto hasta arriba de chupitos de tequila, robado un sombrero de vaquero y cabalgado sobre un chico guapo. Pero ahora es diferente. Está preocupada por Eric y quiere pasar más tiempo con Andrew; siente que deben apoyarse, que se necesitan el uno al otro más que nunca.

Seguramente Katy acaba de hacer un comentario que pretendía ser gracioso porque ha vuelto a soltar una carcajada. Naomie ni se ha inmutado.

—¿Qué mierda te pasa? —Katy se ha puesto de mal humor ante su indiferencia—. Te estás volviendo insípida como tu *Coca Cola Zero*.

*Ahora soy una jodida insípida. Genial, eso es lo último que me quedaba por escuchar.*

Naomie apoya las manos sobre la mesa y se levanta con brusquedad.

—Uno de mis mejores amigos lleva desaparecido varios días; han encontrado su sangre en un callejón de mala muerte y, hasta donde sabemos, podría estar pudriéndose en cualquier contenedor de la ciudad; esta misma mañana he tenido que presentarme en comisaría para que me interroguen... ¿Y tienes el descaro de llamarme insípida porque no tengo ganas de reírme de tus estupideces?

Katy está pálida.

—Yo, eh, vaya... Olvidé por completo preguntar por él.

—¿Es eso posible? La noticia ha salido en el telediario y en el periódico, hay carteles con su foto por todo Canvas... ¡Hasta mi primo de tres años está más preocupado que tú! ¿Cómo puedes estar tan centrada en ti misma?

El camarero se acerca a la mesa con la bebida sobre la bandeja. Naomie depara en el vodka que se ha pedido Katy y se le antoja irresistible.

*No lo hagas, no lo... ¡A la mierda, a mi salud!*

Coge la copa y empieza a beber con avidez hasta que unos segundos más tarde no queda ni una sola gota. El camarero la observa divertido, pero Katy contempla la copa vacía como si le acabaran de arrancar un riñón.

—Me largo de aquí —anuncia Naomie mientras se seca los labios con la manga de su camisa. Mira al camarero y le guiña un ojo con socarronería—. Mi amiga pagará la cuenta. ¡Nos vemos, vaquero!

Se precipita a la salida y empieza a caminar por las calles del centro en busca de un taxi que la lleve a casa. Da grandes y enérgicas zancadas, estimulada por la furia, la indignación y los cuarenta grados del vodka.

*¡Se acabó, no quiero volver a verla! Es mala persona, una drogadicta y una perversa sexual. Me junté con esa cotorra egocéntrica porque pensé que me ayudaría a superar lo de Mike, pero ha pasado todo un verano y sigo igual. Para lo único que me ha servido su amistad es para tener resacas y para que se me pegue su estúpida manía de decir tacos en cada jodida frase.*

Andrew y Eric son sus amigos de verdad y desea estar con ellos. Los tres juntos, como siempre han estado. Pero parece que eso no volverá a ocurrir, al menos a corto plazo, y Naomie se reprende a sí misma por haber desperdiciado el verano con la gente equivocada. Lo primero que hará cuando Eric aparezca, será organizar una fiesta de pijamas para recordar los viejos

tiempos. Quiere estar acurrucada en el sofá entre los dos, ver películas toda la noche y cotillear hasta que se queden dormidos.

*Joder, espero que no sea demasiado tarde para eso.*

Y entonces Naomie se detiene con brusquedad como si se hubiera estampado contra una pared invisible. Está paralizada, tan agarrotada y pálida que parece un cadáver de tres días. A unos veinte metros, caminando hacia ella con aire distraído...

*¡Mike!*

Un súbito terror se apodera de ella. No está lista para enfrentarse a Mike. Se había preparado para el encuentro el primer día de instituto, pero él no apareció y Naomie casi tubo que auto-convencerse de que no volvería a verle jamás. Pero ahora está ahí, cada vez más cerca, y ella está a punto de sufrir un ataque de pánico. No sabe qué decirle o qué hacer.

*¿Le insulto por haberme roto el corazón o le pregunto cómo le han ido las vacaciones? ¿Me pongo en plan dramático o finjo que estoy estupendamente? Todavía no te ha visto, piensa en algo... ¡Rápido!*

Se esconde tras un coche aparcado junto al arcén. Está agachada, hecha un ovillo y completamente inmóvil. Se da cuenta de que la gente que pasa por el otro lado de la calle puede verla en primer plano.

*Me impresiono a mí misma negativamente. Es increíble la de estupideces que somos capaces de hacer bajo presión. Vaya, por lo mal que me está mirando esa mujer, apuesto a que cree que estoy meando...*

—¿Naomie, eres tú? —ahí está él, con el pelo alborotado, penetrantes ojos verdes y piel perfecta— ¿Te estás escondiendo de mí?

—¿Yo? Eh... ¡Claro que no, qué tonterías dices! Solo estoy buscando mi pendiente— se levanta y da vueltas sobre sí misma mientras finge mirar por todos lados de forma sobreactuada—. Se me ha caído y no consigo encontrarlo por ninguna parte.

—Tienes puestos los dos pendientes —observa.

—¿De verdad? —se echa las manos a las orejas y se le escapa una risa histérica— ¡Vaya, tienes razón, qué idiota soy!

—¿Estas bien? —la contempla con el entrecejo fruncido.

—Sí, bien —sonrisa estática—. Bien, bien. Sí, muy bien.

*Por el amor de Dios, que alguien me dé una bofetada y me desatasque.*

—Genial —Mike sonríe y en sus ojos se refleja la añoranza—. Vaya, tienes el pelo rojo.

Lo dice sorprendido porque el pelo de Naomie era negro antes del verano. Los reflejos rojos fueron idea de Katy. Ella dijo que era un acto simbólico para demostrar que había superado lo de Mike y empezado una nueva vida. Naomie accedió de buena gana, estimulada por el optimismo conferido por la bebida. Por desgracia, a la mañana siguiente comprendió con desaliento que seguía enamorada hasta las trancas. Y no de su pelo, precisamente.

Mike arruga la nariz.

—¿Qué es ese olor? —pregunta—. ¿Huele a alcohol?

Naomie cierra la boca para que el aliento no la delate. Se encoge de hombros. Mike la contempla de arriba abajo: está más maquillada de lo que solía estarlo; viste una camisa abierta hasta el tercer botón; unos pantalones muy cortos y unas botas militares.

—Vaya, estás realmente...

Naomie se pone en tensión y lo mira expectante.

*Vamos, acaba la frase. ¿Estoy guapa, preciosa, atractiva? ¡Dime algo bonito y alégrame el día!*

—Cambiada —concluye—, muy cambiada.

Ella se desinfla. Que está cambiada ya lo sabe. ¿Pero para bien o para mal? Esa es la cuestión.

—Tú también has cambiado, te veo más desaliñado.

Pretende ser hiriente pero Mike no parece ofenderse. Al contrario, sonríe divertido y asiente.

—Sí, supongo que tienes razón. Llevo unos días de loco —Naomie se muere de ganas de saber por qué pero no le pregunta—. ¿Oye, tienes algo que hacer ahora? Podríamos ir a tomar un café...

—¡No puedo! —exclama en un auto-reflejo.

*¿Pero qué haces? —se pregunta con indignación—. ¿Y si se ha dado cuenta de que no puede vivir sin ti y quiere pedirte salir de nuevo? Aunque, pensándolo bien, quizá quiere tomar un café en plan amigos para explicarte que ha conocido a otra chica y que se siente completo y feliz... ¡Ay, no, no! Mi corazón no está preparado para soportar tanta tragedia.*

—Lo siento, tengo muchas cosas que hacer.

—De acuerdo —dice resignado—. Otro día, quizá.

—Sí, quizá.

Empieza a caminar. Intenta pasar por su lado en el momento en que Mike se aparta para dejarla pasar. Sus cuerpos chocan y quedan muy cerca el uno del otro. Se miran en silencio y Naomie está sobrecogida. Le duele el estómago y su cerebro es incapaz de construir un pensamiento medianamente racional. Se siente frágil frente a él, como una copa de cristal muy fino, y le asalta la necesidad de salir corriendo.

—Tengo que irme —la voz le sale tan débil que no está segura de si la ha oído.

Antes de que él pueda contestar, Naomie empieza a alejarse con paso acelerado, obligándose a no mirar atrás ni una sola vez.

## CAPÍTULO 11

*¿Para qué demonios sirve aprender a saltar al potro?*

Andrew se lo pregunta mientras corre hacia esa especie de ataúd con almohada. Coge carrerilla en el último tramo y se dice a sí mismo que lo hará bien. Apoya una mano, se impulsa, abre las piernas y... ¡Zas! Se resbala, suelta un grito y cae de cara contra el suelo.

—Maravilloso, Andrew —dice el profesor alzando los brazos y dando unas palmadas en el aire que suenan solitarias y dispersas—. Cada día lo haces mejor.

Se escuchan risas en el banquillo. Cualquiera se sentiría humillado pero Andrew ha hecho tanto el ridículo en clase de Educación Física a lo largo de su vida que está inmunizado.

—Muchas gracias, profesor —contesta él mientras se palpa la nariz. Sigue entera y enganchada a su cara. Algo es algo. Regresa al banquillo y se sienta al lado de Naomie.

—Veamos —empieza ella—, el deporte se te da de pena; odias el fútbol; siempre quieres acompañarme cuando voy de compras; sabes quién es Karl Lagerfeld...

—¿Qué se supone que estás haciendo? —la interrumpe Andrew.

—Un listado de las razones por las que debería haberme dado cuenta de que eres gay. ¿Cómo es posible que no lo viera antes? ¡Eres un jodido cliché!

—¡Shhhht! —gira la cabeza de un lado a otro, comprobando si alguien está prestando atención a sus indiscretos comentarios—. No hables tan fuerte, no tiene porqué enterarse medio instituto.

Naomie disminuye un poco el tono de voz y sigue nombrando razones al mismo tiempo que lleva la cuenta con los dedos de la mano:

—Tu plan ideal el fin de semana es hacer pasta casera y ver Desayuno con Diamantes; escuchas música clásica; disfrutas con los buenos cotilleos; tu serie favorita es Gossip Girl... Si los tomas por separado pueden no ser factores decisivos pero, si los tomas en conjunto, resulta bastante evidente,

¿no te parece?

¡Riiiiing! Suena la alarma y el profesor da por concluida la clase.

—¡El próximo día trabajaremos la carrera de obstáculos! —informa a viva voz—. ¡No te preocupes, Andrew, te traeré un casco y unas espinilleras!

El chico asiente con la cabeza en un gesto de agradecimiento. Todos se levantan entre risas y se dirigen en masa a los vestuarios. Andrew odia el momento en que las chicas y los chicos se ven obligados a separarse. Naomie se aleja con las demás, charloteando muy animada, mientras él sigue caminando arrastrado por la corriente, casi por inercia, sin interaccionar con ninguno de sus compañeros. Para Andrew, los vestuarios son una especie de micro-universo en el que los chicos se transforman y actúan de forma realmente extraña entre ellos. Como ahora, por ejemplo. Uno le da un cachete en el culo a otro y le dice:

—¡Ven aquí, cariño, voy a darte cómo a ti te gusta!

Eso sería motivo suficiente para que le partieran las piernas en la calle, pero en el vestuario se limitan a darse golpecitos en el hombro mientras dicen con evidente satisfacción:

—¡Serás mariquita! —y todos se ríen a carcajadas.

Andrew no interviene. Nunca lo hace. Le da miedo que alguien le gaste bromas del mismo estilo. Sabe que no podría evitar ponerse rojo como un tomate y que sería incapaz de pronunciar palabra, quedando así en evidencia, aunque lo cierto es que los otros chicos no suelen prestarle demasiada atención.

Suspira y se quita la camiseta con timidez. Lo pasa muy mal y eso, en cierto modo, le parece irónico. Cualquiera podría pensar que estar en un vestuario rodeado de chicos desnudos es el cénit de sus fantasías pero nada más lejos de la realidad. No se siente atraído por ninguno de sus compañeros, nunca les ha mirado con curiosidad sexual ni echado miradas indiscretas en las duchas. La única persona a la que no había podido evitar contemplar con vívida curiosidad— y absoluta discreción, por supuesto— había sido Eric. Siempre compartiendo banquillo, el uno junto al otro. Era difícil no desviar su atención hacia el cuerpo tonificado de Eric, sus piernas musculadas de futbolista, esa posición tan sexy que siempre ponía mientras se secaba el pelo con el torso desnudo y parloteaba distraídamente. Pero ahora Eric no está a su

lado. Se siente más solo que nunca entre un montón de chicos con los que no tiene nada en común y con los que rara vez ha cruzado palabra.

Se levanta y se encierra en una de las duchas, dispuesto a esperar en la intimidad de sus cuatro paredes hasta que todos sus compañeros terminen de cambiarse y se marchen. Se recrea bajo el agua caliente durante unos minutos y, cuando lleva un rato sin escuchar a nadie, se envuelve en su toalla y sale de la ducha. Pero no está solo, Clay W todavía no se ha ido. Solo lleva puestos los calzoncillos y está peinándose frente al espejo de la pica. Cuando ve a Andrew le guiña un ojo y esboza una sonrisa ladeada, casi seductora.

—¿Qué tal, espagueti?

—Genial —contesta con sequedad. Se esfuerza por no mirarle mientras se dirige hasta el banquillo más alejado y empieza a vestirse. Solo se desata la toalla que le rodea la cintura después de ponerse los calzoncillos y los pantalones.

—¿Sigue sin saberse nada de Eric? —Clay lo pregunta cómo preguntaría por el tiempo que hará mañana, cómo si se tratase del tema más trivial del mundo. Se retoca el flequillo con coquetería y observa su reflejo visiblemente satisfecho.

*¿Por qué se molesta en preguntar por él si ni siquiera le cae bien? Quizá le da miedo que pensemos que tiene algo que ver con su desaparición. Al fin y al cabo, todo el mundo vio cómo se peleaban.*

—Veamos... —Andrew se agacha y escudriña bajo el banquillo—. ¿Eric, estás ahí? ¿Eriiiiiic? —se sienta de nuevo y niega con la cabeza—. No, parece que todavía no se sabe nada de él.

—Cuando se trata de Eric sacas el carácter, ¿eh?

Clay W nunca le ha gustado demasiado y mucho menos después de lo mal que trató a Eric para que se marchase del equipo. Es un canalla y un creído, el típico guaperas que se piensa que es superior a los demás por tener una cara bonita y un buen cuerpo.

*Pero Dios mío... ¡Qué cuerpo!*

Mientras Andrew termina de vestirse, se permite contemplar por primera vez a Clay. Tiene la piel bronceada y contrasta con sus bóxer blancos. Es delgado, pero cada uno de los músculos de su cuerpo se delinea seductoramente. Su espalda es ancha y recia aunque se va estrechando a

medida que se acerca a las nalgas. Tras el calzoncillo se antojan perfectas, prietas y respingonas. Y las piernas, fuertes pero esbeltas, están cubiertas por un vello clareado por el sol del verano.

Clay W se gira de repente y lo pilla observándolo. Andrew se maldice por ser tan descuidado y desvía la mirada mientras se pone la camiseta. Se ha puesto tan nervioso que tarda en encontrar los agujeros por los que meter los brazos y la cabeza y, cuando lo consigue, está sofocado y sudoroso. Clay sonríe y se acerca hasta donde Andrew está sentado. Él se pone tenso al verlo tan cerca. Los abdominales de Clay se encuentran a apenas unos centímetros de su cara, se contraen con la respiración. Le crece un poco de pelo bajo el ombligo y desciende por el vientre en una línea fina y sensual que se pierde tras el bóxer.

—No es necesario que disimules —comenta—. Puedes mirar, si quieres.

—No, yo, eh...

—Sin excusas —le interrumpe—. Puedes hacer *todo* lo que te apetezca.

Se acerca todavía más. Andrew casi puede sentir en la cara el calor que desprende el cuerpo de Clay, el olor de su piel. Traga saliva con dificultad, confuso y con la mente en blanco, sin saber cómo reaccionar. Clay le coge de la mano y se la coloca sobre el pecho. Se estremece cuando nota el contacto con su piel. Sabe que si no la retira quedará en evidencia pero el deseo de seguir acariciándolo es tan intenso e irracional que deja de preocuparle que su secreto quede expuesto. Clay empieza a desplazar la mano de Andrew sobre sus abdominales con lentitud, después por el ombligo y finalmente la detiene sobre la costura de su calzoncillo.

*No puedo creer que esto me esté pasando a mí de verdad...*

Pero está ocurriendo de verdad. Muchas veces, sobre todo desde que hace tres o cuatro años casi todo el mundo empezara a relatar sus primeras aventuras y experiencias sexuales, Andrew se ha preguntado cuándo llegará su momento. Él siempre ha querido imaginarlo como un acto compartido con alguien a quien quiera de verdad y con quien tenga la confianza suficiente como para convertirlo en un momento especial, íntimo, romántico. Pero a medida que el tiempo pasa, más siente que se está quedando rezagado, sus inseguridades aumentan y las posibilidades de encontrar un amor correspondido parecen alejarse. Hay veces que se ha auto-flagelado

diciéndose a sí mismo que jamás lo logrará y otras, incluso, en que se ha convencido de que ningún chico se fijará en él ni para pasar un buen rato. Así pues, Andrew nunca ha estado con otro chico, ni siquiera ha visto a uno desnudo más allá de la televisión o internet. Y quiere verlo. Mucho. Y tocarlo, acariciarlo, besarlo, ya sea en un contexto romántico o puramente carnal. Nota una fuerte tensión entre sus piernas.

*Nunca pensé que mi primera vez sería en un vestuario público con alguien que ni siquiera me cae bien.*

Pum, pum.

Su corazón palpita tan fuerte que le duele el pecho.

Pum, pum.

Pone la mano que le queda libre en las nalgas de Clay.

Pum, pum.

Lo agarra con fuerza y lo atrae hasta él.

Pum, pum.

Roza su vientre con los labios.

Pum, pum.

Desciende un poco los calzoncillos de Clay y su V abdominal queda al descubierto. La presión bajo sus pantalones aumenta hasta volverse dolorosa.

¡Pum, pum; pum, pum; pum, pum!

Entonces Clay se aparta bruscamente y suelta una carcajada.

—¿Qué pasa? —inquire Andrew, desubicado.

—¡Joder, lo sabía! ¡Sabía que eras un puto marica como tu amigo! —el desprecio impregna cada una de sus palabras—. ¡Qué asco! ¡Eric y tú os merecéis lo que os pase!

Andrew queda petrificado mientras Clay se viste en un segundo y sale corriendo del vestuario dando un portazo. Se hace un silencio extremadamente espeso. La realidad de lo que acaba de ocurrir va tomando forma y Andrew procesa la información, todavía inmóvil.

*¡Serás estúpido, acabas de caer en una trampa! ¿Cómo podías pensar que un chico como Clay querría algo contigo? ¡Nadie quiere! Y ahora le contará a todo el mundo lo que ha ocurrido. La gente sabrá que eres un marica depravado dispuesto a tener sexo hasta en las duchas del instituto. ¿Puede ocurrir algo más humillante?*

De repente, el vestuario le parece el lugar más seguro del mundo y el exterior se le antoja una pesadilla. No quiere salir, no cree que sea capaz de enfrentarse a lo que le espera fuera. Imagina a cientos de personas escandalizadas, riéndose y burlándose de él, señalándolo por los pasillos... Coloca las piernas dobladas sobre el banquillo y se las agarra, hundiendo la cara entre sus rodillas. El sonido de los sollozos quedan amortiguados.

Se abre la puerta y entra alguien. Andrew solo puede distinguir a una figura borrosa por culpa de las lágrimas que le enturbian la visión.

—¿Eh, tío, estás bien? —pregunta una voz desconocida.

Se seca las lágrimas de enseguida y hace un penoso intento por disimular. La figura borrosa se ve ahora con más nitidez y a Andrew se le olvida respirar por un momento...

Es la cara de un ángel.

Un ángel de carne y hueso pero un ángel, al fin y al cabo. Rubio, de piel clara, ojos azules y sonrisa de anuncio de televisión. No es tan grande y musculado como Clay W pero sin duda es mucho más guapo.

—¿Estás bien? —repite.

Andrew se levanta y empieza a guardar su ropa de deporte en la mochila.

—Sí, sí, muy bien. Me ha entrado algo en el ojo, eso es todo.

*¡Enhorabuena, es la excusa más patética que he oído!*

El chico rubio asiente como si se lo creyera.

—Vi a Clay W salir del vestuario como un loco y diciendo barbaridades. Me he acercado porque pensé que había pasado algo.

*Se acabó, ya está proclamando mi secreto a los cuatro vientos...*

Andrew está aterrorizado. Apenas le sale la voz cuando pregunta:

—¿Qué barbaridades? ¿Qué fue lo que dijo?

Un brillo fugaz atraviesa la mirada del chico rubio.

—Oh, nada en especial. Solo un montón de tonterías. ¿Oye, seguro que no te pasa nada? Estás temblando...

Andrew no había deparado en el temblor de sus manos. Las cierra con fuerza para intentar controlarlo. No pronuncia palabra.

—Solo le conozco de vista pero ese Clay parece un capullo.

—Lo es, te lo aseguro.

—¿Qué te ha hecho, partirte el corazón?

—¿Qué? —Andrew lo mira como si estuviera loco—. ¡No!

—¿Se lo has roto tú a él? —inquire con sorpresa.

—Oye, yo no soy...

Gay. Esa es la palabra aunque no consigue decirla en voz alta. A estas alturas, todo el instituto debe de saberlo ya. Negar la evidencia le hace sentirse incluso más avergonzado que reconocerla, como si solo se estuviera engañando a sí mismo.

—Qué importa —concluye. Se echa la mochila de deporte al hombro, pasa por el lado del chico rubio sin mirarlo y se dirige hasta la puerta.

—¿A dónde vas?

—A cualquier sitio menos a clase.

—Podemos quedarnos aquí, nadie nos molestará.

Andrew se lo piensa. Le apetece estar solo pero la compañía de este chico desconocido no se le antoja tan mala. Es muy guapo y tiene una sonrisa cautivadora.

—Por qué no... —se sienta de nuevo.

El chico rubio también se sienta, apoya la espalda contra la pared y estira las piernas sobre el banquillo.

—Soy Jack —le tiende la mano.

—Andrew —le devuelve el gesto—. Nunca te había visto por aquí, ¿eres nuevo?

—Sí, me mudé a Canvas a finales del año pasado. Mi padre encontró un buen trabajo aquí.

Andrew observa a Jack y llega a la conclusión de que parece más mayor que él o sus compañeros. Tiene la barba más poblada, las facciones menos juveniles...

*Y la diferencia clave: no tiene ni un solo grano. Es más mayor, seguro. Y si no lo es, entonces significa que tiene algún tipo de acuerdo con el diablo.*

—Imagino que te extrañará que siga en el instituto con casi veinte años — dice como si adivinara lo que Andrew está pensando—. He repetido un par de años, ¿sabes? Entre que no soy muy buen estudiante y que nos hemos tenido que mudar varias veces... Casi me parece un sueño haber llegado por fin a último curso.

—Yo también estoy haciendo el último año. ¿En qué clase estás?

—Me han metido en la C. Dicen que eso no va por expediente académico pero yo creo que es la C de cateto. Tú tienes cara de ir a la A, la clase de los aplicados y ambiciosos.

Andrew sonrío aunque se siente un poco violento.

—¿Tan evidente soy?

—Un poco —abre el bolsillo pequeño de su mochila y coge una cajita metálica de color verde. La abre, saca una bolsa con marihuana y un papel. Empieza a liarlo con tanta práctica y agilidad que parece que aprendió a hacerlo cuando todavía llevaba pañales y chupaba teta—. ¿Quieres?

—¡No! —exclama con disgusto—. ¿Y qué se supone que estás haciendo? Aquí no se puede fumar. Y mucho menos... eso.

Jack pone los ojos en blanco, se enciende el canuto y le da una larga calada.

—Debí suponer que los de la clase A erais los típicos mojigatos que se escandalizan por cualquier cosa.

—¡No somos ningunos mojigatos! —se defiende, avergonzado.

—Claro que no —Jack exhala una bola de humo con parsimoniosa tranquilidad—, solo os lo hacéis. Pero mira, aquí estás, saltándote clase con un porrero.

Aunque no sabe el motivo, Andrew tiene la necesidad de excusarse ante Jack por su comportamiento.

—Lo estoy pasando mal —le informa.

—¿Por Clay?

Todavía está enfadado con Clay por su miserable comportamiento y consigo mismo por haberse dejado engañar. También le preocupa que ahora le esté contando a todo el mundo que ha caído en su despiadada emboscada. Pero sabe, pese a todo, que la razón principal por lo que lo está pasando mal es otra muy distinta.

—Que va, supongo que él es el menor de mis problemas ahora mismo. Verás, tengo un amigo que... —se estremece—. No importa, será mejor que dejemos el tema.

Jack entrecierra los ojos, pensativo.

—Oh, mierda, eres *ese* Andrew. El amigo del chico desaparecido. He oído

hablar de ti —Andrew agacha la cabeza y no despega la vista del suelo—. No te preocupes, seguro que está bien.

Piensa en el encapuchado misterioso, en la sangre que encontraron en el callejón...

—Ojalá tengas razón.

—Siempre la tengo —le guiña un ojo y da una nueva calada—. ¿Por qué no me cuentas cosas sobre él? Quizá te ayude a desahogarte.

Andrew arruga el entrecejo.

—Ni siquiera te conozco.

—¿No lo hace eso mucho más sencillo?

Andrew duda un instante pero decide que tiene razón. Es más fácil hablar con alguien que no sabe nada de él. Alguien sin prejuicios o ideas preconcebidas o su propia versión de la historia. Además, debe reconocer que le apetece hablar de ello.

—Eric siempre ha sido distinto a los demás. Él es divertido y aventurero. Tiene mucha energía, siempre está haciendo cosas o yendo y viniendo de un montón de sitios. También es un poco reservado, no le gusta hablar de sus asuntos, ni siquiera conmigo. A veces tengo la sensación de que yo se lo cuento todo pero hay muchas cosas sobre su vida que yo no conozco. Es buena persona, siempre está dispuesto a ayudar a sus amigos, pero a la vez es muy independiente e impulsivo. Hace las cosas cuando quiere y como quiere, sin pensar en las consecuencias o en los demás. No parece que le importe si la gente de su alrededor se preocupa o sufre...

—Y aun así estás enamorado de él —sentencia con solemnidad.

*¿Esto es una broma o qué? Primero Clay y ahora Jack. ¿Cuántas personas más van a intentar sacarme del armario durante la próxima hora?*

—¿Cómo dices?

—No vas a negármelo, ¿no? Se te nota en los ojos. No tienes ni idea de cómo te ha cambiado la cara en cuanto has empezado a hablar de él.

—Yo no... —se queda en blanco. Valora la posibilidad de levantarse y salir corriendo.

—No tengas miedo, no diré nada. Entre nosotros tenemos que apoyarnos, ¿no?

—¿Tu eres...?

—¿Es que no te habías dado cuenta? ¡Uau, me parece que a tu radar gay le falta todavía un poco de rodaje! Tranquilo, lo irás puliendo con el tiempo.

Al saber que Jack también es gay, se siente todavía más avergonzado. Es la primera vez que habla con uno que no es su mejor amigo. Le resulta extraño, aunque pronto comprende que también es reconfortante.

—¿No te importa que la gente lo sepa?

—¿Por qué iba a importarme? No te imaginas lo gratificante que es saber que las personas que te quieren lo hacen por quien eres y no por quien creen que eres.

—¿Y tú padre? —piensa en Henry y se imagina su reacción si lo supiera. Teniendo en cuenta los comentarios que ha hecho sobre Eric, lo más probable es que a él le echara de casa. No importa, de momento no tiene intención de descubrirlo.

—No es que todo fuera aceptación y color de rosas al principio, lo reconozco, pero soy su hijo. No le queda más remedio que aceptarlo.

No le conoce pero ya le admira. Solo alguien muy valiente puede decir eso. Se siente a gusto a su lado y, de repente, tiene el impulso de contarle lo que acaba de pasar con Clay.

—Me ha tendido una trampa —decide omitir los detalles escabrosos—. Ha intentado humillarme, se ha reído de mí y se ha largado. Seguro que ahora ya se lo ha contado a todo el instituto. Por eso no quiero ir a clase, no sé lo que voy a encontrarme fuera de aquí...

—¿Cómooooooo? —se levanta en una fracción de segundo. Está rojo de rabia. Tira al suelo el canuto que le queda y lo pisa con fuerza—. ¡Menudo cabronazo, homófobo de mierda!

Andrew lo contempla sorprendido. No esperaba esa reacción por su parte, ni siquiera imaginaba que alguien con unas facciones tan tiernas y cautivadoras pudiera tener tanto carácter. Sin duda, se lo ha tomado como algo personal.

*Quizá él también ha tenido que enfrentarse a un energúmeno como Clay alguna vez. O varias.*

—¡Estoy harto de esta gentuza! —Jack se dirige con paso decidido hasta la puerta y sale del vestuario.

—¿A dónde vas? —pregunta Andrew, alterado. También se levanta y se precipita tras él. No quiere quedarse solo.

Caminan por los pasillos desiertos y silenciosos hasta que llegan a una zona llena de taquillas. Jack se detiene. Todo el mundo está en clase, tal vez siendo torturados por la profesora de historia o, quizá, por cálculos imposibles de trigonometría.

—Tu primera lección de vida gay no vas a aprenderla ahí dentro —informa Jack—. Nosotros jamás nos amedrentamos por ignorantes como Clay. Si ellos nos atacan, nosotros nos defendemos con más fuerza.

Se acerca a una de las taquillas, inserta una tarjeta en la ranura de la cerradura y con un simple gesto de muñeca consigue abrirla.

—¿De quién es? —Andrew se siente intranquilo, consciente de que están a punto de hacer algo malo.

—Del idiota de Clay, por supuesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy muy observador —explica con orgullo. Coge un libro de dentro de la taquilla, lo ojea aparentando curiosidad y empieza a arrancarle páginas. Le lanza otro libro a Andrew—. Venga, tú también.

—No sé, yo... a mí no me gusta esto.

—¿Es que no me has oído? ¡Tenemos que defendernos! ¿O acaso eres un débil? ¿Vas a permitir que la gente se ría de ti?

Andrew se siente inquieto al tener que tomar una decisión. Él nunca habría hecho uso del vandalismo escolar para perpetrar una venganza. ¡Es más, ni siquiera habría perpetrado una venganza! Pero, por otra parte, no quiere decepcionar a Jack. Es guapo, le gusta su sonrisa y se siente cómodo con él... Quiere agradarle y ahora mismo solo se le ocurre una manera de hacerlo.

¡Raaaas! Arranca un manojo de páginas.

*No está mal, es más relajante de lo que pensaba. ¡Y mira, Jack ha sonreído!*

Sigue rompiendo páginas hasta que solo queda la portada acartonada del libro. Coge otro. Y otro. Y una fotografía de Clay con su nueva novia que parte en mil trocitos. Y unas gafas *rayban* que tritura bajo sus pies. Jack empieza a reír a carcajadas y Andrew se une a él, estimulado por la adrenalina que recorre todo su cuerpo.

Suena el timbre.

—El día ha terminado por hoy —Jack se sacude las manos como si hubiera

concluido un gran trabajo—, pero mañana irás a clase como cada día y nadie se va a reír de ti. Y quien lo haga tiene un jodido problema mental. No tienes nada de qué avergonzarte, ¿entendido?

Andrew asiente con la cabeza. A Jack no parece bastarle.

—¿Entendido? —repite con mayor contundencia.

—Sí.

—Bien, entonces hasta mañana —se aleja por el pasillo—. ¡Encantado de conocerte, Andrew!

Le guiña un ojo, dobla a la derecha y desaparece.

—Igualmente —susurra Andrew para sí mismo. Contempla el destrozo que acaban de hacer y de repente siente pánico por si alguien le pilla. Con paso acelerado, abandona la escena del delito.

## CAPÍTULO 12

Naomie está tirada en la cama desde que ha llegado del instituto. Ha hecho una especie de sándwich con su cabeza y dos almohadas para que la luz no le moleste. También puede bajar la persiana, pero su cerebro está demasiado espeso como para que se le ocurra. No puede pensar en nada más que no sea Mike desde que se lo encontró por la calle. En clase, ha mirado fijamente la pizarra durante horas, como hipnotizada, pero no tiene ni idea de qué han estado hablando. Luego ha vuelto a casa caminando por la calle como un zombie sin un pie y se ha encerrado en su habitación.

No solo está deprimida. ¡Está enfadada! Se ha pasado todo el verano pensando en cómo iba a actuar cuando le viera. Tenía planeado plantarle cara, pedirle explicaciones y dedicarle un par de insultos que no fue capaz de pronunciar en su momento.

*¿Y qué es lo único que has hecho? Temblar, sudar, balbucear y salir corriendo. ¡Y yo que creía que me había convertido en un ejemplo de chica dura, con mi petaca, mis botas militares y mi pelo rojo!*

Incluso tiene ganas de ver a Katy. Se arrodillaría y le suplicaría perdón con tal de que la llevara a una de sus fiestas salvajes. Quiere bailar hasta sentirse agotada, emborracharse, liarse con un montón de tíos buenos mientras finge que ha olvidado a Mike.

Tiene la boca seca y pastosa, le apetece dar un trago. Abre el primer cajón de la mesita de noche. Acostumbra a guardar su petaca bajo unas bragas de dibujitos que solo utiliza cuando tiene la regla.

*¡Mierda, mierda, mierda!*

Naomie recuerda con frustración que ha tirado todo el alcohol que tenía guardado en casa mientras gritaba con orgullo:

—¡La bebida no me domina, yo domino a la bebida!

Se ha deshecho de la botella escondida bajo su cama, de la botella guardada bajo un doble fondo del armario y la de detrás de la lavadora. Las tenía para emergencias, por si su suministro principal de etanol se veía

interceptado.

*¡Pero ahora estás en una emergencia y no tienes ni una gota que echarte a la boca! ¿En qué momento se me ocurrió tirar sesenta dólares de vodka a la basura? ¡Estúpida idea de abstemia!*

Sale de la cama, se recoge el pelo en una coleta y se viste con una sudadera de su hermano Timy. Le va tan grande que puede usarla de vestido. Baja las escaleras de dos en dos. Está decidida a irse a la tiendecita de la esquina y comprarse una botella de *lomásfuertequetenga!*, bebérsela en cinco minutos, vomitar y echarse a dormir.

*Los gatos comen hierba para purgarse el estómago. Yo bebo para purgarme el corazón. Es algo natural.*

Cruza el recibidor y abre la puerta de la entrada con ímpetu pero no llega a salir a la calle porque alguien está impidiéndole el paso. Petrificada, observa a Mike. El objeto de sus deseos y de sus lamentos. Él también parece sorprendido, con el puño en alto a punto de llamar. En un acto reflejo, empuja la puerta y se la cierra en las narices.

—¡Ay, joder! ¿Y ahora qué hago?

Se coloca ante el espejo que hay sobre el viejo tocador. Se deshace la coleta, se atusa el pelo y se pellizca los mofletes. Respira hondo una vez. Y otra. Y otra... Consciente de que no va a conseguir relajarse, se decide a abrir la puerta una vez más.

—¿Mike, qué haces aquí? —pregunta, intentando no parecer histérica.

El chico sostiene un ramo de flores. Naomie se fija que va mejor vestido de lo habitual: una camisa planchada y correctamente abotonada, un pantalón estrecho que le perfila las piernas y unos zapatos ingleses nuevecitos e impecables. También aprecia la dedicación y el tiempo que habrá tenido que emplear en domar su anárquico pelo rizado y en rasurarse la barba que todavía le crece de forma irregular.

—Necesitaba verte. No he dejado de pensar en ti desde que nos vimos ayer por la tarde. Bueno, en realidad no he dejado de pensar en ti en todo este tiempo pero... tú ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

Él le tiende el ramo de flores.

—Esto es para ti. Te siguen gustando las flores, ¿no?

Naomie no las coge. Se mantiene distante.

—Me he cambiado el color de pelo pero sigo teniendo los mismos gustos.

*¡Por desgracia para mí!*

—¿Podemos quedar para tomar un café? Me gustaría que habláramos, explicarte porqué hice lo que hice...

Bajo los rayos de sol, Mike está radiante. El pelo castaño se le ve ahora dorado, los ojos verdes relucen con profunda intensidad y la piel luce viva, sin ninguna imperfección. Está guapísimo, radiante, irresistible. Por eso le cuesta tanto tener que rechazarle.

—No creo que sea buena idea —declara con una indudable fuerza de voluntad.

—Solo dame una hora —la súplica se refleja en su voz.

—No.

—Por favor, lo estoy pasando muy mal...

*¿Eso qué narices significa? ¿Lo está pasando mal? ¡Por el amor de Dios, yo he llorado tanto en los últimos meses que hasta he perdido el sentido del olfato!*

—Será mejor que te vayas —no es capaz de sostenerle la mirada cuando vuelve a cerrar de un portazo.

Silencio. Naomie se queda inmóvil al otro lado de la puerta y agudiza el oído. Pasan cinco minutos hasta que escucha a Mike bajar las escaleras del porche y retirarse. Se siente mal. De nuevo, ha echado a perder la oportunidad de hablar con él. Quizá, Mike solo quería pedirle perdón. Puede que incluso quisiera empezar de cero. Ya no puede saberlo. Y mientras el sonido de sus pasos se alejan, puede que también lo esté haciendo su última oportunidad de ser feliz con el chico al que ama.

Algunos dicen que el amor es doloroso. Otros piensan que lo jodido es el desamor. Pero Naomie no está de acuerdo con ninguna de las dos afirmaciones. Ella era muy feliz cuando tenía una relación idílica con Mike y el desamor se le antoja ahora el único camino para ser feliz de nuevo— lejos del doloroso recuerdo de su ex— y de tener la posibilidad de abrirle el corazón a otro chico. No, lo realmente doloroso es el amor no correspondido. Que la persona a la que amas te diga que no siente lo mismo; que te aparte de su lado; que prefiera vivir lejos de ti cuando tú la necesitas incluso para

respirar... Y ahora que Naomie ha empezado a hacerse a la idea de que este malestar la acompañará para siempre, Mike reaparece. Y con él la esperanza.

*¡Me da igual, no puedo arriesgarme a pasar por el mismo infierno otra vez!*

Y es que la esperanza puede ser más peligrosa todavía porque, si las cosas no salen tan bien como uno anhela, el dolor regresa con más impulso todavía, aplastante, y las consecuencias pueden llegar a ser devastadoras.

Sube pitando las escaleras, mete la cabeza en el retrete y vomita descontroladamente. ¡Y sin vodka! Luego se tumba en la cama y se queda hecha un ovillo hasta la mañana siguiente.

*¡Buenos días! O, mejor dicho, asquerosos y solitarios días...*

Cuando suena el despertador, Naomie baja a la cocina con pesadez para desayunar.

—Joder, pareces una alma en pena —dice Tim y vuelve a centrarse en su bol de cereales.

—Y tú pareces gilipollas. Huy, no, tú lo eres de verdad —saca del armario un paquete de tostadas y otro de jamón en lonchas de la nevera—. ¿Dónde está mamá?

—Ni idea, no ha pasado la noche en casa.

Naomie cae en la cuenta de que hace tres días que no ve a Meredith y la última vez que lo hizo estaba tirada en el sofá, borracha y al borde de perder el conocimiento.

—Ya ni se molesta en venir a dormir —se sienta en la mesa—. Desde luego, no le van a dar el premio a la mejor madre del año.

No está segura de si su hermano la ha escuchado porque sigue comiendo sin pronunciar palabra. Ella se prepara las tostadas aunque termina marraneándolas y dejándoselas en el plato. No puede comer, tiene el estómago cerrado. Se levanta de mala gana, coge su bolso y sale al porche.

*Espero tener un día normal de instituto, concentrarme en las clases, fingir que me interesa el álgebra y no pensar ni un segundo en Mike...*

Algo se enreda entre sus pies y le hace perder el equilibrio, tiene que agarrarse a la barandilla para no caerse al suelo. Entonces mira hacia sus pies y descubre un ramo de flores. El ramo de Mike, por supuesto. Las flores que el día anterior habían formado una perfecta y exultante combinación de colores y

aromas, están ahora partidas, pisoteadas y aplastadas, los pétalos dispersos por todos lados. Mike las ha destrozado, seguro, y encima se las ha dejado junto a la puerta para asegurarse que las encontraba, para darle un escarmiento por rechazarle. Se le hace un nudo en la garganta. Todo ha terminado de verdad. Está a punto de echarse a llorar...

*¡Otra vez no, joder!*

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, pasa por encima del ramo y se va al instituto con paso firme.

La mañana se hace dura y las horas pasan con extrema lentitud. Naomie ha estado toda la clase de historia llenando con dibujitos y garabatos sin sentido todos los márgenes del libro. Se ha obligado a guardar el lápiz en el estuche cuando se ha dado cuenta de que ha escrito *MIKE* ocupando todo el ancho de la página y ha empezado a añadirle sombreado y otros efectos artísticos. Más tarde, mientras todos resolvían problemas y ecuaciones, ella se ha limitado a observar el pupitre que tiene un par de filas a la derecha y tres más hacia delante. Ahora es la mesa donde se sienta Alice Lutenberg, mirándose constantemente en el espejo de mano y limándose las uñas con cara de aburrimiento, pero el curso pasado era el sitio de Mike. Recuerda cuando él se giraba con discreción y le dedicaba una de esas sonrisas que a ella la llenaban por completo o le decía “te quiero” moviendo los labios y se sentía la chica más feliz del mundo. Eran buenos tiempos.

*El pasado siempre nos parece mucho mejor que el presente. Es debido a algún retorcido mecanismo cerebral para hacernos sentir miserables y desgraciados. Ahora atiende a clase o tu presente se convertirá en un expediente académico lleno de suspensos.*

Pero le resulta complicado domar a la mente. Un segundo está escuchando con atención las explicaciones del profesor y al siguiente, sin saber cómo, sus pensamientos vuelven a focalizarse en Mike. Cuando esto pasa, el cosquilleo en el estómago se intensifica hasta cortarle la respiración. Luego recuerda las flores destrozadas al pie de la puerta y quiere morir.

En el descanso, ella y Andrew se encuentran en las mesas de piedra. Aunque Naomie evita sacar el tema, a su amigo no le pasa desapercibido que hay algo fuera de lugar.

—¿Qué te pasa? —le pregunta—. Te veo un poco ausente.

—He pasado mala noche, no importa —hace un gesto con la mano quitándole importancia pero hasta este movimiento resulta lento y pesado, sin energía—. ¿Dónde te metiste tú ayer? Me tenías preocupada.

Se remueve incómodo en su silla. Él tampoco quiere contarle lo que pasó con Clay W en el vestuario. Es demasiado vergonzoso, humillante, solo con pensar en ello se le remueven las entrañas. Al llegar al instituto esperaba encontrárselo patas arribas. Corrillos formándose a su paso; cuchicheos y risas burlonas; matones amenazándole con darle una paliza a la hora de la salida; fotografías suyas colgadas de las paredes con insultos groseros y penes dibujados en la comisura de sus labios. Pero nada de eso ha ocurrido, lo cual solo puede significar una cosa. No es que todo el mundo se haya vuelto súper-respetuoso y tolerante de repente, por desgracia. Contra todo pronóstico, Clay W no ha aireado su secreto. Esto, de alguna forma, consigue perturbarle todavía más. Le cuesta imaginar a Clay W retirándose, amedrentado, al descubrir el destrozo de su taquilla. Pero si ese no ha sido el motivo, entonces, ¿por qué iba a callarse en lugar de destaparle ante todos?

—No me apetecía ir a clase —decide mentir—, eso es todo.

—¿Ahora haces pellas?

—No, fue algo excepcional. Conocí a alguien, ¿sabes? —hace referencia a Jack.

—¿En serio? —exclama con el primer atisbo de emoción del día.

Andrew intuye, por los ojos chispeantes de Naomie, que su imaginación ha empezado a tomar unos derroteros de lo más pasionales. Levanta las dos manos.

—No pienses cosas raras, no es esa clase de chico.

—¿No es gay? —entrecierra los ojos.

—Bueno, sí que lo es pero...

—Oh, cariño, entonces sí es esa clase de chico.

—Solo hemos hablado.

—Claro, acabas de conocerlo.

Andrew niega con la cabeza.

—Lo que quiero decir es que hemos estado hablando de cosas de las que nunca pensé que me atrevería a hablar. Me he sentido en confianza, como si

fuéramos amigos desde hace tiempo. No sé cómo explicarlo.

—Sí, bueno, lo que tú digas... ¿Cuándo vas a presentármelo? Sabes que no puedes salir con él si yo no le doy el visto bueno.

Ambos se ríen. Es gratificante, hace días que no comparten un momento agradable y de distensión. ¿Cómo hacerlo con todo el tema de Eric constantemente presente? Y entonces, como los depredadores que aguardan en las sombras a la espera de que sus presas bajen la guardia para lanzárseles a la yugular, Clay W irrumpe en escena. Se dirige hacia ellos. Tiene los ojos inyectados en sangre y la cara encendida. Se le marcan las venas del cuello y de la frente.

—¡Eh, tú, marica de mierda! —alcanza a Andrew y, agarrándolo del cuello de la camiseta, lo levanta del banco como si pesara menos que una pluma y lo clava en el suelo frente a él.

—¿Pero qué haces? —Naomie se levanta al instante, rodea la mesa y se plantifica ante los chicos. Hace un breve intento por apartar a Clay pero rápido comprende que todos sus esfuerzos resultarán inútiles. Resopla llena de indignación—. ¡Suéltalo ahora mismo!

La gente que hay alrededor lo observa todo en un inquebrantable mutismo, sin atreverse a intervenir. En otras circunstancias, alguien se abalanzaría sobre los combatientes para separarles o correría en busca de algún profesor. Pero esta no es una circunstancia cualquiera porque el agresor, Clay W, es el chico más grande, fuerte e influyente del instituto. Nadie está dispuesto a inmiscuirse.

—¿Te crees muy listo? —Clay pronuncia cada palabra con tanta intensidad que escupe al hablar—. ¡Sé que el destrozo de mi taquilla es cosa tuya! ¡Y sé que tu amiguita del alma te ha ayudado a hacerlo! ¿Querías vengarte por lo de ayer?

El cuello de la camiseta de Andrew le aprieta y, aunque él lo intenta con creciente angustia, le impide respirar.

—Escúchame —ordena Naomie. Intenta aparentar seguridad aunque no se siente así en absoluto. Clay tiene unos brazos tan grandes que podría aplastarles la cabeza usando solo dos dedos—, no tengo ni idea de lo que estás hablando pero suelta a Andrew ahora mismo o te arrancaré la mano a mordiscos.

La expresión de Clay cambia. Parece impresionado y divertido por la actitud de la chica. Retuerce un poco más el cuello de la camiseta, desafiante. De la comprimida garganta de Andrew se escapa un gemido angustioso. Tiene la cara a parches rojos y blancos.

—¡Dios mío, lo va a ahogar! —exclama una voz camuflada entre la multitud.

Hay un murmullo de preocupación generalizado. Clay W abre la mano de improviso y Andrew cae al suelo de rodillas, tosiendo y luchando desesperado por un poco de aire fresco. Naomie se abalanza sobre él, agachándose para ponerse a su misma altura.

—¿Estás bien?

Andrew se limita a asentir, con la mano palpándose la garganta. Clay sonríe.

—¿Sabéis? A vuestro amigo Eric siempre le ha gustado tentar a la suerte y ahora nadie sabe dónde está. Quizá deberíais aprender de sus errores.

Se da la vuelta y se marcha con altivez. Los espectadores dan un paso atrás para abrirle paso. Andrew y Naomie se miran el uno al otro. Él respira agitadamente pero el ataque de tos ha empezado a remitir.

—¿Y bien? —dice ella—. ¿Hay algo que tengas que contarme?

Naomie da un trago a su cerveza. No es que sea una fanática de la cebada y sus derivados pero no sirven nada más en el *Ireland's*, un bar irlandés de las afueras de Canvas. Es la única persona que ha entrado en el local en una hora. Todo es oscuro: la iluminación, la madera de las paredes e incluso la camarera. Es una mujer latina, probablemente nacida y criada muy lejos de Reino Unido, que repasa copas detrás de la barra y mira un programa de cotilleo desde su teléfono móvil.

Naomie vigila la puerta cada pocos segundos con nerviosismo. Se enciende un cigarro (sí, es un bar tan solitario y cutre que dejan fumar en él). Empezó con el vicio cuando quiso dejar de beber, pero ahora fuma y bebe así que no es que esté muy orgullosa de su intento. Mira un antiguo reloj de pared lleno de polvo. Las agujas parecen moverse muy despacio mientras espera con impaciencia.

Hace justo una hora que ha recibido un mensaje de Mike.

**Mike:** Sé que no quieres verme y lo entiendo pero necesito hablar contigo. Por favor”.

Ella ha eliminado el mensaje y ha intentado actuar como si nunca lo hubiese leído.

*Cómo decía una vieja y sabia tía mía, no podemos evitar que un pájaro vuele sobre nuestra cabeza pero sí podemos evitar que haga un nido en ella.*

Como era de esperar, ha fracasado en el intento y, tras realizar vigorosos pero inútiles esfuerzos por contenerse, le ha contestado.

**Naomie:** Estoy en el Ireland’s. Ven antes de que me arrepienta.

Y allí está ella, esperando. Llega un momento en el que se le cruza por la cabeza la idea de que no va a presentarse. Eso sería humillante. Y doloroso.

*Mierda, estás dejando que el pájaro haga su nido. Un nido enorme, por cierto.*

La puerta se abre y aparece Mike. Tiene el pelo tan encantadoramente alborotado como de costumbre; se ha echado la colonia que ella le regaló para su cumpleaños y se ha puesto una camisa, como siempre que se viste para una ocasión que considera importante.

—Hola —saluda sobrecogido.

—Ei —Naomie intenta no parecer demasiado entusiasmada. Ni siquiera se levanta de la silla.

Mike se sienta y la camarera acude veloz.

—¿Qué va a tomar?

—Emmmm... —no le gusta la cerveza—. De momento nada, gracias.

La camarera alza una ceja y se pone una mano en la cadera.

—Oye, niño, apenas tengo dos clientes en el antro y solo me consume uno. ¿Cómo se supone pues que voy a levantar el negocio?

Mike se remueve incómodo en la silla. La mujer le penetra con la mirada.

—Está bien —acepta con resignación—, ponme la cerveza más floja que tengas.

La mujer pone los ojos en blanco.

—¿Cómo echo de menos a los hombres de verdad! —dice mientras se retira.

Mike se sonroja. Naomie cree que es adorable pero no tiene intención de que él lo sepa.

—¿Y bien, de qué querías hablar? —inquire.

—Pues, em, quería ver cómo estabas.

—De fábula.

—Oh, de acuerdo, qué bien.

—Sí, genial.

Se quedan callados. Naomie vuelve a mirar el reloj y se enciende un cigarrillo.

—¿Se sabe algo de Eric? —pregunta Mike—. He visto la noticia en el periódico.

—No.

—Debes de estar pasándolo fatal. Lo siento mucho.

—Sí, ya, claro.

Silencio de nuevo.

—¿Qué pasó con las flores? —Naomie da un largo trago a su cerveza.

Mike niega con la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—Solo alguien muy inmaduro y despechado haría añicos un ramo de flores y lo dejaría en mi puerta para que lo viera.

—Yo no he hecho eso. Las dejé en el porche porque, aunque no aceptaras mis disculpas, quería que las tuvieses. Pero no las rompí, ¿por qué iba a hacer algo así?

—¿Qué tontería! ¿Quién más vendría hasta mi casa y se entretendría en destrozar unas ridículas flores?

La camarera se acerca y sirve la cerveza. Mike da un trago y aprieta los labios en una mueca de disgusto. Naomie, sin embargo, se la bebe como si fuera agua.

—Te veo tan distinta... —dice él.

Naomie no es capaz de discernir si lo dice como algo positivo o no.

—Qué le vamos a hacer, la gente cambia —da una calada y exhala una bola de humo que impacta contra la cara de Mike.

—También quería pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Soy consciente de que no he hecho bien las cosas.

Ella asiente.

—Continúa.

—Dejarte sólo porque mis padres lo querían fue un gran error. He sido un capullo, un idiota.

—Así es —sigue fumando con indiferencia.

—Pensé que obedecerles sería lo mejor para todos pero estaba equivocado, me di cuenta en cuanto rompimos. Mis padres son controladores y dictadores. Intentan dominar cada aspecto de mi vida. Durante muchos años me han tratado como una marioneta a la que podían manejar con sus hilos. Y lo peor de todo es que yo les he dejado hacerlo. Todo era más fácil así, más cómodo. Pero eso ha cambiado ahora. Ya no hay nada fácil ni cómodo cuando se trata de estar lejos de ti. Desde que lo dejamos...

—Me dejaste —puntualiza Naomie levantando un dedo.

Mike traga saliva.

—Desde que te dejé me he sentido vacío. Los días sin ti no tienen sentido. Al principio estaba triste pero cada segundo que pasaba me sentía más furioso. Furioso con mis padres por lo que me obligaron a hacer. Conmigo mismo por haber sido tan estúpido. No parábamos de discutir y pelearnos. La situación en casa se volvió insostenible...

—La cagaste y tu vida es un asco. ¿A dónde quieres ir a parar con esto?

—Te quiero, Naomie, y quiero estar contigo.

Miles de fuegos artificiales estallan en su estómago, lo ve todo tras un filtro multicolor y la boca le sabe a algodón de azúcar. Quiere subirse a la barra y dar saltos de alegría.

—Ya, bueno —se mantiene todo lo serio que puede—, tus padres siguen sin aceptarme, así que...

—Me he ido de casa.

La noticia aterriza frente a la boquiabierta Naomie.

—¿Cómo... cómo dices?

—No podía seguir viviendo con mis padres, no podía permitir que siguieran controlando hasta el más mínimo detalle de mi vida. Por eso he estado trabajando durante todo el verano, he conseguido ahorrar algo de dinero y he alquilado un piso. Es chiquitito, bastante modesto, pero he comprado algunos muebles y he estado decorándolo. Me gustaría poder enseñártelo algún día, si tú quieres, claro. Está algo apartado del barrio, no

quería cruzarme con mis padres a cada momento, por eso he tenido que cambiarme de instituto. Bueno, por eso y porque no podía soportar la idea de verte cada día y saber que ya no... —se le hace un nudo en la garganta—. Espero que no sea demasiado tarde para que me perdones y podamos... estar juntos.

Naomie está tan contenta ahora mismo que podría desmayarse de la emoción pero, de repente, se enfada.

—¡No, no, no y no! ¡No puedes hacer esto! —se levanta con tanta energía que, durante unos segundos, la silla se balancea de un lado a otro. La camarera levanta la vista de su móvil, interesada—. ¡No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado! ¡Cuando me dejaste me quedé destrozada! Pensaba que no me querías, que todo lo que habíamos vivido era una mentira, que había sido una idiota por confiar en ti. Y después de todo este dolor, vienes aquí y me dices que me quieres, que nunca debiste dejarme... ¿Pues sabes qué? ¡Me dejaste! ¡Y ya es tarde para cambiarlo!

—¡Por favor, Naomie, perdóname! —Mike también se levanta—. ¡Intentaré arreglarlo!

—¡No puedes! —se dirige hacia la puerta.

Mike se pone en medio para que no se vaya pero ella le aparta de un manotazo y sale a la calle. De nuevo, el nudo en la garganta con el que ha tenido que convivir todo el verano. Empieza a correr, sin tener demasiado claro de si ha tomado la decisión correcta. El corazón le palpita con fuerza, le duelen las sienes y se siente mareada. La calle está llena de gente, hay mucho ruido de motores y bocinas. Todo parece muy caótico mientras corre e intenta abrirse paso entre la multitud. Cruza la carretera.

—¡Cuidado! —grita la voz de Mike.

Naomie se detiene en un acto reflejo y entonces ve un coche gris que se dirige directo hacia ella. No sabe si el conductor la está viendo o no, pero el vehículo se está acercando extremadamente rápido y no parece que tenga intención de detenerse. Al contrario, juraría que ha empezado a acelerar. No puede moverse, está paralizada. Lo único en lo que Naomie logra pensar es en su inminente futuro: se pregunta qué sentirá cuando el coche la alcance y si sobrevivirá al impacto. Se escuchan algunos gritos y entonces...

¡Pam!

Naomie siente un fuerte golpe en el costado y cae fuera de la carretera. Mike está sobre ella. El coche pasa por su lado, rugiendo, y se aleja a toda velocidad.

—¿Estás bien? —pregunta Mike, aterrorizado. Se levanta y luego la agarra del brazo para ayudarla a incorporarse. Le acaricia el pelo y la mira de arriba abajo para comprobar que no está herida.

—¿Qué ha pasado? —inquire, confusa.

—He conseguido apartarte de la carretera antes de que ese pirado te atropellara. ¿En qué estabas pensando?

Naomie se encoge de hombros. Ni ella misma lo sabe.

—¡Joder, han intentado matarme! ¿Has visto quién conducía?

—No. Y tampoco me ha dado tiempo de ver la matrícula. Todo ha ido tan deprisa...

Ella asiente.

—Me has salvado la vida —comenta con un hilillo de voz—. No sé cómo darte las gracias.

—Yo sí. Es sencillo. Déjame arreglarlo, por favor.

Naomie detecta la súplica en su mirada y se siente sobrecogida.

*¿Cómo es posible que esté más nerviosa por Mike que por haber estado a punto de morir? ¿Y qué debo hacer ahora? ¡Joder, la vida puede ser muy corta! ¡Disfruta y haz lo que te dicte el corazón!*

—Está bien —dice con contundencia—. Arréglalo.

## CAPÍTULO 13

—¡Han intentado matarme, estoy segura! —exclama Naomie.

—Creo que estás un poco paranoica —a Andrew le parece divertido el dramatismo de su amiga—. Los accidentes de coche y los atropellos ocurren a diario.

—¿Paranoica? Si Mike no me hubiese empujado fuera de la carretera, ahora estaría hecha papilla sobre el asfalto. ¡Fue horrible! Hasta tuve uno de esos momentos en los que ves pasar ante ti toda tu vida a cámara lenta.

—Ni te imaginas la de veces que eso ha estado a punto de pasarme a mí,

sobre todo desde que utilizo auriculares en la calle. Además, estamos olvidando lo importante de verdad: si Mike te salvó, quiere decir que estabas con Mike. Ya sabes, el ex-novio que te abandonó y del que no sabías absolutamente nada. ¿Qué me he perdido?

—Nada, simplemente hemos decidido retomar algo que nunca debió terminar.

Están sentados en la cafetería del instituto. Andrew se ha pedido un yogur con nueces y Naomie una tila porque, según ella, sigue “*muy alterada*”.

—Lo que me pasó ayer no fue un simple accidente —está decidida a retomar el tema—. Ese coche iba a por mí, aceleró en cuanto puse el pie en la carretera. Además, creo que sé quién fue.

—¿Quién?

—Clay W.

—Pensé que no habías conseguido ver al conductor.

—Y no lo hice pero... ¿no es evidente?

Andrew se encoge de hombros y sigue comiendo su yogurt sin hacer ni un solo comentario. No es evidente para él.

—¡Venga ya! —Naomie parece enfadarse—. Clay W nos amenazó hace menos de veinticuatro horas y luego intentan atropellarme. Está claro que tiene intención de cumplir su advertencia.

—No nos amenazó, dijo que no debíamos tentar a la suerte.

—¿Ahora le defiendes? —arruga el entrecejo y aprieta la mandíbula.

—Solo intento ver las cosas con un poco de perspectiva.

—También amenazó a Eric y, poco después, ¡puf!, desapareció. ¿Ya no lo recuerdas?

—Sí, claro que sí —asiente con el rostro ensombrecido.

Lo recuerda tan vívidamente que casi puede ver la escena ante él, aunque eso había ocurrido a finales del curso pasado...

La cafetería del instituto estaba a tope aquella mañana debido al mal tiempo. En una de las mesas, Andrew comía un yogur con muesli. Al escuchar el crujido de los cereales en su boca y el tintineo de la cucharita contra el cristal, se dio cuenta de que Eric y él llevaban en silencio un buen rato, lo cual era bastante inusual.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro —contestó Eric—. Genial.

Estaba jugueteando con su yogur en aire ausente. Andrew le arrebató la cuchara y dijo:

—Si sigues removiéndolo se va a desintegrar. ¿Seguro que no te pasa nada? Porque no has abierto la boca en toda la mañana. Ni siquiera has hecho un comentario despectivo sobre eso —señaló una mesa al otro lado de la cafetería, donde Naomie y Mike se estaban dando de desayunar el uno al otro, se echaban miraditas acarameladas y no paraban de reírse por las tonterías que decían—. Normalmente dirías algo como: *apartadlos de mi vista antes de que eche mi primera papilla o preferiría enrollarme con Brando que con ese pichafloja. Y sí, Brando es mi perro.*

En ese momento, Naomie se sentó en la misma silla que Mike porque quería estar más cerca de su amado. Eric puso los ojos en blanco.

—Sigo pensándolo aunque no lo diga —intentó sonreír pero no lo consiguió—. Es solo que, no sé, ¿no tienes la sensación de que Canvas está llena de sociópatas?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Andrew con el ceño fruncido.

Por la puerta acristalada de la cafetería apareció Clay W y su pandilla. Clay iba en cabeza y de enseguida saltó a la vista que era el líder del grupo. Los otros chicos iban un paso tras él, custodiándolo. Todos ellos eran grandes y recios aunque Clay era el más fuerte e imponente con diferencia y, sabiéndose el centro de todas las miradas, cruzó la sala con altivez. Las conversaciones entrecruzadas que hasta el momento habían invadido la cafetería, disminuyeron de volumen hasta volverse un murmullo discreto. Cuando pasaron junto a Eric, Clay le propinó un codazo que se le clavó a media espalda y siguió andando con una sonrisilla de suficiencia. Eric perdió la respiración un segundo pero eso no evitó que se levantara de la silla como un resorte y se acercara hasta él con decisión. Colocándole una mano en el hombro, le obligó a darse la vuelta y los dos chicos quedaron uno frente al otro.

—¡Oye, tú! ¿De qué vas? —el cuerpo de Eric hacía, literalmente, la mitad del de Clay, pero de todos modos se mostró desafiante. Los secuaces se pusieron firmes ante tal muestra de osadía y dieron un paso al frente al

unísono, dispuestos a aplacarle si se atrevía a poner un solo dedo encima de su capitán. Clay les pidió que se detuvieran y ellos lo hicieron. Andrew y Naomie, cada uno en un extremo de la cafetería, se miran preocupados.

—¿Cuál es el problema?

—¿A ti qué te parece?

Clay suspira.

—Mira que los maricas llegáis a ser dramáticos, ¿eh? Te he golpeado sin querer. ¿Vas a montar una escenita por eso?

—No es por el codazo y lo sabes. Al parecer, atacar por la espalda se te da de maravilla.

Clay levantó las cejas y puso boquita de piñón, adquiriendo una expresión sumamente inocente.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—El entrenador ha venido a verme esta mañana. Me ha comunicado, bastante disgustado, que no tiene más remedio que echarme del equipo.

—Vaya, ¿de verdad? ¡Qué pena!

—No me vengas con esas, ¿quieres? Hasta un ciego se daría cuenta de que todo esto es cosa tuya.

Dando un paso al frente, Clay se acercó al oído de Eric y bajó el tono de voz para que solo él pudiese escucharle:

—Por supuesto que ha sido cosa mía —aunque no perdió la compostura, esta vez habló furioso, sin rastro de sorna e ironía. Sin máscaras—. Ya te lo advertí: si no te ibas del equipo por las buenas, te irías por las malas. Tú has escogido. Ahora puedes dedicar tu tiempo a hacer otras cosas más acordes a tu forma de ser. Por ejemplo... —se puso un dedo en el labio y adquirió una expresión pensativa—. ¡Ya lo tengo, podrías apuntarte a clases de ballet!

Eric esperaba que su contrincante negara los hechos o quizá, incluso, que intentara encasquetarle la culpa a otro pobre desgraciado, así que se sintió ligeramente desestabilizado ante aquella muestra de repentina y brutal sinceridad.

—¿Qué es lo que le has dicho al entrenador?

—Nada que no sea cierto. Le he explicado cómo nos miras en los vestuarios mientras nos cambiamos, cómo intentas tocarnos, tus constantes y lascivas insinuaciones... Te gustará saber que el entrenador se mostró

reticente a creerme y estuvo hablando con los demás compañeros del equipo —miró a su espalda, hacia su escuadrilla, y todos ellos asintieron con un gesto de cabeza y una sonrisa de satisfacción en el rostro—. No hace falta decir que eso solo sirvió para confirmar mi versión. Ahora que ya no jugarás con nosotros, supongo que podremos ducharnos sin miedo a que se te escape una mano a nuestra entrepierna o te toquetees bajo la toalla mientras nos espías.

—¿Cómo puedes ser capaz de inventarte algo así?

—Yo no me he inventado nada y lo sabes. Por suerte para todos, ahora también lo sabe el entrenador.

—Está bien, entonces supongo que ya no hay motivo para que siga guardando el secreto. Pienso contarle a todo el mundo que...

—¿Que qué? —le interrumpió de forma drástica—. Es mejor que aceptes que has perdido y te retires. Ya has quedado bastante en evidencia, ¿no te parece? Pero, si por el contrario, sigues intentando joderme... no te quepa ni la más mínima duda de que acabaré contigo. Una vez más, tú eliges.

Eric apretó con fuerza la mandíbula y le lanzó una fulminante mirada. Luego se dio la vuelta y se marchó ante decenas de perplejas miradas. Clay, por el contrario, parecía sumamente satisfecho de sí mismo, sabiéndose ganador de la disputa. Sus amigos se deshacían en alabanzas mientras le daban palmaditas en la espalda, orgullosos, y soltaban comentarios como:

—¡Has estado increíble, tío, le has dado un buen escarmiento a ese marica!

—¿Qué más pruebas necesitas? —Naomie mueve los brazos y gesticula mucho más de lo necesario. No parece que la tila esté haciéndole demasiado efecto—. Clay amenaza a Eric y desaparece; Clay nos amenaza a nosotros e intentan atropellarme. Dos más dos...

—No sé, no podemos acusarle de algo tan gordo sin tener pruebas. Puede que solo sea una casualidad.

Naomie suspira y se echa sobre el respaldo de la silla, desalentada.

—¡Tú siempre tan correcto y diplomático! Yo digo que las casualidades no existen, punto.

Tal vez no existan pero por la puerta principal de la cafetería entra Clay W con cuatro chicos más. Todos ellos están hinchados como toros pero ninguno es más alto que Clay. Hablan y ríen con esa seguridad que acostumbran a tener

aquellos que forman parte de un grupo; con el despotismo de los que se creen superiores; con la altivez propia del depredador que se sabe en lo alto de la cadena alimenticia...

—Míralo, ahí está —Naomie observa con disgusto—, pavoneándose y creyéndose mejor que los demás. Apuesto mi cabeza a que fue él quien intentó pasarme por encima con su cochecito.

Andrew le estudia con discreción. Lleva bambas Adidas, pantalones de chándal holgados y una sudadera negra que le resulta muy familiar.

—No puede ser...— anuncia.

Naomie se percata de su semblante consternado.

—¿Qué pasa? —aunque busca el origen de su asombro, no consigue ver nada fuera de lugar—. ¿Le ha salido un músculo nuevo o qué?

Él niega con la cabeza.

—¿Recuerdas el encapuchado del que te hablé? El tío que vi la noche que Eric desapareció... —Andrew se estremece. Corría desesperado, mirando constantemente hacia atrás como si escapara de alguien. Chocó contra él y le tiró al suelo pero no cesó la impetuosa huida. Andrew no pudo verle la cara pero recuerda el dibujo de la chispeante llama en su espalda. La misma que ahora arde entre los enormes omóplatos de Clay.

—¿Qué ocurre? —apremia Naomie—. ¡Suéltalo ya!

Andrew traga saliva.

—Creo que fue Clay. O, por lo menos, lleva la misma sudadera.

—¡¿Qué?!

Naomie procesa la nueva información y la contextualiza:

- 1) Clay amenaza a Eric.
- 2) Eric queda con Andrew en el parque Willow sobre las tres y media.
- 3) Clay también está en el parque a la hora acordada.
- 4) Eric se volatiliza.
- 5) Clay huye despavorido.

—¡Ya está bien! —exclama. Se ha enfadado. O indignado. O ambas cosas—. ¡Vamos a terminar con esto!

Se levanta con brusquedad y camina hasta Clay W dando largas y potentes zancadas. Andrew la sigue, manteniéndose siempre en un segundo plano. No puede evitar sentirse intranquilo al comprender que Naomie tiene razón: Eric

se enfrentó a Clay y nadie sabe dónde está. Ahora es Naomie quién se encara con un potencial delincuente/secuestrador/asesino. Quizá sería mejor dejar el tema y evitar futuros problemas. Ya es bastante duro tener a un amigo en paradero desconocido como para perderla también a ella.

—¿Dónde está Eric, capullo? —Naomie escupe las palabras con ira.

Los amigos de Clay dan un paso al frente, como auténticos guardaespaldas dispuestos a partir las piernas a cualquiera que ose meterse con su jefe. Clay hace un gesto rápido con la mano para que se detengan y ellos lo hacen.

—¡Y yo que sé! —no parece enfadado por su grosería, más bien divertido y curioso. No está acostumbrado a encontrarse con alguien con la osadía suficiente como para meterse con él y sus puños de gladiador—. Si no lo sabe ni la policía, ¿por qué iba a saberlo yo?

—Mientes. ¿Qué le has hecho a nuestro amigo?

—¡Vaya! Crees que tengo algo que ver con su desaparición... ¡Qué interesante! ¿Acaso tienes pruebas?

—Puede. ¿De dónde has sacado esa sudadera?

—¿Y a ti que te importa? —utiliza su sonrisa seductora—. ¿Acaso quieres que me la quite?

Naomie frunce el ceño y arruga la nariz en una mueca de asco con intención hiriente.

—No, gracias, ya tengo el estómago bastante revuelto.

—No te lo decía a ti —mira por encima del hombro de Naomie y le guiña un ojo a Andrew. Él se sonroja más rápido de lo que cabría esperar y mantiene la vista clavada en el suelo—. No sé qué relación pensáis que tiene mi jersey con Eric pero, como me caéis bien, os diré que es la sudadera oficial de la liga de fútbol en la que juego.

—¡Por favor! —Naomie suelta una carcajada—. Todos sabemos qué ropa usáis los del equipo de fútbol del instituto... y no es ese jersey cutre que llevas puesto.

—¡Oh, no me refiero al equipo del instituto! Me refiero a la liga de fútbol que organiza mi gimnasio. Dado que es una franquicia con locales en un montón de Estados, deduzco que hay cientos de sudaderas igual que ésta por *toooda* la ciudad y por *tooooo* el país —suspira con evidente satisfacción—. Si pensabais que mi ropa me inculpaba en algo, acabáis de quedaros sin

nada. Deberíais haberos asegurado de tener pruebas menos fáciles de echar por tierra antes de acusarme. Hacedme un favor y esforzaos más la próxima vez —se da media vuelta y empieza a alejarse. Sus guardaespaldas sonríen y le siguen con admiración.

Naomie se desinfla mientras contempla como se marchan.

—Puede que tengas razón —le dice a Andrew—. Después de todo, quizá todo se ha tratado de una simple y asquerosa casualidad.

## CAPÍTULO 14

Los rayos de sol se cuelan a través de las blancas cortinas; la habitación está rebosante de claridad y luz. Suena Moonriver de Mancini, sus notas melodiosas invaden hasta el último rincón, y Naomie está sentada en la cama frente a su diamante particular. Mike es perfecto. Su piel blanca también lo es. Y su nariz. Y sus labios ligeramente humedecidos que invitan a besarle. Y su pelo despeinado. Y sus ojos verdes y profundos. Absolutamente todo. Suspira.

—Tengo algo que decirte —se sonroja. Siempre resulta difícil pronunciarlo por primera vez.

Mike se acerca un poco más a ella y la mira con detenimiento. Naomie se siente sobrecogida y se lo queda mirando, embelesada. Le encanta mirarle a los ojos y perderse en ellos. Es una romántica, después de todo.

—Verás...

Duda un instante y se pregunta a sí misma porqué le cuesta tanto hacerlo. Mike le dijo a ella que la quería hace bastante tiempo atrás y ella se quedó callada como una idiota. ¡Como si no sintiera lo mismo! Andrew le ha dicho que ya está bien de alargar el tema, que si sigue así a Mike puede darle por pensar que no es correspondido, deprimirse, agobiarse, enfurecerse y dejarla.

*Eso no puede ocurrir, todo debe seguir siendo perfecto como hasta ahora.*

—Verás —repite—. Yo... te quiero.

El rostro de Mike no se altera ni un ápice. La ausencia de reacción induce a Naomie a pensar que, quizá, ni siquiera la ha escuchado.

—¿No dices nada? —consigue preguntar con la voz temblorosa. De nuevo, no obtiene respuesta. Tiene un mal presentimiento y empieza a notarse un sudor frío en la nuca. Algo va mal. Terriblemente mal.

Entonces, de repente, Mike niega con la cabeza.

—Lo mejor será que lo dejemos.

La música de Mancini se detiene brusca y estrepitosamente.

—¿Co... como dices? —se atraganta con sus propias palabras—. ¿Esto es

una especie de broma o algo así?

—Lo mejor será que lo dejemos —repite Mike. Sus facciones se mantienen inquebrantables y el sonido de su voz tiene un matiz metálico, casi como el de un robot.

—¿Pero a qué viene esto? —a Naomie se le hace un doloroso nudo en la garganta.

Su teléfono móvil empieza a sonar sobre las sabanas de la cama. Naomie se lo aproxima hasta el oído y contesta con lágrimas en los ojos.

—¿Sí...?

—Lo mejor será que lo dejemos —contesta la voz de Mike a través del auricular.

A Naomie se le escapa un grito de pavor y lanza el móvil contra el suelo. Mike ante ella empieza a reír a carcajadas.

—¡Lo mejor será que lo dejemos, lo mejor será que lo dejemos!

—¡No! —ella llora y se echa las manos a la cabeza— ¡No, no, no!

El móvil vuelve a sonar desde el suelo aunque esta vez no responde.

¡Riiiiing!

—¡No, por favor, no!

¡Riiiiing!

—Lo mejor será que lo dejemos, lo mejor será que lo dejemos...

¡Riiiiing!

—¡Nooooooooooooo!

Naomie abre los ojos en medio de un grito ahogado. Está sola en la cama de su habitación, empapada en sudor. El reloj que hay junto a la mesilla indica que son las once de la noche. Todo está en silencio salvo por el insistente timbre de su teléfono, que suena sin cesar. Contesta con un hilo de voz, con las pulsaciones todavía aceleradas y un intermitente dolor en las sienes.

—Gracias a Dios que me has despertado. Estaba teniendo una pesadilla horrible. Una versión jodidamente terrorífica del día en que Mike me dejó.

—Me alegra poder anunciarte que todo ha sido un sueño y recordarte que mañana tienes tu segunda “segunda” cita con Mike —responde Andrew al otro lado de la línea—. ¿Cómo te sientes?

—Nerviosa, supongo. No sé cómo será todo después de tanto tiempo, o de qué hablaremos... Va a enseñarme su piso nuevo y eso implica que me

enseñará su cama nueva pero, no sé qué hacer, puede que sea muy precipitado. Lo único que sé a ciencia cierta es que no pienso decirle que le quiero. La última vez que lo hice, me dejó. Fue humillante —lo pasó tan mal que, al recordarlo, se estremece—. Perdona por divagar, ¿me has llamado por algo en concreto?

—Quería saber cómo iba tu investigación. Pensaba que estabas buscando información sobre la dichosa sudadera y la liga de fútbol de la que nos habló Clay.

—Y así era, pero me he quedado frita —todavía tiene el portátil junto a ella, con la batería a punto de agotarse.

—¿Has encontrado algo interesante?

—He entrado en la página web oficial del gimnasio MoreFit-LessFat. Supongo que es el gimnasio al que va Clay porque es el único de Canvas que organiza liga de fútbol. Además, el logotipo de la empresa es el mismo que vimos en su sudadera. Hace bastantes años pusieron en marcha la iniciativa y ya tienen muchísimas franquicias. Clay tenía razón, hay miles de jugadores por todo el país y cerca de un centenar en Canvas, todos ellos con la misma sudadera del demonio. He encontrado un listado en el que aparecen los nombres de los miembros que participan en la liga de fútbol. Uno de ellos corresponde a la persona que viste aquella noche pero, estadísticamente, las posibilidades de que el encapuchado sea Clay W es minúscula. No podemos acusarle de nada...

—¿Y aunque pudiéramos, de que le acusáramos exactamente? Hasta donde sabemos, Eric podría estar de vacaciones en el Caribe con algún latino cachas.

—¿Eso es lo que crees de verdad? Encontraron su sangre...

Andrew no contesta. Se hace el silencio durante unos segundos hasta que Naomie vuelve a hablar:

—Perdona, no quería ser tan brusca.

—Tienes razón. Ha llegado un punto en el que no sé qué creer, pero sí sé lo que quiero creer. Y la idea de que le haya pasado algo, la idea de que alguien le haya hecho daño... —silencio de nuevo. Naomie escucha cómo Andrew carraspea, intentando aclararse la voz.

—Ojalá pudiera decirte que está bien —anuncia ella.

—Sí, ojalá, pero no puedes. Y tampoco podemos hacer nada para saber qué pasó aquella noche o dónde está Eric ahora. Lo único que nos queda es esperar, ¿no?

Naomie siente unas ganas irrefrenables de llorar pero no lo hace. Quiere mantenerse fuerte ante su amigo, quiere ser su punto de apoyo inquebrantable. Con todo el tema de Eric, a veces sufre más por Andrew que por ella misma. No quiere imaginar lo que el pobre chico estará sufriendo.

*No solo ha desaparecido su mejor amigo, ha desaparecido la persona a la que ama. No todo el mundo tiene una segunda oportunidad como yo la tengo con Mike. Joder, no todo el mundo regresa una vez se va.*

—Buenas noches, Naomie —dice Andrew con la voz apagada.

—Buenas noches —contesta ella antes de colgar.

Naomie coloca el dedo sobre el botón del timbre muy despacio, casi como si temiese una sacudida eléctrica. Coge aire por la nariz muy despacio y lo exhala por la boca. Pulsa el botón. ¡Ding, dong! Oye el sonido de unos pasos acelerados que se alejan, se vuelven a acercar, y se alejan de nuevo.

—¡Ya voy, ya voy! —dice la voz alterada de Mike.

Se muerde el labio inferior. Siente unas potentes pulsaciones en la garganta y en las sienas producidas por la anticipación. Los pasos se acercan una vez más a toda prisa. La puerta se abre.

—¡Naomie!

—Mike.

—¡Qué bien que hayas venido! Estás muy guapa. Por favor, pasa —se hace a un lado y Naomie entra con pasos inseguros. Le dirige una risita nerviosa y desvía la mirada. Ella en cabeza y Mike siguiéndola, ambos se dirigen hasta el pequeño salón.

—Vaya, tienes una casa muy bonita —da una vuelta sobre sí misma, contemplando la estancia.

—Gracias.

—Es muy luminosa —los rayos de sol se cuelan a través de dos cristaleras que ocupan todo el ancho de una de las paredes

—Eso es una de las cosas que más me gustan del piso —explica él con orgullo—. ¿Y sabes qué? Pinté los muebles de blanco y los lijé para darles

aspecto envejecido, como ahora se lleva tanto el estilo *vintage* y todo eso...

Naomie se imagina a Mike con ropa vieja, medio rota; las manos y la cara sucias de pintura; lijando el mueble con una de esas máquinas tan pesadas, tan ruidosas, tan varoniles. Se recoge el pelo a un lado y se abanica con la mano para combatir el súbito calor que le sube por el cuello y le incendia la cara.

*No llevas ni dos minutos a solas con Mike, haz el favor de reprimir tus impulsos sexuales y comportarte como Dios manda.*

—¡Oh, y ven a ver esto! —Mike desliza a un lado una de las cristaleras y sale a una terracita exterior—. Sé que no va a impresionarte demasiado, tu casa tiene un jardín enorme.

—¡No, qué va, me encanta!

—Quiero poner un par de tumbonas para poder tomar el sol y una parrilla chiquitita en esa esquina para hacer barbacoa algún domingo.

*Esto va mejorando por momentos* —piensa Naomie mientras se imagina a Mike sin camiseta; los músculos cubiertos por el sudor y la piel tiznada de carbón. El cénit de la sensualidad. También se lo imagina desnudo en la tumbona, bronceándose bajo el sol del verano—. *¡Ay, madre, qué sofocón!*

—Y mira, he comprado unas cuantas flores para darle un poco de alegría. Son margaritas moradas porque sé que son tus favoritas. Espero que te sientas cómoda aquí y que vengas siempre que te apetezca, como si fuese tu casa.

*¡Y, encima, dulce y tierno! ¿Qué más se puede pedir?*

—Es un detalle —reconoce Naomie.

Se ha desabrochado un par de botones de la blusa porque el calor le está nublando los sentidos. Ambos entran de nuevo en el salón.

—Por favor, ponte cómoda —Mike señala el sofá y ella se sienta—. ¿Qué te traigo para beber? ¿Un refresco, un zumo, un agua con gas?

—¿Estamos en una clase de parvulario, o qué? El agua es para los peces y las algas. ¡Preparemos unos Gintonicos!

Mike pone cara de circunstancia.

—Lo siento, no tengo ginebra.

—¿Vodka? ¿Ron?

Él niega con la cabeza.

—¿Anís? —prueba su último cartucho.

—Sabes que no me gusta el alcohol.

Naomie se hunde en el sofá, desinflada.

—Qué sean dos aguas...

Mike se precipita corriendo a la cocina. Vuelve un par de minutos más tarde sujetando una bandeja con dos vasos de cristal llenos de agua; una cubitera de metal y unas pinzas; dos servilletas de tela y dos bombones de chocolate negro. Se sienta a su lado. Naomie le nota tenso, como si estuviese andando sobre una cuerda que está a punto de romperse. Se da cuenta de que se esfuerza por ser detallista, por conquistarla. No es que no aprecie el gesto pero los halagos, las buenas formas, las cordialidades... todo le parece demasiado frío y disciplinado.

—No es necesario que hagamos esto —declara.

Mike la mira con ojos de no saber por dónde va la cosa.

—¿A qué te refieres?

—Tú y yo hemos estado juntos desde que tengo memoria. Sabemos cómo somos, lo que nos gusta, lo que nos incomoda, lo que nos hace reír, lo que nos hace llorar... Nos conocemos todo lo que es posible conocer a otra persona. No tenemos porqué fingir que estamos en una primera cita, ¿sabes? Podemos evitar conversaciones incómodas; preguntarnos cuál es nuestra comida favorita; intentar aparentar que somos perfectos para impresionarnos... Si lo que quieres es que todo vuelva a ser como antes, entonces retomémoslo y ya está. Olvidemos que este verano ha existido.

Mike permanece callado, pensativo.

—¿Qué opinas? —apremia Naomie, temiendo haberle asustado.

—Creo que tienes razón. Es lo mejor. Así no tenemos por qué tener una larga conversación antes de que me atreva a cogerte de la mano por primera vez —lo dice y, al mismo tiempo, lo hace—. Y tampoco hace falta esperar a que suceda uno de esos momentos tan especiales e intensos en el que te daría el primer beso.

Acercándose a ella despacio, con los ojos chispeantes y una sonrisa cautivadora, le besa en los labios. Naomie coloca la mano libre sobre la nuca de Mike y le presiona hacia ella como si no quisiera dejar de sentir el contacto de sus labios húmedos, dulces, deliciosos. Aun así, Mike se aparta unos centímetros y se miran a los ojos, saboreando aquel momento de conexión en silencio.

De nuevo, una oleada de calor recorre el cuerpo de Naomie tan intensamente que cree desmayarse. El simple roce con la piel de Mike hace que se le nuble la vista de placer. Es consciente de cuánto le ha echado de menos a nivel afectivo, sentimental, romántico. Pero ahora también se da cuenta de lo mucho que le ha extrañado a nivel físico. Su cuerpo le desea, le necesita...

—Y lo mejor de todo —dice Naomie con la voz temblorosa por la excitación—, es que no será necesario esperar a la tercera cita para que me lleves a la cama.

Los dos se echan a reír. Después de volverse a besar con creciente ansiedad, ambos se levantan y se dirigen al dormitorio.

—Me siento... no sé, rara.

Naomie se encoge de hombros bajo la suave sábana al pronunciar aquel pensamiento en voz alta. Tiene la cabeza apoyada sobre el torso de Mike y él no puede parar de acariciar con dulzura su pelo carmesí y sus mejillas coloradas. Ambos desnudos, tumbados en la cama y con las piernas entrelazadas.

—¿Por qué?

—Tú y yo. Juntos otra vez, después de tanto tiempo. Después de creer que se había acabado para siempre. Es una auténtica locura.

—Perdóname, yo...

—Shhhht —Naomie niega con la cabeza—. Hoy no quiero hablar de eso, no pensemos en cosas tristes.

Se incorpora para alcanzar sus pantalones del suelo y saca del bolsillo trasero un paquete de tabaco. Se enciende un cigarro y vuelve a apoyarse sobre el pecho de Mike.

—¿Te ha gustado?

El chico empieza a toser al respirar la nube de humo y, cuando logra controlarse, pregunta:

—¿El qué?

—El sexo, claro. ¿Qué te ha parecido?

La pregunta pilla a Mike por sorpresa. Está claro que Naomie no solo ha cambiado físicamente, se ha convertido en una mujer más lanzada, más fuerte,

más provocativa y... sobretodo, ha dejado de ser aquella niña tierna y delicada de sus recuerdos.

—Eh, pues... —vacila, avergonzado.

—Venga, suéltalo ya —apremia ella, divertida al notar lo tenso que se ha puesto Mike.

—Ha estado muy bien.

—¿Solo muy bien? —enarca una ceja—. Nunca antes te había escuchado gemir tanto.

—Ha estado genial, en realidad. Desde luego estás más... experimentada.

—Sí, bueno, supongo que tú también habrás estado con otras chicas durante este tiempo.

Da una nueva calada con indiferencia.

—Pues, lo cierto es que no. Para nada. Aunque rompiera contigo, nunca he dejado de quererte. De haberlo intentado, estoy seguro de que no podría haber tenido nada con ninguna otra chica.

Naomie se atraganta y empieza a toser. Le sale humo a borbotones de la boca y de la nariz.

—Vaya, ahora entiendo lo de los gemidos...

*Ha estado meses a pan y agua en una especie de duelo post-ruptura. Y mientras tanto yo...*

—Me siento como una zorra repugnante —confiesa.

—Oh, vaya, no. No tienes razones para ello, estabas en todo tu derecho de estar con otros chicos.

Naomie se incorpora de nuevo y mira a Mike con el ceño fruncido.

—¿Entonces, no te molesta?

—Mmm... no.

*¡Vaya, vaya! ¿Y cómo se supone que debe sentarme eso a mí? ¿Me enrolló con otros tíos y ni siquiera le da un poquito de rabia? De haber sido al revés, yo ya habría salido a la calle a dar bofetadas y tirones de pelo. ¡Es indignante!*

—Bueno —rectifica Mike—, en realidad sí que me molesta un poco. Pero lo entiendo. Eras libre. Yo te dejé marchar. Fue mi culpa y de nadie más.

*De acuerdo, eso está muuuucho mejor. Un toque saludable y sutil de celos. ¡Y encima se atribuye toda la culpa!*

Desde la cama, Naomie inspecciona su alrededor. La nueva casa de Mike es pequeñita pero acogedora, decorada con delicado gusto. En las paredes cuelgan varios cuadros firmados por él. La mayoría de ellos no presentan formas definidas, más bien una mezcla de brochazos de distintos colores y tonalidades que se funden y logran transmitir los sentimientos más abstractos. Naomie ya se ha pasado muchas horas observándolos e intentando descifrarlos tiempo atrás, y no puede evitar volver a hacerlo ahora que se reencuentra con ellos. Son cautivadores. Y también lo es Mike, siempre tan imaginativo, apasionado y seductor como la mayoría de los artistas. Naomie se lo imagina a veces en una verde pradera de la Toscana, sentado en una sillita de madera y pintando desnudo un lienzo, con el musculado cuerpo bronceándose bajo los cálidos rayos de sol. Pero no solo pinta cuadros. También le gusta mucho la música y, aunque no tiene voz de cantante, suele componer melodías que interpreta con elegancia en su piano.

—Recuerdo cuando me despertaban por las mañanas las notas de tu piano —dice Naomie—. Verte tocar era la mejor imagen que podía tener al despertar. Y luego me traías un zumo de naranja y desayunábamos croissants recién hechos. ¡Qué dulces y bonitos recuerdos! Aunque por aquel entonces solo podíamos hacerlo en casa de tus padres cuando estaban de viaje.

Mike la abraza con delicada fuerza.

—Puedo prepararte un zumo y puedo tocar la canción que más te apetezca escuchar. También compraré tus croissants favoritos.

—Yo iré a por ellos —dice Naomie, encantada de la galantería de su novio—. Me apetece estirar un poco las piernas.

Sale de la cama y Mike la recorre con la mirada de arriba abajo, no de una manera sucia u obscena, sino con el brillo en los ojos que solo se encuentra en un enamorado cuando contempla a la chica que ama. Naomie se ruboriza al percatarse, sin poder evitar sorprenderse por ello. Hace tiempo que está acostumbrada a que los chicos la vean desnuda, aquello ya no la sonroja, pero lo que Mike le transmite al mirarla la hace sentirse vulnerable de verdad. Se viste con rapidez, se pasa la mano por el enredado pelo en un intento inútil de peinarse y le da un beso a Mike.

—¡Ahora mismo vuelvo! —se despide antes de cerrar la puerta principal tras ella.

*Sí, ahora mismo vuelvo a por otra sesión de fantástico sexo de reconciliación...*

El edificio donde vive Mike es una construcción muy antigua. Su piso es un cuarto sin ascensor y las escaleras están formadas por prominentes peldaños que ponen a prueba la resistencia de quienes deben subirlas. La mayoría de los clásicos azulejos que cubren el suelo están muy sucios y desportillados; una capa gruesa de polvo se acumula sobre la barandilla y en las esquinas; la pared, pintada de blanco en sus orígenes, está ahora cubierta por diferentes tonalidades de amarillo. Todo es tan viejo y destartado, que a Naomie le cuesta creer que en aquel edificio se encuentre el adorable pisito de Mike.

Empieza a bajar las escaleras con mucha cautela. La ausencia de ventanas hace que todo esté muy oscuro y las bombillas que cuelgan del techo se apagan y se encienden intermitentemente. Está ya en el segundo piso, entonces da un nuevo paso y escucha un ligero susurro bajo su bota, el mismo sonido que haría un papel al pisarlo. Aparta el pie y se agacha para recoger la hoja. Entonces la bombilla se enciende, disipando la oscuridad que le impide ver con claridad, y se queda petrificada ante el rostro de Eric. Es el cartel de su desaparición, uno idéntico a los que había colgados por todo Canvas, idéntico a los que la señora Lawrence estuvo repartiendo en la puerta del instituto. Pero entonces se da cuenta de algo que la paraliza con mayor fuerza y bravura: diez, quince, quizá veinte carteles con la cara de Eric cubren el suelo ante ella como si de un siniestro mosaico se tratara. No estaban allí cuando llegó a su cita con Mike, un par de horas atrás, de eso está segura. Alguien los ha colocado a consciencia para que ella los vea pero, ¿cuál es la finalidad de un acto tan cruel? Quizá todo es parte de una broma macabra y de muy mal gusto, no puede saberlo, pero sea como sea no le hace ni pizca de gracia. Repara en que uno de los carteles es distinto, tiene un post-it enganchado sobre la cara de Eric y hay un mensaje escrito a mano. Naomie lo coge y lo lee con horror:

*“Eric fue una zorra y desapareció. ¡Sigue así, puta, vas por buen camino para ser la siguiente!”*

Una sombra se mueve y a Naomie se le detiene el corazón durante una fracción de segundo. Da un pequeño brinco y el papel se le cae de las manos, revolotea en el aire y realiza un par de piruetas antes de posarse de nuevo sobre los otros carteles. El ruido de unos pasos agitados al bajar las escaleras

y el sonido de la puerta principal al abrirse.

*Quién sea que haya hecho esto está huyendo. No puedo dejar que escape, debo descubrir quién ha sido.*

Baja las escaleras de cuatro en cuatro, dando enormes y desesperadas zancadas. Abre la puerta que da a la calle y sale al exterior. Mira a derecha e izquierda en busca del culpable, pero no hay nadie escapando a toda velocidad o con pintas extrañas, solo gente normal que se mueve en todas direcciones, mirándose el reloj repetidamente, leyendo el periódico o bebiendo un café sin deparar en Naomie. Mierda, se le ha escapado. Entonces lo ve en la distancia, al otro lado de la calle. Emmet Benson. El chico que se mudó con su madre a Canvas hacía pocas semanas. El mismo chico que los estuvo observando a Andrew y a ella en casa de Eric y en la comisaría, el mismo cuya presencia bastó para enfurecer al perro de los Lawrence... Se mantiene inmóvil en la lejanía, tan alto que sobresale una cabeza entre la marabunta de transeúntes, observando a Naomie con unos ojos demasiado negros y demasiado profundos. Es tan delgaducho y blanquecino que parece un cadáver viviente, tanto es así que a Naomie se le eriza el vello de la nuca. Pese a todo, empieza a caminar en su dirección, segura de que ha sido él el autor de la maquiavélica hazaña de los carteles, dispuesta a preguntarle por sus motivos sin que le tiemble ni un ápice la voz. ¿Quién demonios es y qué quiere?

Un autobús amarillo circula por la carretera y pasa ante Emmet. Naomie pierde el contacto visual con él. El autobús sigue avanzando y pasa de largo, pero... ¡Sorpresa, Emmet se ha esfumado! Como ocurriera aquel día en casa de los Lawrence, un único segundo de distracción ha sido suficiente para perderle el rastro al chico fantasmagórico que parece tener la habilidad de disolverse en el aire como una bola de humo. No es el único esta vez, pues cuando Naomie regresa al edificio de Mike en busca de los carteles y la nota amenazante, tampoco los encuentra. Alguien se ha llevado hasta el último de ellos.

## CAPÍTULO 15

Hace mucho rato que Andrew se ha ido a la cama pero no ha conseguido conciliar el sueño. Son las dos de la mañana y lleva más de una hora mirando el monótono techo de su habitación. Los músculos entumecidos del cuello y de la espalda empiezan a dolerle y se remueve con impaciencia sobre el colchón. Su insomnio se ha convertido en algo corriente en los últimos días, puede que inducido por los altibajos de su vida y por las acechantes preocupaciones. Cuando por fin logra dormirse, esas mismas preocupaciones se materializan en forma de terribles pesadillas y, como parece lógico deducir, en todas ellas aparece Eric.

Eric Lawrence, su mejor amigo desde siempre, al que ha querido mucho más que en un sentido estrictamente amistoso. Y había estado a punto de contárselo en un acto inusitado de coraje y valentía aunque, por suerte o por desgracia, aquel momento no llegó a producirse. El motivo resulta un misterio, si bien Andrew no puede cesar de darle vueltas al asunto e intentar encontrar una explicación a todas sus preguntas. ¿Por qué no acudió a la cita aquella noche? ¿Qué le pasó al salir de *Queen's*? ¿Dónde está ahora? Y, aunque quizá pueda parecer la pregunta más irrelevante de todas, es la que más martiriza a Andrew en sus sueños: ¿Qué habría pasado si la cita hubiese tenido lugar? ¿Qué habría pasado cuando Eric descubriera que la persona que se escondía tras *Anonimo21* era Andrew? ¿Qué habría pasado cuando Eric entendiera que su mejor amigo estaba enamorado de él? Quizá nunca llegue a saberlo, quizá la incógnita siga atormentándole de por vida.

Andrew se levanta, se viste y sale a la calle en busca de un poco de aire fresco. Hace una noche tranquila en Canvas, las calles están vacías y se escucha el cantar de los grillos, ocultos en los jardines de todo el vecindario. Parece un sitio tranquilo e inalterable.

*Parece pero, como en cualquier otro lugar, aquí también muere y desaparece gente.*

Cruza el porche, baja las escaleras y atraviesa el jardín. Empieza a

caminar por la calle, primero a modo de paseo, más tarde con pasos contundentes y acelerados. Su madre le echaría una buena bronca si se enterara de que ha salido de casa en mitad de la noche, sobre todo desde que está tan susceptible y preocupada por la desaparición de Eric. Andrew no se acobarda ante esta idea, sus pies no parecen tener intención de detenerse y sigue avanzando sin mirar atrás. ¿Cómo puede quedarse en casa y resignarse a no hacer nada mientras su amigo sigue *Dios sabe dónde*? La verdad está ahí fuera y necesita encontrarla, aunque no tiene ni la más remota idea de por dónde debe empezar a buscar.

*Queen's podría ser un comienzo.*

Lo piensa mientras observa la entrada de la discoteca desde el otro lado de la calle. Eric trabajaba ahí. Las últimas personas que lo habían visto aquella noche eran los clientes de *Queen's*. Tras cerrar, Eric se marchó y simplemente... se esfumó. A Andrew se le ocurre que quizá debería entrar, hablar con los compañeros de Eric o con los clientes más habituales que pudieran saber algo. Puede que encuentre alguna pista, que descubra algún detalle que le ayude a esclarecer lo que ocurrió.

*Que me ayude a encontrar a Eric...*

—¿Qué haces ahí plantado, cielo? ¿No vas a entrar?

Andrew se sobresalta y se gira en dirección al origen de la voz. Es un hombre bajito, en sus treinta, y con un extravagante flequillo azul. Lo mira de arriba abajo con detenimiento, mientras mastica un chicle abriendo mucho la boca y haciendo más ruido del necesario.

—No, yo no soy... —empieza a decir Andrew de forma instintiva. Demasiados años negándose a sí mismo como para cambiar de un día para otro. Puede que se lo haya contado a Naomie y a Jack, el chico nuevo del instituto, pero todavía lo siente como un vergonzoso y terrible secreto que debe guardar. Se siente incapaz de decirlo, aunque sea ante un desconocido, aunque sea ante alguien como él...—. Yo no soy gay.

—¡Vaya! —alza las manos con dramatismo—. ¡Qué lástima, con lo mono que tú eres!

Andrew se encoje con las mejillas encendidas mientras Flequillo azul se aleja brincando hacia la discoteca.

*¡Serás estúpido! ¿Qué pasa con lo de entrar en Queen's e intentar*

*averiguar algo?*

¿Pero cómo hacerlo, cómo salir del armario ante cientos de chicos cuando no es capaz de hacerlo ante uno solo? Debe reconocer que más de una vez ha fantaseado con hacerlo, entrar en aquel lugar donde sólo existen hombres en busca de otros hombres, donde no hay espacio para la represión o la vergüenza. Por lo que Eric le había contado, allí todos eran libres y felices por una noche. Por no hablar de lo sencillo que resultaba encontrar a alguien con quién irse a la cama. Fuera cual fuera la fantasía, desde la más sencilla a la más perversa, podías llevarla a cabo en *Queen's*. Esta idea tienta a cualquiera, del mismo modo que ahora tienta a Andrew. Le despierta un indecente deseo de entrar, más allá de la necesidad de encontrar respuestas sobre su amigo. Pero no puede hacerlo. Es demasiado. La idea le aterra, le paraliza. No puede entrar ahí.

*Cobarde...*

Por eso sus pies se mueven de nuevo y empieza a caminar alejándose de *Queen's*, pisando los pasos que debió de dar Eric aquella noche al salir de la discoteca. En un momento dado se encuentra ante una encrucijada. Si sigue recto por la misma calle llegará al parque Willow (aquella era la ruta que tendría que haber tomado Eric, pues Andrew se había citado con él bajo el apodo de *Anónimo21*). Si gira a la derecha, en cambio, se encontrará con la casa de los Lawrence (por lo tanto, aquel camino es el que Eric realizaba cada noche al salir de trabajar). Por último, si se dirige hacia la izquierda, terminará en la callejuela donde encontraron la sangre de Eric (es decir, la opción que Eric escogió aquella noche). Una vez más, a Andrew le surge la duda, se pregunta qué fue lo que le empujó a dirigirse hacia la izquierda en lugar de marcharse a su casa o acudir a la cita. ¿Había sido algo voluntario o se vio obligado a hacerlo?

Tras un momento de vacilación, Andrew también toma el camino de la izquierda en un intento bastante limitado de recrear las acciones de Eric, de imaginar lo que pudo haberle sucedido. No tarda en encontrar la calle más temida de Canvas: un callejón sin salida terriblemente adoquinado, donde la oscuridad se ha adueñado del lugar. Andrew se estremece al contemplarlo, sumido en una espesa neblina que se mueve con pesadez y enturbia la visión. Una parpadeante y vieja farola es lo único que vierte un poco de luz, aunque

esta resulta tenue y escasa. Da un paso adelante, dubitativo, y luego otro y otro. Pisa un charco de agua que no ha logrado advertir y se maldice a sí mismo mientras nota como se le empapa el calcetín y el frío se apodera de su pie. Continúa avanzando intentando ignorar la incómoda sensación. A la derecha dos contenedores de basura a rebosar. El suelo que los rodea también está cubierto de bolsas, cajas de cartón, latas vacías y excrementos. El hedor consigue provocarle náuseas.

*Y pensar que entre toda esta mierda encontraron el cadáver de aquél pobre chico...*

Todos habían pensado que se trataba de Eric pero pronto se descubrió que era otra persona. Un pobre muchacho que había sufrido una sobredosis y había muerto entre los deshechos. Una tragedia. Andrew piensa en el dolor que su familia debió de sentir al enterarse, al descubrir que un chico que apenas ha empezado a vivir los ha dejado para siempre. Un segundo más tarde, no puede evitar pensar que, de un modo extraño y complicado, esa familia tiene suerte: ellos saben qué le ocurrió, dónde se encuentra ahora, cómo murió... Los Lawrence, sin embargo, no saben absolutamente nada. ¿Dónde se encuentra su hijo? ¿Está vivo o muerto? ¿Alguien le ha hecho algo malo? ¿Está sufriendo en este preciso instante?

*Supongo que, a veces, las preguntas pueden torturarnos mucho más que las respuestas, por crueles que éstas puedan parecer.*

Andrew llega hasta el final del callejón y allí se detiene a observar la pared que se levanta ante él. Es un muro agrietado repleto de mensajes obscenos escritos con caligrafía imposible. Alguien también se ha dedicado a *grafitrear*, con innegable arte, imágenes enormes y perturbadoras que le hacen sentir diminuto mientras las contempla: una anciana arrugada comiéndose un bebé; un niño sin rostro que cuelga ahorcado con el hilo de su globo; un esqueleto vestido de novia que extiende su huesuda mano completamente abierta de forma que parece que está a punto de salir de la pared y agarrar a Andrew con ferocidad... Y ante él, a la altura de sus ojos, una mancha oscura y seca de lo que en otro momento debió de ser algo líquido y viscoso. A Andrew se le detiene la respiración cuando comprende que es sangre y que, incluso, puede que se trate de la sangre que encontraron de Eric.

De repente, luces parpadeantes bañan la pared en tonalidades rojas y

azules, de forma que las imágenes pintadas en ella adquieren una dimensión todavía más sombría y lúgubre. Andrew se gira para descubrir el origen de la luz. En la entrada del callejón, al otro extremo, divisa un coche de policía. No lo ha oído llegar, tan absorto se encontraba contemplando los dibujos y la sangre, tan ocupada su mente intentando encontrar respuesta a todos sus interrogantes. Los focos del vehículo se encienden de improviso, cegándolo. La puerta del conductor se abre y alguien baja del coche. Por mucho que Andrew se esfuerza por ver más allá de la potente claridad, solo logra discernir la negra y gigantesca silueta de un hombre que se acerca. Tan solo consigue ponerle rostro cuando está a pocos metros de distancia.

—¿Qué haces por aquí a estas horas, muchacho?

Andrew no puede evitar que le atenace una potente sensación de culpabilidad y vergüenza, como si acabara de ser pillado haciendo algo malo. Además, se siente diminuto ante la enorme y rolliza figura del policía.

—Solo estoy dando un paseo. No podía dormir —quiere demostrar seguridad en sí mismo pero le tiembla la voz.

El hombre se lleva la mano hasta la barbilla, oculta bajo su sebosa papada, y la sujeta entre sus dedos índice y pulgar. Lo inspecciona con los ojos entrecerrados y emite un extraño sonido de desconfianza.

—Yo a ti te conozco —declara y da un paso adelante, entornando todavía más los ojos con curiosidad—. Eres el amigo de Eric.

Andrew le recuerda entonces y se reprende por no haberle reconocido hasta ahora. Se trata de Rodríguez, el inspector “zampa-donuts” que le interrogó en la comisaría.

*Interrogatorio en el que, por cierto, mentiste. Decir que la noche de la desaparición estuviste en casa dulcemente dormido fue una interpretación de la realidad bastante inexacta. Pero, claro, algo más sincero habría sido algo parecido a “Me registré en un chat gay para hablar bajo seudónimo con Eric, mi mejor amigo del que estoy enamorado, quedé con él en un parque solitario la noche en que desapareció y me escapé de casa en mitad de la madrugada para acudir a la cita. Por cierto, mamá, papá, familia, amigos... por si todavía no os ha quedado claro ¡soy marica!”.*

—Me llamo Andrew —se pregunta si, algún día, alguien será capaz de recordarle por su nombre en lugar de hacerlo por quién es su amigo.

Rodríguez esboza una sonrisa ladeada, tan sutil y etérea que únicamente puede intuirse en el ligero levantamiento de su pómulo derecho.

—Te aseguro que tengo muy presente tu nombre, muchacho. El tuyo y el de tu querida amiga, Naomie.

—¿Por qué?

—¿Qué clase de policía sería si no prestara mayor atención a los mejores amigos de un desaparecido? Casi siempre, ellos son los que tienen las claves para resolver el misterio, aunque ni siquiera sean conscientes de ello —esta vez, su sonrisa se hace más evidente. Su atención deja de centrarse en Andrew y empieza a examinar el callejón—. Es como un matadero, tan oscuro y solitario, tan alejado de la mano de Dios. Yo no pasearía demasiado por aquí si no llevara mi pistola —acaricia con suavidad el arma que cuelga de su cinturón—. Qué lugar tan macabro, ¿no crees?

Andrew no contesta. Ahora mismo, Rodríguez le parece mucho más macabro que el callejón. La culpabilidad y la vergüenza han desaparecido para dar lugar a la aprensión y la desconfianza. Tiene los músculos agarrotados y todos los sentidos alerta, funcionando a su máxima capacidad.

—¿Sabías que muchos criminales regresan al lugar del delito? —continúa Rodríguez.

—¿Está insinuando algo? —traga saliva con cierta dificultad.

—Por supuesto que no, por supuesto que no... Únicamente te aviso para que seas precavido. Nunca se sabe quién puede estar merodeando por aquí, éste no es un lugar seguro. Y ahora dime, muchacho, ¿alguien sabe que estas aquí?

Andrew deduce que responderle la verdad no es la mejor opción.

—Sí, claro, mis padres.

Rodríguez asiente.

—Tengo la habilidad de saber cuándo alguien está mintiéndome. Es una habilidad muy útil y siempre me funciona. Créeme, siempre.

Andrew nota como un sudor frío empieza a cubrirle la frente. ¿Está haciendo alusión al interrogatorio? ¿Qué pregunta tan tonta, por supuesto que está haciendo alusión al interrogatorio! Rodríguez le guiña un ojo.

—Ahora regresa a casa y no vuelvas a escaparte o tendré que avisar a tus padres, ¿entendido?

Andrew asiente con un gesto de cabeza, incapaz de hablar. El policía se da la vuelta, empieza a alejarse con visible satisfacción y parsimoniosa lentitud. Se sube al coche, arranca el motor y se marcha. Andrew suspira entonces, aliviado, comprendiendo que incluso estar solo en un callejón oscuro puede dar menos miedo que estar con ciertas compañías... Pero no está solo. Andrew divisa una nueva silueta en la entrada del callejón, donde hace unos segundos estaba el coche patrulla. De pie, inmóvil, con el rostro oculto en la oscuridad de su capucha aunque Andrew es capaz de notar su mirada clavada en él. Avanza hacia el desconocido sin rostro, pero entonces el encapuchado se da la vuelta y empieza a alejarse. Andrew repara en el dibujo de la llama en su espalda... otra vez el flamante logotipo, otra vez la dichosa sudadera de la liga de fútbol. Dobla la esquina a la izquierda y desaparece.

*No debí dejar que escapara aquella noche y no pienso cometer el mismo error ahora.*

Andrew acelera el paso y también dobla la esquina, saliendo de una vez del maldito callejón, y el encapuchado vuelve a aparecer en su campo de visión. Ha empezado a correr y se encuentra a muchos metros de distancia. Se mueve muy rápido, tanto como la noche en que Andrew le vio por primera vez en el parque Willow. Esta vez gira a la derecha y Andrew vuelve a perder el contacto visual. Él también ha iniciado la carrera, lejos de darse por vencido. Primero gira a la derecha, luego a la izquierda, otra vez a la izquierda y de nuevo a la derecha, siguiendo así al desconocido durante varios minutos. Se detiene en seco cuando lo localiza a pocos metros: el encapuchado ya no corre, respira agitado mientras sigue andando con pesadez por las vacías calles. Posiblemente piensa que ha conseguido distraer a Andrew, quien ahora sigue sus pasos en silencio desde las sombras de la noche. Le gustaría acercarse a él por sorpresa, quitarle la capucha, descubrir quién se oculta tras ella y preguntarle por qué se dedica a vagar por la oscuridad, de qué huía aquella noche y qué relación tiene con Eric. Pronto comprende que el desenlace más probable si lo hiciera, sería terminar desangrado sobre el asfalto de la calle con un cuchillo clavado en el vientre. Por eso decide seguir escondido, pisándole los talones del mismo modo que un cazador hace con su presa. Andrew se percata de que las casas, los árboles y las tiendas cerradas ante las que pasa le son muy conocidas. Su casa, y también la de Naomie, se

encuentran más adelante, en algún punto de ésta misma calle.

¡Crack!

El sonido de una rama al crujir bajo el pie de Andrew. En un acto reflejo se agacha detrás de un coche y aguanta la respiración, preguntándose porqué esa odiosa ramita de platanero tenía que encontrarse justo ahí. La misteriosa silueta se detiene al instante y se gira en dirección al chasquido. Así lo hace durante unos pocos segundos que parecen interminables. Empieza a andar de nuevo y Andrew respira aliviado antes de levantarse dispuesto a retomar el paso de nuevo. Pero antes de que pueda hacerlo, algo inesperado ocurre: el desconocido cruza una de las vallas blancas, atraviesa el floreado jardín, sube las escaleras del porche, mete una llave en la cerradura de la puerta y entra en la casa.

Es la construcción más antigua de la zona, con enormes ventanales, paredes de piedra oscura cubiertas de hiedra y tejas grises y agrietadas. Por lo que Naomie le explicó días atrás, los propietarios de la majestuosa casa la pusieron en alquiler y, hace ahora un par o tres de semanas, empezó a vivir en ella una nueva familia. Un chico con su madre. Andrew ya ha visto al chico dos veces y debe reconocer que ninguna de ellas le causó demasiada buena impresión, tan esquelético, tan blanquecino y demacrado. Por no olvidar que le pillaron espiándoles en casa de los Lawrence y en comisaría y que, en un simple abrir y cerrar de ojos, se esfumó como un fantasma. ¿Cómo le había dicho Naomie que se llamaba? ¿Boston? ¿Betson? ¡Ah, sí, Benson! Emmet Benson...

## CAPÍTULO 16

—No conseguí verle la cara pero le seguí hasta su casa —Andrew se lo explica a Naomie en voz baja. Están sentados en la cafetería del instituto y prefiere tratar el tema con discreción—. Resulta que el encapuchado es Emmet Benson, el nuevo vecino. ¿Qué pasa? No pareces muy sorprendida.

—Eso es porque no lo estoy.

Naomie le cuenta el incidente del día anterior con los carteles de “Desaparecido” mientras Andrew la escucha, horrorizado.

—Cuando salí a la calle allí estaba él, vigilándome con esos horribles ojos de fiambre.

—¿Y no le preguntaste qué es lo que quería —lo inquiera con cierta ansiedad por saber la respuesta. Para su decepción, Naomie niega con un gesto de cabeza.

—Desapareció antes de que pudiera acercarme a él. Mierda, ese chico es realmente raro. Consigue ponerme muy nerviosa.

—¿Entonces, crees que tiene algo que ver con Eric?

—¡Pues claro que lo creo! Joder, tú le viste aquella noche, ¿no? Corriendo desesperado, huyendo en mitad de la madrugada. Solo los criminales corren pasadas las doce—. Abre su bolso, saca su queridísima petaca y añade un buen chorro de ginebra a su zumo de naranja.

—¿Es eso necesario? —Andrew la mira con el ceño fruncido y le coge el vaso.

Naomie se lo arranca de las manos de nuevo y le da un buen trago.

—Oye, ese cadáver viviente está acosándome. Nos ha estado espiando, destrozó mi ramo de flores y forró una escalera entera con la cara de Eric. ¡Oh, vaya, y casi olvido mencionar que intentó licuarme bajo las ruedas de su coche! —un nuevo sorbo al alcoholizado elixir—. Créeme, es más que necesario.

—¿Y qué pasa con Clay W? Hace menos de veinticuatro horas, él era nuestro sospechoso número uno.

—Pues a partir de ahora, será el número dos —testifica sin inmutarse.

—Y el inspector Rodríguez se lleva el tercer puesto, ése hombre me pareció de lo más espeluznante —suspira—. Puede que me esté volviendo demasiado susceptible, después de todo.

El móvil de Naomie suena. ¡Biiip! Abre el mensaje y lo lee con cierto disgusto.

—¡Otro problema que añadir a la lista! —deja caer el teléfono sobre la mesa con tanto ímpetu, que éste se desliza sobre la lisa superficie hasta que se detiene frente a Andrew—. Mike está enfadado porque le dije que me iba a comprar el desayuno y ya no volví. ¿Cómo iba a hacerlo? ¡Me puse histérica!

—¿No le has contado lo que te pasó?

—¿Debería hacerlo? Creo que todavía no me siento preparada para explicarle según qué cosas —bebe—. Es decir, confiaba en Mike más que en mi vida y entonces me abandonó y me partió el corazón. Necesito tiempo para volver a confiar en él como lo hacía antes. Y también para asegurarme de que todo será distinto esta vez.

Andrew se da cuenta de que, aunque en los últimos meses Naomie parece haberse convertido en una persona dura e inquebrantable, solo se trata de una coraza. Debajo hay una chica adolescente con miedo a sufrir, a que le rompan el corazón, a enamorarse demasiado o a lo que está por venir. Como él. Como todo el mundo.

De repente, Andrew solo puede ver oscuridad. Alguien le ha rodeado con los brazos por la espalda y le ha tapado los ojos con las manos.

—¡Adivina quién soy! —ordena una voz alegre.

A Andrew le resulta familiar pero, aunque se esfuerza, no consigue caer en la cuenta. Escucha a Naomie soltar una risita tímida.

—¡Vaya, qué decepción! ¿Ya no te acuerdas de mí? —retira las manos de sus ojos y Andrew observa el rostro angelical que aparece ante él.

—¡Jack, qué sorpresa! —exclama sobrecogido mientras le contempla desde su silla. Echa una inconsciente y nerviosa mirada a Naomie, como si buscara su auxilio. Ella le guiña un ojo en un gesto travieso y pícaro, y entonces vuelve a centrar su atención en Jack—. No he sabido nada de ti desde que nos conocimos.

—No he parado demasiado por el instituto, lo reconozco. Supongo que soy

un caso perdido con los estudios. Tengo casi veinte años y todavía sigo en preparatoria. Si los profesores fueran jóvenes y guapos, vendría motivado a las clases, pero como son vejstorios cascarrabias más antiguos que la tuberculosis... Tranquilo, solo bromeo. Bueno, más o menos —ríe y entonces enseña una hilera de dientes inmaculadamente blancos y alineados—. ¿Cómo estás tú?

*¡Ay, madre! ¿Cómo es posible que haya estado a punto de olvidar una cara tan perfecta, unos ojos tan profundos, una sonrisa tan encantadora...? ¡Ya está bien, Andrew, céntrate! ¡Estas manteniendo una conversación!*

—Eh... bien, bien.

—¿Cómo se tomó el idiota de Clay la broma de la taquilla? Me habría encantado verle la cara a ese paleta cuando descubrió todas sus cosas hechas puré.

—Bueno, se cabreó un poco.

—¿Un poco? —interviene Naomie—. Estuvo a punto de dejarnos sin cabeza a los dos. ¡Y yo ni siquiera sabía de qué iba la cosa! Se puso como un loco, agarró a Andrew del cuello y nos amenazó.

—Capullo —Jack frunce el entrecejo y aprieta la mandíbula—, la gente como él nunca aprende. Deberíamos darle un escarmiento por eso.

—Hagas lo que hagas, esta vez asegúrate de dejarle claro que yo no tengo nada que ver —Naomie sigue bebiendo su zumo de naranja, dando continuos sorbos cada pocos segundos—. Quiero mantener mi integridad física.

—Descuida —dice, divertido. Se dirige a Andrew—. Me marcho a casa, he tenido suficiente por hoy. ¿Pero, sabes qué? Creo que deberíamos vernos fuera de aquí. Ya sabes, hablar, pasear, tomar un café. Si tú quieres, claro.

La proposición le pilla por sorpresa. Intenta disimularlo, pero se atraganta con las palabras de forma lamentable hasta que consigue pronunciar:

—Oh, vale, sí. ¿Por qué no? Me parece bien. Sí, muy bien.

—¿Qué tal esta tarde? Estaré por aquí haciendo unos recados así que... podemos aprovechar.

*¿Esta tardeeeee?! Por regla general, cuando se dice “tenemos que quedar”, la frase queda relegada al olvido un segundo después. No es que me disguste que Jack quiera quedar conmigo, al contrario, pero esta tarde... Nunca he quedado con un chico que no sea Eric. Necesito reflexión,*

*meditación y preparación mental. ¡Oh, y debo escribir un listado de temas interesantes para evitar silencios incómodos! Es demasiado precipitado. Vamos, Andrew, invéntate algo para aplazarlo...*

Naomie conoce a Andrew lo suficiente para adivinar sus pensamientos. Sabe que ahora mismo está buscando pegas a ritmo frenético para evitar hacer algo que realmente le apetece.

—¡Pues claro que le va bien! —interviene ella con ojos chispeantes y dando un pequeño brinco en la silla.

—¿Seguro? —Jack sigue con la atención fija en Andrew.

—Eh, sí, claro —se encoge de hombros y fuerza una sonrisa.

—¡Genial, hasta luego entonces! —apoya la mano sobre el hombro de Andrew y le da un cálido apretón. Al sentir el contacto de su mano, Andrew clava su mirada en el suelo, incapaz de levantarla.

Jack se marcha y quedan los dos solos de nuevo. Naomie da un trago generoso al zumo y lo apoya con energía y entusiasmo sobre la mesa, salpicando y esparciendo cítrico a su alrededor.

—¡Joder, joder, joder! ¡Me habías hablado de él cuando os conocisteis pero se te olvidó mencionar que está que se rompe!

—No será para tanto —su voz es débil.

Naomie le inspecciona con ojo vivo unos segundos.

—Veamos, manos temblorosas, frente sudorosa y mejillas adorablemente enrojecidas... ¡A ti te gusta! ¡Y mucho!

—¡Shhhht, no grites tanto! —comprueba que la gente de las mesas más cercanas no la hayan escuchado—. Además, eso no es cierto, deja ya de decir tonterías.

—¡Pues vaya! Es una verdadera lástima porque, si no me equivoco, estas a punto de tener una cita con él.

—No es una cita. Simplemente nos hemos caído bien y vamos a pasar una tarde juntos. Como amigos.

—Sí, claro, lo que tú digas. Ve preparando el spray para el aliento.

—Me ofendes. Sabes que soy un romántico. Incluso en el hipotético caso de que Jack me gustara, yo nunca me daría mi primer beso con alguien a quien apenas conozco.

Las últimas palabras quedan flotando en el aire y los ojos de Naomie se

van abriendo más y más a medida que las va asimilando hasta que se convierten en dos círculos simétricos y enormes.

—¿Tú primer beso? ¿Qué mierda estás diciendo?

Andrew no parece entender a qué se debe su desconcierto.

—¡Ay, madre mía, creo que estoy a punto de sufrir una lipotimia! — Naomie se cubre la frente con una mano y el pecho con la otra—. ¿De verdad, tú nunca...?

Andrew niega con la cabeza.

—¿Ni siquiera un beso?

Repite el gesto negativo.

—¿A qué viene tanta sorpresa? Si lo hubiese hecho, te lo habría contado, ¿no?

—¡Eres tímido, pensé que nunca me habías hablado de ello porque te daba vergüenza! Por eso yo tampoco te expliqué cuando me acosté con Mike por primera vez, no quería incomodarte...

—Un momento —Andrew alza una mano abierta y le hace un gesto para que deje de hablar. Ahora es él quien parece trastornado—. ¿No eres virgen?

A la chica se le escapa el vaso de entre las manos y el poco zumo que queda se vuelca sobre la mesa.

—Estuve saliendo con Mike durante un año. ¿Qué creías que hacíamos cuando me quedaba a dormir en su casa? ¿Leernos cuentos?

—No lo sé, dormir...

Naomie suelta una carcajada.

—¡Ay, mi adorable Andrew! ¿Cómo es posible que seas tan inocente? A veces, me dejas sin palabras. ¿Y a qué viene esa cara? Parece que te han dado una patada en la entrepierna.

—Acabo de descubrir que mi mejor amiga es una zorra —bromea—. Necesito unos minutos para asimilarlo.

Los dos ríen y la tensión se disipa de inmediato.

—Me gustaría que Eric estuviera aquí —dice Naomie—. Estar a su lado hacía que yo pareciera una angelita. ¿Con cuántos chicos se habrá acostado él?

—Prefiero no saberlo.

—Apuesto a que un montón. Nunca tuvo demasiados escrúpulos.

—Uau, meterse con Eric cuando él no está para defenderse... ¡Eso es tener

clase!

—Si estuviera aquí, sabría que lo digo con todo el cariño del mundo.

—No me cabe duda —Andrew le coge una mano a Naomie. Su contacto resulta cálido y reconfortante. Se dirigen una amarga sonrisa el uno al otro.

—¿Recuerdas la fiesta de hace un par de años en casa de Adam Bennett? Adam siempre tuvo a todas las chicas locamente enamoradas. Se peleaban y se humillaban por estar con él. Estaba acostumbrado a tener a la chica que quería, cuando quería. Se sentía muy cómodo en su papel de machito alfa, hasta que aquella noche le pillaron enrollándose con Eric en el baño y todo el mundo les vio. La noticia se supo en el instituto al día siguiente y, una semana después, Adam y su familia se mudó a California. Un día, Eric me confesó que había dejado el pestillo del baño abierto a propósito. Él quería que les pillaran.

—Disfrutaba sacando del armario a patadas a los más machitos y luego se olvidaba de ellos. Era una especie de hobby. Seguro que se ganó más de un enemigo por eso.

—Me quedé muy sorprendida, en realidad, cuando caí en la cuenta de lo poderoso que Eric podía llegar a ser, de la influencia que podía ejercer sobre los demás: era capaz de romper todos los esquemas de una persona, cambiarle la vida de la noche a la mañana, quitarle ante el mundo el disfraz que había llevado durante años... Joder, incluso era capaz de conseguir que una familia entera se mudara a otro Estado. Si lo piensas, da un poco de vértigo. A veces me pregunto cómo lo hacía.

—¿Te das cuenta? Hablamos como si Eric estuviera muerto.

Se hace el silencio. Las facciones de Naomie se tensan y su rostro se oscurece.

—Eso no es cierto —afirma con solemnidad.

—Sí que lo es. Aquí estamos, compartiendo recuerdos, explicando anécdotas del pasado... como si no fuera a volver nunca. Puede que hayamos perdido la esperanza.

—Eric está vivo. Punto.

—¿De verdad lo crees?

—Pues claro que lo creo. Tendrían que poner su cadáver ante mis ojos para que dejara de hacerlo. No sé dónde está, ni con quién, ni qué demonios

está haciendo ahora mismo. Pero sé que está vivo. Y sé que pronto volveremos a verle, ¿entendido?

Andrew asiente.

—Ahora, centrémonos en lo importante —Naomie se aclara la garganta—. Tenemos un plan que diseñar.

—¿Un plan? —pregunta, confuso—. ¿Para qué?

—¡Joder, Andrew, tengo que explicártelo todo! ¡Espabila! —hace una pausa para generar mayor expectación—. Ya me he cansado de tanta tontería. Vamos a hacer una visita a Emmet Benson y vamos a descubrir lo que trama ese friqui con cara de difunto. Por las buenas... o por las malas.

—Sí, Mike, tienes razón. Lo sé. Sé que te dije que nos veríamos esta tarde pero ha surgido algo importante —Naomie se mordisquea el labio mientras escucha lo que Mike contesta al otro lado del auricular—. Sí, otra vez. Oye, lo siento mucho, te prometo que mañana... ¿Hola? —retira el teléfono de su oreja y se lo queda mirando como si le acabaran de dar un puñetazo en la boca del estómago—. ¡Mierda, me ha colgado!

Andrew se encoge de hombros.

—No me extraña, os habéis reconciliado hace menos de una semana y ya le has dado plantón dos veces.

—¿Y qué puedo hacer yo? Quiero que lo nuestro salga bien, de verdad, pero tendrá que ser paciente. Un desayuno romántico o una tarde apasionada no pueden ser mi prioridad cuando la verdad sobre Eric sigue ahí fuera.

Naomie se dedica a sacar magdalenas de su envase y colocarlas en una delicada cesta de mimbre. Andrew, a su lado, coge una y empieza a mordisquearla.

—¿Y así es cómo vas a descubrir la verdad? ¿Plantándote en casa de los Benson y regalándole un montón de magdalenas industriales?

—No seas tan negativo —pone los ojos en blanco y hace un esfuerzo por no perder la paciencia—. Simplemente vamos a darles la bienvenida a los nuevos inquilinos, fingiremos ser unos vecinos maravillosos, les daremos esta preciosa cestita de muffins “caseros” y nos ganaremos su confianza.

—Y entonces Emmet te contará *toooooo* lo que sabe sobre Eric, ¿verdad?

Naomie quita el envoltorio de la última magdalena y la coloca entre las

demás.

—Puedes quedarte ahí plantado siendo todo lo sarcástico que te dé la gana. Yo me largo a casa de los Benson.

Agarra el asa de la cesta y se dirige a la salida de forma altiva, aparentando estar mucho más indignada de lo que en realidad se siente. Andrew engulle lo que le queda de magdalena de un solo bocado y se precipita tras ella.

—¡Eh, espera, voy contigo!

Unos doscientos metros más arriba de su misma calle, se encuentran ante la casa. La han visto cientos de veces a lo largo de los años y siempre les ha parecido vieja y algo descuidada, con sus tejas partidas, la madera del porche carcomida y la pintura de la puerta cuarteada. Sin embargo, ahora les parece todavía más oscura y apagada, sin vida, como si nadie habitara en ella desde hace muchísimo tiempo. Las flores del jardín están marchitas, el color del césped se ha difuminado hasta parecer gris... Naomie y Andrew tienen la sensación de estar mirando una fotografía en blanco y negro, tan fría y escalofriante como el propio Emmet Benson.

Naomie siente el impulso de darse media vuelta e irse corriendo aunque no lo hace, está decidida a terminar lo que ha empezado. Sube las escaleras del porche y golpea la puerta con la aldaba de bronce. El metálico golpeteo emite un sonido grave y profundo que queda suspendido en el aire durante unos segundos. La puerta cruje al abrirse y tras ella aparece la señora Benson, una mujer entrada en años, de prominente figura, cara redonda y cuello oculto tras una enorme papada. Tiene el pelo corto y pintado de un naranja tan chillón como el estridente azul de sus ojos. Su piel, tan pálida y fina como papel de cristal, permiten contemplar cada una de las venas que se ramifican y entrelazan en su rostro. Naomie queda paralizada unos segundos antes de poder reaccionar.

*Como era de esperar, la madre es tan horripilante como su hijo. Los dos parecen recién sacados de un nicho.*

—¡Señora Benson! —exclama, obligándose a sonreír con tanta intensidad que Andrew cree verle las muelas del juicio—. Me llamo Naomie Ferman y él es mi mejor amigo, Andrew.

La mujer asiente con amabilidad pero el gesto no sirve para tranquilizar a

los inquietos muchachos.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Venimos para presentarnos y daros la bienvenida a Canvas. Sabemos que usted y su hijo se mudaron hace ya algunas semanas pero nos ha sido imposible venir hasta ahora —Naomie alarga el brazo y le entrega la cesta de mimbre—. Tenga, les hemos preparado unos muffins, esperamos que les gusten.

La señora Benson la recibe complacida.

—Vaya, muchas gracias, es muy amable por vuestra parte. Me alegra mucho saber que contamos con unos vecinos tan agradables como vosotros.

—Aquí todos somos como una gran familia. Nos ayudamos, apoyamos y protegemos. No hay secretos entre nosotros, ya os iréis dando cuenta.

—Siempre hay secretos, cielo, incluso en las mejores familias —lo afirma con abrumadora contundencia, con una voz tan profunda y gutural que parece una mensajera del diablo. Un momento después, guiña un ojo y realiza una mueca similar a una sonrisa. Sus dientes son diminutos y negros, como los de un niño que lleva toda su existencia alimentándose de azúcar.

A Naomie se le escapa una risita nerviosa.

—¿Qué os trae por Canvas? —interviene Andrew.

—Necesitábamos un cambio, desconectar de todo —parece apenada, con la mirada perdida en algún recoveco de su mente. Un segundo más tarde su expresión cambia por completo, enarca una ceja y anuncia—: ¡Qué curioso! Venimos a Canvas porque oímos que era un pueblo tranquilo y, en cambio, pocos días después de habernos instalado nos enteramos de que han encontrado a un chico muerto y otro ha desaparecido. ¿Suele ser así siempre?

Naomie niega con la cabeza.

—No os mintieron al deciros que Canvas es un lugar tranquilo. Simplemente ha sido una desdichada casualidad.

*¡Y una mierda! No estaríamos fingiendo ser unos vecinos modélicos si no pensáramos que tenéis algo que ver... Y tú y tu hijito tenéis la palabra “culpable” escrita en la frente.*

—Espero que todo el mundo lo vea como vosotros, algunos malpensados podrían creer que ha sido cosa nuestra. Personalmente, no creo que a ese tal Eric le haya pasado nada malo. Por lo que he oído, es propenso a este tipo de

escándalos. Ha desaparecido más de una vez y todo Canvas se ha movilizado para colaborar en su búsqueda, temiéndose siempre lo peor. Sin embargo, ahora ya nadie se preocupa. Seguro que ni siquiera la policía se está tomando la investigación demasiado en serio —se encoge de hombros—. Quién sabe, quizá ahora que todo el mundo está tranquilo, seguro de que volverá a casa de un momento a otro, Eric esté en apuros de verdad. Eso sería una ironía bastante cruel, ¿no creéis?

—Sería horrible, desde luego, aunque me consta que sí hay personas preocupadas por él —explica Andrew—. Sus padres, por ejemplo. O sus mejores amigos. Seguro que están dispuestos a hacer cualquier cosa por saber dónde está.

—Pues les deseo suerte, espero que logren encontrarle pronto. Y de una pieza, claro —todo su cuerpo empieza a agitarse en una constante convulsión y un sonido gorgoteante es emitido por su garganta. Los chicos comprenden con cierto pavor que ese ruido estremecedor es su risa—. ¿Sabéis qué? ¡Voy a buscar a mi hijo para que le conozcáis, estoy segura de que os caerá de muerte!

Deja la cesta sobre la mesita que hay en la entrada y desaparece escaleras arriba. Naomie y Andrew quedan solos en el porche.

—Madre de Dios, esa mujer es aterradora —susurra ella.

—Y que lo digas —asiente Andrew—, por un momento he pensado que me lo hacía encima...

La madera de los escalones cruje cuando alguien empieza a bajar por ellos y Naomie da un pequeño respingo.

—Por ahí viene Emmet, el engendro. Recuerda que debemos ser muy simpáticos y discretos y que no podemos mencionar a Eric. Si en algún momento se da cuenta de que sospechamos algo, el plan se irá a la mierda. Nuestro objetivo es conocer mejor a nuestro enemigo sin que él sepa que somos enemigos... No sé si me explico.

—Perfectamente —Andrew no lo dice del todo convencido.

Cuando Emmet Benson aparece, Naomie y Andrew necesitan unos segundos para procesar la información que sus sentidos transmiten al cerebro.

*Uau, de cerca resulta todavía más fúnebre.*

Es tan pálido como si hubiese estado encerrado en una mazmorra los

últimos veinte años; tan delgado que su rostro parece una calavera cubierta por una fina capa de piel. Tiene el pelo de un extraño color negro violáceo, largo hasta los hombros, brillante y apelmazado como si criara babosas en su cabeza. Y los ojos, dos bolas negras en las que no se diferencia la pupila del iris, consiguen estremecer a cualquiera capaz de aguantarle la mirada.

—¿Ei, qué tal? Mi madre me ha dicho que sois nuestros vecinos, es un placer conoceros —su voz es húmeda y resbaladiza—. Me llamo Emmet Benson. ¿Y vosotros?

Más allá de lo incómoda que Naomie se siente ante la desagradable presencia del chico, no puede reprimir un atisbo de rabia al verlo plantado junto a la puerta, hablándoles sin que le tiemble un ápice la voz, fingiendo no conocerles y siendo capaz de mirarles a la cara pese a llevar una semana entera acosándoles. Esa rabia aparece como un pequeño resquicio al principio aunque crece con rapidez.

—Nos presentaríamos, pero creo que ya sabes quienes somos —las palabras son escupidas por la boca antes de que su cerebro tenga tiempo a procesarlas. Se arrepiente un instante después, por supuesto, aunque ya es demasiado tarde. Andrew la crucifica con la mirada, con la esperanza de que eso le haga medir sus próximas palabras.

—¿Cómo dices? —de facciones inalterables, la cara de Emmet resulta una máscara rígida e inquebrantable, incapaz de transmitir un mínimo de emoción.

*Contrólate, Naomie, no la cagues ahora. Se simpática y agradable, sólo tienes que hablar sobre lo idílico que es Canvas y el buen día que hace hoy. Emmet no puede saber que sospechamos de él. Contrólate, contrólate...*

—Nosotros también sabemos quién eres tú.

—¿De verdad? Eso lo dudo muchísimo...

—Bueno, sabemos que has estado vigilándonos. También que te gusta corretear en mitad de la madrugada con unas pintas muy raras, acechando a la gente como un perturbado. ¿Huías de algo la noche que nuestro mejor amigo desapareció o esa es tu forma habitual de hacer footing? ¿Y, por cierto, tienes coche? Apuesto a que es igual al que intentó pasarme por encima el otro día...

Naomie por fin para de hablar y durante un momento no se escucha ni una mosca.

—Vaya, venís a mi casa para acusarme de espía, intento de atropello y de

posible secuestro... debo admitir que estoy impresionado —habla con serenidad, de forma pausada y constante—. Pese a todo, me apetece daros un consejo. No deberíais ir por ahí haciendo enemigos, quizá esa es la actitud que ha hecho que vuestro amigo desaparezca. Ahora largaos de mi porche y no volváis más si no queréis tener problemas —empieza a cerrar la puerta sosegadamente, casi recreándose en ello—. Quedáis advertidos.

Pum.

De nuevo, Naomie y Andrew están solos.

—¡Genial, has tardado menos de medio minuto en cargarte el plan! — reprocha Andrew—. ¿A eso le llamas ser simpática y discreta? De haberlo sabido, habría traído una pancarta con la frase “*¿Qué le has hecho a nuestro amigo?*” escrita con pintura fosforescente. ¡Eso habría sido mil veces más discreto que lo que acabas de hacer!

—¡Lo sé, lo sé, perdóname, la he cagado! No he podido evitarlo. Pensar que sabe algo de Eric y que no quiere decírnoslo; verle fingir que no nos conoce después de lo que nos ha hecho... de repente he sentido tanta cólera que no he sabido cómo actuar. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Creo que deberíamos hacer caso a Emmet e irnos pitando de aquí —dice mientras señala la alargada ventana que hay junto a la puerta.

Tras las cortinas, Naomie distingue dos siluetas inmóviles. Una grande y ancha, la otra más alta y delgada. Puede sentir la mirada de los Benson clavada en ellos, ocultos en su guarida, observándoles a través de la tela blanca.

—Tienes razón, vayámonos de este horrible lugar.

Los chicos bajan las escaleras del porche precipitadamente y se alejan lo más rápido que pueden, sin mirar atrás ni una sola vez.

## CAPÍTULO 17

—¿Quieres? —Jack alarga el brazo y le acerca un porro recién encendido. Andrew se remueve, incómodo, y dice que no con muy poca seguridad en sí mismo. Jack se encoge de hombros y le da una profunda calada.

Están sentados en un viejo banco de madera, por algún rincón del parque Willow. El suelo arenoso está cubierto de hojas secas, los árboles repletos de colores cálidos y el sol de la tarde todavía brilla con fuerza.

Andrew ha llegado a la conclusión de que Jack debe ser poco hablador porque apenas ha pronunciado palabra en los veinte minutos que llevan juntos. Está recostado en el banco, con las piernas estiradas, fumando y mirando algún punto del horizonte. Andrew intenta pensar en qué decir. Hay tanto silencio que puede escuchar las agujas de su reloj.

Tic, tac. Tic, tac. Carraspea para aclararse la garganta.

—¿Por qué has querido quedar conmigo? —pregunta.

—Me gustas — declara Jack con naturalidad.

Aunque Andrew intenta evitarlo, se sonroja al instante. Mira a Jack de reojo, intentando que el chico no se dé cuenta de su detallada inspección. Tiene la piel clara, los ojos azules y el pelo dorado. Sus facciones suaves y gráciles se combinan con maestría anatómica con su cuerpo fuerte y tonificado, sus manos grandes y su mandíbula marcada. Es perfecto, concluye Andrew, una mezcla impecable de delicadeza y masculinidad. Y a él también le gusta. Mucho. Se siente atraído y cautivado por Jack. Lo que no puede creer es que Jack se sienta atraído por él...

—¿De verdad? —inquire débilmente.

Jack percibe el tono esperanzador de su voz.

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero. Me caes bien, me pareces simpático y todo eso...

—Oh, claro —con las mejillas todavía más coloradas, clava la mirada en el suelo.

*Sólo le parezco simpático... ¡Qué novedad! Soy estúpido por pensar otra*

*cosa, por pensar que le puedo gustar a un chico como él. Bueno, soy estúpido por pensar que le puedo gustar a alguien.*

De repente se siente cansado y el banco empieza a resultarle incómodo. Se ve a sí mismo como un idiota, un perdedor que desperdicia el tiempo con ilusiones que no se cumplirán y con deseos que jamás se materializarán. Deseos que ni siquiera debería tener...

*Levántate, vete a casa y deja de hacer el ridículo.*

Pero no lo hace. Se siente bien al lado de Jack, al fin y al cabo. Además, pronto se convence de que hablar con alguien que no sea Naomie le irá bien. Necesita desconectar de todo, olvidar la angustia, las preguntas y las dudas que llevan atormentándolo desde la desaparición. Necesita dejar de pensar en Eric aunque sea un segundo.

—¿Qué hay de tu amigo? —pregunta Jack de improviso—. ¿Se ha sabido algo más de él?

Andrew está a punto de atragantarse.

*Bueno, no es tan raro que pregunte, ¿no? Lo más normal del mundo ante este tipo de situaciones es que la gente se interese, aunque sea por educación. Contéstale rápido y cambia de tema.*

Niega con un gesto de cabeza.

—Cada día parece menos probable tener noticias tuyas. Naomie y yo ya no sabemos qué hacer.

—Tienes suerte de contar con ella. Estar con alguien que pasa por lo mismo que tú debe de hacerlo más... soportable.

—Sí, lo sé.

Silencio de nuevo. Tic, tac. Tic, tac. Jack da una nueva calada a su cigarro.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Los músculos de Andrew se tensan por la expectación.

—Supongo que sí...

Jack saborea el humo con visible placer antes de exhalarlo.

—¿Alguna vez le dijiste a Eric que le querías?

Andrew se desinfla de nuevo. Siempre, desde que tiene memoria, ha tenido que resignarse a ser la sombra de Eric. Los niños del colegio solo querían jugar con él cuando estaba con Eric. La gente se detenía a saludar a Andrew únicamente cuando paseaban juntos. Lo invitaban a las fiestas cuando Eric se

lo pedía como favor a los anfitriones. ¡Eric, Eric, Eric! ¡Siempre Eric! Todo lo que le ocurre tiene que ver con él. Como ahora. Incluso cuando Andrew se esfuerza por no hablar de su amigo, Eric consigue abrirse paso y convertirse en el tema central de la conversación. Andrew está cansado de ser “*el amigo de Eric cuyo nombre nadie recuerda*”. Quiere ser Andrew. Así de simple. Tan solo un segundo después de pensarlo, se siente egoísta y culpable por desear algo así en un momento tan delicado.

*Eric desaparece y yo estoy preocupado porque no soy el centro de atención. ¿Cuándo me he convertido en una persona tan horrible?*

—No te lo pregunto porque esté interesado en Eric —anuncia Jack como si le hubiese leído la mente—. Te lo pregunto porque me gustaría saber más cosas sobre ti.

—Oh, vaya... —Andrew se queda sin palabras y la sensación de culpabilidad se acrecenta todavía más. Sin embargo, al saberse protagonista, no se muestra tan reticente a hablar sobre el tema—. En realidad, hace algún tiempo estuve a punto de contárselo. Fue una tarde de domingo, estábamos los dos solos en su habitación, sentados en la cama mientras veíamos *Rebelde sin causa*...

—No me importaría tener una cita con James Dean —dijo Eric—. ¡Lástima que esté muerto! Los hombres como él escasean por aquí. En el fondo me da un poco de envidia. Siempre será recordado como cuando era joven y hermoso, cuando ganaba dinero y todas las chicas estaban locas por él. De no haber muerto entonces, el tiempo se lo habría ido arrebatando todo hasta dejarlo sin nada. Quizá ese es el secreto para ser siempre joven. Desaparecer en el momento oportuno, convertirse en un bonito recuerdo...

—No digas tonterías —le reprendió Andrew.

—No lo hago —declaró con contundencia—. ¿Sabes qué? Me recuerda un poco a Troye.

Troye era un chico de 16 años que trabajaba en una cafetería cercana al instituto. Por aquel entonces todavía estaba metido en el cascarón aunque parecía realmente interesado en que fuese Eric quien le sacase.

—¿Te ha vuelto a pedir una cita? —inquirió Andrew. Intentó disimular el profundo desprecio que sentía por el muchacho.

—¡Por supuesto que lo ha hecho! —Eric arrugó el entrecejo y se cruzó de brazos, intentando parecer ofendido ante la pregunta—. He tenido que decirle que si quisiera acostarme con alguien con cara de niño, me haría cura.

—Eres cruel.

—A veces tienes que serlo. Solo cuando eres cruel te toman en serio.

—Quizá por eso nunca le he pedido a nadie una cita. Solo de imaginar que alguien me trata del mismo modo en que tú tratas a esos pobres chicos...

—Típico de ti, siempre dejas que el miedo te impida hacer lo que quieres.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es.

Andrew no le rebatió. Tenía razón cuando le decía que era un cobarde. Siempre lo ha sido.

—Algún día tendrás que decirle a esa chica de segundo que estás coladito por ella, ¿no?

Andrew intentó disimular una mueca de disgusto. Se refería a Hannah, una chica muy mona que llevaba tiempo haciéndole ojitos por los pasillos. O eso decían Eric y Naomie. Andrew no se había dado cuenta y, a decir verdad, le costaba bastante creer que una chica como ella pudiese fijarse en él. Le daba igual. Su interés por Carol, sus pechos, sus curvas y cualquiera de sus atributos femeninos era nulo. Pero no podía decirle eso a sus amigos, no quería que supieran que él se sentía mucho más atraído por los atributos masculinos... Por eso, en una típica tarde de confesiones con Eric y Naomie, pensó que era buena idea decirles que a él también le gustaba Hannah.

Cobarde. Mentiroso. Marica.

—Venga, hagamos una prueba —Eric se colocó delante de Andrew—. Imagínate que yo soy Hannah. Estamos los dos solos, uno frente a otro, en la cama —le acarició la mejilla cariñosamente y Andrew se estremeció—. Nuestros rostros están más cerca que nunca, nos miramos el uno al otro y todo es perfecto. Dime lo que sientes.

—Esto es absurdo —Andrew intentó apartarse pero Eric se lo impidió sujetándolo de ambos brazos.

—Vamos, dímelo. No tengas miedo, no hay nada que perder.

—Pues, yo... —Andrew estaba paralizado. Eric siempre ha tenido un extraño y sobrecogedor efecto sobre él—. Siento que podría estar mirándote

durante horas sin cansarme. Tus ojos, tu sonrisa, tu rostro... es todo lo que deseo desde el día en que te vi. Nunca me he atrevido a decírtelo porque... — se detiene—. Bueno, supongo que la valentía no es una de mis mejores cualidades. Pero lo cierto es que yo... te quiero. Te quiero —repitió con ojos cristalinos—, de una forma que nadie puede imaginar.

El silencio inundó la habitación. Eric sonrió nostálgicamente. Siguieron uno frente al otro durante unos segundos, mirándose como si nadie más existiera en el mundo. De repente, Eric se apartó y se levantó de la cama”.

—¿Lo ves? —exclamó, eufórico—. ¡No es tan difícil!

—Supongo que no.

—¿Entonces, por qué no se lo dices?

— Porque no creo que yo pueda gustarle...

—¿Por qué no?

Andrew se observó a sí mismo, reflejado en el espejo de pie que había junto a la cama. Vio a un chico pálido y delgaducho.

—Porque yo no le gusto a nadie —apartó la mirada con dolor.

—¡Menuda estupidez! —exclamó Eric, indignado. Se sentó junto a Andrew y señaló el espejo—. ¡Mírate, eres un buen partido!

—¿De verdad lo crees?

—¡Por supuesto que sí! Eres el chico más bueno que conozco. También eres inteligente. Y luchador. Y dulce. Y un gran amigo. Yo soy capaz de verlo. Y Hannah. Y cualquiera con un poco de sentido común —sonrió—. El problema no son los demás, sino tú. Hazme caso, sé muy bien de lo que hablo. Sólo cuando aprendas a quererte a ti mismo, estarás preparado para querer a otra persona. Espero que algún día lo consigas, eso me haría muy feliz.

—Si me permites que te lo diga —comenta Jack tras escuchar la historia con interés—, ése habría sido un momento perfecto para sincerarte con él.

—Sí, desde luego. Pero me dije a mí mismo que podría decírselo en otro momento, cuando estuviera más preparado. Siempre pensamos que tendremos todo el tiempo del mundo para hacer las cosas, que podemos permitirnos el lujo de aplazarlas todo lo que nos apetezca. Pero no siempre es así. Ahora, por ejemplo, ni siquiera sé si volveré a ver a Eric. Desperdiicé una buena oportunidad, quién sabe si volveré a tener otra.

—A veces, la vida puede ser muy perra —afirma con severidad. Se termina el cigarro, tira la colilla al suelo y la apaga con el pie—. Espero que tengas suerte, pareces un buen chico. Sabes, recuerdo cuando era como tú. Tan inocente, avergonzado de mi condición, temeroso por lo que pudieran decir los demás. Todos nos hemos sentido así alguna vez. Pero de pronto llega un día en el que comprendes que todas esas preocupaciones son solo un montón de mierda. Dices lo que quieres, haces lo que te apetece... y entonces dejas de ser tan inocente.

—¿Qué se siente cuando dejas de esconder la verdad, cuando todo el mundo te ve como realmente eres?

Jack reflexiona unos segundos.

—Te sientes vivo.

—Oh —Andrew asiente—, espero sentirme así algún día.

¡Bruuuuum, brum! El rugido de un potente motor les obliga a desviar su atención hacia la derecha. A unos quince metros de donde ellos se encuentran, el parque Willow termina bruscamente, Los árboles son sustituidos por arcén, carretera y edificios. Ven aparecer un deportivo grande y plateado, impoluto, creado para hacer ruido y llamar la atención. Una canción de rap suena a todo volumen y hace temblar hasta el suelo. El conductor estaciona en la plaza de aparcamiento dando rápidos volantazos y hace que las ruedas chirríen en el suelo al derrapar. La gente de alrededor lanza miradas curiosas o de desaprobación aunque nadie se detiene. La música deja de sonar y el motor brama una última vez antes de apagarse. La puerta del coche se abre y del vehículo sale un chico alto y musculado, vestido con pantalones de deporte y camiseta de tirantes. Andrew traga saliva al reconocerle.

Clay W. El engreído, maleducado y abusón de Clay W.

—Vaya, vaya —dice Jack—. ¡Menudo golpe de suerte!

Andrew le mira inquisitivamente pero Jack se limita a vigilar a Clay con una sonrisa pícara en el rostro. Clay W lleva puestas unas gafas de sol negras, tras las cuales observa con visible arrogancia y satisfacción a los alterados transeúntes. Está acostumbrado a ser el centro de todas las miradas. Y le encanta. Se echa una enorme mochila a la espalda, cruza la calle y entra en el gimnasio MoreFit-LessFat. Lo encabeza un enorme cartel con la imagen de un oso y el escaparate está lleno de batidos de proteína, barritas hiperproteicas y

botes de proteína en polvo. Jack se levanta de improviso y empieza a caminar con paso decidido hacia el flamante deportivo. Andrew, lo sigue.

—¿Qué haces? —pregunta confuso—. ¿A dónde vas?

—Ese tío es un auténtico capullo. Te insultó, te humilló y se rio de ti. Destrozarle los libros de la taquilla fue una forma bastante pacífica de darle una lección. Cualquiera otro le habría partido la cara. ¿Y qué hizo él? Te amenazó. A ti y a tu amiga. ¡Respuesta equivocada! —salen del parque y se plantan delante del coche. Jack saca un manojito de llaves del bolsillo de su pantalón—. Se cree que es el mejor y el más listo, con derecho a meterse con todo el mundo. Lo que él no sabe es que esta vez se ha metido con la persona equivocada. Puede que no aprendiera la lección la primera vez. Pero lo hará. De eso me encargo yo.

Coloca una de las llaves sobre la chapa del coche. Ñiiiiiiiiiiiiic. Se escucha un chirrido agudo cuando Jack desplaza la llave, dejando una profunda marca tras ella.

—¡Ay, madre! —Andrew contempla la escena con los ojos desorbitados. El coche tiene ahora una señal que lo atraviesa desde la luz delantera hasta el maletero—. ¿Es que te has vuelto loco?

Jack alza el llavero y se lo tiende a Andrew.

—Ahora tú.

—¿Qué? ¡No pienso hacerlo, me da igual que Clay sea un idiota!

—Me lo imaginaba —se encoje de hombros—. Por personas como tú todavía existen personas como él. Por eso nos siguen tratando como si fuéramos una mierda.

Andrew percibe la mirada decepcionada de Jack y automáticamente se siente fatal por ello.

*Se lo imaginaba. Sabía que no tendría el coraje de hacerlo...*

A la culpabilidad por haberlo defraudado se suma la vergüenza. Y el miedo.

*Seguro que ahora mismo está pensando que soy un pringado. El pringado que no se ha atrevido a darle ni una calada a su cigarro, el pringado que ahora no se atreve a hacer justicia con un abusón homófobo. No querrá volver a verme. Soy un miedica y un fracasado.*

—Dame eso —alarga la mano y coge el llavero en un gesto rápido y seco.

Ñiiiiiiiiiiiiic. La nueva marca serpentea de un extremo al otro del techo. Mientras lo hace, Andrew se siente mal, como un vándalo de doce años con problemas familiares, drogas y alcohol. Pero entonces ve el gesto aprobatorio de Jack y toda inquietud desaparece.

—¡Eh, vosotros, qué creéis que estáis haciendo?! —al otro lado de la calle una señora bajita y jorobada empieza a caminar hacia ellos y levanta su bastón de forma amenazadora—. ¡Voy a llamar a la policía!

—¡Hora de correr! —Jack agarra a Andrew del brazo y empiezan a alejarse a toda velocidad, con la mujer gritando e insultando tras ellos.

*¿Qué me está pasando? Yo, el responsable y pacífico Andrew, rayando un coche, alterando a una pobre anciana y huyendo de la justicia...*

Doblan una esquina y se detienen en un estrecho callejón. Andrew respira agitadamente con las manos apoyadas en las rodillas. Tose.

—¡Uau, qué emocionante! —Jack está eufórico.

—Esa no es la palabra que yo usaría —se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano. Le tiemblan las piernas y le cuesta mantenerse en pie. A medida que sus niveles corporales de adrenalina disminuyen se siente más y más cansado—. Me marchó, he tenido suficiente por hoy.

—¡No, no puedes irte todavía!

—¿Por qué no?

—Quiero que vengas a mi casa.

Andrew levanta una ceja, desubicado.

—Eres buen chico —explica Jack—. Eres tierno e inocente. Tienes mucho que aprender y descubrir, el mundo te está esperando. Necesitas conocer otros chicos, saber lo que es divertirse, perder el miedo a lo desconocido. He decidido que voy a ayudarte, serás mi reto personal. Por eso, esta noche la vamos a pasar tú y yo juntos...

Andrew está pálido, con la boca ligeramente abierta. Jack sonríe, divertido, y le guiña un ojo.

—¿Qué me dices, te apetece?

## CAPÍTULO 18

—Desnúdate —ordena Jack.

Andrew se muerde el labio, incapaz de aguantarle la mirada. Está sentado en los pies de la cama. La cama de Jack.

—No me siento cómodo con esto —el tono de su voz es débil y quebradizo.

—¡Vamos, hombre, no tengo todo el día!

Se remueve, con la vista clavada en sus pies. Respira hondo y se quita la camiseta. Cubre su torso desnudo con los brazos, como si intentara protegerse de la mirada de Jack. Ante él, el chico sonríe.

—Tranquilo, si veo algo que no haya visto antes mil veces, te doy cien pavos —el comentario no hace que se sienta mejor. Jack le tiende entonces una camisa blanca con detalles azul marino—. Ponte esto, creo que te quedará bien.

Andrew obedece y se la abotona con rapidez.

—Parece que la hayan hecho especialmente para ti —observa Jack con ojo crítico. Agarra la camiseta que Andrew acaba de quitarse y la tira a la papelera.

—¿Qué haces?

—Deshacerme de ese trapo viejo.

—A mí me gusta.

—Permíteme que te sea sincero: es horrorosa. Un chico delgado como tú debería repudiar los cuellos de pico y las rallas verticales. Ésta camisa, en cambio, te ensancha la espalda y te hace buenos hombros. Súbete las mangas para parecer menos larguirucho y ponte este reloj para resaltar tus manos: son grandes y varoniles... sexis. Ponte éstas bermudas: para ser tan poca cosa, tienes buenas piernas. Aprovecha éste regalo de la genética y enséñaselas al mundo siempre que puedas. ¡Oh, y deja que te eche mi perfume favorito! Tienes que oler como un hombre si quieres que te traten como un hombre. ¿Dime, porque vas tan repeinado? —empieza a atusarle el cabello y a alborotárselo anárquicamente—. ¡Mucho mejor! Así parece más desenfadado y espontáneo, alguien con quien podría resultar divertido tomar una copa. ¡Sí, sí, sí! ¡Mírate, estás cañón, ahora mismo me enrollaría contigo!

—Oh, vaya. Gracias, supongo.

—¡Bueno, larguémonos de una vez! ¡Ha llegado el momento de ver de qué pasta estás hecho!

Jack quiere ir a *Queen's*. Andrew, sin embargo, no cree que sea una buena idea. Con esfuerzo, se atreve a mostrar su desacuerdo.

—No sé... —se estira del cuello de la camisa como si estuviera oprimiéndole demasiado—. No me siento muy cómodo con la idea.

Jack pone los ojos en blanco y suspira.

—Está bien, no importa. Pensé que quizá te apetecería divertirme por una vez pero, para serte sincero, tampoco es que sea una gran sorpresa...

Andrew siente un nudo en la boca del estómago. De nuevo le invade el temor de decepcionarle y le sacude un fuerte impulso por evitarlo.

*Le caigo bien a Jack, por alguna razón que ni puedo entender. Quiere ser mi amigo. Quien sabe, puede que incluso le guste. No voy a dejar que todo se eche a perder esta vez, y mucho menos por mi culpa.*

—Pensándolo bien, quizá podamos ir.

—¡Bien! —Jack da un saltito, incapaz de reprimir la emoción.

—Solo un rato —apunta Andrew.

—De acuerdo.

—Y no soy gay, soy tu amigo hetero que te acompaña por una noche.

—Está bien, como quieras. Eso es lo bueno de *Queen's*: mientras estás ahí dentro puedes ser quién tú quieras y hacer lo que quieras. Nadie va a juzgarte por ello.

—Oh, y una cosa más.

—¿Sí?

—Tú pagas mi entrada.

Jack suelta una carcajada.

—Oh, los jovencitos como tú y como yo no pagamos entrada. Somos un atractivo para los otros chicos, como dulce y deliciosa miel para las abejas. Créeme, estamos de lo más solicitados, más les vale tratarnos bien.

—Puede que a ti sí te vean como un gran imán de clientes, pero a mí... lo dudo.

Jack arruga el entrecejo.

—Mejora esa actitud, cielo, el papel de mártir no acostumbra a funcionar demasiado a dónde vamos. Venga —abre el primer cajón de su mesilla de

noche y saca el carnet de identidad—, hora de irnos. ¡Qué empiece la fiesta!

Andrew y Jack salen de casa. Es de noche, las calles están tranquilas y silenciosas, solitarias. A medida que se acercan al *Queen's*, sin embargo, empiezan a divisar a otros chicos. Algunos de ellos van en pareja, cogidos de la mano. Otros van en grupo, pasándose del uno al otro una botella de agua de dos litros rellena de tónica y ginebra calientes. Transparente como el agua, sí, pero con una graduación alcohólica algo superior. Embriagados, hablan y ríen como auténticas gallinas chillonas, armando tanto escándalo que algunos vecinos se asoman a sus ventanas para soltar comentarios desaprobatorios y pedir un poquito de respeto. En algunas ocasiones, alguien se cabrea de verdad y les lanza huevos o mierda de su gato mientras insulta a “*todos y cada uno de los maricones y sus madres*”. Lejos de amedrentarse, al fin de semana siguiente beberán más, gritarán y reirán con más fuerza y realizarán elegantes peinetas a quienes les digan algo. En este momento, de hecho, caminando y emborrachándose en mitad de la noche, nada les importa un carajo. Enfundados en sus pantalones pitillo y contorneándose con desparpajo, saben que en escasos minutos estarán en *Queen's*, el lugar donde cualquier cosa puede ocurrir, donde cualquier fantasía puede hacerse realidad. Esa idea asusta a Andrew. Doblan la esquina y divisan un cartel luminoso con la palabra *Queen's* escrito en rosa. Andrew se detiene de repente.

—¿Qué pasa ahora? —inquire Jack con exasperación.

—No estoy seguro de querer entrar ahí...

—¡Venga ya! ¡Claro que quieres entrar, lo que ocurre es que no te atreves! ¿Qué es lo que te asusta tanto?

Jack tiene razón, está deseando entrar. Pero no puede decir en voz alta lo que le asusta. Y mucho menos a Jack. No puede decirle que tiene miedo de que, incluso en un lugar como el *Queen's*, nadie se fije en él. Eso sería humillante, por no decir catastrófico.

—Bueno, yo... —empieza a hablar pero es incapaz de terminar la frase.

Jack levanta el labio en una mueca de disgusto.

—¡Bah, olvídalo! Puedes volver a casa si es lo que quieres. Sabía que no te atreverías... —se da la vuelta y camina de nuevo hacia la discoteca—. ¡Sabía que acabaría yendo yo solo!

Andrew siente una fuerte presión que le oprime el pecho y le dificulta la

respiración. Es frustración, culpabilidad, enfado consigo mismo por haber decepcionado a Jack. La presión aumenta a medida que ve al chico cada vez más lejos. Está a punto de echar a perder su amistad...

—¡No, espera! —arranca a correr tras él y lo alcanza unos segundos más tarde—. ¡Perdóname, voy contigo!

Jack esboza una sonrisa de satisfacción y coloca su mano sobre el hombro de Andrew. Los dos miden lo mismo, más o menos, pero ahora Andrew parece mucho más pequeño.

—No te arrepentirás, te lo aseguro.

Llegan a la puerta del *Queen's*, una sencilla pero gruesa hoja de metal negro cubierto con decenas de carteles publicitarios de próximos eventos: en el cartel titulado “*la fiesta de los superhéroes*” aparece un chico con un disfraz rasgado de Spiderman, tan musculado que amenaza con reventarlo; en el cartel que reza “*GayPool*” hay tres muchachos sin ropa y solo un flotador redondo les tapa las partes nobles, para desgracia de muchos; en otro se lee “*La noche del cuero*” y está protagonizado por un hombre cuarentón, corpulento, de pelo en pecho y látigo en mano, vestido muy apropiadamente al nombre de la fiesta... Y hay más. Muchos más, eventos para todos los gustos y para todo tipo de chicos. Andrew los observa, enmudecido, aunque por poco tiempo. El gorila que hay junto a la puerta los mira de arriba abajo, inexpresivo, antes de abrirla y dejarles pasar. La música, que hasta el momento no había sido más que un leve y lejano murmullo, suena ahora con potencia y se convierte en la protagonista principal. Ya hablemos de las luces multicolores que parpadean sin control; del espeso humo que se apodera de cada rincón y enturbia los sentidos; del centenar de hombres que bailan, beben y se divierten; o incluso del olor, dulce, ligeramente afrutado... todo parece moverse despacio, a cámara lenta, creando una imagen seductora para cualquiera. Incluido Andrew.

—Quería dejar claro —le dice al gorila—, que no soy gay, ¿sabe? Solo vengo a hacerle compañía a mi amigo. Nada más.

Jack se echa una mano a la cabeza, avergonzado. Gorila emite un gruñido.

—Muy bien, como si eso me importara una mierda. ¿Vas a entrar o qué?

Andrew está pálido y rígido como un cadáver.

—Sí, claro, por supuesto

Dan un paso al frente y entran en *Queen's*. La música suena todavía más alta, el olor más penetrante, el suelo vibra bajo sus pies. El gorila cierra la puerta tras ellos y Andrew comprende que ya no hay vuelta atrás, está metido en la boca del lobo. Un lobo de cuerpo escultural, abdominales definidos y brazos del tamaño de su cabeza. ¿Es este lugar el paraíso? Un nuevo paso al frente. Y luego otro. Y otro. Empiezan a adentrarse entre la deliciosa masa de cuerpos. Jack va delante y Andrew le sigue agarrado a su camiseta, aterrorizado ante la idea de perderle de vista. Andrew da un brinco cuando alguien le toca el culo. No se trata de un roce casual o de un toquecito discreto. Alguien le ha agarrado el culo con fuerza y no parece tener intención de soltarle. Andrew se gira, sin soltar ni un solo segundo la camiseta de Jack, y descubre al chico que se ha apoderado de su nalga derecha, sonriéndole. Él le aparta la mano de un tirón y pone cara de disgusto antes de alejarse, aunque no puede evitar sentir un ligero cosquilleo de placer en el estómago. Además, es un chico muy guapo. El siguiente chico guapo le detiene unos treinta segundos más tarde y le susurra al oído cálidamente:

—¡Uau, eres un chico precioso!

Andrew se queda mirando sus ojos verdes, embelesado. Ríe con timidez.

—Gracias —consigue decir con esfuerzo.

¡Zas! La camiseta de Jack se le acaba de escapar de entre los dedos y el tirón hace que se rompa el momento. Andrew zarandea la cabeza de un lado a otro, buscando con cierta desesperación a Jack. Quiere abrirse paso entre la multitud, pero le cuesta un enorme esfuerzo cada centímetro que consigue recorrer. Acaba de quedarse solo entre un montón de torsos desnudos y sudorosos.

—¡Jack! —grita, con la absurda esperanza de que su voz pueda vencer la música (la canción que suena es *It's raining men*, para ser precisos) y llegar hasta los oídos de Jack. Respira hondo y se prepara para volver a llamarle—: ¡J...!

El nombre se atasca en su garganta, la nueva imagen que aparece ante él le impide terminar de pronunciarlo. Se trata de un chico de unos *veintilargos* años, de piel bronceada, tupida barba y ojos profundamente azules. Ojos que están fijos en Andrew. Él abandona en el acto la búsqueda desesperada de Jack, ya no se siente perdido. Camina hacia el desconocido, como hipnotizado,

atrapado por unas fuerzas que no alcanza a comprender. Están el uno frente al otro. El desconocido sonríe y sus ojos parecen hacerse todavía más profundos y adictivos. Andrew no puede dejar de mirarle.

—Hola —dice el chico con simpatía.

—Hola —Andrew nota el pulso de su corazón en las sienes.

—Nunca te he visto por aquí.

—Es la primera vez que vengo —traga saliva.

—*Queen's* tiene algo que celebrar esta noche. No acostumbro a ver a chicos tan guapos como tú por aquí. Hoy es mi día de suerte —su voz es suave, melódica. Se acerca más a Andrew, le coge del brazo y tira hacia él. Andrew se estremece con el contacto de su piel y se tensa. El desconocido le atrae con más fuerza—. Vamos, acércate a mí, no seas tímido —Andrew cede, por supuesto, y sus rostros están a una tentadora distancia. El chico le suelta el brazo y le acaricia la ardiente mejilla. Andrew se pone rojo y baja la mirada —. Eres tan dulce, tan... perfecto.

¿De verdad alguien le está diciendo eso a Andrew? No se lo puede creer. Es la primera vez que un hombre le dice algo así. Y le resulta tan placentero...

—¡Para! —da un paso atrás.

—¿Qué ocurre? —el desconocido está sorprendido. No acostumbran a rechazarle de ese modo.

—Yo... Yo... Yo no soy gay.

—¡Sí, claro! —se ríe—. ¡Eso ya lo veremos!

El desconocido coloca ahora la mano en la nuca de Andrew, cierra los ojos y empieza a acercarse. Sus labios van a colisionar de un momento a otro, Andrew es consciente de ello. Y lo desea. Lo desea con todas sus fuerzas. Pero...

—¡Para, para, para! —le da un leve empujón y se aparta de él—. ¡No soy gay, de verdad! ¡Yo solo acompaño a un amigo!

Se da la vuelta y empieza a correr con desesperación.

—¡Solo acompaño a un amigo!

Ya no le cuesta abrirse paso entre la multitud, ahora parece deslizarse entre ellos como si se hubiese untado todo el cuerpo de mantequilla. Llega hasta la puerta negra y metálica, la abre y sale a la calle. El aire fresco de la noche le resulta gratificante, pero no se detiene. Ante la inexpresiva mirada del gorila,

corre y corre sin rumbo hasta que llega a una oscura y silenciosa callejuela. Se apoya contra la pared de ladrillo, intentando controlar la agitada respiración y secándose las lágrimas que se le han agolpado en los ojos. Necesita tranquilizarse y, en cuanto lo haga, piensa irse a su casa y fingir que esta noche nunca ha ocurrido. Da una patada hacia atrás y golpea la fachada del edificio, con rabia.

—¡Serás estúpido! —se reprende a sí mismo—. ¡Serás cobarde!

—Desde luego —contesta una voz—, un miserable y cobarde marica.

Caminando hacia él con parsimoniosa tranquilidad, Clay W. Parece que el futbolista tiene la capacidad de rastrearle, esté donde esté.

—¡Clay! ¿Qué haces aquí? —Andrew intenta dar un paso atrás pero se da contra la pared. Clay sigue avanzando hasta que se coloca frente a él, a tan solo un par de metros de distancia, con una sonrisita burlona. Está plenamente satisfecho, como el cazador que consigue arrinconar a su presa y se toma unos segundos, deleitándose, antes de asestar el golpe de gracia.

—¿Que qué hago aquí? ¡Ja! Te he visto esta tarde, ¿sabes? Como corrías después de entretenerte con mi coche. Espero que hayas disfrutado porque ahora me las vas a pagar.

Clay W se echa la mano al bolsillo trasero de su tejano y saca una navaja. La frente de Andrew se cubre de una capa fría de sudor mientras comprende que acaba de meterse en un buen lío. La hoja de la navaja tendrá unos diez centímetros de largo y ya casi puede sentirla clavada en su estómago, ya casi puede saborear el gusto metálico de la sangre en su boca. Valora la posibilidad de salir corriendo pero de enseguida comprende que Clay sería capaz de alcanzarle sin dificultad incluso saltando a la pata coja. Decide que lo mejor es pedirle disculpas y hacerle entrar en razón. Levanta los brazos, enseñando las palmas de las manos en señal de rendición.

—L-l-lo siento —tartamudea un poco por la tensión—, de verdad, lo siento mucho. No debí hacerlo, fui un idiota. Te pagaré lo que te cueste la reparación, ¿vale? No volverá a pasar. Por favor.

—¿Lo sientes? Más lo vas a sentir. ¿De verdad creías que podías joderme y salirte de rositas? Ni hablar —cierra el puño con más fuerza alrededor de la navaja—. Te has metido con el tipo equivocado, espagueti. Igual que hizo el estúpido de tu amigo Eric.

Click! Algo cambia en el interior de Andrew al escuchar el nombre de su amigo. Aunque el cuchillo sigue amenazante a escasa distancia de su cuerpo, ya no siente miedo. Empiezan a arderle las mejillas por la rabia y todo pensamiento racional se disipa por completo.

—¿Qué le hiciste a Eric, cabrón? —exclama, sorprendiéndose a sí mismo. Quizá se trata de un acto de valentía, justo antes de morir, para redimir toda una vida como cobarde. Quizá solo se trata de un comentario inconsciente y poco afortunado—. ¿También le acorralaste en un callejón en mitad de la noche y le apuñalaste? ¿Es eso lo que haces con la gente que no se deja pisotear por ti? ¡Contéstame, dime dónde está Eric de una puta vez!

No responde, se limita a realizar una sonrisa ladeada de suficiencia que hace que Andrew se enerve aún más, si cabe. Clay W, con la pequeña pero letal arma, da un paso más al frente. Andrew se apega todo lo posible a la pared. No sabe si Clay tiene la firme intención de perpetrar su amenaza, no sabe si dentro de un minuto seguirá con vida o no, y es esta incertidumbre la que logra que, con cierta amargura, se dé cuenta de algo: no está demasiado orgulloso de su breve y monótona vida. No le ha ido mal, eso debe admitirlo, siempre ha sido un chico estudioso y aplicado con un currículum académico envidiable. Pero no se ha divertido en sus interminables horas ante los libros, no ha aprendido a desenvolverse en la vida, ni a conocer gente, ni a disfrutar, ni a dejarse llevar... Sus padres le consideran un hijo modelo, responsable y cariñoso. Y es cierto, pues nunca les ha dado disgustos ni desagradables sorpresas. ¿A cambio de qué? De limitarse a vivir su monótona vida, sin un solo altibajo, mientras los demás chicos se dedicaban a realizar locuras, desobedecer a los padres y volverlos histéricos de vez en cuando, experimentar más allá de las cuatro paredes de sus habitaciones... También ha tenido la suerte de poder contar con dos grandes e inestimables amigos y es del todo consciente de que no todo el mundo puede decir lo mismo. ¿Y cuál es su forma de agradecerse? Siendo un cobarde, escondiéndoles su gran secreto, sin atreverse a revelarles la verdad hasta que no fue demasiado tarde. Desearía no haber sido tan gallina, desearía haberle echado más huevos y, sobretodo, desearía haber vivido más.

Ajeno a los pensamientos de Andrew, Clay W saborea su victoria. Verle contra la pared, arrinconado, totalmente a su merced, le produce un

inconfesable placer. Levanta la navaja hasta la altura de sus ojos. Quiere que mire el peligro de frente, cara a cara. Se dispone a dar un último paso hacia Andrew...

—¡Suelta el cuchillo! —Jack entra en escena, altivo, y Clay W da un pequeño brinco por la sorpresa—. ¿Es que no me has oído? Suelta el cuchillo. Ahora.

Habla calmado, con parsimoniosa lentitud, como si no estuviera enfrentándose a un tipo armado de dos metros. Al lado de Clay, Jack, parece un niño escuálido e indefenso, sin embargo su adversario obedece sin rechistar. Abre la mano y la navaja impacta contra el suelo.

—¿Qu-qu-qué haces aquí? —a Clay le tiembla la voz y Andrew detecta el temor en su mirada. Eso consigue inquietarle todavía más. ¿Por qué alguien como él tendría tanto miedo de Jack?

—Impedir que cometas una estupidez, al parecer —anuncia Jack.

—Pe-pero... ¡tú no sabes lo que le hizo a mi coche!

—¡Por supuesto que lo sé! —suelta una ruidosa carcajada de triunfo—. Fui yo quién le convenció para que lo hiciera. Y fui yo quien le convenció para que destrozara tu taquilla del instituto. ¿Y qué? ¿Vas a amenazarme con ese ridículo cuchillo?

Clay W no contesta. Aprieta la mandíbula con fuerza.

—Eso pensaba yo —Jack se encoge de hombros—. Ahora, préstame atención, porque no voy a repetírtelo. Andrew es mi amigo, ¿entendido? No vas a volver a molestarle o amenazarle y tampoco le contarás a nadie su pequeño secreto. Si lo haces... bueno, ya sabes lo que pasará. ¿He hablado claro?

De nuevo, silencio.

—¿He hablado claro?! —Jack levanta el tono de su voz. Clay se obliga a asentir con la cabeza—. Muy bien. Ahora lárgate de aquí.

Clay W entrecierra los ojos con rabia. Mira a Jack. Luego a Andrew. Sin decir una sola palabra, se da la vuelta, camina hasta el final de la calle y desaparece.

—Gilipollas —espeta Jack, de mala gana. Andrew, con la espalda todavía pegada a la pared, está digiriendo lo que acaba de contemplar—. Venga, te acompaño a casa. La noche ha terminado por hoy.

Ambos empiezan a caminar por las oscuras calles de Canvas. Aunque siente curiosidad, Andrew no se atreve a hacerle ninguna pregunta, y Jack tampoco se muestra dispuesto a soltar prenda. Andan el uno junto al otro y, aunque desconcertado, Andrew no puede evitar contemplar a Jack de reojo y sentirse afortunado. Por fin ha encontrado un chico que se preocupa por él, que le protege de los peligros y de las amenazas. ¡Por Dios, hasta lo está acompañando a casa! Una vez en la cama, cubierto por la reconfortante frescura de las sábanas, no piensa en Clay. Tampoco en el cuchillo. Ni en el callejón. Ni en lo fácil que es toparse con la muerte. Esta noche, la mente de Andrew solo es capaz de recrear, una y otra vez, el perfecto y delicado rostro de su nuevo compañero, Jack.

## CAPÍTULO 19

Naomie se atusa el pelo, se pellizca las mejillas y se abre el escote un botón más. No tiene intención de usar su atractivo femenino esta vez pero se dice a sí misma que nunca está de más. Toc, toc, toc. Golpea la puerta con la aldaba de bronce. Se trata de la detallada representación de una cabeza de león, de hocico pronunciado y ojos negros, que parece vigilarla mientras le enseña unos largos colmillos a modo de advertencia. Ella desvía la mirada y un escalofrío la recorre de la cabeza a los pies. Es curioso, los habitantes de Canvas están disfrutando de una de las mañanas más soleadas y cálidas del año, más propia del verano que del otoño, sin embargo Naomie puede percibir una corriente de aire gélido arremolinándose en el porche de los Benson.

*Puede que ni siquiera los rayos del sol se atrevan a acercarse por aquí.*

No escucha ningún sonido en el interior de la casa. Está impaciente, quiere acabar con esto cuanto antes. Agarra de nuevo la cabeza de león y golpea con más fuerza. TOC, TOC, TOC. De inmediato, la puerta se abre con pesadez y aparece Emmet Benson. Naomie traga saliva con dificultad.

*Vaya, es difícil acostumbrarse a su presencia. Estar ante él resulta tan aterrador como la primera vez.*

—Os dije a tu amigo y a ti que no volvierais por aquí —anuncia el chico. Tanto su rostro como su tono de voz se mantienen inmutables, es difícil aventurarse a adivinar lo que está pasando por su cabeza.

—Lo sé, lo sé —se apresura a decir Naomie—. Lo que pasó ayer estuvo fuera de lugar. He venido porque quería disculparme.

—Está bien. Ahora que ya lo has hecho, vete —empieza a cerrar la puerta con absoluta indiferencia.

—¡No, por favor, espera! —Naomie se lo impide, bloqueando la puerta con la mano en un acto desesperado—. ¡Tú no lo entiendes, uno de mis mejores amigos ha desaparecido! No te haces a la idea de lo duro que es levantarse cada mañana sin saber dónde está, si está sufriendo o... muerto. Sin saber si algún día le volveré a ver —las lágrimas se agolpan en sus ojos,

acuciadas por su propio discurso—. Siento que Andrew y yo nos hayamos puesto en plan paranoico contigo. ¡Pero ya no sabemos qué hacer ni qué pensar! —mueve las manos con exasperación y las lágrimas empiezan a deslizarse por sus mejillas—. Lo único que nos queda es resignarnos a esperar nuevas noticias y desear que no sean de las que van acompañadas de un pésame. Mi vida se ha convertido en una auténtica pesadilla y lo he pagado contigo. Espero que puedas perdonarme.

Emmet se mantiene de pie junto a la entrada. Aprieta los pálidos labios, pensativo. Parece que está reflexionando sobre toda la información que Naomie acaba de lanzarle, sopesando la decisión.

—¿Te apetece pasar?

El llanto de Naomie se detiene en seco.

—¿De verdad?

—Mi madre es diabética y yo solo no puedo comerme la cesta de magdalenas que trajiste. Además, necesito que te comas una delante de mí, así me aseguraré de que no son tóxicas.

Naomie quiere creer que se trata de un comentario divertido para romper la tensión, aunque el rostro del chico sigue siendo inescrutable.

—Mierda, de haber sabido que tendría que probarlas no habría echado tanto veneno —bromea—. ¿Podemos tirarlas a la basura y empezar de cero?

Naomie sonrío. Emmet no lo hace. Se limita a hacerse a un lado para que Naomie pueda pasar. Ella duda un instante. Meterse en la boca del lobo no parece la idea más racional. Pero ése ha sido su plan desde el principio, ganarse la confianza del chico, convencerle de que ella y Andrew no suponen ninguna amenaza y descubrir la verdad. No puede arrepentirse ahora. Entra en la casa y Emmet cierra la puerta tras ella. La suerte está echada.

Por dentro, la construcción resulta tan fría como por fuera. Hay enormes ventanales pero por algún fenómeno físico que Naomie no acaba de comprender la luz entra con dificultad, enturbiándose hasta volverse grisácea. El suelo, las paredes y el techo son de madera vieja y oscura, de la misma tonalidad que los muebles carcomidos. Ni siquiera la multitud de cuadros que cuelgan por todas partes consiguen destacar, pintados con colores tenues y apagados. Son muy antiguos. En algunos aparece la alta burguesía en abundantes cenas; en otros hay mujeres desnudas, de piel translúcida y

enormes sombreros; y también hay retratos de hombres pálidos con pomposas y rizadas pelucas blancas. Naomie tiene la sensación de encontrarse en una mansión del siglo XVIII. Una mansión decorada con muy mal gusto y sacada de una película de terror.

*Genial, estoy en la casa más tétrica de la ciudad con la persona más espeluznante del país. ¿Qué podría salir mal?*

Sigue a Emmet hasta la cocina, un espacio caótico y desordenado. Está llena de estantes sobrecargados, en cada espacio vacío de la pared cuelgan cacerolas y la nevera está forrada de imanes y pegatinas. La encimera está repleta de objetos: platos, botes de cristal, una cafetera antigua, un reloj, un servilletero, una cajita con hierbas aromáticas, un salero gigante, un calendario, un soporte de madera para cuchillos y una pila de libros de recetas. Hay tantas cosas que Naomie no sabe dónde centrar su mirada. En el centro de la estancia hay una mesa redonda de madera, con un tapete amarillento y agujereado y unas flores mustias a las que se les han empezado a caer los pétalos resecos y sin vida.

—Por favor, siéntate —Emmet señala una silla y ella le obedece. Coloca la cestita de magdalenas sobre la mesa—. Hay té recién hecho. ¿Te apetece?

—Claro —acepta con amabilidad aunque lo que más desea en este momento es un buen trago de ginebra. Eso la tranquilizaría...

Emmet le sirve el té, se llena otra taza para él y se sienta. Da un pequeño sorbo.

—Aunque no lo creas, te entiendo —dice.

Naomie frunce el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—El año pasado mis padres tuvieron una discusión enorme. Ni siquiera recuerdo el motivo. Solo recuerdo los gritos y los insultos —su mirada está pérdida en la taza de porcelana, como si pudiera recrear la escena sobre la turbia superficie del té—. Mi padre estaba fuera de sí, como nunca antes le había visto. En mitad de la pelea salió de casa, dio un portazo y se marchó en su coche. Poco después oímos el ruido de un frenazo. Y luego el golpe, los cristales al romperse y la gente pidiendo ayuda. Mi madre y yo nos miramos un segundo antes de salir corriendo. El segundo en el que deseé que no fuera mi padre, en el que albergué la esperanza de que estuviera bien... el segundo

en el que pensé que si había muerto, mis padres jamás podrían reconciliarse. Mi incertidumbre solo duró un segundo y aun así fue el peor momento de mi vida. Eric lleva días desaparecido. Así que te entiendo.

—¿Qué pasó al final?

—Mi padre chocó contra una farola y salió despedido a través del parabrisas. Estaba desnucado sobre el asfalto, a quince metros del coche.

—Vaya, cuánto lo siento —tiene el corazón en un puño. Cuando decidí volver a casa de los Benson no podía imaginar que acabaría escuchando una historia como esta. El misterioso e inescrutable Emmet acaba de contarle uno de los episodios más tristes y personales de su vida. Ha conseguido desubicarla, incluso consternarla. Pero el trágico relato no debe hacerle olvidar el motivo por el que está aquí. Emmet tiene algo que ver con Eric, está segura, y su principal objetivo es descubrir de qué se trata—. ¿Cómo puede una familia recuperarse de algo así?

—No lo sé. Mi madre pensó que sería buena idea mudarse, empezar de cero en un lugar donde no tuviéramos que recordar lo que pasó a cada segundo. Así que nos vinimos aquí. Te avisaré si funciona.

Naomie suspira.

—Somos demasiado jóvenes para tener que pasar por esto.

—Sí, lo somos —asiente él—, aunque espero que tu historia termine mejor que la mía, espero que logréis dar con vuestro amigo.

—Gracias —bebe un poco de té—. ¿Tú llegaste a conocerle? Vive cerca de aquí.

—Me temo que no. La señora Lawrence vino a presentarse y a darnos la bienvenida pero la primera vez que vi a Eric fue cuando empapelaron la ciudad con su foto.

—Le conocerás, estoy segura —afirma en un acto ciego de positivismo—. Te caerá bien, él siempre cae bien a todo el mundo. Tiene la extraña habilidad de atraer a la gente, de cautivarla. Allá donde va, termina con un corrillo de seguidores que se mueren por llamar su atención y pasar tiempo con él. Por eso siempre tiene algo que hacer, algún lugar al que ir o alguien con quien quedar. Pero eso también despierta mucho odio entre los más envidiosos. Creo que por ese motivo Clay W le echó del equipo de fútbol.

—¿Clay W?

—Sí. ¿Le conoces?

—Lo suficiente para hacerme una idea de la clase de persona que es... Le conocí cuando me apunté a una liga de fútbol en la que él también participaba.

*¡La liga de fútbol! Eso no hace más que confirmar nuestras sospechas... Si Emmet forma parte del equipo, entonces tiene la sudadera con la insignia del fuego. Está claro que fue él quien estuvo en el parque Willow la noche de la desaparición. Y no solo eso. Andrew también le vio en aquel espeluznante callejón donde encontraron sangre de Eric. Es evidente que tiene relación con todo lo que está pasando...*

Naomie se siente impotente y rabiosa consigo misma. ¿Qué esperaba, que por pedir perdón y entablar una conversación con Emmet conseguiría una confesión? ¿Qué ingenua! Ojalá pudiera hacerle hablar, obligarle a contar toda la verdad y terminar con todo de una vez por todas... Pero no puede hacerlo. No puede hacer nada, en realidad. Debe resignarse a fingir arrepentimiento, entablar conversación con un chico que le produce escalofríos y hacer ver que no sospecha nada. Quiere gritar de desesperación pero no lo hace. Sonríe.

—Nunca habría imaginado que te gustara el fútbol.

—Cuando llegué aquí decidí que me buscaría una distracción, una excusa para poder salir de esta casa, conocer gente... tener una vida normal. Supongo que fue mala idea.

—¿Por qué?

—Clay W la tomó conmigo desde el primer día y puso a todos los compañeros en mi contra. Una semana después me retiré del equipo. Creo que tienes razón, el fútbol no es para mí.

—Deberías haberle plantado cara.

—Acabo de mudarme a Canvas. Si puedo evitar problemas y discusiones, lo haré. De todos modos, estoy acostumbrado a encontrarme gente como Clay. Al parecer, en todos lados hay capullos que disfrutan metiéndose con la gente que es distinta a los demás.

—¿Por qué crees que eres distinto a los demás? —pregunta Naomie. Su tono quiere decir algo parecido a “¡Qué tontería, eres la persona más normal que he conocido jamás!”. Esa es, con total seguridad, la mayor mentira que ha tenido que decir en su vida. Ni siquiera puede mirarle a los ojos mientras lo

pregunta.

—Soy consciente del efecto que causo sobre las personas. Hay niños que salen corriendo cuando me ven, los adultos se cambian de acera para no cruzarse conmigo y las mujeres se agarran el bolso cuando paso por su lado.

Naomie se siente incómoda y violenta. ¿Qué debe decir ella en una situación como esta?

—¡Seguro que estás exagerando! —afirma en un acto piadoso—. ¡Pareces muy buen chico! Eres educado, agradable y simpático... ¡A mí me gustas!

Lo dice sin pensar pero en el mismo instante en que toma consciencia de las palabras que acaba de pronunciar, se le viene el mundo encima.

*¡Tierra, trágame! ¡O mejor, trágatelo a él y deja que yo salga de esta espantosa casa!*

La expresión de Emmet permanece estática e inmutable, aunque Naomie cree apreciar un ligero enrojecimiento de sus huesudas mejillas. Se le escapa una risa nerviosa.

—¡Vaya, creo que he tomado demasiado té! La teína me hace hablar más de la cuenta, ¿sabes? Y me dan unas ganas terribles de hacer pis... —se levanta con ímpetu de la silla—. ¡Necesito ir al baño! ¡¿Dónde está el baño?!

—Al fondo del pasillo a la derecha.

—¡Claro, cómo no! —Naomie sale despedida por la puerta de la cocina, dobla hacia la izquierda y empieza a avanzar por el largo pasillo. Es oscuro, tan sumido en las sombras que le cuesta discernir su final. La madera del suelo cruje a cada paso que da.

*Seguro que el corredor de la muerte resulta acogedor al lado de esto...*

Naomie se detiene. Le ha parecido escuchar un ruido tras una de las puertas cerradas. Se coloca delante, agudizando su curioso oído. ¡Clong, clong, clong! Da un pequeño saltito por el sobresalto. Esta vez no cabe duda. Es un ruido fuerte y metálico que queda suspendido en el aire, como si alguien hubiese golpeado varias veces una plancha de aluminio. Y luego otro sonido, parecido al que hace un mueble pesado al arrastrarlo.

*¿Qué narices hay en esta habitación? Lo más probable es que se trate de una sala de tortura. O de un altar de sacrificios humanos. O una hoguera para quemar brujas.*

Se acerca todavía más, agarra el pomo de la puerta y empieza a girarlo con

lentitud...

—No encontrarás el baño ahí dentro —dice Emmet.

Naomie suelta el pomo de inmediato y descubre al chico a su espalda.

—¡Oh, vaya, perdona! Esta casa es tan grande que podría perderme en ella.

¡Clong, clong, clong! Naomie se tensa. No se atreve a formularle la pregunta, aunque Emmet la responde de todos modos.

—¡Otra vez esas dichosas tuberías! La primera vez que escuché ese ruido pensé que había alguien en el sótano. Pero resulta que solo son un montón de viejas y oxidadas tuberías —señala otra de las puertas con el dedo—. Los aseos están por ahí.

—¿Sabes qué? En realidad tengo un poco de prisa por llegar a casa. Creo que debería irme ya.

—Oh, claro. Te acompaño hasta la salida.

Recorren el pasillo en sentido contrario y atraviesan el hall. De nuevo el sinfín de cuadros, con decenas de miradas pintadas que parecen observar a Naomie desde cada rincón. Camina con paso acelerado, impaciente por salir de ahí. Emmet abre la pesada puerta y Naomie casi puede saborear la libertad. En cuanto pone los pies fuera de la casa, el ambiente se vuelve mucho menos opresivo.

—Bueeeeno —Naomie intenta parecer alegre y jovial, relajada, como si no estuviera esforzándose por reprimir las ganas de salir corriendo—, muchas gracias por haber sido tan comprensivo y amable conmigo.

—De nada. Puedes venir a visitarme siempre que quieras. Espero que lo hagas.

*Por supuesto que volveré. Vendré cada día si es necesario, con mi expresión más inocente y mi mirada más dulce. No pienso parar hasta sonsacarte toda la verdad. Poco a poco, detalle a detalle, de forma tan sutil que ni te des cuenta.*

—Lo haré —sonríe y entonces ocurre algo que consigue desestabilizarla. Contra todo pronóstico, Emmet Benson le devuelve la sonrisa.

## CAPÍTULO 20

Naomie está estirada sobre la cama de Mike mientras el chico toca el piano junto a la ventana. La melodía es delicada y sutil, cada nota resulta una pequeña joya cargada de sentimiento. En otro momento, Naomie le habría estado observando con admiración, incluso se habría atrevido a tener pensamientos poco apropiados. Mike y ella sobre el piano, dando rienda suelta a la pasión entre acordes chirriantes y sin sentido. Pero Naomie no está pensando en nada de eso ahora. Está demasiado centrada en la pantalla de su portátil y percibe la música como un lejano y monótono zumbido. Lleva una hora entera con el ordenador sobre sus piernas, con la página del gimnasio *MoreFit-LessFat* abierta. Ha clicado sobre la pestañita dedicada a la liga de fútbol que ellos mismos organizan. No está demasiado segura de lo que busca, así que se pierde entre el apartado de información histórica, el de cómo inscribirse y el de los distintos equipos que la forman.

Emmet Benson fue uno de sus miembros, aunque solo fuera durante un breve período de tiempo. Emmet tiene el uniforme oficial, la sudadera negra con la ardiente y rojiza llama. Andrew siguió al encapuchado en mitad de la noche y lo condujo hasta casa de los Benson... ¡Está más que claro! ¡Emmet, Emmet, Emmet! ¿Quién más podría ser? Estuvo en el parque Willow la noche de la desaparición, estuvo husmeando en el callejón donde encontraron sangre de Eric... Está claro que sabe más de lo que dice, que está metido en algún asunto turbio... algún asunto relacionado con Eric. ¿Pero de qué modo? ¿De qué huía aquella noche? ¿Qué estaba buscando en el callejón? Naomie le da vueltas a esas preguntas pero, lejos de esclarecerlas, parecen irse acumulando sin remedio. Se siente frustrada. Ni siquiera la visita de esta mañana a casa de los Benson ha sido demasiado fructífera.

Suspira. Dedicar un buen rato más a leer el enorme listado de los miembros que participan en la liga de fútbol. Casi hipnotizada, sus ojos pasan de un nombre al siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente. Clica sobre la pestañita de “*Antiguos miembros*” . Una nueva lista aparece, son las cientos de personas

que a lo largo de los años han formado parte de la liga. Naomie se remueve incómoda en la cama, hay algo que no le cuadra en aquel montón de nombres interminables. Coloca el cursor sobre la casilla de búsqueda avanzada y teclea Emmet. Aparecen tres resultados.

**Resultados de la búsqueda avanzada (3):**

**Emmet Bellamy**

**Emmet Piterse**

**Emmet Shepard**

Ni rastro de Emmet Benson. ¿Por qué diablos no está su nombre en el listado de antiguos miembros? ¿Había mentido Emmet cuando le dijo que se había inscrito en la liga de fútbol? Y en caso de que así fuera... ¿Por qué? Naomie cierra los ojos y se presiona las sienes con las manos, abatida.

*¡Más y más preguntas, esto es un infierno! Quizá estoy obsesionándome, quizá estoy buscando pistas y sospechosos donde no los hay. Emmet puede tratarse, simplemente, de un chico un poco raro que intenta empezar de nuevo y superar la pérdida de su padre. Puede que no haya quedado reflejado en el listado de miembros porque ha jugado muy poco tiempo. O por un error informático. ¡Quién sabe!*

Pero lo cierto es que no logra convencerse a sí misma, como tampoco consigue desprenderse de la sensación de que la verdad está ante sus ojos. Algo le dice en su interior que tiene las piezas del puzle, solo necesita saber cómo y dónde encajarlas.

La música deja de sonar de repente. La última nota flota en la estancia y, poco a poco, disminuye de intensidad hasta desaparecer por completo. Por primera vez en la última hora, Naomie mira a Mike. El chico se levanta, rodea el piano y camina hasta la cama. Se coloca junto a Naomie, le cierra la pantalla del portátil con suavidad y lo aparta a un lado.

—¿Qué haces? —pregunta ella.

Mike se aproxima todavía más, despacio, y empieza a darle besos por el cuello.

—Besarte —responde. Coloca la mano bajo la blusa, sobre el pecho, y la desplaza con firmeza hacia abajo, recorriendo el vientre, el ombligo y la cintura—. Acariciarte... —se abre paso bajo el pantalón y desliza la mano sobre sus braguitas. Naomie le agarra de la muñeca y le impide que avance.

—Lo siento.

—¿Qué ocurre? —inquire con ansiedad.

—No puedo hacerlo ahora. Tengo mil cosas en la cabeza...

—Sé que lo de Eric está siendo difícil pero necesitas desconectar un poco. Te pasas las horas investigando, buscando quién sabe qué en ese ordenador. ¿Por qué no le dejas ese trabajo a la policía?

—Pero es que...

—Vamos —la interrumpe—, te irá bien. Relájate, aunque solo sea por un momento.

Con un ligero tirón, consigue desplazar la mano unos cuantos centímetros más abajo. Naomie se tensa al sentirla sobre su sexo.

—Por favor, hoy no...

—Venga... —aparta a un lado la tela de su ropa interior y entonces la piel de ambos entran en contacto.

Naomie se tensa todavía más. Está rígida como un cadáver, incómoda.

*No sé qué es lo que más me preocupa: que no se dé cuenta de que no me apetece hacerlo o que se dé cuenta y le dé absolutamente igual.*

—¡Mierda, Mike, he dicho que no! —le aparta la mano y se levanta de la cama.

Mike también se levanta. Están de pie, el uno frente al otro, separados por el colchón.

—¿Qué narices te pasa? —pregunta, irritado.

—¡Nada, simplemente tengo un mal día! ¿No podemos tumbarnos y quedarnos un rato abrazados?

Mike niega con la cabeza.

—No se trata de hoy. Desde que volvimos apenas hemos estado juntos. Estás rara, distante... Cuando te digo de vernos te inventas mil excusas o me das plantón sin ni siquiera avisar. ¡Esta mañana habíamos quedado para desayunar y ni te has dignado a aparecer!

Mike señala la bandeja de plata que hay sobre una mesita auxiliar junto al piano. Hay croissants, una jarra de zumo de naranja, tostadas con mermelada, un bol de frutos rojos y un par de tacitas de café. No había reparado en ella hasta ahora.

—¡Ay, lo siento mucho, perdona! —se muerde el labio inferior con

culpabilidad—. ¡Se me olvidó por completo!

Imagina que decirle que pasó la mañana tomando el té en casa de Emmet Benson no facilitará el transcurso de la conversación, así que decide omitirlo. La culpabilidad se incrementa un poco más. Ver a Mike ante ella, tan afligido y preocupado, y saberse el motivo de su sufrimiento, resulta doloroso. Está cansada, le fallan las fuerzas. Necesita desconectar de todo, desea poder ser otra persona aunque solo sea por un día. Una persona sin problemas, por supuesto, para dedicarse a dormir sin tener pesadillas, pasear por el parque Willow sin pensar en nada o comer un helado sin que le duela el estómago por los nervios. Ser otra persona, olvidar todo lo malo, disfrutar... Solo hace falta un nuevo nombre, un nuevo apellido. Eso es todo.

*Un nuevo apellido, un nuevo apellido, un nuevo a...*

—¡Ay-mi-madre! —exclama Naomie. Se abalanza sobre la cama con energía, abre de nuevo el portátil y empieza a teclear frenéticamente. Mike la contempla, perplejo.

—¿Qué haces? ¡Estamos en mitad de una conversación!

—¡Creo que ya lo tengo! ¡Creo que ya sé cómo encajar todas las piezas! —sus dedos se mueven sobre el teclado más rápido que sus propios pensamientos. Mantiene los ojos abiertos de par en par, clavados sobre la pantalla con interés—. ¡Oh, Dios mío, aquí está! ¡Lo tengo, lo tengo! —se levanta de nuevo y coge el bolso que cuelga del pomo de la puerta—. Lo siento pero tengo que irme, tengo que contarle esto a Andrew...

—¿Qué?! ¡No, no, no! ¡No puedes irte ahora!

—Lo siento, Mike, de verdad que sí, pero esto es importante.

—Todo es importante excepto yo —dice solemnemente.

—¡No digas tonterías! —exclama con impaciencia. Necesita marcharse y necesita hacerlo ahora.

—Por lo menos, cuéntame qué es lo que has encontrado.

—No puedo...

Mike esboza una sonrisa cargada de amargura.

—Me lo imaginaba, ya no confías en mí.

—Eso no es cierto. Estás a la defensiva —levanta las manos—, lo entiendo. Hemos pasado poco tiempo juntos y estoy muy distraída con todo lo de Eric pero...

—Dime, Naomie, con toda sinceridad —Mike no la deja terminar de hablar. Camina hasta colocarse ante ella y le coge de ambas manos. Su tono de voz es contundente—. ¿Me quieres?

La pregunta queda suspendida en el aire y Naomie traga saliva con dificultad.

—Pues, yo... —las palabras se desvanecen en su garganta. La mirada de Mike se hace demasiado difícil de soportar y desvía la mirada hacia sus pies. Silencio.

—Uau, ni siquiera eres capaz de contestarme.

—Ya te contesté una vez —se defiende—, y me dejaste un segundo más tarde. ¿Cómo puedes pedirme confianza después de eso?

—Cometí un error, lo sé, y me arrepentiré el resto de mi vida. Pero no voy a irme esta vez, te lo prometo —la contempla con esperanzas renovadas.

Al sentir la expectación en los ojos de Mike, le entra un deseo irrefrenable de salir corriendo. Un ligero temblor le sacude la barbilla.

—Recuerdo que, cuando me dejaste, deseaba a todas horas que aparecieras en la puerta de mi casa suplicándome perdón. Y lo hiciste. Deseaba con todas mis fuerzas que me volvieras a pedir para salir. Y también lo hiciste. Y ahora desearía poder estar contigo como si nada hubiese pasado, como si mi vida no fuese una auténtica mierda y no tuviese nada de qué preocuparme. Me dedicaría a escucharte tocar el piano hasta quedarme dormida de madrugada; a pasear hasta el lago donde nos bañábamos desnudos y a cenar en aquel restaurante francés al que tanto solías llevarme.

—¡Podemos hacer todo eso! —le aprieta las manos un poco más.

—Ojalá. Me gustaría mucho, de verdad. Es solo que... —se muerde el labio inferior—, hemos escogido el momento equivocado.

Naomie le suelta las manos a Mike.

—¿Estás rompiendo conmigo? —lo pregunta con un hilo de voz tan quebradizo que parece un niño asustado.

—Lo siento, Mike —utiliza las mangas de su blusa para secarse las lágrimas que han empezado a deslizarse mejilla abajo. Camina hasta la puerta y coloca la mano sobre el pomo. Se gira una última vez y contempla la encantadora habitación. Quizá no vuelva a estar en ella. Contempla la cama y su enorme cabezal metalizado. Tal vez no duerma nunca más entre sus sábanas.

Por último, contempla a Mike. Inmóvil, pálido, desolado—. Lo siento muchísimo pero... soy yo quién debe irse esta vez.

Abre la puerta de un tirón y desaparece sin más.

No hay nadie en casa. Meredith ha dejado una nota para avisar que ha ido a una entrevista de trabajo y, probablemente, Timy esté en el centro con su grupito de amigos preadolescentes. Naomie sube los escalones de tres en tres, se encierra en su habitación con un portazo y se lleva el teléfono al oído.

¡Piiiiiiiiip! Aprovecha el momento de espera para darle un trago a su petaca y eso la tranquiliza un poco. ¡Piiiiiiiiip! Un trago más.

—¿Halo? —dice la voz de Andrew al otro lado de la línea.

Naomie guarda la petaca bajo la almohada.

—¡Andrew, tengo algo muy importante que contarte!

—¿Qué ocurre? ¿Ha ido mal la cita con Mike?

—Oh, bueno, supongo que se puede decir que sí. He roto con él.

—¡Vaya! ¿Cómo estás?

Se encoge de hombros.

—Tengo otras cosas en las que pensar. En realidad no te llamo por eso. Agárrate fuerte a los calzoncillos, cariño, ahora viene la bomba de verdad.

—¿A qué te refieres?

Naomie toma aire.

—Se trata de Emmet. En teoría, él se inscribió a la liga de fútbol nada más mudarse a Canvas, ¿cierto?

—Cierto.

—Sin embargo —eleva el tono de voz de forma teatral—, Emmet Benson no figura en el listado de antiguos miembros.

—¿Entonces, mintió?

—En la lista aparecen tres personas llamadas Emmet. Bellamy, Piterse y Shepard. Me pareció extraño así que *googleé* los tres nombres para ver si encontraba algo relevante sobre ellos.

—¿Y bien?

—Resulta que Emmet Benson y Emmet Piterse son la misma persona.

—¿Qué?!

—O mejor dicho: Emmet Benson nunca ha existido. Nos mintió, nos

engañó. Ha intentado escondernos su verdadera identidad.

—No entiendo nada... ¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque no quiere que descubramos que... bueno, mejor te lo envío por correo.

Naomie escucha como Andrew enciende su ordenador y teclea algo. Luego solo hay un silencio prolongado y espeso. Supone que está leyendo la noticia, boquiabierto, incapaz de decir nada. Aprovecha la espera para releerlo una vez más en la pantalla de su portátil. Se trata de un artículo del año pasado publicado en un periódico virtual. En él aparece una fotografía de Emmet en blanco y negro y un titular enorme.

**Joven de 18 años, acusado de matar a su padre.**

*Emmet P es acusado de asesinar a su padre, de 52 años de edad. De ser declarado culpable, el joven podría enfrentarse a una pena privativa de hasta ocho años. El hecho sucedió la noche del pasado 13 de septiembre, durante una pelea familiar que terminó con el señor P fallecido tras recibir tres puñaladas en el pecho. El abogado defensor del acusado, asegura que actuó en defensa de su madre. Hasta el momento, según investigaciones previas, las peleas eran un constante en el hogar de esta familia. Como parte de las evidencias, la policía halló el cuchillo con el que el adolescente habría asesinado a su progenitor.*

—Vaya —Andrew carraspea—, esto no me lo esperaba. Sea como sea, está claro que no llegaron a condenarle.

—El juez aceptó la defensa de su abogado. Se supone que el padre de Emmet era un loco maltratador que estuvo a punto de matar a su madre y Emmet no tuvo otra opción que hacer lo que hizo. ¿Tú te lo crees?

—¿Por qué no? Si fue declarado inocente será porque...

—¡A la mierda con eso! —lo corta, malhumorada—. Ha mentido sobre su identidad. Ha mentido sobre su padre. Todo lo que ha estado explicándome esta mañana ha sido una enorme y sucia mentira. ¡Es un psicópata, joder! Si fue capaz de cargarse a su propio padre, entonces es capaz de cualquier cosa. Vivimos en la misma calle que un asesino despiadado. Eric desapareció poco después de que ellos se mudaran a Canvas. ¿Casualidad? Yo creo que no. No quiero ponerme en lo peor pero...

Enmudece. No da crédito a lo que está viendo. Su corazón deja de palpar

un momento y acto y seguido empieza a convulsionar en latidos frenéticos.

—Lo siento, Andrew, ahora no puedo hablar —informa con un hilo de voz. No da tiempo a contestar. Cuelga y deja el teléfono sobre la mesita, junto al ordenador. Se pasa una mano por la nuca empapada y empieza a caminar hasta el objeto de su conmoción—. ¿Qué narices es esto...?

Se trata de una muñeca de porcelana, de piel blanquecina, ojos azules eternamente abiertos y labios pintados del mismo rojo intenso que su floreado vestido. El hecho de que la muñeca aparezca en su habitación resulta, cuanto menos, inquietante, pero es su decadente estado lo que lo hace escalofriante. Un cuchillo de cocina enorme le atraviesa el pecho y la ensarta en la pared, entre el tablón de fotografías y el cuadro de Audrey Hepburn que a Naomie tanto le gusta. Es la grotesca y perturbadora recreación del asesinato de una dulce e inocente muchacha. Se estremece. Alguien ha entrado en su casa, en su habitación, y le ha dejado una advertencia en forma de muñeca. ¿Pero quién? ¿Y por qué? La misma persona que intentó atropellarla, la misma que lleva acosándola desde hace días. Un psicópata, un asesino... Emmet. Da un paso más hacia la muñeca y la observa con los ojos entrecerrados. La ha visto antes, está segura, pero no logra recordar dónde ni cuándo...

¡Clic! Naomie se gira hacia la puerta con el corazón en un puño. El pomo ha empezado a girar.

—¿Mamá?

No obtiene respuesta. El pomo sigue girando.

—¿Timy?

Silencio de nuevo. Naomie mira de un lado a otro de la habitación, valorando cada una de sus posibilidades. Por un momento se siente determinada a correr hasta la ventana y saltar al vacío. Descarta la idea. Eso sería un acto tan cobarde como estúpido. Sea quien sea quién está dedicándose a torturarla, amenazarla y a enviarle mensajitos escabrosos, está justo detrás de esa puerta. Solo unos cinco centímetros de madera lacada la separan de su enemigo. Y ella no piensa huir. Al contrario, está decidida a enfrentarse a quién haga falta. Agradecería tener una pistola bajo la almohada en lugar de la petaca y el bote de lubricante. Sin duda, le sería mucho más útil, dadas las circunstancias. Entonces, su instinto de supervivencia le obliga a recordar que hay otra arma en la habitación. Con un par de largas zancadas, alcanza el

cuchillo clavado en la pared y lo arranca de un tirón. La muñeca cae al suelo de cabeza y se parte el cuello.

Ñiiiiiiic. La puerta ha empezado a abrirse. Naomie agarra con fuerza el cuchillo y aguarda, con cierta impaciencia, al enfrentamiento decisivo. El corazón le late frenéticamente, puede sentir su incesante bombeo en las sienes y en la yugular. El silencio se ha apoderado de la estancia. Ñiiiiiiic. La puerta se ha abierto de par en par. Naomie contiene la respiración y levanta el cuchillo, amenazante.

—¿Qu-qué estás haciendo aquí?

Emmet se mantiene inmóvil junto al marco de la puerta, con una rigidez cadavérica. Naomie le ve distinto que esta misma mañana. Su piel es más pálida y fina, un mapa quebradizo de entrelazadas venas azules. Sus ojos resultan más negros y fríos, como dos escarabajos sin vida. Su pelo está más grasiento y apelmazado, emite un reflejo más amoratado cuando le da la luz. Y su cuerpo... sin duda luce mucho más esquelético, como un fiambre que llevara consumiéndose varias semanas. Hace unas horas, Emmet era la imagen de un chico con pintas un poco raras que se había mudado a Canvas poco tiempo atrás. Ahora es la imagen de un asesino, punto. El asesino que mató a su propio padre a puñaladas. Escalofriante, horroroso, terrorífico...

—¿Estás bien? —pregunta el chico. Da un paso al frente y entra en la habitación.

—¡No te acerques más! —Naomie sujeta el cuchillo con tanta fuerza que el brazo empieza a temblarle—. ¡Te he preguntado que qué mierda haces aquí!

—¡Tranquila, tranquila! —levanta las manos y le enseña las palmas—. He visto a un encapuchado salir corriendo de tu casa. He pensado que podías estar en apuros y he entrado por si necesitabas ayuda. Eso es todo.

A Naomie no le convence su argumento. Le parece un intento penoso de librarse de toda sospecha. ¿Un encapuchado? ¡Y una mierda! No hay encapuchado. Nadie se ha colado en su casa salvo Emmet. Nadie le ha dejado una muñeca ensartada en la pared salvo Emmet. Nadie ha estado persiguiéndola y hostigándola salvo... Emmet.

—Te agradezco tu preocupación pero estoy bien —el cuchillo permanece en alto—, así que vete.

—¿Pero qué te pasa? —su voz es monótona y lineal, incapaz de reflejar

emoción alguna—. Pensé que habíamos arreglado nuestras diferencias, que habíamos hecho las paces. ¿No se trataba de empezar de nuevo, como buenos vecinos?

—He dicho que te largues de mi casa. ¡Ahora!

—Está bien, está bien.

Emmet baja las manos y se dispone a marcharse. Los músculos de Naomie se relajan un poco al comprender que el enfrentamiento ha concluido. Pero no ha concluido, en absoluto. La mirada de Emmet se ha quedado clavada en un punto fijo, justo tras ella. Naomie se gira ligeramente y comprende con horror lo que ha llamado tanto su atención. Sus músculos vuelven a agarrotarse hasta dolerle. Es la pantalla de su ordenador con el artículo que ha estado ojeando unos minutos atrás. **Joven de 18 años, acusado de matar a su padre.** Naomie tiene la boca pastosa. Se arrepiente de haber inhabilitado el salvapantallas de su portátil. ¡Mierda, mierda, mierda! Y, por si a Emmet le cabe alguna duda de a quién se refiere el titular, su fotografía ocupa casi toda la pantalla.

—Vaya, vaya, ahora lo entiendo todo —el tono de sus palabras sigue carente de cualquier emoción. Es imposible determinar si lo dice enfadado, preocupado, indignado, furioso... Solo Emmet sabe lo que está pasando por la cabeza de Emmet—. Andrew y tú nunca habéis dejado de pensar que le he hecho algo a Eric. Tus disculpas no fueron sinceras, ¿verdad? Solo eran un truco, una artimaña para ganarte mi confianza, para investigarme de cerca. No tienes escrúpulos.

—¿Oh, de verdad vamos a hablar de escrúpulos y mentiras? Empecemos por aclarar cómo debería llamarte a partir de ahora. ¿Emmet Benson o Emmet Piterse?

—No tienes ni idea de todo por lo que mi familia y yo hemos tenido que pasar.

Naomie se encoge de hombros.

—Tienes razón. Lo que sí sé es que tu padre no murió en un accidente de coche. Aunque debo reconocer que llegué a creérmelo, llegué a sentir compasión y simpatía por ti. Pero no era más que una farsa, puro teatro, pues fuiste tú quien lo apuñaló una y otra vez hasta morir. Eres un asesino y un psicópata.

Emmet esboza una sonrisa amarga mientras niega con la cabeza. Naomie

puede verle los dientes, amarillentos y puntiagudos.

—Es una lástima, por un momento pensé que tú y yo podríamos llegar a ser buenos amigos. Pero si prefieres tenerme como enemigo, entonces que así sea. Yo de ti tendría mucho cuidado a partir de ahora. Al fin y al cabo, acabas de ponerte en el punto de mira de un asesino. Oh, y de un psicópata.

Su sonrisa pierde el tono amargo y se extiende por su rostro, sarcástica. Emmet se da la vuelta y empieza a marcharse.

—A propósito, una cosa más —se detiene y se gira hacia Naomie una última vez—. Para serte sincero, no llegué a conocer a tu amigo Eric, pero si él era tan rastrero y miserable como lo eres tú... entonces no me extraña que le pasara lo que le pasó.

Le da la espalda a Naomie, cruza el marco de la puerta y empieza a bajar las escaleras.

—¿A qué te refieres? ¿Qué fue lo que le pasó?

Emmet no responde. Sigue alejándose en silencio, peldaño a peldaño.

—¡Respóndeme! —ordena, exasperada—. ¿Dónde está Eric? ¡Dímelo de una vez, joder! ¡Dime qué es lo que sabes!

El chico desaparece de su campo de visión. Naomie escucha unos pasos en la planta inferior y el sonido de la puerta principal al cerrarse. Emmet se ha ido. Inmóvil, en medio de la habitación, empieza a tomar consciencia de sí misma. Tiene la frente empapada, las piernas le tiemblan y amenazan con doblarse de un momento a otro, el cuchillo le pesa y le agarrota el brazo... Abre la mano y deja que el arma caiga al suelo. Se sienta a los pies de la cama, súbitamente agotada.

*No me extraña que le pasara lo que le pasó...*

Ojalá pudiera forzarle a contarle la verdad, la necesita. Estaría dispuesta a utilizar algún método brutal de tortura, le haría confesar entre terrible dolor y sufrimiento, disfrutaría de sus gritos y lamentaciones. Y sabría, por fin, dónde demonios está su añorado amigo. La pesadilla terminaría.

*No me extraña que le pasara lo que le pasó... ¡Cabrón!*

Recoge la muñeca, tirada en el suelo junto a sus pies. La observa, todavía con la sensación de que la ha visto con anterioridad. Tiene el vestido desgarrado, el pecho y la espalda perforados, el pelo enmarañado y el cuello partido. Se pregunta si Eric no se encontrará en un estado similar... Y

entonces lo recuerda. Sabía que no era la primera vez que veía la muñeca. Hace unos meses se encontró con ella, la sostuvo entre sus manos, la miró a los ojos azules. Y fue, de hecho, en la habitación de Eric Lawrence.

## CAPÍTULO 21

*I'm coming out.*

*I want the world to know.*

*Got to let it show.*

*I'm coming out...*

Un gogó en calzoncillos baila a *Diana Ross* en el podio central. *Queen's* está lleno de vida, en el momento de la noche de máximo esplendor. Cientos de hombres moviéndose al ritmo de la música, riendo, bebiendo, toqueteándose todo lo que pueden sin pudor. Una Drag Queen llamada *CrèmeDeLaCrème* se pasea por el local sobre sus tacones de veinte centímetros, haciendo malabares con una bandeja plateada vendiendo *Martinis*. En el televisor que hay junto a la entrada del cuarto oscuro se empieza a emitir una nueva película porno, de esas en las que aparecen hombres grandes enfundados en trajes de cuero. Un grupito de cinco chicos se ha apelotonado junto a la pantalla y miran con interés. Al cabo de unos minutos, con la entrepierna más abultada, se hacen gestos los unos a los otros y entran en la sala, perdiéndose en la lujuria durante la próxima hora.

En la barra, con intenciones mucho más inocentes que los otros participantes de la fiesta, está sentado Andrew. Jack, a su lado, acaba de pedir dos chupitos de tequila. El camarero, un veinteañero con camiseta de tirantes y brazos tonificados, les sirve la bebida, un par de rodajas de limón y un salero. Andrew contempla los ingredientes como si estuviese ante un puzzle de gran complejidad.

—Vale... —se le escapa una risita nerviosa—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Jack se lame el dorso de la mano.

—Primero te echas un poco de sal —explica mientras lo hace—, luego pasas la lengua, te bebes el tequila y muerdes el limón. Chupar, tragar y morder. No es tan difícil —le guiña un ojo, socarrón—. ¿Preparado? —coge el vasito y lo levanta. Andrew lo imita. Entrechocan los chupitos, lamen la sal,

se toman el tequila de un trago y muerden la rodaja de limón. La cara de Andrew se contorsiona y se deforma. Jack no puede evitar estallar en carcajadas—. ¡Deberías verte ahora mismo! —le pasa un brazo por la espalda y le agarra del hombro—. ¡Qué divertido! ¡No te imaginas lo que me he alegrado cuando me has llamado y me has dicho que querías volver al *Queen's*! ¡Tarde o temprano, todo aquel que lo prueba quiere volver!

Aquella tarde, a Andrew le había costado decidirse pero, después de darle varias vueltas, llamó a Jack. Quería volver a *Queen's*. Le daba vergüenza admitirlo, sí, pero el deseo era tan fuerte que tuvo que tragarse el orgullo. Nunca lo habían mirado con tanto deseo como en *Queen's*.

*Bueno, para ser sincero, nunca me habían mirado con deseo...*

Por primera vez en toda su vida, le lanzaron un cumplido, le dirigieron algunas palabras amables, otras provocativas o incluso sexuales. Se había sentido bien, capaz de gustarle a alguien, capaz de atraer a otros chicos. Se atrevió a fantasear en todo lo que podría haber hecho con ellos de no haberse marchado. Incluso sintió un placer reconfortante al saber que fue él quien los rechazó. Quería volver a vivir todo aquello, quería volver a sentirse deseado. Por eso llamó a Jack.

—¡Dos chupitos más, por favor! —pide Jack con entusiasmo.

El camarero les sirve la bebida. Andrew se remueve, dubitativo, en su taburete.

—¿Otro? No sé si deberíamos beber tanto...

—Por favor, deja de ser tan plasta por un día. Disfruta, joder.

*Piensa que soy un plasta. ¿Cuánto tiempo querrá seguir siendo amigo mío si cree que soy soso y aburrido? ¡Espabila!*

—Tienes razón, perdona, hemos venido a pasárnoslo bien.

Toma la sal, bebe el tequila y muerde el limón con desesperación. Los dos ríen y Jack le da unas palmaditas en la espalda. Reconfortado ante la visible aprobación de su amigo, Andrew levanta el vaso vacío.

—¡Camarero, dos más!

—¡Esa es la actitud! —exclama Jack dando pequeños saltitos de emoción en el taburete—. ¡Joder, estoy tan contento que, ahora mismo, te besaría!

Andrew ladea un poco el rostro para que Jack no se dé cuenta del enrojecimiento de sus pómulos. Es la segunda vez que se lo ha dicho en dos

días. Seguro que se trata de un comentario sin importancia, una de esas expresiones que no deben entenderse como algo literal. Pero Andrew comprende que una pequeña parte en su interior desea que lo diga de verdad. No, no solo que lo diga, sino que lo haga.

El camarero se acerca y rellena los vasitos. Sal, tequila, limón. Andrew se estremece, deja el vaso en la barra con un golpe seco y se seca los labios con el dorso de la mano. Es la primera vez que bebe tanto y ya empieza a sentir los efectos del alcohol. Su mente parece estar rodeada de una nebulosa que va espesándose poco a poco. Se le ha dormido la punta de los dedos de la mano y un ligero cosquilleo le recorre el rostro.

La versión remix de *I will survive* empieza a sonar:

*At first I was afraid, I was petrified.*

*Kept thinking I could never live without you by my side.*

*But then I spent so many nights thinking how you did me wrong.*

*And I grew strong.*

—¡Me encanta esta canción! —Jack baja del taburete, coge a Andrew de la mano y empieza a arrastrarle entre la multitud—. ¡Venga, vamos a bailar!

Jack se mueve con soltura y desparpajo al ritmo de la música. Andrew, sin embargo, se mantiene inmóvil, agarrotado, mirando incómodo de un lado para otro.

—¿Te vas a quedar ahí plantado toda la noche o qué?

—No sé bailar —reconoce, avergonzado.

—¿Y eso qué importa? ¡Vamos, muévete!

Andrew no quiere decepcionar a Jack, por eso empieza a mover los pies de un lado a otro. Lo hace de forma descompasada y arrítmica. Todo su cuerpo está rígido y almidonado, como si todos los huesos de su esqueleto hubiesen sido soldados en una única pieza. Está tan nervioso y centrado en intentar hacerlo bien que ni siquiera es consciente de la música que suena. Algunos de los chicos que bailan animados a su alrededor, los observan.

*A Jack le miran porque es sexy, seductor y sabe moverse. A mí me miran porque soy un friqui patoso que baila espantosamente mal y hace el ridículo, como de costumbre.*

Puede sentir varios pares de ojos clavados en él y, aunque no puede escucharlas, también se imagina sus risitas burlonas. Es patético, un saco lleno

de inseguridades y complejos a punto de explotar. Jack, sin embargo, parece muy seguro de sí mismo, baila sin preocupaciones, se lo pasa bien... y los chicos le contemplan embelesados. Desea poder ser como él.

*Friqui. Patoso. Ridículo. Patético...*

—Lo siento, no puedo hacerlo —los pies, la única parte del cuerpo que había conseguido mover hasta el momento, se detienen.

—¿Qué dices? —Jack no para de bailar—. ¡Claro que puedes!

—No.

—Sí.

—¡No! Esos chicos no paran de mirarme. Seguro que se están burlando de mí.

—¡Venga ya! La gente te mira porque siente curiosidad. Eres un chico guapo a quien no han visto antes por aquí. ¡Quieren conocerte, flirtear, ligar contigo!

Ojalá fuera cierto pero a Andrew le cuesta de creer. Jack se coloca ante él y apoya las manos sobre sus hombros.

—No tengas miedo a hacer el ridículo, límitate a dejarte llevar —ordena—. Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Hazme caso, ciérralos.

Andrew obedece y la oscuridad se cierne sobre él. No ve nada, claro, pero se imagina a los chicos inspeccionándole desde la distancia, riéndose, burlándose, incluso señalándole con el dedo índice mientras sueltan comentarios despectivos. Quiere abrir los ojos, deshacerse de las manos de Jack y largarse pitando. *No vas a hacer eso*, se dice a sí mismo, *no vas a salir corriendo otra vez. Además, Jack se enfadaría...* Es el segundo pensamiento el que le aferra los pies al suelo.

—Mantenlos cerrados —dice la voz de Jack—. Ahora quiero que escuches la música, que la sientas.

Andrew agudiza el oído.

*Oh.*

*Go on now, go, walk out the door.*

*Just turn around now.*

*'Cause you're not welcome anymore...*

—Aíslala de todo lo demás. De las risas, de las conversaciones agitadas, de esa horrible Drag Queen que no para de gritar con voz chillona “¡Martinis a 7 dólares, corazones!”.

Andrew sonríe y lo hace. La voz de Gloria Gaynor pasa de ser un sonido lejano y apagado a envolverle por completo. A cada segundo que pasa, se ciñe más a él, se intensifica, se cuela en su mente y arrolla todo pensamiento que encuentra a su paso.

—Ahora quiero que te imagines que estás solo. *Queen's* es una enorme sala vacía, la música suena solo para ti. Quiero que empieces a moverte al ritmo de la música. No hay una forma correcta de hacerlo. Pon la mente en blanco y déjate llevar.

Con un gran esfuerzo, consigue despegar los pies del suelo. Primero el derecho. Talón, talón. Luego el izquierdo. Talón, talón. Aunque algo inseguro, repite el paso una y otra vez, en un patrón monótono y lineal.

—Eso es. Deja a un lado todos tus miedos, tus temores y tus complejos... Siente la música, relájate, suéltate. ¡Baila como te dé la gana!

Los pies de Andrew se mueven ahora con mayor rapidez y agilidad. Talón, talón. También la cadera, primero de forma tímida y discreta, casi imperceptible, aunque poco a poco va adquiriendo mayor potencia y dinamismo. También la cintura, los hombros y los brazos... Está bailando. Todo su cuerpo lo hace.

*¡I will surviveeeeeee!*

—¡Genial, lo estás consiguiendo! Ahora, ha llegado el momento. Abre los ojos.

Andrew obedece. Durante un breve segundo, las luces parpadeantes le deslumbran por completo. Pronto, sin embargo, la radiante claridad se disipa de modo gradual y Andrew recupera la visión. Está en medio de una masa de cuerpos y músculos. Chicos que bailan, beben, ríen, se besan, saltan, se sacan la camiseta, sudan... Disfrutan al máximo, sin preocupaciones, sin importarles lo que los demás puedan pensar de ellos. Y lo mejor de todo, nadie le observa con intención burlona, ni se ríen entre dientes, ni lo critican entre murmullos. Andrew es uno más, es libre de hacer lo que quiera, de abandonar los complejos, de bailar hasta que no le respondan las piernas. Está pletórico. El tercer chupito de tequila empieza a hacer efecto en su sistema nervioso y eso

provoca que, los últimos resquicios de inseguridad que quedan por su cuerpo, se desvanezcan. ¡Todo es tan divertido y emocionante! Cuantos años desperdiciados. Ojalá hubiese hecho esto antes. Ojalá hubiese conocido a Jack antes...

Da un paso al frente, se abalanza sobre Jack y le estampa un beso en la boca. Todavía bailando, se miran el uno al otro. Andrew estudia con interés la reacción de Jack. Él sonrío con ternura.

—Espero que a partir de ahora tengas el coraje de hacer todo aquello que te apetezca. Sin miedo, sin pensar en qué dirán los demás... Simplemente actúa, haz siempre aquello que te haga feliz, vive. Y recuerda, no es la gente que nos rodea la que nos cohibe, nos juzga y nos reprime... sino nosotros mismos.

Andrew asiente, emocionado por su discurso, y vuelve a abalanzarse hacia su compañero. Esta vez, Jack se aparta. No de forma brusca y despectiva, sino en un gesto sutil y considerado.

—Pero —añade—, nosotros somos amigos, ¿verdad?

Pese a los deshinibitorios efectos del alcohol, Andrew se siente avergonzado.

—Sí, claro. Lo siento, yo... ha sido la emoción. Un arrebato, una tontería —habla precipitadamente, incapaz de mantener la mirada fija en un único sitio más de medio segundo—. Me estoy muriendo de sed, el tequila me ha dejado la boca seca, ¿sabes? ¿Tú no tienes la boca seca? —le sobreviene una risita nerviosa—. ¡Y calor, hace mucho calor de repente! Voy a la barra a por algo de beber, ¿de acuerdo? —mientras lo dice, se da la vuelta y se aleja con agilidad, sin mirar atrás ni una sola vez. Ni siquiera le pregunta si quiere acompañarle—. ¡Luego nos vemos!

Andrew se deja caer sobre el taburete y apoya los dos hombros sobre la húmeda y pegadiza barra. El camarero se acerca.

—Un chupito de tequila, por favor —no quiere cambiar de bebida, ha oído decir que mezclar te hace coger una cogorza del quince, de esas en las que terminas vomitándote encima y tirado en el callejón trasero de la discoteca. El camarero le sirve y Andrew se lo bebe, esta vez haciendo caso omiso de la sal y el limón—. ¡Eh, chico, no te vayas tan rápido, quiero otro!

—Bebes mucho, para ser tan delgadito —observa.

Su cerebro censura de inmediato la palabra “delgadito”, de manera que ni siquiera llega a escucharla. Eso es lo último que necesita oír ahora mismo.

—Oh, no, yo nunca bebo. Supongo que esta noche es la noche en la que hago cosas que nunca me atrevo a hacer. Cosas estúpidas, al parecer. Para ser sincero, pensaba que esta noche terminaría de forma distinta. Creía que le gustaba, ¿sabes? Eso me había parecido, no sé, será que soy un idiota. Con un poco de suerte para mí, mañana no me acordaré de nada. Es eso lo que ocurre cuando te emborrachas, ¿no? Te olvidas de las cosas... —golpea la barra con el vaso de chupito—. ¡He dicho que me pongas otro, joder!

El camarero lo hace de mala gana. Andrew lo engulle de un trago.

—¿Sabessss una coosaaa? —tiene la lengua correosa y habla con creciente dificultad—. Tengo un amigo que también trabaja aquí. ¡Trabajaba, mejor dicho! Luego desapareció y bla, bla, bla... Se llama Eric.

—He oído hablar de él.

—Ojalá estuviera aquí ahora mismo, conmigo. Me gustaría preguntarle tantas cosas... ¿Tú le conoces? —inquieta, esperanzado.

—No, lo siento. Llevo poco tiempo trabajando aquí. Me llamaron hace unos días para cubrir una baja.

—¿Una baja? —arruga el entrecejo—. Mierrrrda, tío, eres su jodido ssssstituto.

Andrew se imagina, por un momento, a Eric tras la barra. Se imagina a Eric sirviéndole una copa, dándole un trato especial a la hora de pagar por ser su mejor amigo, guiñándole un ojo con una complicidad que no compartía con nadie más en toda la discoteca. También se lo imagina fuera de la barra, en la pista de baile junto a él. Bebiendo juntos, bailando, compartiendo opiniones sobre chicos, confiándose secretos el uno al otro. Podría haber hecho todo eso, de haber sido un poquito más valiente. No quiere ni pensar en todo lo que se ha perdido los últimos años por culpa de su cobardía, todo lo que podría haber vivido junto a Eric mientras estaba a tiempo. Quizá todavía lo está, por supuesto. O quizá no.

—A Eric nadie puede ssssstituirle... —dice mientras le lanza una mirada cargada de reproche y odio—. ¡Tú no deberías estar aquí, sino él! Tú no deberíasssss...

El camarero hace un gesto de desaprobación y se aleja para atender a unos

clientes que hay al otro extremo de la barra. A Andrew le sobreviene el cansancio. Hunde el rostro entre sus manos y cierra los párpados un segundo.

—Siento molestarte, chico —dice alguien a su derecha—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Andrew gira la vista hacia el origen de la voz. Se trata de un hombre algo entrado en años que está bebiendo un Bloody Mary. Tiene el pelo negro y denso, aunque empieza a clarear en la zona de la coronilla; en algunas zonas de la barba, el pelo le crece blanco; y las arrugas lucen en la frente y alrededor de los ojos. Andrew decide que rondará los cincuenta y, aunque supera con creces la media de edad del local, sigue siendo atractivo. Viste unos tejanos rotos y ajustados y una cazadora de cuero.

—Acabas de hacerlo, ¿no?

El hombre sonríe y las arrugas se hacen todavía más profundas.

—Sí, en eso llevas razón. Verás, lo que ocurre es que no he podido evitar escuchar tu conversación. ¿Eres Andrew, por casualidad?

Da un pequeño saltito de sorpresa y le contempla con atención.

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Rhys —le tiende la mano—. Me considero un buen amigo de Eric.

—¿Rhys? Él nunca te ha mencionado —informa mientras echa una ojeada desconfiada a la mano, sin devolverle el gesto.

—No esperaba menos de Eric —no lo dice ofendido. Más bien, en una mezcla de admiración y añoranza—. Sin embargo, él sí que me ha hablado de ti. Casi cada noche, en realidad. También me ha hablado de la otra chica... —se rasca la barbilla, pensativo—. Naomie, ¿verdad? —Andrew asiente, ahora más sorprendido que desconfiado—. Sí, pero eres tú a quién Eric siempre tiene en mente. Incluso trabajando, tras esa barra, siempre encontraba la forma de hablarme de ti. Andrew esto, Andrew lo otro...

—N-no m-me lo creo.

—¿Por qué no?

Andrew se encoge de hombros.

—Me extraña, eso es todo.

Rhys da un sorbo a su Bloody Mary.

—Nunca me lo ha dicho, no suele contarme este tipo de cosas, pero creo

que está enamorado de ti. Se le ilumina la cara cada vez que te menciona.

Andrew niega con la cabeza enérgicamente, incluso está empezando a mosquearle que ese hombre desconocido hable e invente sobre Eric sin pudor. Quizá le conoce, pero no sabe nada de él.

—Eso es imposible. Él siempre me ha visto como un hermano, solo eso. Además, él nunca se ha enamorado de nadie. Siempre le ha gustado pasárselo bien, sin compromisos ni ataduras. Ha estado con muchos chicos, muchísimos. Y nunca se ha encariñado con ninguno de ellos.

—Porque nunca ha estado con el indicado. Y él lo sabe. Se lo pasaba bien, al principio, pero con el tiempo los chicos con los que salía o con los que se acostaba no le llenaban. No le hacían feliz. Él mismo me dijo una vez, con cierto pesar: *He estado con más hombres de los que puedo recordar. Puedo tener al que me apetezca en el momento que me plazca. Excepto al único que quiero.*

—No dijo que sssse tratara de mí.

—No hizo falta —bebe de nuevo—. Él se siente desdichado en el amor, aunque nunca lo diga ni lo demuestre. Supongo que, cuando vuelva de dónde diablos se haya metido, le alegrará mucho descubrir que su querido amigo ha salido del armario.

Andrew se permite pensar por un segundo que Rhys tiene razón, que Eric está enamorado de él. ¡Eso sería una fantástica coincidencia! Siente un ardor en las mejillas.

—¿Por qué estás tan seguro de que va a volver? —pregunta—. Quizá está...

—Oh, no, desde luego que no. No sé dónde está, pero no está muerto. En absoluto.

Desea con todas sus fuerzas creerle.

—¿Cómo puedes estar tan ssssseguro?

—Eric llevaba mucho tiempo planeando esto. Él quería huir de aquí, escapar a un lugar donde pudiera empezar de cero. No trabajaba en el *Queen's* por placer, terminó odiando este lugar con toda su alma. Pero necesitaba el dinero, llevaba ahorrando mucho tiempo para poder irse.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a querer marcharse de aquí?

—Eric tiene más de un enemigo en Canvas, mucha gente que quiere hacerle

daño. El peor de todos está en su familia. Desde que su padre descubrió que Eric es gay su relación ha ido de mal en peor. El señor Lawrence le odia, disfruta haciéndole la vida imposible, torturándole. Y su madre no es capaz de tomar partido.

Andrew procesa la información todo lo rápido que puede. Lo cual, teniendo en cuenta la cogorza que lleva encima, no es demasiado.

—Conozco a la familia Lawrence de toda la vida, adoran a Eric, y jamás han tenido ningún problema con ssssu condición —pero en el fondo sabe que tiene sentido. ¿Qué otro motivo habría para que Ross Lawrence ni siquiera se dignase a aparecer por Canvas cuando su hijo desapareció? ¿Qué motivo habría para permitir que su esposa pasara por aquel infierno totalmente sola? Parece resignado cuando comenta—: Eric nunca me había dicho nada.

—A veces, es más fácil contarle las cosas a un cliente borracho tras una barra que a tu mejor amigo...

Esa idea le molesta. Sería ofensivo para Andrew que Eric hubiese confiado tantos aspectos de su vida personal a un simple y vulgar conocido de *Queen's*, mientras él (su mejor amigo, su hermano) vivía rodeado en una nube de humo, desconocimiento e ignorancia. Quizá, todo lo que cree saber sobre Eric es falso, una mentira. Quizá, no le conoce tanto como creía. ¿Es envidia ese súbito pinchazo que siente en el estómago al imaginar a Eric intimando con Rhys, hablándole de su vida privada, contándole sus sentimientos más íntimos, confesándole sus miedos...? Sí, desde luego que es envidia. Y rabia. Y dolor. Y amargura... Pero todo esto no es lo realmente importante. Si lo que ha contado Rhys es cierto, entonces lo más probable es que Eric siga vivo y coleando por algún rincón del mundo, lejos de sus problemas, de sus enemigos y de su padre. Y lejos de él. Vuelve a sentir el pinchazo en el estómago. ¿Por qué no podía haberle contado sus problemas y preocupaciones? Seguro que habrían encontrado la forma de solucionarlos juntos. ¿Por qué no le había dicho que estaba planeando largarse de Canvas? Él le habría aconsejado, habrían buscado la mejor forma de hacerlo. ¿Y por qué tenía que desaparecer, volatilizarse del mapa sin dejar rastro, en lugar de despedirse y dejar la nueva dirección como haría cualquier persona? Un menor de edad no puede hacer eso, no puede movilizar el cuerpo policial de todo el país para buscarle, no puede matar de preocupación a todos sus seres queridos... ¿Tan inconsciente

es? ¿Tan egoísta? O, se estremece al pensarlo: ¿Tan peligrosos son sus enemigos? ¿Tan desesperado y atemorizado se sentía?

—Eric está vivo... —dice Andrew.

—Oh, sí, desde luego. Estoy seguro de ello.

Andrew sonríe. Quizá Eric es un egoísta sin escrúpulos, un inconsciente y un estúpido. Pero sea como sea, está vivo, y eso es lo importante.

—Ojalá vuelva algún día —dice con melancolía—. Daría lo que fuera por verle una vez más.

—Sí, ojalá...

Los dos se quedan callados, con la cabeza gacha, mirando durante varios minutos la lisa y metálica superficie de la barra. De repente, Andrew alza el vasito de chupito con ímpetu.

—¡Camarero, otrrrro tequila, porrrrr favor!

## CAPÍTULO 22

Andrew se despierta en mitad de la noche y comprende por las malas lo que significa estar de resaca. Le duele la cabeza como si le hubiesen estrujado el cerebro hasta dejárselo seco. Siente la boca pastosa y con sabor a vómito. No se lavó los dientes después de haber echado la papilla, se limitó a limpiarse los labios con la manga de su camisa antes de tirarse en la cama como un peso muerto. En la oscuridad todo parece dar vueltas, como si le hubiesen metido en una lavadora en plena centrifugación. Se incorpora pesadamente y palpa a tientas en busca del interruptor.

¡Click!

La lámpara de la mesilla de noche se enciende y la habitación se llena de una cálida luz. Andrew deja escapar un grito ahogado cuando descubre que no está solo. Hay un chico sentado junto a los pies de la cama, un chico que Andrew reconoce en el acto.

—¿Dios mío, Eric, eres tú?

Eric sonríe.

—¿Quién iba a ser sino?

Andrew cierra los ojos con fuerza seguro de que, cuando los abra, la imagen de su amigo se habrá desvanecido. Tiene que ser una ilusión óptica. Quizá la resaca le juega una mala pasada a su organismo, poco acostumbrado a soportar las consecuencias del alcohol, mostrándole lo que más desea para arrebatárselo un instante después. Abre los ojos. Eric sigue contemplándole desde la distancia.

—Estás vivo... —quiere levantarse de la cama y abrazar a su amigo con todas sus fuerzas, pero entonces se le enturbia la visión y se siente mareado, incapaz de dar un solo paso sin caerse redondo al suelo.

—No te levantes, necesitas descansar —dice Eric con dulzura mientras le cubre con las sábanas.

Andrew se resigna a quedarse allí tumbado, sin moverse, con el mobiliario de la habitación dando vueltas a su alrededor.

—Todo el mundo está preocupado por ti —consigue decir con debilidad—. ¿Dónde has estado?

—No es sencillo de explicar, han pasado muchas cosas durante este tiempo.

Andrew se siente agotado. Sus párpados le pesan y amenazan con cerrarse de un momento a otro. Él se resiste.

—Tu amigo Rhys piensa que has huido lejos de aquí para empezar una nueva vida. Pero algo te pasó aquella noche, encontraron tu sangre... ¿Alguien te hizo daño? ¿Emmet? ¿Clay? ¿Tu padre?

—No deberíamos juzgar a las personas por sus apariencias. A veces, aquellos que parecen más inofensivos son los que pueden hacerte más daño. Mi vida es muy complicada, Andrew, no te imaginas cuánto. Quiero huir, es cierto, escapar a un lugar donde pueda empezar de cero. Pero no puedo irme todavía, por eso estoy escondido.

—¿Dónde?

—Ya lo sabes.

—¡No, no lo sé! —hace un esfuerzo sobrehumano para poder alzar la voz. Cuando lo hace, la habitación parece tambalearse con mayor energía y Andrew se agarra a las sábanas para no caerse.

—¡Shhht! No hables tan alto o nos oirán. Nadie puede saber que he estado aquí. He venido porque quería verte pero no debes decírselo a nadie. Tampoco a Naomie.

—¿Por qué no? Naomie está tan preocupada por ti como yo. Necesita saber que estás bien.

—Me cuesta creerlo. La última vez que hablé con ella me insultó y me dijo que no quería saber nada de mí.

—Naomie te quiere mucho. Y tampoco lo está pasando demasiado bien. Alguien la ha tomado con ella desde que te fuiste. La han amenazado. Incluso han intentado atropellarla... tiene miedo.

—Quizá así aprende la lección.

Su voz suena rígida e inquebrantable, sin un mínimo atisbo de preocupación o empatía.

—¿Por qué dices eso?

—Alguien tiene que darle un escarmiento —afirma con severidad—. Se ha

vuelto maleducada, egoísta y grosera. Pero qué más da, dejemos de hablar de ella. He venido hasta aquí porque te echo de menos a ti.

Eric se levanta y se acerca hasta la mesita de noche. Coge la foto enmarcada y la mira con los ojos brillantes. Se ve a sí mismo, con el brazo apoyado sobre el hombro de Andrew, los dos riendo por algún motivo que ya no puede recordar. Coloca con delicadeza los dedos sobre la imagen y acaricia el rostro de Andrew.

—Qué guapo estás —Andrew percibe una nota de tristeza en sus palabras—. ¿Puedo llevármela? Así podré mirarla en los malos momentos, cuando me sienta infeliz y desquiciado. Así recordaré que no estoy solo, que seguimos siendo tan amigos como en los viejos tiempos —suspira. Se sienta de nuevo en la cama pero esta vez más cerca de Andrew—. Me haces mucha falta.

—Tú también a mí.

—Sí. Lo sé.

Eric le coge la mano a Andrew y la coloca entre las suyas. Se acerca un poco más.

—Lo sé —repite en un susurro y empieza a inclinar el torso con lentitud, acercando su rostro al de su amigo. Andrew puede sentir la respiración de Eric, profunda y cálida, más acelerada a medida que se aproxima. Puede sentir el olor de su colonia favorita. Eric sigue acercándose y entonces sus labios entran en contacto. Andrew se reafirma en su creencia de que está viviendo en una ilusión de su mente, en un sueño destinado a terminarse. Al fin y al cabo, solo los sueños pueden resultar tan dulces y deliciosos. Andrew coloca su mano libre sobre la nuca de Eric, entrelazando los dedos en el cabello, y hace fuerza para atraerle hacia sí. No quiere desprenderse de él, jamás, quiere vivir en aquel beso durante el resto de su vida.

*Y si es un sueño, entonces quiero soñar eternamente...*

Eric se retira de nuevo unos centímetros, lo suficiente para mirar a Andrew a los ojos.

—No te imaginas la de veces que he deseado hacer esto —sonríe.

Andrew, aunque todavía se siente dolorido y mareado, consigue devolverle una sonrisa tímida.

—Hay algo que quiero decirte —anuncia y, con un gran esfuerzo, consigue incorporarse hasta quedar sentado, con la espalda apoyada sobre el cabezal de

la cama—. Verás, yo... Yo soy *Anonimo21*. Estuve esperándote en el parque Willow aquella noche pero... nunca apareciste.

—Sí, ojalá las cosas hubiesen sido distintas entre nosotros. Ojalá pudiera quedarme contigo ahora... pero debo irme.

Eric se levanta, le suelta la mano a Andrew y empieza a alejarse. Andrew consigue agarrarle el brazo en un acto reflejo.

—No, por favor, no vuelvas a desaparecer. Quédate.

—Me gustaría hacerlo, pero...

—¿Cuándo volveremos a vernos? —consigue preguntar Andrew, haciendo un gran esfuerzo para que no se le rompa la voz.

Eric baja la mirada y niega con la cabeza.

—No lo sé —se aleja un paso más y se desprende de la mano de su amigo.

—Por favor —suplica Andrew.

—Lo siento mucho —una única lágrima desciende por su mejilla, permanece unos segundos en su barbilla y cae al suelo.

—Por favor...

Eric anda hasta la puerta. Allí se detiene y contempla a Andrew, intentando memorizar hasta el último detalle de su rostro.

—Adiós —dice antes de darle la espalda y cruzar el marco de la puerta.

Andrew le ve alejarse con impotencia. Quiere levantarse, agarrarle y encerrarle en su habitación, impedirle que desaparezca una vez más. Cuando lo intenta vuelve a sentirse mareado y la vista se le nubla. Todo a su alrededor se agita violentamente. Siente que el peso de sus párpados empieza a aumentar hasta que se hace insoportable y, aunque intenta evitarlo, termina cerrándolos. El cansancio se apodera de su mente y de su cuerpo. No puede pensar con claridad, no puede elaborar ningún pensamiento lúcido y racional. Necesita ver a Eric una vez más pero no consigue abrir los ojos. Le visualiza en sus pensamientos y se siente un poco más reconfortado. Lo suficiente para, sin darse cuenta, quedarse dormido.

¡Pam! Naomie abre la puerta de un manotazo y entra en la habitación de Andrew.

—¡Tenemos que hablar! —exclama a viva voz—. ¡Ahora mismo!

Andrew, acurrucado en la cama y con los ojos pegados, emite un gruñido.

Naomie arruga la nariz.

—Joder, ¿a qué huele aquí? ¿Has matado a una familia de ardillas y la has escondido debajo de la cama? —abre la ventana y sube la persiana. La luz inunda el dormitorio. Un nuevo gruñido, esta vez más malhumorado y feroz.

—¿Qué haces aquí? —murmura Andrew con esfuerzo—. ¿Cómo has entrado?

—Tu madre me ha dejado entrar. La pobre cree que todavía no te has levantado porque te quedaste estudiando hasta tarde pero a mí no me engañas. Sé reconocer una resaca en cuanto la veo. O la huelo. Aunque eso no importa ahora, tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

—¿A sí? —bosteza—. ¿Y qué cosas son esas?

—Pues Eric, claro.

Andrew abre los ojos de par en par y se incorpora al instante, como si una fuerte corriente eléctrica le hubiese atravesado el cuerpo. Escuchar el nombre de su amigo ha hecho que su cerebro se active, que recuerde el sueño que ha tenido esta noche. Porque ha sido un sueño. Tiene que serlo. Una deliciosa visión provocada por una mezcla entre su deseo irrefrenable por volver a ver a Eric y el tequila. Pero ha parecido real, mucho más real que cualquier otro sueño que haya tenido jamás... Se humedece los labios, los mordisquea con nerviosismo. Casi puede escuchar la voz de Eric flotando en la habitación, notar el contacto de su piel, saborear con ardor el beso que le ha dado. Sí, ha sido un sueño, desde luego, una detallada recreación producida por su propia mente.

—Emmet Benson o Piterse o cómo diablos se llame me ha dejado un regalito macabro en mi habitación. Una muñeca, de esas que dan miedo con solo mirarlas, atravesada por un cuchillo enorme y clavada en la pared. Una amenaza, está claro —habla con ímpetu y Andrew se limita a contemplarla, sin pronunciar palabra durante todo el discurso—. Quiere que tenga miedo, quiere que sepa que en cualquier momento puede colarse en casa, entrar en mi habitación, apuñalarme con un cuchillo de cocina como hizo con su padre... Está bien, he pillado el mensaje. Pero no entiendo el motivo. ¡¿Qué le he hecho yo?! —la pregunta chirría en su garganta por la exasperación—. Quizá no hay motivo alguno para lo que está haciendo, quizá es un psicópata que disfruta torturando a la gente. O matándola. Ya está, así de simple —suspira,

larga y profundamente—. Pobre Eric... Siempre he intentado ser optimista con todo este asunto, no he querido ponerme en lo peor. ¿Pero qué podemos pensar a estas alturas? Eric no está en ninguna fiesta, tampoco está pasando el fin de semana en el apartamento de un tío bueno... Algo malo le ha ocurrido. O, mejor dicho, Emmet le ha hecho algo malo.

Naomie deja de hablar. Andrew se remueve incómodo entre las sábanas. Carraspea para aclararse la garganta.

—Es posible que Emmet sea un asesino, es posible que apuñalara a su padre y es posible que haya mentido sobre su identidad. Pero no le ha hecho nada a Eric. Nada malo le ha ocurrido, en realidad. Verás, hay algo que tengo que contarte... —Naomie levanta una ceja, expectante. Andrew se toma unos segundos mientras recuerda la conversación con Rhys hace apenas unas horas. Es curioso, todo lo que ocurrió a partir del tercer chupito es borroso y distorsionado. Pero las palabras de Rhys permanecen claras en su recuerdo, así como lo hace la imagen de Eric junto a él, mirándole desde los pies de la cama. Y entonces está seguro. No han sido imaginaciones suyas y tampoco ha sido un simple sueño. No, Eric ha estado en su habitación esta noche, le ha hablado, le ha acariciado y le ha besado—. Eric está vivo. Y está aquí, en Canvas.

Se hace el silencio absoluto.

—¿Cómo dices? —su tono de voz es débil.

—Eric-está-vivo.

Naomie da un manotazo en el aire.

—Sí, eso ya lo he oído. Lo que quiero saber es cómo puedes estar seguro.

—Anoche conocí a un amigo de Eric. Un hombre llamado Rhys.

—¡Eric no tiene ningún amigo llamado Rhys!

—Hay muchas cosas que no sabemos sobre Eric. Muchas cosas que nunca nos ha contado —su tono es solemne. Se levanta de la cama y empieza a caminar de un lado al otro de la habitación con aire pensativo, acariciándose la barbilla de vez en cuando—. No nos contó que quería irse de Canvas, no nos contó que estaba ahorrando y planeando su huida desde hacía tiempo, y tampoco que su padre le estaba haciendo la vida imposible. Eric era infeliz aquí, necesitaba escapar cuanto antes, y no nos dijo nada. Deberíamos habernos dado cuenta.

—No, nada de eso es verdad.

—Sí que lo es.

—¿Por qué? ¿Porque ha aparecido un hombre del que no sabíamos nada y te ha contado esa historia? ¡A la mierda, yo no me lo creo! ¿Por qué te lo crees tú?

—Pues, porque... —vacila. No sabe cómo soltarle la noticia sin que su amiga sufra un infarto—. Verás, esta noche, yo... Bueno, em...

—¡Por Dios, Andrew, suéltalo ya! —apremia con impaciencia.

El chico se detiene, coloca los dedos sobre el mentón una vez más y se llena los pulmones de revitalizante aire fresco con una profunda inspiración.

—Eric ha estado aquí, en mi habitación.

Le parece que la piel de Naomie se torna blanca como la leche. A continuación, se vuelve icterica. Más tarde, azulada. Luego, amarrotada. Para terminar, adquiere de nuevo un tono pálido, casi mortecino. No habla, está inmóvil sobre la cama, con la boca ligeramente abierta. Andrew decide continuar:

—Pensé que había sido un sueño, una imaginación. Pero ha sido real, lo sé. Tan real como tú lo eres ahora. Piénsalo, tiene mucho sentido.

—¿Sentido? ¡Por mucho que lo intento no consigo vérselo por ninguna parte! Si está en Canvas, ¿cómo es posible que nadie le haya visto durante todo este tiempo?

Andrew recuerda las palabras de Eric, las escucha en su mente.

*No puedo irme todavía, por eso estoy escondido.*

—Está escondido —repite él en voz alta.

Naomie niega con la cabeza.

—¿Por qué iba a esconderse?

Esta vez, Andrew recrea la voz de Rhys.

*Eric tiene más de un enemigo en Canvas, mucha gente que quiere hacerle daño. El peor de todos está en su familia.*

—Para protegerse, quizá —dice, dubitativo—. Alguien iba tras él. De hecho, encontraron su sangre. Alguien consiguió herirle aquella noche... Tal vez pensó que no le quedaba más remedio que esconderse y, ahora, está esperando el momento oportuno para largarse de aquí.

—Está bien, pongamos que eso es cierto. ¿Dónde está escondido?

Andrew le había hecho esa misma pregunta a Eric. *Ya lo sabes*, fue su única respuesta. Quizá sea cierto. Se esfuerza en encontrar una respuesta lógica.

—¿Y si se oculta en casa de Emmet? —propone como posible opción—. ¿Y si ése es su papel en toda esta historia?

—No, ellos dos ni siquiera llegaron a conocerse.

—Eso es lo que Emmet te dijo. ¿Fue antes o después de contarte que habían atropellado a su padre? No podemos dar nada por hecho, Naomie. Hay muchas cosas sobre Eric que no conocemos. Piénsalo, seguí al encapuchado aquella noche y me llevó hasta casa de los Benson. Supuse que se trataba de Emmet pero lo cierto es que nunca le vi la cara. Quedé con Eric en el parque Willow el día que desapareció y allí estaba el encapuchado. Fui al callejón donde encontraron su sangre, ¡y allí estaba el encapuchado! ¿Y si siempre se trató de Eric? Saliendo de noche, caminando entre las sombras para pasar desapercibido, ocultándose bajo una capucha negra... Puede que Emmet, siempre tan misterioso y esquivo, solo esté intentando protegerle, guardar su secreto.

—Yo estuve en esa casa, Eric no estab... —no puede terminar la palabra.

El recuerdo de su visita a casa de Emmet acude a su mente con agresividad, como un fogonazo. Se ve a ella misma frente a la puerta cerrada que daba al sótano, escuchando el ruido que se oía tras ella. ¡Clong, clong, clong! Una y otra vez, golpes metálicos y el sonido de algo pesado al ser arrastrado. Estuvo a punto de abrir la puerta pero entonces Emmet apareció.

*¡Otra vez esas dichosas tuberías!* —había dicho él—, *la primera vez que escuché ese ruido pensé que había alguien en el sótano. Pero resulta que solo son un montón de viejas y oxidadas tuberías.*

Alguien en el sótano.

—Dios mío — a Naomie le fallan las fuerzas y se sienta en la cama—, el sótano... Todo esto es de locos.

—Sí, lo sé —Andrew se acerca a la ventana y mira calle arriba. A lo lejos divisa la casa de los Benson/Pitarse. Se estremece. Es vieja, oscura y sin vida. Resulta tan espeluznante como sus propios inquilinos. Pero ha adquirido un tono más perturbador todavía desde la última vez que la contemplara, pues ahora, además, es la casa donde se esconde Eric. Han estado tan cerca el uno

del otro durante todo este tiempo...

—Hay algo que todavía no entiendo —dice Naomie—. Si Emmet solo intenta protegerle, entonces, ¿quién me ha enviado la muñeca? ¿quién me envió los carteles? ¿quién intentó atropellarme?!

Todavía junto a la ventana, Andrew cierra los ojos con fuerza. Esperaba no tener que llegar a esa parte de la conversación, aunque tenía claro que era una cuestión de tiempo tener que abordarla. De nuevo, las palabras de Eric aguijonean su cerebro y, esta vez, resultan profundamente dolorosas.

*Alguien tiene que darle un escarmiento. Se ha vuelto maleducada, egoísta y grosera. Pero qué más da, dejemos de hablar de ella.*

—Creo que ha sido Eric.

Naomie no tiene fuerzas suficientes para rebatirle o avasallarle a más preguntas. Se limita a aceptar la declaración y a permanecer en silencio. Andrew continúa:

—Tú te peleaste con él antes de que desapareciera.

*¡Deja de hablarme como si fuera una alcohólica y una zorra!* —había gritado Naomie—. *Todos sabemos que ese puesto es tuyo...*

—Eric puede ser muy vengativo cuando quiere. Puede que esté intentando darte una lección.

Naomie recuerda las palabras que ella misma dijo al inspector Rodríguez cuando la interrogó en comisaría:

*Eric no es del tipo de persona a quién puedes joder y salirte de rositas. Si le atacas, tarde o temprano él te la devolverá con más fuerza todavía. Es mejor tenerle de amigo que de enemigo.*

Asiente, con la mirada perdida y los brazos cruzados.

—La muñeca que dejaron en mi cuarto —dice ella—, la he visto antes. Sí, la he visto en la habitación de Eric... Él tiene una igual.

—O tenía.

A Naomie le resbala una lágrima mejilla abajo.

—Hay una gran diferencia entre ser vengativo y actuar como un psicópata. Eric no puede estar haciéndome esto —lo dice más como un ruego que como una afirmación.

Andrew se encoge de hombros. Camina hasta el pie de la cama y se sienta junto a ella.

—Sea como sea, debemos volver a esa casa y necesitamos un buen pretexto para hacerlo.

—Créeme, Emmet no quiere vernos ni en pintura. Jamás conseguiremos que nos deje pasar. Es inútil intentarlo. Nunca podremos llegar hasta Eric.

—Eso ya lo veremos...

Naomie alza la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si no podemos entrar por las buenas, entonces entraremos por las malas. Vamos a colarnos en casa de los Benson, o como narices se llamen, y vamos a descubrir la verdad de una vez por todas. Ha llegado el momento de que saquemos a Eric de su escondite y tengamos una conversación. Los tres, cara a cara. Tenemos muchas preguntas. Y él nos debe muchísimas respuestas —se levanta de nuevo, enérgico, y le tiende la mano a Naomie—. ¿Y bien, vienes conmigo o qué?

## CAPÍTULO 23

Naomie observa la mano de Andrew durante unos segundos.

*Joder, esto va en serio. Vamos a ir a buscar a Eric, le sacaremos de su escondite y éste cuento habrá acabado. Fin. Y, aunque es lo que más deseo en el mundo, no puedo desprenderme de la sensación de que es demasiado precipitado, de que estamos pasando algo por alto...*

—Pues claro que vengo contigo —le agarra la mano y se levanta—. Terminemos con esto.

Naomie sigue a Andrew hasta la cocina. El muchacho abre el tercer cajón bajo la encimera y saca una pequeña cajita de madera oscura. Cuando levanta la tapa, un montón de llaves quedan al descubierto. Algunas centellean con la luz del sol, otras están demasiado viejas y desgastadas como para tener resplandor alguno. Andrew saca una llave de cobre con una etiqueta en la que puede leerse la palabra “Thompson” en una caligrafía excelente aunque la tinta azul ha empezado a emborronarse.

—La familia Thompson tenía buena relación con mis padres —explica Andrew con orgullo—, así que les dejaron una copia de la llave de su casa por si ocurría alguna emergencia. Lo que significa que, a menos que los Benson cambiasen la cerradura cuando se mudaron... tenemos vía libre. Lo único que debemos hacer es esperar a que Emmet y su madre salgan de la casa y “voilà”.

—Oh —Naomie parece decepcionada mientras asiente—, pensé que tendríamos que colarnos por una ventana o forzar la puerta trasera. Siempre he querido hacer algo así.

Andrew pone los ojos en blanco.

—Has visto demasiadas películas —le reprocha.

—Precisamente por eso, me parece que esto es demasiado... fácil. En las películas, el final siempre se complica de forma inesperada. Nada es tan sencillo como parece.

—Tienes razón pero esto no es una película, esto es la realidad. Y en esta

realidad, cada segundo que pasa es un segundo más en el que Eric se pudre en ese sótano, su familia sufre y las preguntas nos matan por dentro —se mete la llave en el bolsillo, cierra la caja de madera y la coloca de nuevo en el cajón—. Vamos, no hay tiempo que perder.

—¡Espera! —Naomie se precipita hacia el soporte de cuchillos que hay junto a la cafetera eléctrica y coge el cuchillo más pequeño. La hoja no hará más de diez centímetros y el mango es de plástico negro. Se lo guarda en el bolsillo trasero de su tejanos, con precaución de no atravesarse la nalga derecha de arriba abajo. Se da cuenta de que Andrew la contempla inquisitivamente—. Solo por si las cosas se complican más de lo que crees.

Andrew no la rebate. Sube de nuevo a su habitación para vestirse, peinarse, cepillarse los dientes y echarse colonia (Naomie se percata de que ha utilizado la colonia cara que reserva para las ocasiones especiales, la misma que debió de ponerse para su cita con Eric en el parque Willow...). Sin mayor preámbulo, los dos salen de la casa y empiezan a andar calle arriba. Andrew lo hace decidido, con pasos firmes y contundentes. Naomie, esforzándose por seguirle el ritmo, observa a su amigo con cierto asombro.

*Ha trazado un plan y está resuelto a llevarlo a cabo sin titubeos. Más seguro de sí mismo de lo que lo ha estado nunca en nada.*

Siente una asfixiante presión sobre el abdomen provocada por los nervios y las pulsaciones se le aceleran a medida que se acercan a casa de los Piterse. Se pregunta si Andrew también está nervioso. Si lo está, no lo transmite en absoluto.

A unos veinte metros de la fría vivienda de los Piterse, se detienen y se agachan tras una furgoneta blanca y vieja. Desde su improvisado escondite, tienen una buena perspectiva de la parte frontal de la casa y pueden controlar las entradas y salidas de Emmet y su madre.

—Mira, el coche de la señora Piterse no está —indica Andrew. Todavía se siente extraño al llamarla por su apellido real—. Ahora solo necesitamos que Emmet salga a dar un paseo.

—Quizá no hay nadie en casa —se aventura Naomie—. ¿Cómo sabemos que Emmet no ha pasado la noche atracando ancianas por ahí y todavía no ha llegado? Puede que éste sea nuestro mejor momento y estemos perdiendo el tiempo aquí escondidos.

—Es posible, pero no podemos dar ningún paso en falso. Debemos ser pacientes y esperar.

Apenas un par de minutos más tarde, la puerta principal de la casa de abre y Emmet surge de la oscuridad como una aparición espectral. Andrew y Naomie se encogen sobre sí mismos y se miran el uno al otro, en tensión.

—Venga ya —susurra Naomie—. ¿Cuáles eran las posibilidades de que esa casa quedase vacía en tan poco rato? Es demasiada casualidad.

Emmet cierra la puerta tras de sí, baja los escalones del porche y cruza el terreno apagado y sin vida que en otro tiempo estuvo a rebosar de coloridas flores, césped recién cortado y pajarillos alegres. Toma la calle hacia su izquierda y empieza a alejarse en dirección al centro. Desde donde están espiando, los chicos tienen la sensación de que Emmet no camina, sino de que sus pies se deslizan por el suelo sin esfuerzo alguno.

—¿Por qué le das tantas vueltas? —Andrew está exasperado—. Lo único que importa es que tenemos ante nosotros la oportunidad de entrar ahí y encontrarnos con Eric. ¡Así que venga, hagamos esto de una vez!

Se levanta con ímpetu, rodea la furgoneta y empieza a dar largas zancadas hacia la residencia Piterse. Naomie corretea tras él.

—¡Está bien, está bien! Pero, por si te interesa, sigo pensando que todo está siendo demasiado fácil...

Suben las escaleritas del porche y se plantifican ante el portón con la aldaba de bronce.

—Bueno —Andrew suspira—, ha llegado el momento de la verdad.

Introduce la llave en la cerradura y la hace girar. Ñiiiiiiiic. Al abrir la puerta, una corriente de aire frío, casi helado, sale de la casa y les rodea. A Naomie se le eriza la piel. No por el aire, no por el frío, sino porque tiene miedo de lo que pueden encontrarse ahí dentro. De repente, la idea de cruzar la línea de la entrada le parece horrible y terrorífica. Está a punto de abrir la boca para comentárselo a Andrew pero el chico ya ha entrado. Se gira hacia ella y le hace un gesto con la mano para que pase.

—¿Qué haces ahí plantada? —le regaña—. ¡Venga!

Naomie obedece. La madera del suelo cruje estrepitosamente a cada paso que da. Andrew estudia la estancia en una extraña mezcla de sobrecogimiento y turbación. El hall de la casa está sumido en las sombras, como si los anchos

ventanales hubiesen sido tapados con cartones. También depara en la alfombra vieja y desgastada; en la ostentosa y anticuada lámpara de araña; en las estrechas escaleras cubiertas de polvo que conducen al segundo piso; en los muebles carcomidos; en los rostros de los cuadros que parecen observarles en su inmóvil mutismo.

—Si así es el recibidor —comenta Andrew—, no quiero imaginar cómo será el sótano.

¡Pam! La puerta se cierra tras ellos y las sombras se hacen todavía más espesas. Naomie se arrima a Andrew y le agarra del brazo.

—Está bien, calmémonos —dice él—. ¿Dónde está Eric?

Naomie levanta la mano que le queda libre y señala el estrecho pasillo que se abre paso desde las escaleras hasta la parte trasera de la casa. No pueden ver el final.

—El sótano es la tercera puerta a la derecha.

Andrew asiente y empieza a caminar. Naomie se coge a él con más fuerza todavía, le clava las uñas con ansiedad. Andrew se detiene.

—¿A dónde vas? —pregunta con brusquedad.

—Contigo.

—No, alguien tiene que quedarse aquí a vigilar.

—¿¡Qué?! —exclama—. ¡Eso es una idea horrible! ¿Es que no has aprendido nada de las películas de terror o qué? Siempre que los protagonistas se separan son atrapados, torturados y despedazados.

—No nos queda otro remedio. Imagínate que Emmet y su madre vuelven mientras estamos ahí abajo. Entonces sí que acabaríamos troceados o hechos picadillo.

Naomie asiente, ha comprendido que su amigo tiene razón, pero le surge una nueva objeción.

—¿Y por qué tengo que ser yo la que se quede aquí esperando? —pregunta indignada.

—Porque yo te lo pido.

El argumento no la convence. Niega con la cabeza.

—Ni hablar. Si Eric es la persona que ha estado acosándome estos días, entonces tengo derecho a ser la primera en ir a buscarle y...

—Por favor —la interrumpe. Su tono es contundente, inquebrantable, pero

Naomie percibe la súplica en su penetrante mirada. Es tan intensa, tan sobrecogedora, que se siente incapaz de rebatirle.

*Eric es mi amigo y le quiero. Pero Andrew le ama. Por muy mal que yo lo haya pasado, él lo ha pasado peor. Nadie se merece más que él poder ser el primero en encontrarse con Eric. Pretender otra cosa sería egoísta por mi parte.*

Naomie le suelta el brazo.

—Ve a buscarle y vayámonos de aquí —dice al fin—. Los tres.

Andrew le sonrío, agradecido, y cruza el hall hasta el inicio del pasillo. Allí se detiene y se gira para mirar a Naomie una vez más.

—Ten cuidado —dice ella.

Y él asiente. Le da la espalda y empieza a alejarse por el tenebroso pasillo hasta que la oscuridad le envuelve y desaparece.

Naomie está en medio de la sala, completamente sola. Tiene la sensación de que el frío se intensifica cada segundo que pasa y cruza los brazos sobre sí misma para intentar entrar en calor. Depara en el cuadro de una mujer francesa con pelucón que mantiene la mirada clavada en ella. Camina hacia uno de los ventanales y los ojos negros de la mujer del cuadro la siguen hasta allí. A través del cristal ve cómo se extiende la calle a derecha e izquierda. Si Emmet o la señora Piterse regresan les verá venir con suficiente antelación como para llamar a Andrew y salir por patas de allí. Divisa, a lo lejos, la casa de Andrew y también la de todos sus vecinos. Los mismos vecinos que ayudaron a colgar los carteles de “Desaparecido” por la ciudad, los mismos que participan en las partidas de búsqueda, los mismos que visitan a los Lawrence para ofrecerles todo su apoyo... Ninguno de ellos puede imaginar que Eric está a tan solo unos metros de distancia.

Crack. Algo cruje a su espalda. Se gira al instante, con el estómago encogido, preparada para encontrarse cualquier cosa. Nada. Descubre, con cierto alivio, que sigue sola. Más frío.

*Dios, ojalá Andrew vuelva pronto. Esta casa me pone los pelos de punta.*

Quiere irse. Y quiere hacerlo con Andrew y Eric. Se atreve a imaginar lo que ocurrirá en cuanto vea aparecer a Eric por el pasillo. Es probable que no pueda evitar arrancar a correr hacia él y darle uno de esos abrazos que amenazan con romperle a uno las costillas. Y justo después, en cuanto se

reponga de la emoción y se seque la lagrimita, piensa romperle las costillas de verdad. Y las piernas. Y varios dientes. ¿Cómo puede haber sido capaz de hacerle todo lo que le ha hecho? ¡Ella es su mejor amiga! O lo era, ya no puede estar segura. Al fin y al cabo, intentó hacerla puré bajo las ruedas de un coche... ¡Es de locos! ¿Y todo por una simple discusión? Le cuesta de creer y de entender.

*Tendremos que mantener una buena conversación después de todo lo que ha ocurrido. Hablar laaaaaargo y tendido... como muy pocos adolescentes de dieciocho años habrán tenido que hacer jamás.*

¡Crack! Esta vez, el crujido suena mucho más cerca, justo tras ella. Naomie se da la vuelta.

—¡Ah! —se le escapa un grito ahogado y da un paso atrás. Contempla a la señora Piterse con pavor. La mujer se mantiene inmóvil ante ella, su rostro es una máscara inexpugnable. Naomie comprende, paralizada por el miedo, que acaban de meterse en un buen lío.

*Joder. ¿De dónde demonios ha salido?*

La señora Piterse da un paso hacia delante con visible satisfacción y suficiencia. Su rostro blanquecino y su pelo naranja chillón hacen que, entre las tinieblas del salón, se confunda con uno de esos payasos estrambóticos sacados de una novela de Stephen King.

—Debisteis hacer caso a mi hijo Emmet y no volver jamás a esta casa —dice—. ¡Con lo tranquilos que estábamos todos! Pero, al parecer, no podéis evitar meter las narices donde no os llaman —se encoge de hombros y da un paso más. Repiquetea con las uñas en un pequeño mueble sobre el que descansa una lámpara beige, un jarrón de porcelana y un teléfono dial de los años cincuenta—. ¡Qué pena! Me habría gustado que las cosas salieran de otra manera pero...

En un gesto fugaz, la señora Piterse agarra el jarrón y se abalanza sobre Naomie. Ella no tiene tiempo a reaccionar. Se limita a contemplar, con los músculos agarrotados y los pies clavados en el suelo, como la señora Piterse levanta el jarrón y... ¡Crash! Se resquebraja en cientos de pedazos cuando colisiona contra su cabeza. Naomie siente el terrible pinchazo que atraviesa su cerebro y se le enturbia la visión. Un segundo más tarde, incapaz de mantenerse en pie, se desploma en mitad del hall. Ahora, la señora Piterse no

es más que una silueta borrosa. Puede notar que algo viscoso y caliente se desliza por su frente.

*¡Andrew, cuidado, nos han pillado!* —quiere gritar, pero no puede articular palabra—. *¡Lárgate de aquí, ya!*

La puerta principal se abre. Naomie lo sabe porque escucha el crujir de la puerta y la luz que entra le hiere los ojos. Los cierra y se siente un poco mejor.

—Han caído en su propia trampa —escucha que dice una voz masculina, resbaladiza como baba de caracol. Pese a la conmoción, no tiene la más mínima duda de que se trata de Emmet—. *¿Dónde está el chico?*

—En el sótano —responde la madre—. Ve a por él, antes de que encuentre a Eric.

—Está bien.

Oye unos pasos que se alejan, veloces.

*¡Corre, por favor, Andrew! ¡Van a por ti!*

Está a punto de perder el conocimiento, lo sabe. Antes de hacerlo, solo puede pensar en una única cosa: ella tenía razón. Advirtió a Andrew, todo estaba siendo demasiado fácil. Ningún final resulta tan sencillo, lo sabe por las películas. Siempre hay un último giro inesperado que lo complica todo. Ellos acaban de convertirse en los protagonistas de su propia película de terror. Lo único que desea es que, por lo menos, ésta no sea una de esas películas que terminan con todos los personajes muertos.

Andrew deja la cocina a su izquierda y sigue andando por el pasillo, un corredor angosto y sombrío. Solo entra un poco de claridad por la cocina y el hall, escasa pero suficiente para que Andrew pueda andar sin golpearse contra las paredes desconchadas o tropezarse con un tablón del suelo medio levantado. Todas las puertas están cerradas y, aunque eso le produce cierta sensación de claustrofobia y sofoco, agradece no saber lo que hay más allá de ellas. Cada vez que descubre un nuevo rincón de la casa, más horrible y fantasmal le parece. No le extraña que la familia Thompson decidiera largarse lejos, muy lejos. Se detiene ante la tercera puerta a la derecha y coloca la mano sobre el pomo ovalado. Andrew se siente sobrecogido. Una capa de madera vieja y carcomida es lo único que le separa de Eric. Respira profundamente y suelta el aire con extrema lentitud. Gira el pomo y abre la

puerta. Lo único que Andrew consigue ver son unos escalones que descienden abruptamente hasta el sótano, pero más allá de ellos solo hay oscuridad. Acciona el interruptor que hay a la izquierda y se enciende una bombilla que cuelga del techo. Alrededor de la luz, puede verse el anárquico e incesante bailoteo de millones de motas de polvo. Una vez terminan las escaleras, el sótano se abre a la izquierda, así que Andrew no puede ver nada desde la puerta.

—¿Eric, estás ahí? —se atreve a preguntar con un nudo en el estómago. Nadie contesta. Reina el silencio más absoluto—. ¿Eric...?

Andrew no consigue descifrar el motivo, pero tiene miedo. De pronto no quiere bajar las escaleras y meterse en aquel lugar de espanto. La bombilla se balancea de un lado a otro, colgando de su cable deshilachado.

*No seas miedica, se regaña, no hay monstruos ahí abajo, al terminar las escaleras y doblar la esquina. Solo Eric. Vamos, ve de una vez, él te está esperando...*

Baja el primer escalón. El olor a humedad le obliga a arrugar la nariz. Un nuevo peldaño. Y otro más.

—¿Eric, soy yo, Andrew!

Nada. Puede imaginarse a Eric agazapado en un rincón, tapándose la boca con las manos y aguantando la respiración para no hacer el más mínimo ruido, maldiciéndose a sí mismo por haber sido descubierto. Andrew quiere decirle que no tiene motivos para esconderse o, por lo menos, para esconderse de él. Por grave que sea el lío en el que está metido, o por peligrosa que sea la gente que va tras él, Eric siempre podrá contar con Andrew. No hay razón para que pase por todo esto solo, Andrew está deseando tenderle una mano, apoyarle en todo lo posible, ayudarle a salir de ese agujero negro y mohoso.

Otro escalón. Inconscientemente, se pasa la mano por el cabello y se retoca el cuello de la camisa. ¡Por fin ha llegado el momento! Nunca podría haber sospechado lo mucho que es posible echar de menos a alguien, así como la ansiedad que puede producir la idea de un reencuentro inminente. En su imaginación puede recrear lo que está a punto de ocurrir: Andrew estallará en llanto por la euforia. Eric, quizá, también, aunque no puede estar tan seguro de eso. Correrá hasta su amigo y le abrazará con todas sus fuerzas durante un minuto entero. O dos. Tal vez, incluso, se atreva a darle un beso... Se sonroja

ante la idea.

Desciende un par de peldaños más. Imagina lo que ocurrirá una vez salgan de la casa. O, mejor dicho, cuando Andrew logre persuadir a Eric para que termine con todo este circo. Saldrán a la superficie y la realidad se impondrá sobre ellos. Los carteles de *Desaparecido* serán arrancados de los tablones, los árboles y las farolas; los padres de Eric respirarán aliviados y el inspector Rodríguez podrá cerrar el caso y celebrarlo con un par de rosquillas extra. Pero Eric, inevitablemente, tendrá que pagar el precio por el sufrimiento infligido, por las mentiras, por el movimiento policial, por Naomie... Sí, Andrew es consciente de que las cosas no serán fáciles para Eric allá afuera, pero también sabe que no puede esconderse de por vida. Tiene que salir al mundo, enfrentarse a sus propios actos y también a sus miedos, los mismos miedos que le empujaron a querer desaparecer de la faz de la tierra. Espera poder convencerle aunque no tiene ni idea de cómo lo hará...

Sigue descendiendo por las estrechas escaleras cubiertas de polvo y con espesas telarañas en los rincones. Más allá del porvenir inminente, Andrew también fantasea con un futuro más lejano. Ve a Eric y se ve a sí mismo. Juntos. *Creo que está enamorado de ti*, le dijo Rhys en la discoteca, *se le ilumina la cara cada vez que te menciona*. Y si eso es cierto, entonces no hay motivo para que sigan negándolo, para que sigan fingiendo que su cariño no trasciende lo estrictamente amistoso, para no besarle cuando lo desee o cogerle de la mano cuando caminen juntos por la calle. No, no hay motivo alguno para seguir escondiéndose, en ninguno de los sentidos de la palabra.

¡Clong, clong, clong! Andrew se detiene al instante, con el vello de la nuca erizado. Ha sido un sonido fuerte y contundente, metálico, y procede del sótano.

*Ése debe ser el ruido del que me habló Naomie...*

En su imaginación vuelve a recrear a Eric, pero esta vez con la boca tapada con cinta adhesiva y atado con unas cadenas herrumbrosas. Dos de ellas salen del techo, una de cada extremo, y le atan los brazos a la altura de las muñecas. Otras dos salen del suelo y le agarran los tobillos. Eric parece flotar en mitad de la habitación. Cada vez que se agita en un lastimoso intento por soltarse, las cadenas golpean los goznes y emiten ese sonido perturbador. ¡Clong, clong, clong!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, vuelve a ponerse en marcha, aterrorizado por lo que puede encontrarse al doblar la esquina. Baja el último escalón, gira a su izquierda y el sótano aparece ante él. Se trata de una estancia cuadrada y pequeña, llena de sombras que cambian de forma y tamaño con el balanceo de la bombilla desnuda. El cemento con el que se forraron las cuatro paredes se ha desprendido en algunas zonas, dejando al descubierto los ladrillos rojizos que hay tras él. Hay una lavadora destartada en un rincón y uno de esos congeladores enormes en forma de arcón donde se pueden almacenar alimentos para subsistir durante meses. También hay un pequeño televisor rojo cubierto de polvo colgando de la pared y un par de estanterías metálicas llenas de botes de legumbres, comida enlatada, garrafas de aceite y Tetra Briks de leche. La buena noticia es que Eric no está atado de pies y manos como se ha imaginado hace unos segundos. La mala es que Eric, simplemente, no está en el sótano.

—No puede ser —Andrew recorre el espacio con la mirada, de derecha a izquierda, y cuando termina vuelve a empezar, siempre con el iluso convencimiento de que su amigo estará ahí la próxima vez que mire. La sombría estancia, sin embargo, permanece desierta. Quiere gritar de desesperación pero no lo hace. Permanece inmóvil, incrédulo, sintiéndose más estúpido que nunca—. Él tenía que estar aquí...

¡Clong, clong, clong! De nuevo el ruido, esta vez más cercano. Andrew se fija en un entramado enorme y complejo de tuberías oxidadas que cubre la pared izquierda. Empiezan a vibrar. Primero lo hacen de forma sutil, pero poco a poco el movimiento se vuelve más brusco, salvaje, al mismo tiempo que el sonido metálico se escucha más fuerte y chirriante. ¡CLONG, CLONG, CLONG!

—Emmet dijo la verdad —comprende Andrew, pálido—, solo son tuberías.

No es posible. Ha estado seguro de que Eric se esconde justo aquí; en este preciso instante deberían estar abrazándose y regresando a casa cogidos de la mano... No puede haberse equivocado tanto. Necesita que todo esto termine, ya no le quedan fuerzas para empezar con todo de nuevo. Con las preguntas, la incertidumbre, el miedo.

—Él tenía que estar aquí... —repite en un susurro.

Avanza hasta el centro de la estancia y se sitúa junto a un par de sillas de madera astillada. No le habían llamado la atención, pero ahora se fija en ellas con inquietud. Están separadas unos dos metros la una de la otra y sobre cada asiento reposa un manajo enmarañado y ennegrecido de cuerda de esparto. También depara en los montoncitos de tierra húmeda que hay en el suelo, formando un rastro serpenteante. Camina con pasos cortitos, avanzando junto el caminito de tierra sin perderlo de vista. ¡Clack! Su pie golpea algo metálico, justo en el lugar en el que los montoncitos terminan. Andrew descubre, con creciente turbación, que se trata de una de esas palas usadas en la construcción, de grueso mango de madera y plancha metálica, ligeramente cóncava. Está tirada en el suelo y manchada de barro, junto al arcón-congelador. Repara en que el aparato está desenchufado y que el asa también está sucia de lodo, como si alguien lo hubiese abierto con las manos enfangadas. Se coloca ante él, cada vez más intranquilo, y le da por pensar que ahí dentro cabe sin problema una persona. Agarra el asidero con las dos manos, todos sus músculos en tensión. La bombilla todavía se mueve de un lado a otro y las tuberías continúan con su incesante ronroneo. Da un leve tirón hacia arriba y la puerta del congelador se abre...

El olor a humedad que le ha dificultado la respiración hasta el momento es sustituido por otro olor más fuerte y penetrante, como a carne podrida, que hace que su estómago se contraiga y deba taparse la nariz y la boca con una mano. Durante un instante, su ingenuidad le conduce a pensar que el hedor procede de comida en mal estado (quizá medio pavo de la pasada Acción de Gracias que está siendo devorado por los gusanos, o un entrecote de ternera que ha perdido toda firmeza y el color rojo intenso para convertirse en una masa gelatinosa y verde). Pero pronto comprende que no se trata de comida. Lo primero que ve, con ojos desorbitados, son unas manos esqueléticas y azuladas. La piel, resquebrajada en algunas zonas, se ha levantado en girones y ha dejado al descubierto carne pútrida y tendones amarillentos. Cuando consigue dejar de mirar con absoluta y terrorífica fijación aquellas manos cadavéricas, contempla el cuerpo con mayor perspectiva. Está hundido en el arcón, boca arriba, con las piernas contorsionadas de forma grotesca y el cuello doblado hacia delante. Viste una camisa azul celeste (se niega a reconocerla, pero la ha visto antes), aunque ahora no es más que un manajo de

tela llena de sangre y tierra, con dos agujeros en el pecho. Decenas, quizá cientos, de gusanos blancos y gordos como el dedo meñique, se arrastran y se retuercen incansables en su lucha por atravesar la ropa y probar un delicioso, succulento y putrefacto bocado de carne humana. A Andrew, sin embargo, lo que más consigue paralizarle es el rostro del fiambre. Una enmarañada red de venas azul oscuro, casi negras, se extiende bajo la translúcida piel. Mechones de pelo apelmazado, lleno de suciedad y sangre, le cubren la frente. Tiene los ojos hundidos en las cuencas y están rodeados por dos óvalos grandes y amoratados. Los labios son un pedazo de carne renegrida que se ha contraído, dejando al descubierto una sonrisa macabra y estática. En la comisura, más gusanos se mueven en constantes convulsiones, en un deseo feroz por entrarle en la boca. Poco se parece éste despojo corrompido e infecto a la persona que un día fue. Pero Andrew le reconoce en el acto, por supuesto, y sus peores miedos se materializan ante él, devastadores.

Eric Lawrence está muerto.

—No —es lo único que logra pronunciar—. No, no, no, no...

No consigue apartar la mirada de lo que queda de su amigo. Quiere hacerlo, pero no puede. Está paralizado, con el brazo que sujeta la puerta del congelador en lo alto, rígido e inmóvil. Todo lo que ha imaginado que ocurriría tras encontrarse con Eric, así como el futuro que ha planeado para los dos... se ha desvanecido en un instante. Ahora no queda nada, salvo un dolor de dimensiones inimaginables y la más absoluta oscuridad. Durante escasos segundos, sintiéndose como una botella en el mar siendo arrastrada por la corriente, consigue preguntarse cómo es posible que alguien como Eric (siempre tan atractivo, de sonrisa provocativa, sutilmente perfumado y bien vestido) puede llegar a convertirse en... eso. Es la muerte, se responde, que lo alcanza y lo corrompe todo, que es capaz de convertir en repugnante y espantoso hasta lo más bello y puro. Este pensamiento se le antoja el más terrorífico que ha tenido jamás. A continuación, su visión se vuelve borrosa, las piernas empiezan a temblarle y siente un enorme vacío en el pecho.

—Vaya, vaya, vaya... —dice una voz tras él. Andrew suelta el asidero en un acto reflejo y la puerta del congelador se cierra con un golpe seco, ocultando de nuevo el cuerpo de Eric. Se da la vuelta con brusquedad y descubre a Emmet Piterse plantado ante él. Los han descubierto. De inmediato

piensa en Naomie y se preocupa por ella. Espera que Emmet no le haya hecho daño. Con una sonrisa amarga, el joven Piterse comenta—: Parece que ya estamos todos.

Y entonces arremete contra Andrew con el puño en alto y le golpea con fiereza. Andrew escucha su mandíbula crujir. Luego cae al suelo y empieza a soñar...

## CAPÍTULO 24

Andrew está sentado en un banco del parque Willow, ante una gran fuente ovalada de piedra. Está decorada con conseguidas esculturas de hombres fuertes que sostienen lanzas y espadas, caballos relinchando silenciosos y mujeres llorando, todos revueltos en un amasijo marmóreo. Andrew supone que es la representación de alguna batalla importante en la historia de Canvas, pero no puede estar seguro. Suspira profundamente, relajado. El sol calienta, todavía, y los pájaros cantan alegres. Pronto se percata, sin embargo, de que hoy hay algo distinto, fuera de lugar. El verde de los árboles y las plantas es demasiado intenso, el canto de los pájaros demasiado fuerte y el resplandor del agua demasiado brillante. Todo a su alrededor ha adquirido un tono fantástico, irreal. Le duele la cabeza.

—De todos los lugares en los que podías estar, ¿por qué has escogido éste? —pregunta una voz, junto a él.

Andrew descubre a Eric sentado a su lado, tan espléndido y hermoso como siempre. No se sorprende al verle, como si la mera existencia de su amigo no supusiera una transgresión a las leyes de la lógica y la naturaleza. Se encoge de hombros.

—Me gusta estar aquí. Siempre huele a tierra húmeda, como si acabara de llover. Eso me reconforta.

Eric asiente y sonríe.

—Mi dulce Andrew... —alarga la mano hasta su mejilla y le acaricia con ternura, aunque Andrew no nota el contacto de su piel.

—No eres real —anuncia—. Tampoco fuiste real en mi habitación, ayer por la noche. Aunque creí que lo eras, creí que viniste a verme y que me besaste. ¿Qué tontería, no? No eres más que una alucinación.

—Tienes razón —admite sin inmutarse—, pero eso no significa que no podamos disfrutar de este momento juntos.

Andrew le contempla desde su lado del banco. Sus ojos verdes son profundos y brillantes, llenos de vida, eternos...

—Éste fue el lugar en el que quedamos aquella noche —dice—. Aquí es donde tendríamos que habernos encontrado. Me pregunto qué habrías pensado al descubrir que yo...

—Me habría encantado —responde antes de que acabe de hablar—. Ojalá hubiese llegado a tiempo para verte.

—Mientes —no lo comenta a modo de reproche, sino en actitud claramente resignada—. Eres mi subconsciente, diciéndome lo que quiero oír.

—¿Cuándo me harás caso? ¿Cuándo aprenderás a quererte un poquito más?

Andrew baja la mirada hasta sus pies. Permanecen callados unos segundos, aunque en este ilusorio lugar, el tiempo parece transcurrir con parsimoniosa lentitud. A Eric se le escapa una pequeña risita de incredulidad.

—¿Cómo pudiste pensar que estaba en ese sótano escondido, como una simple cucaracha? ¿A caso no me conoces? Yo no me escondo, jamás. Y tú tampoco deberías.

—Es fácil decirlo.

—Pues entonces encuentra la manera de que también sea fácil hacerlo. Solo vivimos una vez, Andrew, y confía en mí: a veces la vida es mucho más corta de lo que la habíamos imaginado.

—¿Y para qué quiero que sea larga si tú no estás en ella? —pregunta con exasperación.

—No seas tan melodramático. Será difícil para ti, al principio, y seguirás echándome de menos por muchos años que pasen. Pero aprenderás a sobrellevarlo, lo superarás. Créeme, lo sé —el rostro de Andrew se contorsiona por el llanto—. Pobre, pobre Andrew. Debiste obedecerme. Te dije que no le contaras a nadie que me habías visto, ni siquiera a Naomie. Pero no me escuchaste y mira en que lío os habéis metido. Ahora debes despertar.

—¡No! —niega bruscamente con la cabeza—. Quiero estar contigo, no pienso dejarte.

—¿No lo entiendes? —Eric parece preocupado—. Se está acercando. Viene a por ti. Y a por Naomie. Estáis en grave peligro. Si no despiertas ahora, él ganará, y si él gana, todo el sufrimiento habrá sido en vano.

—Pero...

—*Quiero* que hagas justicia, Andrew. ¿No es eso lo que merezco? Vamos, despierta. Despierta o terminarás como yo.

Estira los brazos hacia delante, con las manos juntas formando algo parecido a un cuenco, del mismo modo que lo haría un vagabundo en la calle pidiendo limosna. Andrew aprecia que el interior de aquel cuenco improvisado está lleno de una masa blancuzca que se mueve y ondula sin cesar. Le basta un solo segundo para darse cuenta, horrorizado, que la masa está formada por decenas de partes más pequeñas, todas ellas retorciéndose sin parar. Son gusanos. Eric los sostiene en alto sin inmutarse.

—Terminarás como yo —repite con voz apagada, sin vida.

Andrew niega con la cabeza, incapaz de apartar la vista del asqueroso montón de gusanos. Puede escuchar el sonido viscoso y siseante de sus cuerpos alargados al retorcerse y rozarse entre ellos.

—Terminarás como yo.

Sus manos están ahora cubiertas de llagas y heridas llenas de pus amarilla. Trozos de carne podrida empiezan a desprenderse y caen al suelo dejando un par de metacarpos al descubierto. ¡Chof! Andrew da un paso atrás y levanta la mirada buscando el rostro de su amigo, pero donde hace un momento estaba la cara de Eric, ahora solo hay una calavera cubierta con mechones de pelo enmarañado, trozos de músculo y retazos de piel.

—Oh, sí, terminarás como yo... —dice el muerto viviente y Andrew empieza a gritar a pleno pulmón.

Andrew despierta y vuelve a encontrarse en el sótano de los Piterse. Respira entrecortadamente, agitado, mientras va tomando conciencia de la realidad. Está sentado en una silla, tiene los brazos colocados hacia atrás y las muñecas y los tobillos atados con cuerda de esparto. Forcejea en un intento de liberarse, pero la cuerda está firmemente amarrada. Ante él está el arcón-congelador, aunque tiene la puerta cerrada. A su derecha, a un par de pasos de distancia, Naomie está sentada en otra silla con los brazos y las piernas acordonados. Ella todavía no ha despertado, sigue inconsciente (*por favor, que esté inconsciente y no muerta...*), con un corte en la frente y el rostro ensangrentado.

—Eh, Naomie —la llama Andrew, sin elevar demasiado el tono de voz—. Pssst. Naomie, despierta.

Ella se remueve en su asiento y emite un perezoso gemido, todavía con los ojos cerrados. Andrew se siente aliviado al comprobar que su amiga da

señales de vida.

—Vamos, por favor, despierta.

—Aiiiiiii —se queja Naomie cuando siente un punzante dolor en la cabeza. Abre los ojos, poco a poco, y mira a su alrededor con confusión—. ¿Qué ha pasado?

—Nos han descubierto. Y ahora, por si no te has dado cuenta, estamos secuestrados.

Naomie da un tirón con el brazo, con la esperanza de que el nudo de la cuerda ceda. Pero no lo hace.

—¡Mierda, estamos bien jodidos! —intenta separar sus pies pero también están atados por los tobillos y no consigue moverlos ni un solo milímetro—. ¡Mierda, mierda, mierda! —al momento de enervación, le sigue otro de resignación. Suspira—. No pude reaccionar... La señora Piterse apareció de la nada. Quise avisarte pero... —se le quiebra la voz—. ¿Y qué hay de Eric? ¿Le has visto?

—Eh... —Andrew se siente diminuto ante la expresión esperanzada, casi suplicante, de Naomie. Todavía ve, por el rabillo del ojo, el espantoso arcón. Le sobrevienen unas ganas horribles de llorar, pero intenta controlarse. No quiere decirle la verdad. O, mejor dicho, no es capaz de hacerlo. Lo importante ahora es escapar sanos y salvos de la madriguera en la que se han metido. Y si no lo consiguen y terminan muriendo a manos de Emmet, entonces, ¿para qué añadir sufrimiento al trágico final con más muerte y desesperación?—. No, ni rastro de Eric.

—Oh, vaya, supongo que estábamos equivocados. ¿Cómo pudimos pensar que Emmet le estaba ayudando? Pero aunque Eric no esté aquí, sigue habiendo esperanza para él. Quizá consiguió huir. A Europa, tal vez. Puedo imaginármelo tomando el sol en las playas de Barcelona —sonríe—. O paseando por las calles de París y comiendo croissants en lo alto de la torre Eiffel. O atiborrándose a pizzas acompañado de un italiano bien vestido. Oh, sí, seguro que le va muy bien, esté donde esté.

Andrew desvía su mirada de la de Naomie. Tiene un nudo en la garganta.

—Seguro que sí —consigue decir con esfuerzo. Ojalá fuera cierta cualquiera de las teorías de Naomie porque, aunque eso significara que Eric se marchó sin avisar y que lo más probable fuera que no volvieran a verle

nunca más, implicaría que sigue con vida, feliz a pesar de no estar con ellos —, seguro que sí...

—Ahora el problema lo tenemos nosotros —observa ella mientras lucha inútilmente contra la cuerda, una vez más—. No hay forma humana de deshacerse de estos malditos nudos. ¿Qué piensan hacer esos locos con nosotros?

—Apuesto a que nada bueno...

Naomie está de acuerdo. Nada bueno puede suceder en un lugar tan frío y lóbrego como este. O, mejor dicho, nada bueno puede sucederles a ellos. Ambos se miran, asimilando la cruda realidad, intentando reconfortarse el uno al otro.

*Estamos juntos, por lo menos* —piensa Andrew—. *Eric no tuvo tanta suerte...*

Escuchan la puerta del sótano al abrirse y todos sus sentidos entran en estado de alerta. También reconocen, con creciente ansiedad, el crujir de los escalones. Naomie se imagina a Emmet bajando las escaleras, cargando una enorme motosierra en el hombro, preparado para descuartizarles. Aquella imagen, junto con el apremiante sonido de pasos acercándose, hacen que su instinto de supervivencia se active. Por eso se ve a sí misma, en un súbito y esperanzador destello de claridad, en la cocina de Andrew. Recuerda haber cogido un cuchillo y habérselo metido en el bolsillo trasero de su pantalón. *Solo por si las cosas se complican más de lo que crees*— había dicho Naomie mientras se guardaba el arma. Y ahora se alegra de haber sido tan precavida.

—¡Por fin habéis despertado! —Emmet baja el último escalón y aparece ante la vista de sus dos rehenes—. ¡Temía que no lo hicierais! Por un momento pensé que se nos había ido la mano... —señala la herida abierta en la frente de Naomie—. Siento los daños colaterales.

La chica no responde. Con los brazos atados hacia atrás, alarga la mano todo lo que puede, intentando alcanzar el bolsillo trasero del pantalón. Lo hace despacio, con disimulo, pero Emmet la contempla con ojos despiertos y brillantes.

—¿No estarás buscando esto, querida? —sostiene algo en el aire y se lo muestra a ella, victorioso. Naomie reconoce *el cuchillo*, y vuelve a sentirse

descorazonada al comprender que la única oportunidad de escapar está en manos de su secuestrador. *Mierda*—. Vamos, ¿de verdad creías que se me pasaría por alto? No tengo intención de dejaros escapar tan fácilmente. No, primero tenemos que saldar cuentas...

—¿Por qué haces todo esto? —inquire Naomie—. ¿Qué quieres de nosotros?

—Las preguntas aquí las hago yo —informa con sequedad—. Vosotros habéis perdido el derecho a hacerlas al colaros en mi casa. Hay muchas cosas de las que quiero que hablemos —se acerca hasta el arcón-congelador y apoya una mano sobre él—. Empecemos hablando de lo que hay aquí dentro.

Agarra el asa de la puerta y tira de ella.

—¡No! —exclama Andrew. Por un momento se olvida que está atado e intenta levantarse. Emmet se detiene, la puerta del congelador se ha abierto solo un par de centímetros y no se ve lo que hay en su interior—. Por favor, no lo hagas.

Naomie dirige a su amigo una mirada inquisitiva.

—¿Por qué no? —Emmet enarca una ceja—. Vosotros queríais que lo trajera hasta aquí, ¿verdad? Bueno, pues aquí lo tenéis.

Da un nuevo tirón. Esta vez, la puerta del congelador se abre de par en par y los chicos ven en primer plano todo su contenido. El olor a putrefacción inunda de nuevo el lugar. Andrew cierra los ojos y deja caer la cabeza, apoyando el mentón sobre el pecho, en un gesto desconsolado. Naomie está paralizada, la mirada fija en el cuerpo inerte de Eric. No grita, tampoco llora ni se desmaya por el impacto. Permanece inmóvil, con el rostro blanquecino y ausente de toda emoción. Susurra algo en un tono de voz casi inaudible.

—¿Qué has dicho? —Emmet está visiblemente malhumorado.

Entonces, Naomie levanta la vista y le atraviesa con la mirada. Su expresión se ha vuelto enfurecida, sus ojos irradian odio a borbotones.

—He dicho —empieza Naomie, recreándose en cada una de sus palabras—, que voy a hacerte pagar por esto... ¡Maldito hijo de puta!

Emmet esboza una sonrisa irónica. Cierra el congelador y se sitúa ante Naomie. Levanta el cuchillo y apoya la punta mortecina justo bajo el lóbulo de su oreja derecha.

—No deberías ser tan grosera —dice él—, soy yo quien tiene un arma, ¿recuerdas?

Desplaza el cuchillo lenta y suavemente por el cuello de Naomie, recorriéndolo hasta el otro extremo. Solo sería necesario aplicar un poco de fuerza para abrirle la garganta, pero no lo hace. Ella le dedica una mirada desafiante cargada de odio. Emmet sonrío de nuevo y aparta el cuchillo de su blanca y delicada piel. Naomie traga saliva y Andrew suspira con alivio.

—Además, ¿a qué viene tanta sorpresa? —pregunta Emmet—. ¿A caso vais a decirme que no fuisteis vosotros quienes me enviaron las fotografías?

—¿De qué estás hablando? —Andrew frunce el entrecejo—. ¿Qué fotografías?

—No sabemos a lo que te refieres... —ratifica Naomie.

Emmet aprieta la mandíbula y cierra la mano con fuerza alrededor del mango del cuchillo, estrangulándolo.

—No os hagáis los estúpidos, joder. ¿Creéis que no sé cuál era vuestro plan desde el principio? Os asegurasteis de que escondiera el cuerpo de Eric en mi casa para poder dar la voz de alarma. Era la jugada perfecta, ¿verdad? Mi madre y yo seríamos inculcados por asesinato y vosotros os libraríais de toda sospecha. ¡Mejor aún! Quedaríais como los héroes que resolvieron el caso Lawrence. ¡Dos pájaros de un tiro! Pero os ha salido mal, muy mal...

—¿Estás escuchando las palabras que salen de tu boca? —inquire Naomie—. Nosotros no tenemos que librarnos de ninguna sospecha porque no hemos hecho nada malo. ¡Eric era nuestro amigo! Aquí, el único asesino que hay eres tú.

—¡Mientes! —Emmet escupe al hablar. Sus ojos están abiertos de par en par, parece que van a salirse de sus órbitas. Apunta la cara de Naomie con el cuchillo y ella comprende que está desquiciado—. ¡Mientes, mientes, mientes! ¡Eres una jodida mentirosa! Se te da genial hacerte la mosquita muerta, cómo el día en que viniste a mi casa para pedirme disculpas. Yo te invité a pasar, ¡ingenuo de mí!, y tú eras amable y me sonreías. Debí habérmelo imaginado entonces, debió sorprenderme que una chica como tú fuera amable con alguien como yo. Pero lo único que hacías era estudiarme, a mí y a esta casa. Supongo que no querías dejar ningún cabo suelto. Y luego me enviasteis las fotografías. Sí, esas putas fotografías...

Desde que Andrew y Naomie conocen a Emmet, han coincidido en que se trata de un chico extraño y peculiar, enigmático, tenebroso, casi fantasmal. Pero ahora, por primera vez, le ven como un demente. Emmet no es más que un pobre perturbado que parece vivir una realidad paralela. En esta realidad trastornada, Andrew y Naomie son unos crueles y retorcidos asesinos que, después de deshacerse de su amigo, pretenden inculparle. Él no es más que una víctima a quien dos psicópatas están intentando hacer parecer culpable. ¡Pobre, pobre Emmet! Está seguro de no tener nada que ver con la muerte de Eric, aunque el cadáver se encuentre en su propio sótano, pudriéndose desde hace días en el congelador.

—Eres una mentirosa —repite Emmet—. ¡Y tú también! —exclama señalando a Andrew—. ¡Los dos lo sois! ¡Y unos asesinos! Pero eso no me importa. Y tampoco me importa por qué le matasteis. Lo único que quiero es que os lo llevéis, queméis las fotografías y nos dejéis en paz...

Los chicos se miran entre ellos, esperanzados.

—Lo haremos —dice Naomie con ansiedad—. Nos llevaremos el cuerpo de Eric y nos aseguraremos de que nadie le encuentre. También nos desharemos de esas dichosas fotos que tanto te preocupan. Y podrás vivir tranquilo. Aquí, en esta casa, con tu madre, todo el tiempo que quieras. Lo prometo.

—¿De verdad? —Emmet los estudia con detenimiento.

—Por supuesto, sí —contesta mientras asiente con la cabeza desesperadamente—. Te doy mi palabra. Pero para hacerlo tienes que desatarme.

—Está bien— asiente y se acerca hasta ella dando pasos inseguros. Apoya la hoja del cuchillo sobre la cuerda que le constriñe las muñecas.

*Vamos, desátame* —ruega Naomie en su interior. Todos los músculos de su cuerpo se agarrotan, listos para la acción. En cuanto sus manos y sus pies queden libres, piensa usar la violencia. Será algo rápido, inesperado, tal vez un buen puñetazo o una patada en la entrepierna que le deje fuera de juego. Sí, piensa darle su buen merecido antes de desatar a Andrew y salir por patas de ahí—. *Corta la cuerda. Venga, por favor, hazlo de una vez.*

Pero Emmet aparta el cuchillo y da un paso atrás. Su rostro se ha teñido de furia, una vez más.

—¡Estás mintiéndome, puedo verlo en tus ojos! ¡En cuanto te desate, huirás y la policía vendrá a por mí!

—¿Qué?! ¡No! —nunca ha experimentado tanta impotencia—. ¡Te lo he prometido, no pienso irme!

—Lo siento, no voy a soltarte.

Naomie ha tenido la libertad ante ella. Casi ha podido acariciarla con la punta de sus dedos. Pero esa libertad se ha desvanecido por completo y la chica se siente frustrada. Roja de rabia, empieza a realizar movimientos agresivos y convulsos, luchando con toda su energía contra las cuerdas.

—¡Joder, estás como una puta cabra! —estalla en cólera—. ¡Y tu madre también!

—No-menciones-a-mi-madre —ordena con escalofriante serenidad.

—¿Qué pasa con ella? —le desafía—. Dime, ¿también está involucrada en esto o solo te encubre? ¡Miraos, parecéis sacados de *Psicosis*!

Emmet se plantifica ante ella de una sola zancada. De nuevo, coloca el cuchillo sobre el cuello de Naomie. Ella puede sentir el filo helado sobre su garganta, así como el pulso tembloroso del muchacho, y comprende que está haciendo un gran esfuerzo, reprimiendo sus instintos asesinos que le impulsan a degollarla.

—No te confundas, yo no estoy loco —el sudor le ha apelmazado el pelo amoratado y graso más de lo habitual. También le cubre la frente, desciende por su nariz y cae en un goteo constante sobre el suelo. Su piel, tan pálida y mojada, ha adquirido un brillo enfermizo. Emmet puede perjurar que es la persona más cuerda de Canvas, pero su aspecto conduce a pensar exactamente lo contrario. Quizá, por eso, se esfuerza en repetir—: No, no estoy loco, en absoluto, pero soy capaz de hacer cualquier cosa por la gente a la que quiero, ¿sabes? Si alguien jode a mi familia se puede meter en problemas. Como Andrew y como tú.

—O como tu padre —añade Naomie, sagaz.

—Oh, sí, desde luego. Apuñalé a mi propio padre sin pensarlo dos veces, imaginad lo que puedo hacer con vosotros.

Naomie siente cómo la presión del arma contra el cuello aumenta un poco más. Le duele y teme que su carne ceda bajo la hoja afilada. Entonces ocurre algo inesperado para todos. Las aletas de su nariz empiezan a vibrar. También

sus hombros suben y bajan en pequeñas convulsiones, primero inapreciables, pero cada vez más intensas. Aprieta los labios hasta que se vuelven dos finas líneas y su cara se torna de un color rojo intenso. De repente, incapaz de reprimirse más, estalla en una ruidosa carcajada. Emmet, perplejo, la observa en una mezcla de asombro, curiosidad y enfado. Incluso Andrew la contempla desde su silla, convencido de que Naomie está en shock o de que acaba de volverse loca. Ella ríe y ríe hasta que consigue controlarse y, de nuevo, su risa queda relegada a un ligero y tenue temblor de hombros.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —espeta Emmet, su pulso cada vez más inseguro—. ¡Contéstame!

Ella esboza una sonrisa ladeada de suficiencia.

—Estoy imaginando tu cara de sorpresa cuando la policía os descubra y os meta en la cárcel durante el resto de vuestras patéticas vidas. Todo tu esfuerzo por ocultar la verdad, ¡puf!, está a punto de no servir para nada.

—Eso no va a ocurrir.

—Oh, sí que ocurrirá, te lo aseguro. Nuestros padres saben que hemos venido aquí, se lo hemos contado antes de salir de casa. Cuando empiece a hacerse tarde y se preocupen, este será el primer sitio en que nos buscarán. Y también la policía.

Andrew arruga la frente, confundido. Él no le ha comentado su plan de intrusión a sus padres, por desgracia, y Naomie tampoco se lo ha contado a nadie. Y entonces lo comprende, con expectación y nerviosismo renovados: Naomie está echándose un farol.

—A propósito, ¿crees que eres el único que tiene las fotografías? —continúa ella. Lo cierto es que no tiene ni idea de a qué fotos se refiere Emmet, lo más probable es que solo sean fruto de su desequilibrada imaginación, pero su voz suena segura y contundente—. Tengo decenas de copias escondidas por toda mi habitación. Cuando la policía investigue y registre mi cuarto, ten por seguro que las encontrarán. ¿Y, entonces, qué crees que ocurrirá contigo y con tu maldita madre?

Emmet entrecierra los párpados hasta convertirlos en dos estrechas rendijas por donde despide ira y odio con tanta potencia, que Naomie se siente sobrecogida.

—¡Eso no es posible! —el pulso de Emmet tiembla cada vez más.

—Oh, sí que lo es, créeme.

Emmet agarra el cuchillo tan fuerte que los nudillos se le vuelven blancos. Naomie siente el incremento de presión en su cuello y aguanta la respiración, consciente de que será degollada si se mueve un solo milímetro. Entonces Emmet, como si le diera un fuerte calambre en la mano, retira el arma con un gesto brusco y repentino.

—¡Mamá, tenemos un problema! —grita a pleno pulmón. Se dirige corriendo hasta las escaleras y las sube de dos en dos—. ¡Mamaaaaaá!

Andrew y Naomie se miran el uno al otro. Acaban de quedarse solos en el sótano.

—Tenemos que desatarnos antes de que vuelva —dice Naomie.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —Andrew suplica una respuesta.

Ella estira las manos todo lo que puede y, levantando ligeramente la nalga de la silla, consigue meter dos dedos en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Qué estás buscando? —Andrew la estudia con expectante curiosidad—. Emmet te ha quitado el cuchillo.

—No es necesario que me lo recuerdes, es a mí a quién han estado a punto de trincar —estira un poco más los brazos, hunde las manos hasta el fondo del bolsillo y palpa un objeto pequeño y frío. Consigue agarrarlo, utilizando los dos dedos como si fueran pinzas, y lo saca del pantalón. Andrew se da cuenta de que sostiene un mechero de plástico rojo—. Puede que ese pirado me haya registrado de arriba abajo pero esto se le ha pasado por alto.

—¡Bendigo el momento en el que empezaste a fumar!

Naomie manipula el mechero a ciegas, con mucho cuidado de que no se le caiga. Consigue acercar la boquilla hasta la cuerda que le ata las manos y acciona con energía la ruedecita dentada. ¡Click! La llama azul colisiona contra el esparto y un ligero olor a chamuscado impregna el aire. Siente un creciente calor en la muñeca.

—Por favor, funciona —suplica Naomie. Y entonces el calor se convierte en quemazón—. ¡Au!— en un acto reflejo, levanta el dedo del botón y el mechero se apaga—. ¡Dime que he conseguido romper un poco la cuerda!

Andrew estira el cuello todo lo que puede y observa, anclado en la silla.

—Está un poco ennegrecida, nada más.

Naomie asiente y vuelve a encender el mechero. Esta vez, la sensación de

calor se incrementa mucho más rápido. Aunque se siente tentada a levantar el dedo de nuevo, lo mantiene presionado en un fiero acto de voluntad. No puede perder el tiempo, cada segundo que deja pasar puede suponer la diferencia entre vivir o morir. ¡Pero cómo le arde la muñeca! Cierra los ojos, intentando dejar a un lado el dolor. Inspira y expira, inspira y expira, inspira y...

—¡Duele demasiado! —se lamenta Naomie y una lágrima serpentea mejilla abajo. Suelta el botón del mechero y la llama se desvanece.

—Lo sé, lo sé —dice Andrew, visiblemente angustiado—. Siento muchísimo que tengas que pasar por esto, no te imaginas cuánto. Pero ahora mismo, nuestras vidas dependen de ti. Debes hacerlo, no hay otra opción.

Más lágrimas. Naomie asiente y aspira con fuerza la mucosidad que ya asoma por sus fosas nasales.

—Está bien —se dispone a accionar el mechero pero se detiene. Ambos agudizan el oído, atentos a las voces que llegan desde el piso superior.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Emmet cargado de turbación—. Si dicen la verdad, hay un centenar de copias escondidas ves a saber dónde. Si alguien las descubre, estamos condenados.

—Te dije que era demasiado precipitado —contesta la señora Piterse—. Puede que la mejor opción sea soltarles...

—¿Y entonces qué?! ¿Les liberamos para que corra por la ciudad gritando que tenemos a su amigo pudriéndose en un congelador? No podemos permitirlo, mamá, o todo lo que hemos luchado este último año habrá sido para nada.

—¿Y qué demonios propones?! —su voz tiembla, histérica—. ¿Que nos deshagamos de ellos?

Silencio. Andrew y Naomie siguen escuchando con el corazón en la boca.

—¡Oh, Dios mío! —se lamenta la señora Piterse—. ¡Cómo se han complicado tanto las cosas?! ¡Yo solo quiero vivir tranquila!

—Y lo harás, mamá, en cuanto haya solucionado todo esto.

—¿Cómo?! ¡Acumulando cadáveres en el sótano?!

—¿Qué otra opción tenemos?! Son las únicas personas que saben dónde está Eric. Solo hay una manera de cerrarles la boca.

—Nosotros no somos asesinos.

—Quizá tú no, mamá, pero yo...

Silencio de nuevo, espeso y prolongado.

—De acuerdo —dice al fin la señora Piterse, aparentemente decidida—. Voy a terminar con esto de una vez.

—No, yo lo haré.

—Estás loco si crees que voy a quedarme aquí sentada mientras tú...

—Necesito que me dejes hacerlo —la interrumpe—. Lo único que he querido siempre ha sido protegerte. Por eso hice lo que hice aquél día... Y por eso debo ser yo quien lo haga esta vez. Voy a bajar al sótano y tú vas a quedarte aquí, pase lo que pase, oigas lo que oigas. ¿Entendido?

Andrew y Naomie no pueden ver como la señora Piterse asiente y se cubre el rostro con las manos.

—Bien —concluye Emmet antes de dar media vuelta e ir al encuentro de sus dos rehenes—. Confía en mí, mamá, déjame protegerte. Dos manos manchadas de sangre son más que suficientes.

—¡Ya viene! —exclama Andrew—. Tienes que soltarte, ¡ahora!

Naomie acciona el mechero. La llama impacta contra la cuerda y ésta sigue ennegreciéndose. El calor de la muñeca aumenta hasta doler y, en contra de todos sus instintos, aprieta el botoncito del encendedor con firmeza.

—¡Vamos, rómpete! —ordena—. ¡No podré aguantar demasiado!

Escuchan los pasos rápidos y contundentes en el piso superior. Andrew no puede apartar la vista de la entrada, aguardando con paralizante terror el momento en que Emmet aparezca dispuesto a acabar con ellos.

El fuego parece lesionar más la carne de Naomie que a la cuerda. Su respiración se agita de nuevo y aprieta la mandíbula.

Los pasos están cada vez más cerca. De hecho, los escalones que conducen hasta el sótano han empezado a crujir.

Naomie tiene la sensación de que le están clavando miles de agujas ardientes en la muñeca. Nunca antes ha experimentado tanto dolor. Cierra los ojos y se le escapa un grito largo y profundo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaarg! —ha empezado a llorar.

Un calambre eléctrico recorre el brazo de Naomie, casi como si hubiese metido los dedos en un enchufe, y su mano se abre en un espasmo involuntario. El mechero cae al suelo.

—¡Joder, no! —incluso sabiendo que está atada, Naomie intenta alargar el

brazo para cogerlo. Evidentemente, eso no hace sino aumentar su frustración —. ¡No, no, n...!—. El último *no* es interrumpido porque, cuando levanta la vista, ve a Emmet junto a la entrada. Se da cuenta de que todavía sostiene el cuchillo. No puede evitar pensar en lo irónico de la situación: se ha colado en una casa para liberar a Eric y ha terminado secuestrada; ha mentido sobre las fotografías con la esperanza de que Emmet los dejara marchar pero parece que ha tenido el efecto opuesto; ahora, además, están a punto de ser acuchillados con el arma que ella misma ha cogido de la cocina de Andrew... ¡Es como si todo lo que ha hecho, hubiese dado un giro de ciento ochenta grados para volverse contra ella! O, quizá, sólo ha sido una combinación de penosas coincidencias que han terminado por conducirles a la catástrofe.

—No quería llegar a esto, de verdad —comenta Emmet—, pero, ¿qué opción me queda?

Da un paso adelante. Mira a Naomie, después a Andrew y vuelve a empezar. Los chicos comprenden que está decidiendo el orden en el que...

*...va a acabar con nosotros* —Andrew desea ser el primero. Ha visto el cadáver de Eric, no necesita presenciar cómo acaban con la vida de su mejor amiga también. Se siente cansado y ya no tiene especial deseo por salir de ahí, lo único que quiere es que todo pase lo más rápido posible para poder descansar al fin.

Emmet da un paso más, esta vez en dirección a Naomie: parece que ya ha tomado una decisión. Ella, en un último acto por sobrevivir, vuelve a forcejear contra la cuerda y, esta vez, nota como cede un par de centímetros. Eso ayuda a que recobre un poco de ánimo. Da un nuevo tirón, presionando con los brazos hacia los costados, y los hilos chamuscados de la cuerda empiezan a romperse. Naomie intenta disimular su entusiasmo y Emmet, sin percatarse, se plantifica ante ella.

—Lo siento —dice él y, para la sorpresa de Naomie, detecta un sufrimiento sincero y desconcertante en sus ojos. Levanta la mano con la que sostiene el cuchillo y el arma queda flotando en el aire, imponente y mortal.

—Sí, yo también lo siento —un último tirón con el brazo, tan fuerte y vigoroso, que la cuerda se rompe del todo. Sus muñecas lesionadas ya no están atadas. Es libre. En la milésima de segundo que tarda en darse cuenta de ello, el cuchillo empieza a descender, realizando una curva en el aire hacia el

pecho de Naomie. Ella coge todo el impulso que puede y en medio de un estruendoso grito (esta vez provocado por la furia y la adrenalina, no por el dolor) empuja a Emmet. ¡Pam! El chico pierde el equilibrio, trastabilla hacia atrás y golpea con la espalda una de las estanterías metálicas.

—¡Ah! —se le escapa una exclamación por la sorpresa mientras se desploma en una estrambótica filigrana. El cuchillo se desprende de su mano, se aleja volando y cae al suelo. La estantería se balancea hacia delante y hacia atrás. En su amenazador vaivén, una docena de botes de cristal se precipitan hacia el suelo y se resquebrajan, produciendo un gran estruendo. Algunos, incluso, caen sobre Emmet, quién se tapa el rostro con las manos para protegerse, todavía aturdido.

Naomie aprovecha el momento de confusión para desatarse con rapidez el nudo que le presiona los tobillos. Se levanta de la silla y echa a correr en dirección al cuchillo. Emmet estira el brazo hacia ella y consigue agarrarle la pierna. Naomie cae de bruces, ni siquiera le da tiempo a colocar las manos por delante para amortiguar el golpe. Da un par de energéticas puntadas de pie hacia atrás, golpeando la mano de Emmet y obligándole a soltarla. El cuchillo está a menos de un metro de su rostro, así que avanza a gatas hasta él, alarga la mano y sus dedos rozan la empuñadura. ¡Ras! Emmet vuelve a agarrar la pierna de Naomie y la arrastra hasta él.

—¡Suéltame! —exige la chica. Emmet le da la vuelta y se pone encima de ella. No puede defenderse de su agresor con otra patada porque Emmet ha apoyado todo su peso sobre las piernas de Naomie, bloqueándoselas—. ¡He dicho que me sueltes! —da fuertes y rápidos manotazos contra el pecho y el estómago de Emmet. Él, haciendo caso omiso al dolor, se abre paso entre la lluvia de golpes y consigue rodear con sus manos el cuello de Naomie. Aprieta y el flujo de aire vital se detiene. Ella quiere gritar, quiere ordenarle una vez más que la suelte, pero su garganta está cerrada. Sus repetidos intentos por respirar son en vano. Más manotazos. Naomie agarra los brazos de Emmet e intenta apartarlos de su cuello pero el chico, de constitución delgada y enfermiza, ahora parece extremadamente fuerte.

—¡No lo hagas, por favor! —implora Andrew, con los ojos empapados por las lágrimas.

Pero Emmet no hace caso a su súplica. Al contrario, aprieta un poco más.

Naomie, que ya no combate contra las manos de su agresor, deja caer los brazos a sus costados y palpa en busca de algo que pueda servirle de ayuda. Sus dedos se encuentran con un trozo de cristal roto en medio de un montón de alubias desparramadas por el suelo. Lo agarra con fuerza, sin darse cuenta de que el filo dentado del cristal se le hunde en la palma de la mano y la hace sangrar. La falta de oxígeno hace que empiece a marearse. La opresión en el pecho es abrumadora, exasperante, y su visión se ha cubierto por un telón blanquecino. Emmet no es más que una silueta negra montada a horcajadas sobre ella. Cierra más el puño alrededor del trozo de cristal (la sangre no para de deslizarse por su brazo), y con fuerza y vigor, se lo clava a Emmet. Se hunde con tanta facilidad en la carne, que tiene la sensación de haberlo hundido en gelatina.

—¡Arrrrrg, puta! —tras el grito de dolor, las manos de Emmet liberan la garganta de Naomie. Ella aspira una bocanada profunda de aire y le sobreviene un ataque de tos. Cuando consigue recuperarse, descubre que le ha clavado el cristal en la parte lateral de la pierna izquierda. Solo sobresalen cinco centímetros sangrientos, el resto está sepultado en el interior de su muslo. Emmet se sujeta la pierna, los ojos desorbitados clavados en la herida y maldiciendo entre alaridos incomprensibles.

Naomie, incapaz todavía de liberarse bajo el peso del chico, se estira todo lo que puede para coger uno de los botes de alubias que no se ha roto al caer. Lo agarra con todas sus fuerzas y... ¡Pam! Emmet, todavía absorto en la herida, no lo ve venir. Solo escucha el ruido ensordecedor del cristal al romperse y siente un lacerante dolor en las sienes. Tras realizar un gruñido tosco lleno de sorpresa e incredulidad, pierde el conocimiento y cae hacia atrás.

Silencio. Andrew y Naomie se miran el uno al otro, pasmados. Ella todavía respira acelerada.

—¡Ay, madre! ¿Lo he matado? —la idea de haber acabado con su vida la aterroriza. Paradójicamente, también tiene miedo de no haberlo hecho pues eso implica que el monstruo puede regresar en cualquier momento. Le escucha respirar y la incertidumbre se disipa: para bien o para mal, Emmet sigue vivo.

—Venga, desátame —apremia Andrew—. Antes de que despierte y nos destripe.

Naomie consigue apartar las piernas de debajo del chico, se levanta y da dos largas zancadas, situándose tras Andrew. Se agacha y empieza a pelearse con el nudo que le ata las muñecas, comprobando cada dos por tres que Emmet sigue fuera de juego. El nudo cede. Naomie se mueve hasta ponerse delante de su amigo y le desata los tobillos. Ambos se levantan.

—¡Oh, Dios mío! ¡¿Estás bien?! —exclama Andrew y la abraza con todas sus fuerzas—. ¡Lo has conseguido, nos has salvado! —la inspecciona de arriba abajo, pletórico, y le coloca las manos sobre las mejillas. Acto y seguido, le agarra los brazos y, por último, las manos. Parece que está comprobando que Naomie conserva todas las partes de su cuerpo—. ¿Seguro que estás bien?

Ella se esfuerza por sonreír.

—Pensé que no lo contábamos pero sí, estoy bien.

Crack. El crujido de madera vieja les indica que alguien ha empezado a descender por las escaleras.

—¿Emmet, qué ha pasado? —les llega la voz exaltada de la señora Piterse.

Andrew mira a su amiga con pavor.

—Emmet, contéstame, por favor —insiste la mujer. Su voz, igual que los crujidos, se escuchan cada vez más cerca.

Naomie se agacha y recoge la pala embarrada que hay tirada en el suelo, junto al congelador. Agarra a Andrew del antebrazo y, tirando de él, atraviesan la sala a toda velocidad. Se colocan junto a la entrada, bien pegados a la pared, y aguantan la respiración. Naomie sujeta la pala con ambas manos y la sostiene en alto, esperando.

Lo siguiente que ocurre resulta bastante confuso para todos. La señora Piterse se detiene en la entrada del sótano y contempla, perpleja e impotente, el escenario. Las sillas vacías; la estantería volcada; los botes rotos y la comida esparcida por el suelo... Y entre todo el desastre localiza a Emmet, inconsciente. Tiene un cristal clavado en la pierna y un charco de sangre que se ensancha poco a poco bajo su cabeza. Se le escapa un grito ahogado y da un primer paso hacia delante, desesperada por socorrer a su hijo. Entonces escucha el chillido rabioso de Naomie justo a su lado y ve la pala metálica aproximándose veloz hacia ella. Antes de que pueda reaccionar, la

herramienta impacta contra su rostro y el sótano se sume en la más absoluta oscuridad.

## EPÍLOGO

En cuanto abren la puerta y salen al porche de la casa, el aire fresco les impacta en el rostro, reconfortante. Bajan las tres escaleritas hasta el jardín delantero. A Andrew le tiemblan las piernas y sabe que si intenta dar un paso más, caerá al suelo. Se sienta despacio sobre el césped y Naomie hace lo propio a su lado. Apenas cinco minutos más tarde, escuchan el creciente sonido de las sirenas. Los primeros en aparecer son dos coches de policía, veloces, y se detienen ante ellos de forma súbita, dando una brusca sacudida y quemando rueda en el asfalto. Le siguen dos ambulancias. Andrew y Naomie, inmóviles, contemplan la procesión de vehículos en aire ausente, como hipnotizados.

La policía encuentra a los Piterse en el sótano, atados a dos sillas de pies y manos con cuerda de esparto. Emmet tiene un corte bastante profundo en la frente que no deja de sangrar y un cristal clavado en el muslo a bastante profundidad. La señora Piterse tiene la nariz destrozada. Se los llevan directamente al hospital, esposados en la ambulancia y custodiados por un agente. También encuentran un cadáver en el congelador y, aunque los chicos aseguran que se trata del joven desaparecido, Eric, solo un análisis forense y las pruebas de ADN podrán confirmarlo. Lo sacan de la casa sobre una camilla plegable, tapado con una sábana blanca. Andrew y Naomie observan cómo se lo llevan, arropados bajo una de esas mantas térmicas de plástico plateado.

Ya es mediodía. Los chicos han estado encerrados un par de horas, a lo sumo, aunque para ellos han resultado los ciento veinte minutos más largos y horribles de toda su vida. Andrew percibe que el césped sobre el que están sentados es más verde y brillante que esta misma mañana. La casa, tras ellos, ha perdido el aura fantasmal. Incluso se da cuenta de que, justo a su lado, hay una florecilla blanca y amarilla. La primera que se atreve a crecer en este pedazo de tierra desde que los Piterse se mudaron a Canvas.

—Es curioso —dice Andrew, melancólico—, desde el día en que Eric

desapareció he querido saber la verdad. Dónde estaba, qué le había ocurrido. Ahora que la sé, me gustaría no hacerlo. Ojalá hubiese un modo de olvidar todo lo que hemos visto. ¡Qué ingenuo he sido!

—Tenías esperanza, eso no es malo.

—Me aferré a un simple sueño y construí mi propia realidad. Una realidad donde Eric estaba vivo; donde un final feliz era posible; donde los dos podíamos llegar a ser algo más que amigos. Vivir en una ilusión no es malo, es estúpido, porque cuando la ilusión se desvanece y la verdad se impone, te rompe por dentro sin compasión, te destroza... y no sé si seré capaz de reponerme.

—Lo harás. Y yo también.

—Intenta sonar un poco más segura de ti misma la próxima vez que lo digas, ¿vale?

Naomie baja la mirada, avergonzada.

El inspector Rodriguez, con su prominente barriga temblando con cada uno de sus pasos, les interrumpe para acompañarles hasta la parte trasera de una de las ambulancias. Allí, una enfermera les inspecciona y les hace las primeras curas. Naomie se queja un poco mientras la mujer le limpia el corte de la frente con una solución desinfectante y le pone dos puntos. También le cura las muñecas, encendidas, y se las cubre con vendajes estériles. Naomie da un trago al vaso de agua que la enfermera le ha ofrecido con amabilidad, aunque no deja de pensar que habría sido mucho más considerado, teniendo en cuenta las circunstancias, que le hubiese dado una buena copa de licor para ayudarla a olvidar. Echa de menos su petaca.

—¿Sabes en lo que estoy pensando yo? —le pregunta a Andrew. La enfermera sigue inmersa en su quehacer y a Naomie no parece importarle que la escuche. Andrew se limita a encogerse de hombros—. Estoy pensando en Mike, en la cara que puso cuando rompí con él. No había enfado en su mirada, solo decepción y tristeza. Yo pensé que estaba haciendo lo correcto, que debía centrarme en resolver toda esta mierda de la desaparición y que después podría arreglar las cosas con él. Pero huir no es lo correcto, alejarse de la gente que te quiere y se preocupa por ti nunca es la opción acertada. Joder. Nos hacemos de rogar para decir un te quiero, nos hacemos los duros para pedir perdón. Siempre pensamos que tendremos más tiempo para hacerlo pero,

a veces, no es así. Ojalá pudiera tener a Mike aquí ahora mismo, a mi lado. Me hace tanta falta... y ni siquiera me había dado cuenta.

—Yo ya no puedo decirle a Eric que le quiero —explica Andrew—. Ojalá pudiera hacerlo pero ya es tarde para mí. Sin embargo, tú todavía puedes hacerlo. Mike está vivo, tú estás viva. Debes aprovechar esta segunda oportunidad. Y debes hacerlo ahora —señala un punto en la distancia con el dedo índice. Naomie dirige la mirada hasta el punto indicado y...

—¡No es posible! —se levanta de un salto, aparta a la enfermera de un manotazo y salta de la ambulancia. Atraviesa corriendo el jardín de los Piterse, pasa por debajo del hilo policial que acordona la casa y se lanza a los brazos de Mike—. ¡No me lo puedo creer, eres tú!

—¡He venido en cuanto me he enterado de lo que ha pasado! —se aparta un poco hacia atrás para observar a Naomie, las facciones contraídas por la preocupación—. ¡¿Estás bien?!

Durante los próximos días, Naomie tendrá que enfrentarse a esa pregunta más veces de las que podrá recordar. Ella siempre contestará “*estoy bien, gracias*” y cambiará de tema automáticamente. Pero esta vez, solo esta vez, se permite reconocer la verdad.

—No, no estoy nada bien —hunde la cabeza en el pecho de Mike y sus lágrimas le mojan la camiseta. Él la aprieta contra su cuerpo con ternura.

—Lo siento —le acaricia el cabello y le besa la frente—. Lo siento muchísimo. Debí haber estado ahí para protegerte.

Naomie se seca la nariz con el dorso de la mano y niega con la cabeza.

—No es culpa tuya, sino mía. Debí haber confiado en ti, contarte lo que estaba planeando y lo que pensaba hacer. Pero en lugar de eso te oculté la verdad y te alejé de mí. He sido egoísta y desconsiderada. He sido una idiota.

—Eso no es cierto.

—Lo es. He sido una idiota gigantesca y descomunal —se acurruca aún más sobre el pecho de Mike. Escucha el latido acelerado de su corazón—. Hoy ha sido el peor día de mi vida. He estado atada en ese sótano; he visto el cadáver de Eric; he estado a punto de morir y... lo único que me ha dado fuerzas para luchar y escapar ha sido la idea de poder verte una vez más; poder decirte que lo siento aunque quizá sea tarde para que me perdones;

poder decirte que te quiero pese a no habértelo demostrado estas últimas semanas... Te amo, Mike. Me alegra haber podido decírtelo.

—Verás, yo... —se detiene.

Naomie deja de abrazarle en un acto reflejo.

—Oh, no es necesario que digas nada —levanta las manos con las palmas hacia Mike y se obliga a sonreír—, no pretendo meterte en un compromiso. Me he portado muy mal contigo, entiendo que ya no sientas lo mismo que yo.

—Me alegra que lo entiendas —dice él. Naomie, con una sonrisa estática en el rostro, siente que los ojos se humedecen de nuevo y se le hace un nudo en la garganta—. Me alegra, pero te equivocas. Porque yo también te quiero. Y si, ahora que sabemos lo que sentimos, decides contar conmigo y confiar en mí como ya hiciste una vez, entonces no habrá nada que temer. Podré estar a tu lado para aconsejarte cuando tengas dudas, para protegerte cuando estés en problemas, para salvarte de los peligros y de la gente con malas intenciones... para amarte. Y tú podrás hacer lo mismo conmigo. Nos tendremos el uno al otro. Dios, nada me haría más feliz. ¿Qué me dices?

Las lágrimas caen por las mejillas de Naomie como dos torrentes salvajes. Incapaz de pronunciar palabra, asiente con la cabeza. Mike le sujeta la cara con ambas manos, se acerca a ella con suavidad y le besa en los labios, dulce, lentamente.

¡Bip, bip! El móvil de Naomie indica que acaba de recibir un mensaje nuevo. ¡Bip, bip! El incesante pitido hace que Naomie, en contra de su voluntad, se aparte un poco de Mike, se saque el teléfono del bolsillo de su pantalón y abra el mensaje. Mientras lo lee, el llanto se detiene, su rostro se vuelve más y más pálido y sus ojos se ensanchan hasta volverse dos círculos casi perfectos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mike, preocupado ante la reacción de Naomie—. ¿Va todo bien?

—Bueno —dice ella—, se acabaron los secretos contigo, así que... — le tiende el teléfono—. Joder, algo me dice que voy a necesitar tu consejo y tu protección antes de lo que pensaba.

Mike recibe el móvil y lee con atención:

**Remitente desconocido:** ¡Vaya, vaya! ¡De menuda te has librado, perra! Se oyen rumores de que Emmet Piterse va a ir directito a la cárcel pero,

¡adivina! ÉL NO ES EL ASESINO. No te preocupes: puede que Emmet se haya ido para no volver pero, ¿sabes qué? yo no me voy a ninguna parte, siempre estaré a tu lado. Nos veremos pronto. ¡Muak!

—Esto es una broma de mal gusto —declara Mike—. Alguien con demasiado tiempo libre. No le hagas caso, ¿vale?

Naomie asiente dubitativa. No puede evitar recordar retazos de su conversación con Emmet en el sótano.

—*¡Sois unos asesinos!* —había dicho él—. *Vosotros queríais que le trajera hasta aquí, ¿verdad? Os asegurasteis de que escondiera el cuerpo de Eric en mi casa para poder dar la voz de alarma. Era la jugada perfecta: mi madre y yo seríamos inculcados por asesinato y vosotros os libraríais de toda sospecha. No me importa por qué le matasteis. Lo único que quiero es que os lo llevéis y nos dejéis en paz.*

Por algún motivo que Naomie todavía no alcanza a comprender, Emmet parecía convencido de su culpabilidad y de la de Andrew. En ese momento habían interpretado sus palabras como el discurso descabellado de un demente pero, tras recibir este mensaje, adquieren una nueva dimensión. ¿Es posible que Emmet no sea el asesino? ¿Es posible que la policía acabe de detener a las personas equivocadas?

¡Bip, bip! Otro mensaje. La chica le arrebató el teléfono a Mike. Tiene un mal presentimiento y el corazón le late con tanta fuerza que le duele el pecho. En la pantalla aparece una imagen que consigue helarle la sangre en las venas. Es la muñeca que alguien dejó en su habitación. Está destrozada, con el vestidito de colores rasgado y sucio, tendida en el suelo junto a un cubo de basura. El cubo de basura que hay en el jardín de su propia casa, donde ha tirado la espantosa muñeca esta misma mañana.

**Remitente desconocido:** ¿No te ha gustado mi regalo? ¡A Eric tampoco le gustó!

—Oh, Dios mío —dice Naomie, atando cabos.

*A Eric tampoco le gustó...*

—Yo vi la muñeca en el dormitorio de Eric. No estaba allí porque fuera suya, estaba allí porque alguien se la envió. La misma persona que la clavó en la pared de mi habitación.

—No entiendo nada —es cierto, no lo entiende, pero está convencido de

que se trata de algo malo y retorcido. Se atreve a preguntar—: ¿Eso qué demonios significa?

Naomie se toma unos segundos para reflexionar y rememora lo que Andrew le ha explicado esta misma mañana:

—*Eric tenía muchos enemigos. Quería irse de Canvas, estaba ahorrando y planeando su huida desde hacía tiempo. Alguien iba tras él. Necesitaba escapar cuanto antes...*

—Significa que alguien estuvo acosando a Eric antes de matarle — anuncia, tan segura de sí misma que nadie se habría atrevido a rebatirla— y, ahora, está acosándome a mí. Joder, no sé quién es esta persona pero creo que... —se estremece, mirando con inquietud a su alrededor. Recuerda el coche plateado abalanzándose sobre ella, intentando pasarle por encima—. Creo que soy su próxima víctima.

Ve el miedo reflejado en los ojos de Mike. El chico hace ademán de decir algo pero se detiene al escuchar un grito agudo y penetrante.

—¡Nooooooooo! —se lamenta la señora Lawrence. Naomie se sorprende porque no la ha visto aparecer. Dos agentes de policía la tienen sujeta por ambos brazos y ella se remueve, dando manotazos sin ton ni son, luchando con todas sus fuerzas para soltarse. Lloro desconsolada—. ¡Soltadme, quiero ver a mi hijo!

Naomie se tapa la boca con una mano y con la otra agarra a Mike del jersey. Si la pérdida de un amigo resulta tan espantosa y desgarradora, no quiere (ni puede) imaginar el tormento que debe suponer para una madre la muerte de su propio hijo.

—¡¿Por qué alguien querría hacerle daño a mi pequeño?! —exclama, al borde de un ataque de nervios. Naomie se pregunta lo mismo y se pregunta, también, por qué alguien quiere hacerle daño a ella. Y si no es Emmet, entonces, ¿quién? La señora Lawrence, en su forcejeo por liberarse, pierde el equilibrio y cae sobre el césped de rodillas—. ¿Por queeé? —chilla con tanta potencia que sus cuerdas vocales empiezan a dolerle—. ¡¿Por queeeeeeeeeé?! —